MADRID 1845. DOMINGO 23 DE NOVIEMBRE. NUM. 11.

LA ILUSTRACION.

ALBUM DE LAS DAMAS.

LA MUJER.

Al cabo de mas de sesenta y cinco siglos, solo ha dado un paso la condicion de la mujer hacia el término providencial que indudablemente la está señalado en la inmensa carrera de la humanidad, y este paso no fue dictado por la sociedad, sino por la religion: de manera que seria exacto decir, que desde la creacion del mundo nada han hecho los hombres para organizar el imperio que su preciosa mitad debe ejercer sobre la tierra.

(1) El artículo que encabezamos con este título, es prólogo escrito por el señor de La-Sagra, para la obrita que con el de *Mision de la mujer*, tradujo del francés la señorita Rubiano y Santa Cruz. Aunque no estemos enteramente de acuerdo con las opiniones de la distinguida autora de aquel interesante libro, daremos algunos fragmentos de él á nuestras suscritoras, ya que la obra á que nos referimos no es tan conocida como en nuestro concepto debiera serlo. *(N. de la R.)*

Salidos ambos de la mano del Criador, como partes constitutivas de un todo, que es la especie humana, hubo en la mente divina un designio de porvenir y de influencia, que debia ser realizado por medio de las cualidades diversas y en cierto modo opuestas, del hombre y de la mujer: la *fuerza*, la *enerjia*, la *perseverancia*, en el uno; la *debilidad*, la *dulzura*, el *sentimiento* en la otra, y la *inteligencia* en ambos. En el corto periodo de la primera vida, mientras no hubo familia, las cualidades del hombre tenian por teatro al mundo entero, , y así ha continuado despues ejerciendo un poder omnímodo sobre todo lo creado: la mujer debió reconcentrar la accion de sus facultades en adorar á Dios y amar al apoyo y compañero de su existencia. Pero á poco tiempo un nuevo misterio apareció creando la familia, para reconcentrar la atencion de la aislada pareja sobre tiernos frutos del cariño, dando origen á un sentimiento de porvenir y generosa abnegacion, contrario al egoismo personal. Des-

de aquel interesante momento parecieron demarcadas las atribuciones del hombre y de la mujer sobre la familia, y por lo tanto en la sociedad.

Pero el primero, escitado por el sentimiento de dominacion que egercia sobre todos los seres, no pudo desprenderse de él bajo el techo doméstico, y siendo señor en el mundo se constituyó en tirano de la familia. Desde entonces la mujer fue esclava é infeliz.

Este estado de abyeccion y abatimiento duró cuarenta y siete siglos: ¿qué digo? —Dura todavia! Esceptuando la reducida porcion de la especie humana que reconoció la luz del Evangelio, en todo lo restante del mundo la mujer es esclava del hombre. Para esta gran porcion no ha resonado aun la voz del Eterno proclamando la libertad de la mujer, y el hombre parece querer vengarse del despotismo tiránico á que se sujeta él mismo, ejerciéndole á su vez sobre la que debiera ser su tierna compañera.

La religion, pues, fue la que concedió al bello sexo la escasa suma de ventajas que en los pueblos cultos disfruta; en el Evangelio está la proclamacion de la grande acta de su libertad, y el hombre Dios, nacido de la mujer, fue el intérprete fiel de la sublime voluntad del Eterno. ¡Principio grande y fecundo, emitido con la noble sencillez que siempre emplea la Omnipotencia, pero destinado á llenar con sus frutos todo el porvenir de la humanidad!

El hombre, obedeciendo tal vez á incomprensibles designios providenciales, parece destinado á contrariar las miras de la misma Providencia, cuando aplica, en la sociedad que constituye, las santas máximas que deberian servirle de apoyo. En el sitio de la fraternidad entroniza al egoismo; en el lugar de la libertad al despotismo, y en vez de la igualdad adora á la tirania. Con respecto á la mujer, no pudiendo rebelarse contra la voluntad de Dios que la declaró libre; no osando encadenarla de nuevo, hunde y anula el terreno de su imperio, dejando sin egercicio las nobles y afectuosas cualidades que la fueron dadas. Aquel terreno es el de la familia; estas cualidades, la dulzura, el amor y el sentimiento que constituyen la inteligencia privativa de la mujer.

En efecto, todo esto ha sucedido y está sucediendo en los pueblos mas cultos del mundo. La familia está mal constituida, porque la mujer no ejerce el influjo que la corresponde, ni se halla educada de la manera mas conveniente para egercerla. La vanidad y la presuncion del hombre, fruto del egercicio absoluto de la fuerza, le hicieron creer que su sola inteligencia alcanzaba á dirigir la familia desde sus primeros pasos; y en esta persuacion invadió las atribuciones de la mujer, descuidó su educacion y redujo sus facultades al circulo material de las hembras de los otros animales. Pero entre tanto el hombre ni podia ni sabia egercer las facultades instintivas de la madre, y hallándose esta en contacto inmediato con la tierna familia, procuraba desempeñarlas, y las desempeñó y desempeña efectivamente. Mas como el destino social del hombre reclama una direccion que el solo instinto materno no puede darle, faltándole instruccion, la tal direccion resulta viciada, y la sociedad entera perturbada en su marcha hácia la ventura y la prosperidad.

Tal es el vicio capital que ofrece la existencia de la mujer en las sociedades modernas, que reconociendo su libertad y hasta su influencia, no la dan medios de egercerla. En esta parte la ceguedad de los hombres es verdaderamente lamentable, pues siguiendo la impulsion de un necio orgullo, descuidan y desatienden la educacion del bello sexo, cuyos frutos recogeria con abundancia la misma generacion varonil futura. R. DE LA SAGRA.

(Se continuará.)

CLEMENTINA Y CONSTANZA

ó

EL CRIMEN INVOLUNTARIO.

Capitulo segundo.

Acababan de comer un dia Mad. Belmourt

y su hija adoptiva: el tiempo no era el mas sereno, no obstante que comenzaba apenas el otoño, y Clementina disgustada por la privacion de su paseo cotidiano, principiaba a hojear la historia de *Talestris*, aventurando algunas reflexiones sobre la fuerza del amor, que habia subyugado á aquella *varonil hembra*, cuando se presentó Marta toda agitada y la respiracion embargada por una penosa carrera, á que no se prestaba fácilmente su exuberante humanidad. Señora, señorita! gritó cayendo desplomada en una silla y enjugando con su delantal azul el sudor que le corria del rostro, una desgracia! quiero decir, un contratiempo! es decir, una casualidad! Un coche de camino, de viaje, se ha roto en el camino de Marsella. El que iba en él es un gran personaje: ¡pues no! trae un equipaje!... Uno de sus criados se ha llegado á mí, cuando llevada de la curiosidad corria yo al sitio de la desgracia, porque Jacinto el jardinero me habia dicho que Juan el leñador le habia avisado... Adelante Marta! dijo la jóven Clementina con visible impaciencia. Pues ya digo, señorita, lo que ocurre; al coche se le ha roto una rueda, y un criado me ha dicho que le indicase alguna habitacion donde pudiese descansar su amo, mientras la componian. Yo toda aturdida... ¡ya se ve! sin saber lo que decia, he ofrecido la vuestra y creo que el huésped llegará al instante.

Has hecho muy bien, contestó Mad. Belmourt; tendré el mayor gusto en acoger y obsequiar á ese viajero, cualquiera que sea su clase. Levantose al concluir estas palabras y Clementina la siguió hasta el recibimiento, adonde encontraron un lacayo que pidió á nombre del conde de Saint-Velmar permiso para presentarse. Concedido que fue, el criado partió corriendo á llevar aviso á su señor, y la benévola Belmourt, con un refinamienio de hospitalidad que haria honor á los tiempos de la caballería, bajó la escalera y salió hasta el mismo umbral de la casa á recibir al ilustre huésped, que caballero en un fogoso alazan que manejaba con gracia y destreza, vino á echar pie á tierra á pocos pasos de distancia del sitio en que le aguardaba la venerable viuda, cuyo cuerpo servia de parapeto á la sílfica figura de Clementina, empinada en la punta de sus pulidos pies, para asomar por sobre el hombro derecho de su madre adoptiva, su seductora cabeza, resplandeciente de curiosidad y alegria.

En efecto, en toda la vida de aquella amable niña no habia tenido lugar un acontecimiento tan importante como era el de romperse un coche, improvisándolas en aquella soledad un huésped ilustre y forzosamente amable, puesto que llegaba tan á tiempo para disipar el fastidio de una tarde lluviosa y oscura: pero cuando creció y llegó á su apogeo la favorable prevencion de la huérfana, fue cuando acercándose el viajero, pudo distinguir que poseia una estatura elevada y magestuosa, digna del mismo *Oroondate*, una frente blanca, tersa y despejada, cual debia ser la de aquel príncipe escita, y unos ojos tan negros, tan brillantes y tan fogosos, que solo podian compararse, segun juzgó la doncella, con los del *hijo de Filipo*, pues probaban bien la influencia de un sol mas ardiente y magnífico.

El conde de Saint Velmar dirigió á Madama Belmourt espresiones tan finas y galantes, su voz tenia un timbre tan sonoro y varonil, y se prestaba á inflexiones tan agradables, que Clementina comenzó á turbarse, porque decididamente la declaraban en aquel instante su corazon y su fantasía, que su huésped escedia en mucho al mérito de todos los huéspedes de *Polemon*.

Luego que el conde fue introducido bajo el hospitalario techo de la quinta de N.... al suave calor del hogar, Madama Belmourt mandó á su servidumbre le sirviesen algun refrigerio, y la misma Clementina, mas oficiosa que lo habia sido nunca, se apresuró á presentarle un azafate de escogidas frutas, cuyo peso, ú otra causa que no intentamos averiguar, hacia temblar sus delicadas manos.

El conde al recibir el precioso obsequio fijó en la que se lo presentaba miradas tan abrasadoras, y pronunció frases tan lisonjeras, que desconcertada completamente la huerfana, dejó caer el azafate, y corrió á esconder en el seno de su madre su frente cubierta de rubor y sus ojos humedecidos por involuntarias é inesplicables lágrimas.

Procurando disculparla Madama Belmourt alegó su poca edad y la falta absoluta de trato: esto solo, dijo sonriendo, puede escusar su aturdimiento.

—¡Escusar! esclamó con calor el conde: ah señora! no he visto jamas cosa alguna que en mi concepto necesite menos escusa que ese hechicero aturdimiento: pero qué! es cierto que esta señorita no ha salido jamas de este retiro?.. ¿habeis tenido el egoismo, vos que pareceis tan buena, de privar al mundo de un tesoro como este?... Pero ya comprendo, añadió sonriendo con galantería, que acaso esa crueldad aparente nace del esceso mismo de vuestra bondad: en efecto, señora, sois compasiva al ocultar á los hombres un bien único, que todos ambicionarian y que solo uno habria de obtener.

Señor Conde, respondió con gravedad la viuda, os ruego olvideis en este asilo campestre el lenguaje cortesano, pues mi pobre hija, que lo ignora completamente, se afecta de-

masiado. Y era así, pues encendida y confusa, el pecho agitado y las rodillas trémulas, la jóven Clementina no acertaba á desprenderse de su madre adoptiva, pareciendo que iba á desmayarse en sus brazos.

El conde admiró un instante aquellos estraños síntomas de una sensibilidad estrema y de una modestia tan poco comun, pero supo respetarlas, y aparentando no ocuparse de la hechicera criatura en quien únicamente pensaba, entabló conversacion con la viuda, mostrando en sus mas insignificantes palabras aquella gracia particular y esquisita elegancia, que solo pueden prestar el trato del mundo y la satisfaccion de sí mismo.

Despues de una hora se atrevió Clementina á levantar hácia él sus tímidos ojos, y aunque fuesen furtivas y rapidas aquellas curiosas miradas, no dejó de saber á la segunda que su huésped representaba de 33 á 35 años, que su profusa cabellera negra era naturalmente rizada: que su nariz aguileña prestaba á su fisonomía un no sé qué de penetrante y severo, que se templaba no obstante, con la hechicera sonrisa que casi de continuo contraia graciosamente su lindísima boca, sombreada por un ligero bigote tan negro y brillante como el azabache. Habia en aquel rostro, cuya forma era la de un óvalo perfecto, una mezcla admirable de dignidad y dulzura, sagacidad y franqueza, ingenio y bondad, que constituian, por decirlo así, una fisonomía especial, tan interesante y nueva, que no podemos sorprendernos de que Clementina se afirmase en la creencia de que el conde de Saint-Velmar valia cien veces mas que todos sus héroes favoritos, y que hubiera sido un rival temible para el mismo *Artajerjes* si por desgracia le hubiese visto *Berenice*.

Era ya muy entrada la noche cuando avisaron al conde que su carruage estaba en disposicion de continuar la marcha; pero la Señora de la casa no le permitió despedirse antes de acompañarlas á cenar, convite halagüeño que aceptó sin vacilar el viajero, mientras Clementina apretaba por un movimiento de involuntaria gratitud, la mano de su madre, diciéndola al oido con voz muy dulce — haré un ramillete con mis rosas de bengala y con mis claveles amarillos: ¿hasta cuando los he de conservar en las matas?

Interin se preparaba la cena y la huérfana hacia su ramillete, en presencia del Conde que seguia con disimulo todos sus movimientos, cada vez mas encantado y sorprendido con el candor, la sencillez y la hermosura de aquella niña seductora; Madama Belmourt que se esforzaba en buscar asuntos de conversacion, preguntó al Conde si era natural de Marsella.—No Señora, respondió distraido: residó en París.—Sois casado? Esta pregunta un poco indiscreta, que revelaba el mucho tiempo que habia pasado desde que la viuda abandonara la sociedad, no hizo otra sensacion en el Conde que la emocion y estrañeza que le causó observar la inquieta atencion que prestaba Clementina á su respuesta. Hizósela esperar un momento, gozándose en la impaciencia que producia, y se sonrió con una espresion casi de orgullo, cuando al decir—*soy libre*—vió teñirse de púrpura el bellísimo rostro de la doncella, que continuó formando su ramillete con un afan y una complacencia que no habia tenido hasta entonces.

Madama Belmourt, que acaso habia reconocido la indiscrecion de su pregunta, guardaba silencio, y Saint-Velmar que habia notado que solo cuando le suponia distraido con su madre le miraba Clementina, se apresuró á reanimar la conversacion, diciendo á la viuda—Debeis de fastidiaros mucho en el invierno si no abandonais nunca este retiro, que solo puede ser ameno cuando la buena estacion le brinda sus encantos, y acuden los habitantes de las ciudades á olvidar con el susurro de las hojas y el murmullo de las aguas los ecos del amor, de la maledicencia, de la política, y tantas otras pasiones ó intereses que se desarrollan, por decirlo así, al calor de la chimenea, en la atmósfera de los salones. Mas vosotras ¿qué distraccion teneis cuando la campiña es nula bajo las nieves de diciembre?

—La lectura y la música, dijo Madama Belmourt, nos ofrecen placeres, que no son sin embargo necesarios cuando se tiene felicidad.

Aquella sencilla respuesta conmovió al conde que, fijando los ojos en Clementina, murmuró entre dientes, y como si solo respondiese á su propio pensamiento.—Sí, hay felicidad: ¿podia no poseerla quien la poseyese á *ella*?

En seguida, como esforzándose en variar el curso de sus ideas, habló de música, descubriendo que no era lego en aquel arte, y suplicó á Clementina le diese alguna muestra de su habilidad en el piano. Imposible hubiera sido á la jóven complacerlo en aquel momento; pero despues que el mismo Saint-Velmar la dió ejemplo, ejecutando en su presencia magníficos trozos de los mas célebres maestros, disipóse algun tanto su timidez y cantó al fin una linda cancion que escuchó el Conde embelesado. Sin embargo, hízola observar cuantas ventajas alcanzaria en emplear su bellísima voz en la música italiana, que casi completamente ignoraba, y espresó con galantería que debiendo residir algun tiempo en Marsella ten-

dria el mayor placer en volver algunas veces á la quinta, trayendo algunas óperas que estudiarian juntos.

Desde luego fue aceptada la proposicion, y cuando llegó el momento de sentarse á la mesa ya habia depuesto Clementina la mayor parte de su embarazo, dominada por la alegría de aprender con Saint-Velmar la música italiana. Atreviase ya á mirar decididamente á su futuro maestro y á dirigirle mil cándidas preguntas que lo hechizaban: en fin, al terminar la cena, ya tuvo bastante confianza para hacerle en debida forma la presentacion de *Arsaces*, y se enfadó muy seriamente con el perrillo, porque no correspondió dignamente á la *urbanidad* del Conde, que no vaciló en tomarlo sobre sus rodillas cumplimentándolo por su gentileza.

El Conde miró su relox: eran las nueve y fue preciso despedirse.—Qué corta ha sido la noche! dijo Clementina: y eso es raro en esta estacion!—Sonrióse el conde y tomando una de sus manos, que besó respetuosamente, contestó muy bajito.—Nos vengaremos del tiempo avaro, obligándole á darnos muchas horas iguales á las que terminan. — Clementina se conmovió hasta el punto de dejar escapar una lágrima: pero no la vió Saint-Velmar: ya habia partido!

Se continuará.

GALERÍA DE MUJERES CÉLEBRES.

SAFO.

(TRADUCCION DEL FRANCES).

Al considerar la gloria con que el nombre de Safo ha llegado hasta nuestros dias al cabo de tantos siglos, no puede uno menos de sentir vivos deseos de leer la poesias de aquella mujer ilustre. Muy alta idea de ella debieron tener los griegos, puesto que la llamaron su décima musa. Los escritores célebres de la antigüedad la han citado con entusiasmo, y hasta el mismo Longin, crítico imparcial y severo, la presenta como el modelo mas perfecto en su género. Facilmente se concibe en que punto debia brillar. Dotada del alma mas sensible y ardiente, la naturaleza no le dejó eleccion. Pintaba lo que tan bien sentia, la ternura y los transportes del amor: tuvo la suerte de los hombres célebres, la persiguió la envidia, y la de las almas tiernas, pues fue abandonada é infeliz.

Esta mujer, no menos admirable por su talento que por su carácter, nació en Mitilena, capital de Lesbos, como seiscientos años antes de la era cristiana.

La opinion mas general es, que Scamandrodymo fue su padre y que su madre se llamaba Cleis; tuvo tres hermanos, Larichus, á quien celebró en sus versos, Eurigius, de quien nunca hizo mencion, y Charuxus á quien reconvenia por la pasion violenta que sentia hácia la cortesana Rodope, que hizo construir una pirámide con los regalos de sus amantes.

Safo era morena y de una estatura regular, no era muy hermosa, pues los escritores que mas la elojian convienen en este punto, del que solo se puede juzgar por los retratos que se han sacado de algunos bustos antiguos. El fuego de su alma, origen de su gran talento, se veia pintado en sus miradas é imprimia en todas sus facciones un carácter de pasion y energia superior á la misma belleza.

El amor fue el único sentimiento que reinó en su corazon y en sus composiciones. Casada casi al salir de la infancia, tuvo una hija llamada Cleis, como su abuela. Una pronta viudez la constituyó en una nueva situacion, que por su estremada juventud, su gusto por la libertad y tal vez por su complexion, era para ella peligrosa.

Muy pronto sus poesias escitaron á las jóvenes á los placeres, animándolas al mismo tiempo á disputar á los hombres el talento. Su fama fue tan brillante y rápida que ni la envidia la pudo alcanzar. Tuvo por discípulas á las mujeres mas célebres de la Grecia, y entre ellas á la jóven Erinna, que lo fué casi tanto como su misma maestra.

Muchas mujeres adquirieron fama por haber sido sus amigas, y en cuanto á los hombres tuvo infinitos adoradores, entre los que se cuentan á los tres poetas mas famosos de su siglo, Archiloco, Hiponax y Alceo.

Asi corrian los hermosos dias de su vida, gozando de los homenages halagüeños de ambos sexos, y del doble placer de reinar por el amor y la admiracion.

¿Podia creerse que á pesar de esto, su primer detractor fuese un hombre? ¿En qué consiste que las mujeres que se han dedicado á escribir, no han encontrado tanta envidia entre las de su sexo como en los hombres, que no dejan tampoco de perseguirse entre si? ¿Será que los hombres sean naturalmente de peores inclinaciones, ó que las mujeres sientan la necesidad de protegerse y unirse, cuando se trata del interés y la gloria de su sexo? La primera desgracia de Safo, fue el agradar demasiado á los tres poetas ya citados. Ateneo no nos dice si alguno de ellos fue preferido, pero si juzgamos por lo despreciable y cruelmente que usaron de la sátira, ninguno lo mereció; sobre todo Alceo, que tanto dió á conocer sus celos y se dejó llevar tan indignamente de los arrebatos que le inspiraba su despecho contra la que habia amado. Era uno de los primeros ciudadanos de su república, militar y á la cabeza de un partido entonces muy poderoso.

Nació como Safo en Mitilene y se honraba de tener á aquella célebre mujer por compatriota y por rival. Ella, á su vez, le llamaba el cantor de Lesbos, pero sin duda no creyó que los versos de aquel poeta ya sexagenario pudiesen compensar la falta de juventud y gracia; de lo cual se ofendia Alceo como amante y como poeta, no tardando en censurar amargamente las costumbres y escritos de la misma, cuyo corazon y talento habia ensalzado con entusiasmo; pero los jóvenes de Mitilene se declararon al momento contra Alceo, y prestaron á Safo en esta ocasion un apoyo que habia ganado por su gloria, y quizá tambien por la naturaleza de sus debilidades.

El jóven Faon apareció entonces en Mitilene: era el hombre mas hermoso de Lesbos y atrajo todas las miradas ganando todos los corazones. Safo obtuvo una preferencia tan deseada como peligrosa. Alceo, mas furioso, fulminó nuevas sátiras contra ella, las bellas ya mas crédulas con esta circunstancia, hallaron fundadas las acusaciones de Alceo, y hasta sus amigas la vendieron. Damofila, una de sus discípulas mas queridas, la hirió en lo mas profundo de su corazon, atrayendo hácia sí por sus artificios á Faon y haciéndole dudar de la fidelidad de su amada, de quien consiguió alejarle, aunque sin salir de Mitilene.

Safo apareció entonces mas admirable que nunca; en su corazon destrozado no se hallaba mas sentimiento que el de un amor verdaderamente heróico aunque mal colocado, y en todos sus admirables versos recordaba sin cesar el nombre de Faon; con los acentos de un alma apasionada que se cree feliz en medio de sus tormentos, por el valor que presta al objeto que la hace sufrir. Jamás pronunció la menor palabra contra el culpable ni contra sus enemigos, inclusa la misma Damofila. Faon volvió á amarla, pero solo por amor propio, y únicamente sensible al placer de oir resonar su nombre por toda la Grecia, inmortalizado en composiciones sublimes de ternura y poesía, que no merecia inspirar. Por consiguiente, la renovacion del amor de Faon solo fue un nuevo tormento para la desgraciada, á quien abandonó por segunda vez; y Ovidio en la pintura que hizo de su desesperacion, ha agotado los rasgos mas interesantes que puede presentar la mas elocuente poesía.

Safo, en medio de sus conciudadanos que venera, objeto del odio y de la censura pública, cansada ya de dirigir las cartas mas apasionadas á un ingrato que se rie de su dolor, llega á Sicilia y cae á los pies de aquel hombre que la rechaza con desden.

Este esceso de ingratitud puso el colmo á su desesperacion y quiso libertarse de su amor, renunciando la vida. Subió á lo mas alto de un promontorio situado sobre el mar, y desde allí, despues de haber contemplado las olas, menos agitadas que su alma, se arrojó al abismo, dejando al mundo una memoria eterna de su talento y de sus desgracias. Esta muerte ilustró para siempre la famosa roca de Leucade, que no se puede contemplar sin recordar con ternura el nombre de una mujer tan célebre y tan desventurada.

POESÍAS.

A S. M.

LA REINA NUESTRA SEÑORA DOÑA ISABEL II.

Numen parece
Sobre el carro triunfal, numen de gloria,
Que á una libre nacion grande y valiente
Viene á dar el laurel de la victoria.

DUQUE DE FRIAS

ODA.

Suspende, oh Aquilon! suspende el vuelo
Y acalla tu bramido:
Rompan el tibio velo
De nieblas y vapores,
Por esa esfera pálida tendido,
Del igneo sol insólitos fulgores,
Y en pórtico esplendente
De púrpura y zafír se ostente ufano
Plácido dia, que en eterno Oriente
Jamas se oculte al hemisferio hispano.

No se oculte jamas! esa es la lumbre
Que, dominando opuestos horizontes,
Del vasto mar que á las Antillas orla
Hasta la helada cumbre
De los cántabros montes,
Y allá donde á la mar sus aguas rinde
El que en la fértil sierra de Cazorla
Ve de Castilla el enriscado linde,
Oye do quier los férvidos saludos
De metálica voz, el aire hiriendo,
Y ecos que arranca á los espacios mudos
Del cañon ronco el rimbombante estruendo.

Esa es la lumbre que dolores calma
Tres lustros ha, cuando serena brilla,
Que en los ilustres hijos de Castilla
Su influjo ejerce fecundando el alma
De esperanza feliz, de afectos santos,
Y á Isabel rinde, en homenage justo,
Nuevas virtudes en el pecho augusto,
Y en la faz virginal nuevos encantos.

¡Isabel! ¡nombre dulce! ¡fausto nombre!
De perpetua memoria!
¡Por siempre caro á la española gente!
¡Siempre gloriosa en la española historia!
Al pronunciarte el labio reverente
En vano anhela con sublime tono
Elevarse mi voz, y al ángel régio,
Que por segunda vez te encumbra al trono,
Los votos repetir en blanda lira
Que á todo un pueblo inspira
La que despunta refulgente aurora.

Quince veces apenas, desde el dia
Que de su amor el célico tesoro
Con férvida alegria
Meció el pueblo español en cuna de oro;
Quince veces no mas luces tan bellas
Brillaron en el ártico hemisferio,
Y ya conservan de Isabel las huellas
Entrambas costas de su vasto imperio.

Vila de Sirio despreciando el rayo
Dejar del sólio la propicia sombra;
Admirar al Moncayo
Del fértil Ebro en la risueña alfombra,
Y entre el *vítor* alegre
Que volvieron las márgenes del Segre,
Seguir su marcha ufana, saludando
Entre régios laureles,
La cuna del Católico Fernando,
La tumba de los nobles Berengueles.

Nueva Tétis la acogen cariñosas,
Dando á su gracia juvenil aumento,
Las ondas espumosas
De aquel mar opulento
Que oprimieron un tiempo las galeras
Del bélico Aragon; cuando al acento
De *Lauria* desplegadas sus banderas,
Terror del Mauritano,
Saludaron las costas de Levante,
Y mudo el arrogante
Ligero leon, las vió Venecia
Derrocar de Parténope al tirano,
Estremeciendo á Grecia
Y venciendo el furor del Vaticano.

Y vosotras tambien, olas azules,
A que rinde tributo el Bidasoa,
Del régio rostro el mágico reflejo,
Reverberasteis en el ancho espejo,
Que hendido un tiempo por cortante proa
Abrió camino de *Tovar* al brio;
Cuando brillando en apartada orilla
La enseña de Castilla,
Asombro impuso al Támesis umbrio.

Del alto Pirineo
El eco parte que á Isabel aclama,
Y lo lleva la fama
Al antiguo dosel de Clodoveo.
Dó, deponiendo de la guerra adusta
Desvelos afanosos,
Dos régios héroes vuelan presurosos
A saludar á la viajera augusta.

Alarde haciendo de bizarra pompa,
Que su marcial espíritu revela,
Llegan al eco de guerrera trompa,
Y á la hueste que avanza
Un solo centinela
Indica de Isabel la confianza;
Hasta que Irun glorioso los recibe,
Y su modesto rio
Lleno de noble orgullo,
Vigor prestando al lánguido murmullo,
Y usurpando del mar el poderío,
Alza entre espumas argentadas olas
Al reflejar banderas españolas.

Mas ¿á donde me lleva
La ardiente fantasía,
Mientras el sol magnífico se eleva
Que alumbra de Isabel el fausto dia?
¿Por qué acoge la mente
La enojosa memoria
Del tiempo que impaciente
Lloró su ausencia el carpetano suelo,
Hoy que con nueva gloria
Resplandecer la ve lozana y bella?
Oh basta! y quiera el cielo
Que su feliz estrella
Al génio audaz de la discordia enfrene,
Y allá en los siglos de la edad futura
El claro nombre de Isabel resuene,
Emblema de poder y de ventura!

GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

—

A los ojos de...

Los negros ojos
alegre canto
que son encanto
del corazon;
Vivos y hermosos,
mágicos miran
y al pecho inspiran
pura pasion.

En ellos brilla constante
del génio divina llama,
el jóven los ve y se inflama
á su ferviente mirar;
Súbito pierde el cuitado
el encanto de la calma,
y siente agitarse el alma
cual un turbulento mar.

Ay! que entonces asalta su pecho

dura, fiera y amarga tristeza,
y en lugar de la antigua tibieza
brota en él un furioso volcan.
Y negado á la paz deliciosa
que en su edad disfrutára florida,
solo encuentra un desierto en la vida
erizado de penas y afan.

¿Mas quién ¡ay! tan helado seria
que mirando tus fúlgidos ojos
no acogiera tormentos y enojos,
anhelando por ellos morir?
¡Vale mas una tierna mirada
de tus ojos benignos y hermosos,
que el coral y diamante preciosos
y que el oro y el rico zafir!

¡Vale mas un desden simulado
de tus ojos brillantes y bellos,
que los nítidos blancos destellos
que nos manda la luna al nacer!
Feliz yo si por siempre la suerte
contemplarlos, mi bien, me dejára;
y á su luz devorante aspirára
aura ardiente de amor y placer!

Feliz yo si á sus rayos divinos
me animára tan dulce esperanza....
mas tal dicha, tal gloria no alcanza
quien nació para solo sufrir!
¿Qué le resta en la mísera tierra
al que en ella vivió *peregrino*?
Qué le resta?...¡Llorar su destino,
padecer, agitarse y morir!

J. M. A. y H.

CRÓNICA DE LA SEMANA.

Las novedades mas importantes de la semana han sido el baile de ceremonia dado por el Presidente del consejo de ministros, en celebridad del dia de S. M. la Reina, y el de la *Esmeralda* verificado en el Circo la noche anterior á aquel, á beneficio de la aérea Guy-Stephan. Antes de dar noticias del primero á aquellas suscritoras de la *Ilustracion* que no le hayan embellecido con su presencia, diremos que la nueva funcion del Circo estuvo tan concurrida como era de esperar, y que si bien el baile pareció á muchos bastante cansado, la encantadora *Esmeralda* estuvo en él tan inimitable como acostumbra, recogiendo muchos y merecidos aplausos, por los cuales la felicitamos cordialísimamente.

El dia siguiente, 19 del presente, solemne en todos los dominios españoles, honraron SS. MM. y AA. el baile del general Narvaez, creado aquel dia Duque de Valencia y grande de España, habiéndonos cabido la satisfaccion de ver de cerca á las Reales Personas, notando con la mayor complacencia la florida salud que brillaba en el semblante de S. M. que tomó parte en la fiesta con toda la alegria de sus pocos años. Llevaba la angélica y augusta Isabel un magnífico trage de seda blanco listado de púrpura, resplandeciendo en su cabeza innumerables brillantes. Casi era igual el tocado de S. A. la señora Infanta Doña Maria Luisa Fernanda, y el de la Reina Madre solo se diferenciaba en el color que era azul en vez de púrpura. Las augustas primas de S. M. vestian, la una trage blanco con viso rosa, y la otra de terciopelo azul, distinguiéndose en ambas aquella elegancia y gracia natural que siempre las adorna; S. A. Serma. el Sr. Infante D. Francisco llevaba uniforme.

Numerosa y brillante era la concurrencia de la que formaban parte todos los individuos del consejo de ministros, embajadores y grandes de España. El primer rigodon lo bailó S. M. con el general Narvaez, S. A. la señora Infanta heredera, con el embajador francés, y las hijas del Sermo. Sr. Infante, con el embajador del Brasil y Duque de Rianzares. Figuraron tambien en dicho rigodon la princesa de Carini, con el conde de Vista-hermosa, y la embajadora de Francia, con el duque de San Cárlos.

Notables fueron la elegancia y lujo que ostentaron á porfia en sus trages las señoras que embellecian con su presencia aquellos brillantes salones, cuyo único defecto era el ser pequeños para tan gran concurrencia. Entre las muchas hermosas que sobresalian por la riqueza de sus adornos, pudimos notar mas particularmente á la señora duquesa de F... la señora de V.. y la señora de C.. que deslumbraban con sus diamantes no menos que con su hermosura. Entre las personas notables que allí vimos, debemos hacer particular mencion de nuestra ilustre colaboradora y amiga la señora condesa de M.... que tan bella como distinguidamente vestida, representaba dignamente el buen tono y el buen gusto *Parisiense*.

El baile duró hasta cerca de las cinco, pero SS. MM. y AA. se retiraron á las tres ó proximamente.

MODAS.

¿Que podemos decir de modas que parezca nuevo á las bellas madrileñas que en el baile que acabamos de describir ligeramente, han ostentado las mas elegantes é improvisado algunas llenas de gracia y de coqueteria? Diremos únicamente que hemos observado que los trages de Pekin son de un gusto distinguido, y que sientan perfectamente á las jóvenes los vestidos de crespon ó gasa con dos faldas ó guarniciones numerosas, con tal que sean sencillas. Para abrigo á la salida nada nos ha parecido comparable á las peregrinas de armiño, á no ser las *visitadoras* de terciopelo verde oscuro, que confesamos son nuestras predilectas.

ADVERTENCIA.

Rogamos á nuestros lectores de provincia que renueven con tiempo la suscricion, si no quieren sufrir retraso en el recibo de los números.

En los puntos donde no haya librerías, pueden remitir una libranza sobre correos á favor de la Redaccion, sita en la calle de la Luna número 14 cuarto principal de la derecha.

MADRID 1845.-EST. LITERARIO-TIPOGARFICO DE P. MADOZ Y L. SAGASTI.

MADRID 1845. DOMINGO 30 DE NOVIEMBRE. NUM. 12.

LA ILUSTRACION.

ALBUM DE LAS DAMAS.

LA MUJER.

(CONCLUSION.)

o mas notables, que siendo efecto de este descuido el mayor número de los males que afligen las sociedades modernas, los hombres aparentan ignorarlo, cuando sienten las consecuencias punzantes y desastrosas del egoismo, de la inmoralidad y de la irreligion. Porque ¿dónde existe antes que en el corazon de la mujer, el sentimiento de la caridad, el instinto de la virtud, el gérmen innato de la religiosidad?—Y si el hombre descuida la cooperacion de estas celestiales cualidades para la educacion social ¿adónde las hallará?—En buen hora que él siembre en la adolescencia y en la edad adulta, las semillas del amor al trabajo, la perseverancia, el valor y el heroismo; cualidades todas que dependen de la enseñanza del cuerpo y del espíritu; pero deje ó la mujer las relativas á la educacion del corazon, cuyas máximas sembró Dios en el suyo esclusivamente.

Además de este mal, que influye tanto en el porvenir de la humanidad, el destinado á la mujer se halla contrariado por la fatal influencia de las pasiones varoniles en la marcha progresiva de las sociedades modernas: marcha en la cual aparecen tendencias y resultados que podian hacer creer que la mujer no constituia la mitad del género humano. En efecto, no solo se la ha privado de las atribuciones que la son especiales en la educacion de la familia, sino

que son tratadas como hombres para los demas actos en que se las permite figuren. ¿Pero cuáles son estos? — Los que importa á los hombres sostener y fomentar, para aliviarse del peso de la subsistencia de la mujer. De este modo las sociedades modernas, conviniendo con la máxima evangélica de la libertad de la mujer, la impusieron la obligacion del trabajo, que bajo el régimen de la esclavitud no tenia. Entonces, considerada como puro objeto de placer para el hombre, este á lo menos era galante y generoso, tomando á su cuidado la subsistencia del ser débil que sometia á sus caprichos; pero desde que el brazo de Dios rompió tan infames cadenas, el antiguo tirano, oyendo á la dulce compañera que no obstante ser libre le pedia amparo y proteccion, la respondió con cruel egoismo: *trabaja y vivirás.*

De esta manera se impuso á la mujer una condicion social contraria á su naturaleza, y se desatendieron de todo punto las condiciones propias de su existencia. Asimilada con los hombres para el trabajo material de la produccion, perdió sus cualidades instintivas, y de agente moralizador y benéfico de la sociedad humana, se transformó en instrumento de fuerza. De consiguiente, sufrió y sufre todas las consecuencias de la viciosa organizacion del trabajo moderno; en la infancia consume en el taller las horas que deberia permanecer bajo el techo doméstico, ayudando á la madre en las tiernas tareas de la familia; adolescente, lucha contra la corrupcion seductora de las fábricas; adulta, ve aumentarse sus fatigas con los deberes de la maternidad: y en todas estas épocas y circunstancias, la sociedad injusta no recompensa sus tareas en razon al esmero y solicitud que emplea, sino en proporcion material con la labor que hace, ó lo que es lo mismo, de la escasa fuerza y robustez que la Providencia la ha dado.

Y sin embargo, esta misma sociedad tan avara para recompensar el trabajo de la mujer, es pródiga en imponerle deberes, obligaciones y necesidades, pues generalmente hablando, la mujer tiene mas que el hombre. De esta desproporcion entre aquel y esta, resultan graves trastornos en la familia, trascendentales consecuencias en la sociedad.

Una pequeña parte del bello sexo nace bajo una estrella mas feliz que la que persigue á la generalidad de sus compañeras: mas no por esto deja de sufrir los efectos de la educacion descuidada y del vacío en que se hallan cuando su influencia podia ser mas beneficiosa. La naturaleza las dió instintos y pasiones tiernas, la virtud por patrimonio, la religiosidad por alimento de su corazon. Tan bellas cualidades, secundadas por la educacion, harian de la mujer un ángel sobre la tierra pero la sociedad lo ha perturbado todo; les cerró la fuente celestial de los goces puros, del influjo benéfico y virtuoso, y en cambio les abre las puertas mundanas de la vanidad. Una viciosa educacion las empuja al peristilo, y la torpe adulacion de los hombres les marca como un término glorioso de sus esfuerzos el goce de aquellos homenages, que deberian estar reservados á la cultivada inteligencia y á la constante virtud. Entre tanto, la naturaleza, contrariada en sus tendencias y en sus fines, hace víctima á la mujer de las mismas instituciones humanas que no la protejen, y el hombre sin conocer su error cubre de flores el borde y ahonda el precipicio de la virtud mujeril. Y como si no fuera bastante tanto egoismo y tanta seduccion, un sentimiento de severidad hipócrita é infernal, condena y anatematiza en el ser débil el desliz de la flaqueza, que con un sello criminal tolera, disculpa ó tal vez aplaude en el ser fuerte é ilustrado. Asi termina la mujer en la carrera del vicio una existencia destinada para la virtud.

R. DE LA SAGRA.

CLEMENTINA Y CONSTANZA

ó

EL CRIMEN INVOLUNTARIO.

Capitulo tercero.

¡Oh! ¡y cuan bello debe ser ese mundo que habitan hombres como Saint-Velmar! ¡Qué feliz la mujer que posee un hermano, un amante, un esposo tan amable como el Conde!

Asi pensaba Clementina cuando reclinada

en su lecho llamaba inútilmente al sueño, antes veloz para complacerla, y cuando al fin consiguió dormirse, soñó tenazmente con coches rotos y con música italiana.

Al dia siguiente se levantó mas tarde que de costumbre, y su primer pensamiento correspondió á los últimos de la noche, pues corrió al piano á ensayar sus mejores canciones, para lucirse con ellas cuando viniera Saint-Velmar. Por la tarde se adornó con esmero y no obstante estar el tiempo húmedo y frio, correteó por la carretera de Marsella, imaginando á cada instante que percibia el ruido de un carruaje ó el galope de un caballo. ¡Vana esperanza! la noche enlutó á la tierra y nadie apareció en la quinta de N.....

Clementina por primera vez de su vida tuvo mal humor: al regresar de su inútil correria echóse tristemente en un viejo sitial y fué preciso una dulce queja de Madama Belmourt para sacarla de su meditacion.—Vamos, hija mia, dijo la escelente viuda, acércate y hablaremos de unas preciosas semillas que he recibido, y que enriquecerán tu jardin con una nueva clase de claveles los mas raros y lindos que has conocido.—Hablaremos de eso mañana: hoy... no sé por qué, mamá, detesto las flores.—Pues ven y leeremos unas poesias que he encontrado esta tarde entre mis viejos papeles: unos versos que yo inspiré cuando era jóven y bonita como tú.—Soy bonita, mamá?... creeis en efecto que los hombres me hallarán hermosa? —Y qué! deseas mucho agradar á los hombres, cuando aun no los conoces, hija mia? —No es eso: ya se vé! á los que no conozco poco me importa agradarles ó no: pero.... ¿creeis que Saint-Velmar no habrá conocido jóvenes tan bonitas como yo? Decidme la verdad.

Madama Belmourt guardó un instante de silencio, admirada de la repentina vivacidad que observaba en su educanda, y del empeño con que procuraba inquirir el efecto que sus gracias podrian causar en el Conde: por desgracia, la amable viuda era mas tierna que prudente, mas complaciente que previsora, y conociendo que aquella conversacion agradaba á su Clementina, la continuó en unos términos poco apropiados para moderar el naciente entusiasmo de la doncella. — Saint-Velmar, dijo, habrá visto muchas mujeres hermosas; pero cúal posee los encantos de mi hija? ¿qué joven del mundo le habrá presentado ese candor, esa inocencia, esa naturalidad que te hace tan hechicera? —Asi pues, observó Clementina con infantiles gestos de alegria, volverá á vernos: no es verdad?—Yo creo que le tendremos aquí mañana muy temprano.—¡Mañana! ¿qué hora es, mamá?—El reló señala las ocho.—Las ocho de la noche! ¡Ay Dios mio!... el tiempo anda como un viejo con muletas! ¡Cuántas horas han de pasar antes de que salga el sol!... Mamá, ¿no seria bueno irnos á acostar? Durmiendo no se siente esta pereza del tiempo me moriria de impaciencia, si hubiese de contar uno tras otro los eternos minutos de esta noche.

Madama Belmourt suspiró: un instinto maternal la revelaba que corria inminente peligro la felicidad de su adorada niña: pero era débil, como lo son regularmente las personas demasiado buenas: temia descorrer el velo de inocencia que cubria los ojos de Clementina, aun para advertirla el riesgo, y al obedecer la indicacion que acababa de hacerle, se limitó á rogarla, casi con timidez, que no se dejase dominar de sentimientos exaltados, que estravian la razon y perturban la tranquilidad. Acostóse Clementina suspirando por el dia y rogando á su ángel custodio que inspirase al Conde el deseo de verla muy temprano! Madama Belmourt se acostó tambien, pensando en la vehemencia con que se anunciaban las pasiones en su adorada y hasta entonces apacible educanda, y tambien rogó al ángel custodio de la huerfanita que alejase de ella al peligroso mortal que habia aparecido allí, como por encanto, para turbar la calma de su inocente corazon. ¿A cual de las dos súplicas se mostraria propicio el celeste espíritu á quien se dirigian deseos tan contrarios?... A juzgar por los acontecimientos del dia que siguió á aquella noche, que Clementina llamaba *eterna*, deberiamos creer que dió la debida preferencia á la razon sobre el sentimiento, pues el dia pasó y Saint-Velmar no se dejó ver.

Esta vez el enfado de Clementina llegó á tener visos de cólera. No quiso hablar mas de aquel olvidadizo viagero: dijo que volvia á amar apasionadamente sus flores y sus pájaros, á pesar de que no quiso ver ni á las unas ni á los otros: criticó con amargura la música italiana y declaró que siempre preferiria la francesa. Sin embargo, no acertaba á hablar de otra cosa que de aquello que tenia alguna relacion con el objeto de quien queria olvidarse; y apenas se distrajo un momento de aquella importuna idea, cuando al caer de la tarde vinieron en comparsa algunas jóvenes labradoras de las cercanías, á rogarle las favoreciese asistiendo en compañia de su madre á un baile que daba aquella noche el buen Marcelo, arrendatario de una granja vecina, en celebridad del casamiento de su hija mayor, la graciosa Margarita, que siempre habia sido una de las amigas mas queridas de Clementina.

Mda. Belmourt, que se afanaba por alegrar á la displicente niña, se apresuró á aceptar el convite; pero Clementina, aunque dócil á la voluntad de su bienhechora se dispuso para la fiesta, manifestaba en su semblante el ningun placer que se prometia en ella. Sin embargo, luego que se hubo vestido con algunos sencillos adornos propios de su edad, quedó tan bella que Mda. Belmourt embelesada no pudo prescindir de un impulso de orgullo y regocijo, y la abrazó esclamando: que divina eres, hija mia! cuán dichosa soy al contemplarte! Aquella caricia, aquel placer que inspiraba á su bienhechora, y la dulce lisonja que escuchaba de unos labios que veneraba, disiparan algun tanto el mal humor de nuestra jóven heroina, que se presentó en el baile tan risueña y tan amable como de costumbre.

Al principio se divirtió, sin advertirlo ella misma, con la alegria general y con los obsequios que la dirigian los novios y sus familias; pero poco á poco fue cansándose y sin saber como, sorprendió á su propio pensamiento que sin el consentimiento de su voluntad se iba volando a Marsella en busca de Saint-Velmar. Clementina se enoja consigo misma, quiere sacudir el importuno recuerdo, baila, se rie, aparenta un absoluto olvido... pero mentia! Lo conoce, se aflige, se irrita y escondiendo su despecho en el rincon mas oscuro de la sala se abandona al llanto que no puede reprimir.

En aquel instante un ruido insólito en aquel paraje y en aquella hora, (eran mas de las nueve) se deja oir entre la algazara del baile. Un carruage acaba de parar delante de la modesta granja de Marcelo, y un lacayo cuya presencia produce una sensacion general de respeto y admiracion en aquellos campesinos, anuncia al conde Arturo de Saint-Velmar.

(Se continuará)

AVES CUBANAS.

El celo y la vigilancia duran tanto tiempo cuanto reclama la conservacion de la nueva familia, permaneciendo los padres constantemente sobre el nido ó en sns cercanias. Pero algunas especies, como los *Gallitos*, le abandonan durante el dia á la accion benéfica del sol sobre las yerbas flotantes de las lagunas, y le cobijan solo cuando la frescura nocturna hace preciso el caloroso abrigo de su plumage.

Mientras que estos y otros pájaros amantes uidan asi su prole en la ausencia del astro del dia, el silencio de los bosques es perturbado por los gritos y silvidos estraños de las aves cazadoras, que recorren los tortuosos senderos y el laberinto de las enramadas, en busca de los murciélagos y reptiles nocturnos, ó celebran bulliciosas el triunfo conseguido sobre el incauto pez que salta en la laguna. Entonces tambien el solitario *Guanabá* entona su canto melancólico, indicio de desventura ó muerte para el indio del continente; pero que el campesino cubano, incrédulo á preocupaciones, oye con indiferencia. Al mismo tiempo otras especies pequeñas cruzan el aire con la rapidez de la flecha, para cazar al vuelo las *Falenas*, las *Noctuas* y los *Colcópteros fosfóricos*, que cual estrellas errantes repiten en el bosque la bóveda del firmamento. Pero con mas particularidad, al terminarse la noche es cuando aumentan su actividad y energia las aves madrugadoras, en perseguimiento de los numerosos insectos, reptiles y peces que huyen al amanecer á esconderse en sus guaridas, despues de haber ofrecido en la oscuridad que prefieren, un cuadro de animada vigilia desconocido en Europa.

Entre las especies sedentarias que no abandonan jamás el suelo de la preciosa isla, unas le son peculiares, otras se encuentran tambien en climas análogos del Nuevo Mundo, y algunas cosmopolitas, como la *Garza blanca* y la *Gallareta de pico blanco* son igualmente conocidas del labrador europeo y del negro cultivador de las Antillas. Pero el número mas considerable abandona aquellos bosques y lagunas al aproximarse la estacion de los calores y emprenden á las regiones septentrionales los largos viages que dejamos indicados. Durante ellos, el mismo instinto de prevision demuestra la sabiduria de la Providencia y el orígen divino de sus admirables leyes. Las ancianas de cada tribu reunen en determinados parages los escuadrones del ejército viagero, y en el dia y en la hora conveniente, por causas que aun son desconocidas al hombre, hacen resonar el grito de partida y se remontan en los aires, dirigiéndose al punto del firmamento que corresponde á la region que las espera. Unas especies, como los *Cocos*, forman en dos alas un ángulo sumamente abierto, cuyo vértice avanzado ocupan los viejos, prácticos en estas caravanas, para dar la señal de alarma cuando se descubre algun enemigo: otras como las *Garzas* describen con sus legiones un estenso arco de frente, donde se sitúan las vigilantes centinelas. Al anuncio de algun peligro cambian de direccion repentinamente, sin alterar su órden ni perder de vista el término del viage. Igual sagacidad demuestran en sus paradas esco-

siendo los parages mas propicios y no confiándose jamás en el silencio y soledad aparente, sino en la vista penetrante de sus guias, apostadas sobre los picos de las rocas ó la cima de los árboles. Asi abandonan la region venturosa de las brisas, donde van á reinar el calor y la humedad, agentes activos de la vida vejetal, justamente cantados por Lucrecio, y dejan tranquilos por algunos meses á los habitantes de las lagunas y marismas, quo á su vez se entregan al solaz y al contento; asi alterna la naturaleza las escenas en aquel país, sin reposo para la vida y el movimiento. Las aves hermosearon sus campiñas en la estacion seca, cuando la vejetacion daba sus azucarados y suculentos productos; y ahora que las ramas brotan de nuevo, las enredaderas se cruzan, las plantas parásitas inundan las cimas de los árboles y las flores se anuncian en innumerables botones, los huéspedes alados parten á regiones remotas en busca de las condiciones que les son propicias. El viagero tan religioso, rodeado de tantos prodigios, al ver pasar sobre su cabeza aquellas bandadas dirigidas por la Providencia, se postra para bendecirla, reconocido de ser tambien objeto de su solicitud divina.

Ramon de la Sagra.

GALERÍA DE MUJERES CÉLEBRES.

SIMROU BEGGHUM.

No es privilegio esclusivo de la culta Europa enriquecer la historia de los monarcas con gloriosos nombres femeninos: resonando el de Simrou Begghum á las orillas del Ganges, no solamente se ha estendido por la India, sino que ha llegado hasta nosotros, probándonos que en todos los paises del mundo el talento y el valor son la verdadera *fuerza*, y que no es esta patrimonio particular de ningun sexo.

Situado entre las vastisimas posesiones de la India Británica está el principado de Serdanar, antigua provincia entre el Gánges y el Djemma, y teatro de las aventureras proezas de un soldado francés, que supo con su denuedo y destreza erigirse en ella un trono, mientras retemblando en sus cimientos el inmenso imperio del Mogol anunciaba su próxima caida.

Llámase Sombre aquel bizarro aventurero y Simrou Begghum la jóven persa con quien se casó por los años de 1776. Dejola muy presto viuda, y habiendo sido súbita su muerte, quedó desconocido el parage en que se ocultaban los grandes tesoros que habia en poco tiempo acumulado, y el gobierno de su principado envuelto en los mayores conflictos. Simrou se propuso libertarlo de ellos y vendiendo sus joyas que eran de gran valor, regaló su producto al erario, poniendose ella misma al frente del pequeño ejército que defendia á aquel reciente reino, cuya existencia al parecer debia ser tan precaria.

El valor y la constancia de la jóven persa lograron mantenerlo á pesar de los enemigos esteriores y de los interiores conflctos, protegiendo ademas generosamente al tierno heredero de aquellos dominios, que era un hijo de Sombre habido en una cristiana. Sin embargo, no entraba en las ideas de la heroina persa ceder á nadie el trono que solo subsistia por sus gloriosos esfuerzos, y se declaró soberana con general aprobacion de los Serdanarienses, partiendo poco despues su poder con el distinguido frances Mr. de Levasseau general de su ejército y no menos célebre en aquellos paises por su valor personal, que por sus conocimientos politicos.

El amor de la princesa Begghum hácia su nuevo esposo fue tan vehemente y sumiso que Levasseau, desdeñando el rango supremo á que se veia elevado y suspirando por su patria logró decidirla á abandonar el reino para seguirlo secretamente á Francia. Descubiertos y aprisionados en su camino los dos fugitivos esposos se vieron bien presto separados, y Semrou en el primer trasporte de su dolor intentó ahogarse con un grueso brillante que se tragó. Su esposo al saberlo, creyendo que efectivamente habria muerto se suicidó en su prision: pero la princesa no habia conseguido su objeto: vivia aun, y no pasó mucho tiempo sin que se lo hiciese sentir á sus enemigos.

El príncipe desposeido, esto es, el jóven Sombre, habia tomado el timon del gobierno con el auxilio de sus partidarios que juzgando un crímen contra el Estado la fuga de la prin-

cesa, pedian á grandes gritos su suplicio, no satisfechos con haberla sepultado en el mas inmundo calabozo. La animosa persa que pasados los primeros momentos de arrebato, habia recobrado toda la osadia y firmeza de su carácter, logró evadirse de aquel encierro, y reuniendo en poco tiempo un considerable ejército decidido á morir por ella, batió completamente á sus enemigos, hizo prisionero á su rival, y para mas asegurar el poder supremo segunda vez conquistado, hizo espontánea donacion de sus estados á la compañia inglesa de las Indias, para despues de sus dias.

Desde entonces solo se ocupó con infatigable celo del bienestar de sus súbditos, mejorando el gobierno, y reprimiendo vigorosamente los abusos. Su conversion á la fe católica, que se verificó cuando celebró su segundo enlace, la puso en relaciones con las córtes de Roma y Francia, encontrando en ella los súbditos de esta última una decidida proteccion. El rey Luis Felipe recibió hace muchos años ricos regalos de la ilustre soberana de Serdanar, con una carta afectuosa en estilo verdaderamente oriental y un retrato al óleo de su autora, que fue espuesto en la sala de audiencia de Paris, donde acudió á contemplarlo la curiosa multitud. Simrou, aunque contaba ya cerca de un siglo, cuando se hizo dicho retrato, conservaba una fisonomia espresiva y agradable, y se echaba de ver que no habia sido inmerecido su nombre (1).

Los tesoros acumulados por aquella princesa han sido graduados en 10 millones de duros y es de notar que lejos de haber sido avara, su liberalidad no la ha hecho menos célebre que su talento, siendo del número de aquellos mas favorecidos por su generosidad los descendientes de su primer marido, no obstante el mal comportamiento que tuvo con ella Pablo Renato Sombre, su rival en el trono.

Cuando se escribió la biografia que nos ha suministrado las noticias que de tan notable mujer acabamos de dar á nuestros suscritores, aun vivia feliz y venerada en medio de sus súbditos, cuya suerte habia considerablemente mejorado: pero no hemos podido averiguar con certeza, si aun conserva el mundo á aquella decrépita princesa, cuyo ingenio parecia gozar el envidiable privilegio de no envejecer jamas.

(1) *Simrou* quiere decir *semblante de plata* ó de *brillo de plata*.

APUNTES CURIOSOS.

En 1472 salvó á Beauvais Juana Hachette. Por muchísimo tiempo todos los años el 10 de julio salia una procesion en memoria de este acontecimiento, en la cual las mujeres ocupan el primer lugar presidiendo á los mismos municipales. En 1636 se distinguieron muchas damas en la defensa de San Juan de Lone. Mr. Ussieux hizo objeto de un drama heróico á aquellas heroinas, cuyos nombres no se nos han trasmitido.

Socrates formó su divina moral en los coloquios con la noble y virtuosa Teotina.

Pitágoras decia que habia debido su filosofia á las conversaciones con su hermana. La hija de aquel grande hombre fue tan distinguida por su saber, que mereció se la considerase como un rival de su mismo padre.

De la hija de Aristipo se dijo que habia heredado el genio de Sócrates.

Cornelia, madre de los Gracos, enseño la elocuencia á sus hijos.

La hija de Hortensio subyugo á los triunviros con su poderosa palabra, obligándolos á disminuir un exorbitante impuesto que habian decretado.

POESÍAS.

LA CATEDRAL DE OVIEDO.

Dedicada á mi hermana Dotorea.

Noble, severa, magestuosa y vana,
Grande como las glorias de Castilla,
Y ante cuya cabeza soberana
Inclina San Pelayo la rodilla;

Sus tristes cantos despliegando ufana
Sobre el rumor de la caduca villa,
Y hollando el tiempo con altiva planta
Tu Catedral, Asturias, se levanta.

La misteriosa luz que se derrama
A través de los vidrios de colores
De inspiracion el corazon inflama,
Como el rocío á las pintadas flores.
De mil antorchas á la roja llama
Yo contemplé tus góticas labores,

Y tus bellezas espresar no puedo,
Clavel arquitectónico de Oviedo.

Te ví, cuando la luz de la mañana
Reflejaba en tu cúpula sombría,
Cuando la luz del sol, al mar cercano
Los últimos destellos despedia;
Y la niebla mortífera y liviana
Que del alto Niaranco descendia
Aunque ligera la ciudad recorre
No osó tocar tu delicada torre.

Tú levantas la frente carcomida
Do cada siglo imprime un nuevo sello.
Cual hermosa matrona envejecida
Que lleva mil collares á su cuello;
En tanto que á tus pies yace tendida
Mostrando encanecido su cabello,
Cual un leon que por tus glorias vela,
La ciudad del católico Fruela.

Y apenas en tus losas perfumadas
Hincara yo mi trémula rodilla,
Me indicaron mil testas coronadas
Que estaba del Rey casto en la capilla:
Yo contemplé las urnas cinceladas,
Do yacen los infantes de Castilla,
Hermosa Catedral! que en tus dinteles,
Se enlazan de mi patria los laureles!

Cuando el matiz de la azulada aurora
Ilumina tus pardos torreones,
Y el aúreo manto de tus reyes dora
Al través de calados rosetones;
Cuando con luz fantástica colora
Tus flores recamadas, tus blasones,
Te presta un nuevo manto de alegria
Frágil tal vez, como la dicha mia.

A tus umbrales llegué
con el alma envenenada,
y en mi solitaria fe,
tu misteriosa morada
con mis lágrimas regué

En tus aras se enjugó
mi desesperado llanto,
y mi jemido se alzó
cual el monotono canto
que de tus tumbas salió.

Que en el recinto sagrado
de tus mármoles pulidos,
bajo tu techo dorado,
son mas fuertes los latidos
de un corazon destrozado.

Escucha ¡oh tú! que velaste
sobre cien generaciones!
tú, que esenta de pasiones
con tu faz pétrea juzgaste
las mas tiernas emociones.

¿Has oido nunca, dí,
plegaria como la mia?
¿En tu carrera sombria
ha penetrado hasta tí
mas negra melancolía?

No; que con gigante anhelo
mi corazon se elevó,
y ya muy cerca del cielo
perdido su ráudo vuelo
al mundo otra vez cayó!

Mas yo vendré, pues tu sombrio aspecto
En armonia está con mis pesares,
Yo vendré de tus góticos altares,
A contemplar el fúlgido primor;
Y en tanto que á tus aras sacrosantas
Demanda inspiracion la lira mia,
Mire *Dolly* á sus pies mi poesia,
Como una débil prenda de mi amor.

ROBUSTIANA ARMIÑO GOMEZ.

A mi querida amiga la señorita de Avellaneda (1)

¿No escuchais esos célicos cantares
Henchidos de ternura y poesía,
Que disipan del alma los pesares
Halagando la rica fantasía?

¿No veis como se pierden en los mares
Entre las sombras de la noche fria,
Y se elevan despues al alto cielo
Legando al corazon dulce consuelo?

Esos son los acentos armoniosos
Que á lo lejos murmura fresca brisa
Y repiten en ecos cadenciosos
El nombre de la ilustre poetisa.

¡Gloria y honor del suelo americano;!
Yo te saludo de entusiasmo llena,
Y por orgullo de mi sexo, ufano
Al contemplarte el pecho, se enagena.

Esa corona que en tu frente brilla
No te la dan mezquinas ambiciones:
Es recompensa noble, sin mancilla
Que alcanzas con sublimes creaciones.

Al vibrar de tu lira armoniosa
Encienden mas las nubes su arrebol,
El viento duerme en la aromada rosa
Y en su carrera se detiene el sol.

Trasmitirás de historias ignoradas
Nombres que un tiempo fúlgidos brillaron,
Y al bajar á las últimas moradas
Sus glorias en el polvo sepultaron.

(1) No a causa de la dedicatoria, sino *á pesar de ella* y por complacer á su amable autora que nos lo exije, insertamos la presente composicion que la modestia de la directora del *Album de las Damas* no nos permite publicar sin esta manifestacion. N. de la R.

Por ti renacen, mi querida amiga;
A darte lauros los evoca el genio,
Y nada habrá, lo sé, que no consiga
Tu creador y peregrino ingenio.

Mas sé indulgente con el débil canto,
Que si un átomo es para tu gloria,
De la amistad bajo el benigno manto
Me atrevo á presentarte cual memoria:

¡Bendígate el autor del firmamento
Cual mi labio pronuncia en este dia!
Nada turbe ¡oh amiga! tu contento...
¡Y sé dichosa cual mi pecho ansia!

JOSEFA MORENO NARTOS.

MAÑANA.

(IMITACION DE PARNY.)

No mas para mí, Elisa,
brillen tus ojos, ó hable tu sonrisa:
no mas traidor en amoroso juego
me ofrezca el labio puro,
miel qué trueque perjuro
de ponzoña mortal en vivo fuego.

¿Para que son amores
si mientras mas fogosos, tus rigores
en humo vano, Elisa, los convierte?
No mas necia esperanza
que nunca el bien alcanza;
y dolores no mas que te diviertan.

Mañana siempre dices
tus votos cumpliré; pero, infelices
mientras el tiempo de promesa vana
disipa la quimera,
tambien la primavera
marchita de la edad cada *mañana*.

Así que tus engaños
no siempre durarán. Los tristes años
sobre tu faz imprimirán su huella,
y *mañana* seremos,
por mas que lo lloremos,
menos ardiente yo: tú menos bella.

Y de esperar cansado,
veràsme de la arena retirado,
inútil lidiador; y tú, mi dueño,
mañana y cada dia
llorarás tu porfia,
y del amor perdido el dulce sueño.

RAFAEL MARIA BARALT.

CRÓNICA DE LA SEMANA.

Teatro del Príncipe.—Ninguna novedad ha presentado y lo sentimos por que quisieramos que se lucieran á menudo la Sra. Diez y el Sr. Romea. El sábado de la anterior semana, estuvieron estos dos actores inimitables en la traduccion del Sr. Navarrete *Muger gazmoña y marido infiel*, no desmereciendo en nada los demas actores que tomaron parte.

Liceo.—En la sesion del juéves, tomaron parte los ocho cantores montañeses del Conservatorio de Bañeras, que se hallan en esta capital. Sus cantos llenos de melancólica armonía, producen un efecto sorprendente. Cantan sin acompañamiento alguno, sin que por eso desafinen. La concurrencia fué tan numerosa como escogida, y aplaudió con entusiasmo las piezas que ejecutaron, que fueron las mismas que cantaron en el Real Palacio hace pocos dias.

Muy pronto se cantará en la Cruz, la ópera titulada *Los Puritanos*, que será ejecutada por la Rosseti, Moriani, Ferri é Inchindi. Parece que en seguida se pondrá en escena *Il Nabuco*, que cantará la Rafaelli y Mirate.

En el *Instituto Español*, se han puesto en escena dos piezas, tituladas la una el *Tio Pablo ó la Vocacion*, y la otra *Dos muertos y ninguno difunto*. En ambas estuvo feliz como siempre el Sr. Lombia, y si los demas actores no estuvieron desgraciados, estrañamos el aplomo con que se ejecutaron las primeras piezas que el Sr. Lombia puso en escena. Nos tomamos la libertad de advertirle, que para que sea provechosa la mejora que ha introducido de hacer desaparecer al apuntador de la escena, es preciso que no se deje oir la voz de los traspuntes; y al asistir nosotros á la representacion de las piezas indicadas, notamos que los traspuntes se oian tanto como pudiera oirse el apuntador.

En este teatro se va á poner en escena: *La pandilla ó la eleccion de un Diputado*, á la que seguirán las traducciones, *La peste de Irlanda*, *El guarda-bosques*, y *las pesquisas de Patricio*.

MODAS.

Los sombreros de terciopelo con una pluma ancha y ondulante van prevaleciendo sobre los que dieron la ley al principio del verano.

Los trages oscuros con blondas negras continuan siendo del mejor gusto. El Pekin en los vestidos de sociedad, sienta perfectamente á las señoras que *ya no son niñas*. En el número próximo nos ocuparemos detenidamente de las nuevas invenciones que la entrada del invierno hace brotar en abundancia de todos los talleres modísticos.

ANUNCIOS.

Los últimos y escasos ejemplares que aun restan existentes de la interesante novela titulada *Dos mugeres*, de la señorita Avellaneda, se hallarán de venta á 6 rs. cada tomo, en la redaccion de este periódico, calle de la Luna núm. 14, cuarto principal de la derecha.

LA GUERRA DE LAS MUJERES, por Alejandro Dumas, que se reparte gratis á los suscritores á este periódico, se venderá por tomos separados, y se admiten suscriciones en las mismas librerias en que se despacha aquel.

MADRID 1845.-EST. LITERARIO-TIPOGARFICO DE P. MADOZ Y L. SAGASTI.

MADRID 1845. DOMINGO 7 DE DICIEMBRE. NUM. 13.

LA ILUSTRACION.

ALBUM DE LAS DAMAS.

MISION DE LA MUJER.

Fragmentos entresacados de la obra que con dicho título ha traducido del francés la señorita Rubiano y Santa Cruz.

La influencia y el poder son los dos medios de accion de que se valen los hombres en sus relaciones respectivas. El poder se ejerce bajo la forma de la autoridad, y se halla limitado en su esfera de accion; pero el origen de la influencia deriva de las simpatías del género humano, y sus operaciones llegan á ser ilimitadas. Para decidir sobre la preferencia que debe darse á uno ú otro de estos principios, como que contribuyen á formar el carácter del hombre, dirijamos una mirada alrededor nuestro. El poder que regla todas las acciones humanas, ¿es capaz de obrar sobre las opiniones? ¿Está en él modificar las disposiciones naturales, inculcar los sentimientos, y reformar el carácter de los individuos? No: estas cosas pertenecen al dominio especial de la influencia, pues los hombres resisten casi siempre al poder, mientras conceden á la influencia una sumision involuntaria.

Este poderoso móvil reside en la mujer: nadie puede dudarlo.

Partiendo de este principio se nos presentan naturalmente dos consecuencias. La primera es la responsabilidad que pesa sobre ella: la segunda es que á aquella poderosa influencia, que posee, mal entendida ó no bien dirigida, es preciso atribuir en gran parte la lentitud del progreso del género humano en su regeneracion moral.

Los filántropos han buscado la causa en los vicios de las instituciones políticas, en los límites de la civilizacion intelectual, y la mejora de aquellas y el desarrollo progresivo de esta, se les han presentado como paliativos provisionales de aquel mal profundo. El error que proviene de los principios á *priori*, no se rectifica por medio de la aplicacion posterior de algunas reglas

filosóficas. En vano el jardinero prodiga sus cuidados á una planta dañada en sus raices: puede hacer ciertamente que se descubran algunas hojas ó flores; pero como el jugo que las da vida está envenenado, su duracion será corta, y la planta perecerá en breve.

Los ideólogos políticos esperan resultados morales cuando las instituciones sociales hayan sido mejoradas; pero está probado que tal mejora es mas bien el efecto que la causa del progreso moral entre los individuos; pues es necesario alguna virtud en los hombres para conducirlos á desear buenas instituciones, y este es el paso que precede á su establecimiento.

Napoleon preguntaba un dia á la señora de Campan.—Qué falta á los franceses para ser bien educados?—Les faltan *madres*, respondió aquella dama.—Pues bien, repuso pensativo el Emperador, *es necesario formar madres!*

De todas las influencias morales la de las madres es sin contradiccion la mas poderosa. La ilustracion y las virtudes de los Estados dependen esencialmente del carácter maternal: en una palabra, él solo decide los destinos del linage humano.

¿Hemos, pues, dado demasiada importancia á la mujer? ¿No haremos un servicio á la humanidad procurando que los hombres se penetren de la idea de aquella influencia, ilustrándolos sobre su naturaleza y su estension?....

Los preceptores buenos sacan discípulos instruidos; pero únicamente pertenece á las madres el formar hombres de bien.

Un gobierno aconseja y moraliza; pero una madre graba sus leyes en el corazon, y nos hace amar lo que aquel, á lo mas, logra hacernos creer.

El grande hombre, á quien ya hemos nombrado, se complacia en repetir que debia su elevacion á su madre. ¿Y quién no descubre en el carácter y la conducta de Luis XIII la debilidad, ingratitud, é inconsecuencia de su madre? ¿Quién no reconoce en Luis XIV las pasiones de una mujer española; aquellas galanterías, á un tiempo afectuosas y románticas; aquellos terrores de un devoto; aquel orgullo de un déspota, que exije se humillen ante el trono como al pie de un altar? Se ha dicho que la mujer que dió el ser á los Corneilles tenia un alma grande, un talento elevado, unas costumbres severas, y que se parecia á la madre de los Gracos. Al contrario la madre del jóven Arouet era viva, burlona, galante, y marcó con estos rasgos el carácter de su hijo, encendiendo en su genio aquel fuego que debia iluminar y al mismo tiempo consumir, produciendo obras maestras y deshonrándose con torpes bufonadas. La mayor parte de los grandes hombres han nacido de mujeres distinguidas.

No todas las mujeres pueden poseer una inteligencia sublime, pero ninguna existe que no pueda ser ilustrada por la educacion, y el carácter de madre les presta una dignidad que subyuga siempre á aquellos á quienes la naturaleza sometió desde su nacimiento á su poderosa influencia. ¡Influencia cuya estension general no será nunca bastante encarecida!

Cualesquiera que sean las leyes de un pais, las mujeres deciden de sus costumbres. Libres ó esclavas, ellas reinan siempre, porque ejercen su poder sobre las pasiones.

¿Quereis conocer la situacion política y moral de un pueblo?

Preguntad qué lugar ocupan en él las mujeres.

Pero si la influencia de la mujer es un hecho incontestable ¿por qué inconcebible olvido se ha descuidado un agente tan universal? ¿Cómo los moralistas en vez de llamar en su apoyo al mas dulce, al mas enérgico de los poderes, han trabajado por debilitarlo, y los legisladores se han ligado para presentarlo como funesto?....

Hubo un tiempo en que la hermosura luchaba sola contra la barbarie; encerradas las mujeres en los castillos adoptaban las pasiones de sus tiranos para mitigarlas, é hicieron de la galantería el comienzo de la civilizacion.

Wordsworth ha dicho.—«La mujer es un ser cuya respiracion es un pensamiento: es un viajero suspendido entre el cielo y la tierra. Se me figura criada espresamente para educar, consolar y dirigir. Su talento, á un tiempo dulce y brillante, parece que ha robado alguna parte de la luz con que resplandece el ángel.»

El célebre Felenon opinaba.—«Que la educacion de las mujeres es mas importan-

te que la de los hombres, pues la de estos es obra de aquellas.»

El egoismo político y social de los hombres, su audaz ambicion y su carácter violento, prueban todavía que la educacion de las mujeres está muy atrasada, pues no produce utilidad alguna en ellos.

Podria decirse que no se enseña á las mujeres otra cosa, que el arte de desconocer y ocultar sus buenas prendas. Se las ve someter la conciencia, el deber, la moralidad á un código mundano y absurdo. Todo lo que es puro, elevado, sensible, generoso, en el carácter de la mujer, se ha resentido de tan funesta influencia, y degradada de su dignidad ¿cómo es posible que sepa usar provechosamente para el hombre, de aquella influencia, que en vano se desconoce, porque siempre se siente?

La educacion de la mujer no consiste únicamente en adornarla con algunos talentos, aunque convenimos en que el cultivo de las facultades de la inteligencia es un gran beneficio. Es error bastante comun tomar los medios por los fines, y sustituyendo una parte al todo, caemos en una confusion inesplicable de las cosas y de las ideas.

¿Cuál debe ser el principal objeto de la educacion de la mujer? nos preguntarán. Para saberlo, no tenemos mas que conocer cual es su destino.

(Se continuará.)

CLEMENTINA Y CONSTANZA

ó

EL CRIMEN INVOLUNTARIO.

Capitulo cuarto.

En efecto, el amable viajero que en la quinta de N... habia sabido por la buena Marta el sitio de la funcion, habia volado á encontrar á su interesante discípula, no pudiendo resolverse á volver á Marsella sin verla y oirla.

Saint-Velmar entró en la sala del baile con un aire tan noble, tan afable, y escusó la libertad que se tomaba en términos tan finos y lisonjeros para el pobre Marcelo, que escitó en aquella reunion generales simpatías, haciéndose objeto de todos los elogios que se articulaban en voz baja y con timidez respetuosa. Clementina observó el ventajoso efecto que causaba la agradable cortesanía del conde, y sonrosada de placer y palpitando de emocion, apretó entre sus lindas manos la de la recien casada que estaba á su lado, diciéndola con acento trémulo y suave.—Es él! mírale: que feliz soy!

La jóven labradora no comprendia ciertamente de qué dimanaba la felicidad que se atribuia en aquel momento Clementina: pero miró al Conde como se le ordenaba y dijo cándidamente volviendo á fijar sus grandes ojos llenos de sencillez en los hermosos de la entusiasta niña.

—Que guapo es, señorita! oh! mucho mas que mi novio!

—Mucho mas que todos los hombres del mundo, repuso con exaltacion la jovencita: tiene los ojos de Artajerjes y la frente de...

No pudo concluir sus comparaciones por que Saint-Velmar que ya habia cumplimentado á la viuda y al novio, y al padre de la novia, llegó á saludar galantemente á esta, mirando al soslayo á su preciosa vecina. Clementina temblaba bajo aquella mirada coquetamente disimulada, y cuando el Conde sentándose á su lado la dirigió algunas palabras afectuosas, se sintió tan turbada, que solo pudo contestar por monosílabos.

Pero desde aquel instante cesó de parecerle uniforme y sosa aquella fiesta: animáronse sus ojos de una espansiva alegria, embelleciose su tez con un bello colorido, y nunca habia parecido á sus amigas tan condescendiente y graciosa. Hablaba poco, pero eran tan elocuentes sus miradas y hechiceras sus sonrisas. Saint-Velmar la contemplaba embelesado: sentia hácia aquella amable niña un sentimiento inesplicable de ternura, y aunque le parecia seductora, apenas acertaba á ser galante con ella; tan viva y tan pura era la sensacion que le dominaba en su presencia.

Retiráronse Mad. Belmourt y su hija, despues de las once, y Saint-Velmar las acompañó á la quinta, aceptando la *hospitalidad* que graciosamente le ofreció la viuda por aquella noche. Inútil es decir que Clementina no pudo conciliar el sueño. Saint-Velmar dormia bajo el mismo techo: respiraba en el mismo recinto: la pobre niña no podia esplicarse lo que sentia; pero bien echaba de ver que alguna cosa nueva y estraordinaria se habia introducido en su corazon. Suspiraba por el dia: á sus primeros albores dejaba el lecho: en el campo se madruga: el primer objeto que veria seria á Saint-Velmar! Esta certeza la cau-

saba un placer inquieto y casi atormentador.

La noche se pasó sin descanso para Clementina: amaneció el dia, pero Saint-Velmar desapareció con las sombras: un billetito muy elegante escusaba su marcha alegando el temor de abusar de la bondad de las benévolas solitarias de N... y ofrecia volver en breve para comenzar con Clementina sus ensayos filarmónicos.

La jóven no se enfadó esta vez, pero se puso triste; contó las horas del dia, esperó impaciente la noche y como el Conde no volvió tan pronto como ella se prometia de aquella palabra *en breve* que releia en su billete, volvió á ponerse cavilosa y á repetir muchas veces un gracioso mohin—no soy tan bonita como cree mi madre: no tengo talento ninguno, Saint-Velmar no encuentra placer en verme ni en hablarme: ¡qué cosa tan mala es eso que llaman *urbanidad*! ¡cuanto mas valiera que las gentes dijeran con franqueza, no me agrada Vd., no cuente Vd. con mi amistad! Entonces no habria desengaños.

Toda aquella lógica se olvidó al dia siguiente. Saint-Velmar vino mas amable que nunca, cargado por decirlo asi, de música italiana. Cantaron juntos, visitaron juntos la pajarera y el jardin, cogieron flores, hicieron ramilletes... seis horas volaron con la rapidez del pensamiento, y cuando se marchó el Conde, dejó poblada de recuerdos suyos aquella soledad pintoresca, tan propia para las cavilaciones de amor.

Desde aquel dia no pasó ninguno sin que volviese aquel peligroso huesped: repetiánse las lecciones de música y los paseos campestres. Mad. Belmourt veia crecer á su vista aquellas relaciones imprudentes, pero Clementina parecia feliz y su demasiado tierna bienhechora, carecia de ánimo para decirla—es preciso que renuncies á lo que te complace.

(Se continuará.)

POESÍAS.

A JEHOVAH (1).

Himno del pueblo Hebreo.

CORO GENERAL.

¡No hay otro Dios que nuestro Dios!
¡Dios es el Dios de la verdad!
¡Dios es el rey del mar y el sol!
¡En cielo y tierra es JEHOVAH!

VIRGENES.

Dios es el que vierte la lluvia y rocío;
Quien viste los valles de alegre verdor;
El da los cristales sonoros al rio;
Al aura murmullo, perfume á la flor.

PUEBLO.

Dios hizo los polos y en ellos asiento
Dió al mundo que rige su mano inmortal;
Con un leve soplo pudiera su aliento
Hacer en sus ejes la tierra temblar.

CORO GENERAL.

¡No hay otro Dios, etc.

VIRGENES.

El Sol, que callando su voz obedece,
A él debe su eterna, feliz juventud:
La plácida luna de amor palidece
Bebiendo en sus ojos la fúlgida luz.

PUEBLO.

Querubes ardientes postrados se humillan
En torno del sólio del Dios de Moisés:
Y son las estrellas, que trémulas brillan,
Las áureas arenas que pisan sus pies.

CORO GENERAL.

¡No hay otro Dios, etc.

VIRGENES.

¡Dichoso, entre todos los pueblos del mundo,
Dichoso mil veces, dichoso Israel!
¡Será nuestra raza cual campo fecundo:
Serán nuestras tribus cual pródiga mies!

PUEBLO.

¡Ay! ¡ay!, de aquel pueblo que insano se atreva
A alzarse enemigo del pueblo de Dios!
Será como el humo que el viento se lleva
Ni leve vestigio dejándose en pos.

(1) Este himno pertenece á la trajedia oriental *Saul*.

CORO GENERAL.

¡No hay otro Dios que nuestro Dios!
¡Dios es el Dios de la verdad!
¡Dios es el rey del mar y el sol!
En cielo y tierra es JEHOVAH!

G. G. de AVELLANEDA.

EL REY S. FERNANDO.

ODA

PARA EL ALBUM

DE S. M. LA REINA NUESTRA SEÑORA.

Cuando del Bétis la flotante espalda
Fue con sangre española enrojecida,
Y al rimbombe leal de la Giralda
La Basílica insigne estremecida;
Cuando un guerrero ufano
Con audacia iracunda
Cerraba el cerco á la imperial Sevilla.
Ciudad Invicta de Isabel segunda;
El Cabildo hispalense se postraba
Ante las gradas de un sepulcro santo,
Y un prelado á su frente,
Bañado el rostro en abundoso llanto,
Al Cielo eleva su plegaria ardiente.
Zumba en las áureas bóvedas el eco
Al fulmíneo estallar del bronce hueco
Que las naves altísimas atruena,
Crece el espanto, la congoja crece,
Cuando en pie sobre el ara en faz serena
El Santo Rey Fernando se aparece.

Rica armadura de bruñido acero
Sus descarnadas formas encubria:
Con el laurel guerrero
La diadema real se confundia;
Un estoque desnudo
Ostentaba en su mano,
Y en el brillante escudo
El blason Leonés y el Castellano:
Sonó su voz en fin con noble acento,
Dando estas graves claúsulas al viento.

EL REY.

¿Quién mi tumba estremece?
¿Quién, Prelado decid, agora lanza
Pellas de fuego al muro de Sevilla?
¿Quién hoy reina en Castilla?

PRELADO.

Santo Rey venturoso,
Al espirar el sétimo Fernando
En edad infantil á su hija tierna
Sobre el trono dejó....Reina es de España,
Y su nombre Isabel...

EL REY.

¿Y quién gobierna?
¿Quién es su guardador?

PRELADO.

Un ambicioso,
Y ese quien acaudilla
La hueste sitiadora....
Todo es desolacion...! y España alzada
Doblar resiste el cuello á la coyunda
De una fortuna osada,
Y en nombre se arma de Isabel segunda.

EL REY.

Juntad las Córtes y entregadla el cetro:
Ella el escollo de ambiciones sea,
Y sobre el trono que ocupé algun dia
Angel de paz se vea.
En edad juvenil sobre mis sienes
De Leon la corona ví asentada,
Y por materno amor otra corona
A la herencia paterna entrelazada.
Las Córtes me juraron,
Los pueblos me acataron....
Armado el moro en Córdoba y Sevilla,
Lara el reino agitando
Y la secta albigense amenazando,
Todo era contra mí.... y el cetro mio,
Sostenido por Dios omnipotente,
Aumentó de Castilla el poderío....
Las falsas y ambiciosas intenciones
Que en tiempos de inquietud alzan la frente,
Solo el régio poder las avasalla
Y ante él vencida la altiveza calla....

El Santo Rey cesó....tras pausa breve
Su voz de nuevo resonó en la tumba,
Voz que en las altas bóvedas retumba:
»Juntad las Córtes y entregad el cetro
»A la régia Doncella,
»Que yo en los cielos velaré por Ella.»

Ya obedecida estais, sombra sagrada,
Y ansiada aurora de ventura brilla,
Pues la tierna Isabel reina en Castilla
Como reinasteis vos, del pueblo amada.
Velad por Ella sí; porque ese cetro,
Que con nuevo esplendor luce en la mano
De nuestra Reina augusta,
Contra quien la ambicion sus tiros lanza,
Es el ancla robusta
De que en recia borrasca el pueblo hispano
Fia su salvacion ysu esperanza.

DUQUE DE FRIAS.

1844.

GALERÍA DE MUJERES CÉLEBRES.

ISABEL FRY.

Cábenos hoy la satisfaccion de dar lugar en nuestra galería de mujeres célebres á una contemporánea distinguida, muerta recientemente, y digna de ser llorada por todos aquellos que simpaticen con sus virtudes y tengan noticias de su talento. Isabel Fry era hija de Juan Gurney, natural de Earlham Nall cerca de Norwich. Desde niña se distinguió por la vehemencia de sus afectos y por la superioridad de su entendimiento, probando su bondad el empeño con que procuraba acrecentar la dicha de cuantos la rodeaban, endulzando sus penas y sinsabores. Creció y con la edad desenvolvióse aquella filantropía que ha sido uno de los mas señalados rasgos de su carácter. Deleitábase sobremanera formando y dirijiendo una escuela, en casa de su padre, para los niños pobres de Earlham y de todas las parroquias circunvecinas. El efecto que su dulce autoridad y cariñosas instrucciones produjeron en aquellos objetos de su cuidado, anunciaba ya el don singular que tuvo de inclinar á otros al bien, don que fue en lo sucesivo una de sus cualidades mas sobresalientes.

A pesar de este y de otros semejantes entretenimientos, no se desdeñaba de participar de los placeres propios de la juventud, siendo tan anhelada en las reuniones mundanas como en el hogar del indigente. Admiraban muchos su noble, aunque modesta hermosura, su discreta y entretenida conversacion; mientras su natural dignidad y decoro le granjeaban el respeto aun de los mas disipados jóvenes, que eran atraidos por su franqueza y sus gracias.

Cosas mucho mayores y mas importantes que las locuras y devaneos de la vida cortesana aguardaban á tan interesante y distinguida mujer. Afectóse gravemente su salud, por un disgusto grave para un corazon tan sensible, viniendo por este medio inesperado á aprender con la propia esperiencia la instabilidad de todas las cosas temporales.

Su carácter esperimentó una considerable mudanza en aquella dolorosa época de su existencia, y la íntima amistad que contrajo con un cuáquero de América (Guillermo Savery) contribuyó no poco á aquel resultado. Dirigiéronse entonces sus afectos á objeto mas grande: el amor del mundo hizo lugar al amor de Cristo; y demostró la realidad de su conversion, haciéndose miembro de la Sociedad de Cuáqueros, adoptando la sencillez en el vestir y en el hablar que distingue á aquella.

Esta mudanza, sin embargo, de ningun modo le estorbó prodigar aquellos cuidados y caricias que un padre y diez hermanos queridos reclamaban de ella. Al contrario, entonces mas que nunca fue la alegría y el consuelo del hogar doméstico, hasta el año de 1800, en que contando veinte de edad, se casó con José Fry, natural de Lóndres, tomando parte en los negocios de su marido, y estableciéndose en una hermosa casa en el centro de aquella ciudad.

Aguardábanla allí nuevos deberes y sensaciones. Llegó á ser madre de una bella y numerosa familia, á la que dispensó los mas tiernos cuidados maternales, que no la impidieron el trabajar con constante celo por el bien de sus semejantes. Los pobres hallaron en ella una amiga segura, y numerosos á la verdad fueron los ejemplos de casos lastimosos, que examinó primero por sí misma y alivió despues eficazmente. Era ojos para el ciego, y pies para el cojo, y *cuanto no sabia, otro tanto con su solicitud indagaba.*

Bien sabido es que en la Sociedad de Cuáqueros las mujeres, como los hombres, pueden libremente, ejercer el ministerio evangélico en las juntas de su culto, y la elocuencia y animacion de Isabel, la claridad y fuerza de su cristiana doctrina, y la singular dulzura, poder y melodía de su voz, nunca podrán olvidarse por los que la oyeron pública ó privadamente. Muchos son los fuertes que fueron humillados y quebrantados, y muchos los afligidos, alegrados y consolados, al escuchar los enérjicos y eficaces acentos de su conviccion.

No se concretaban sus servicios á la junta particular á que solia asistir. Confiáronsele muchas veces misiones evangélicas á otras partes de Inglaterra y aun á larga distancia en Escocia, Irlanda y en el continente de Europa. Donde quiera que fuese, ferviente acogida la esperaba no solo de parte de los miembros de su misma secta, sino de todos los de cualquiera otra que supiesen apreciar la noble solicitud de aquella alma benévola, verdaderamente inspirada cuando exhalaba las alabanzas del Eterno y las dulzuras de la caridad.

Mientras se ocupaba en tales misiones, como tambien varias otras veces, halló cómoda ocasion de emplear sus esfuerzos en alivio de los menesterosos, comprobando con sus ejemplos, lo que predicaba con sus palabras. Visitaba los hospitales, las cárceles y casas de locos, y hablaba á sus infelices habitantes en el lenguaje mas particularmente adecuado al estado de su situacion. Poseia admirablemente el don de hacerse lugar en el corazon y entendimiento del niño en la escuela, del paciente en una angustiosa cama, del depravado y empedernido criminal en una cárcel, y aun del furioso y estravagante maniático. Millares de ellos, tanto en la suya natural como en estrañas tierras, se levantaron á su alrededor y la llamaron *bendita en el nombre del Señor.*

El objeto principal de sus filantrópicos esfuerzos fue el mejoramiento de las cárceles. Su larga y perseverante atencion hácia este objeto, que continuó siendo el preferido hasta su muerte, empezó por una circunstancia bien sabida

del público inglés. Pocos años contaba de edad, cuando la hablaron en Londres de la terrible condicion de las mujeres encarceladas en Newgate. La parte de la cárcel á ellas destinada presentaba una escena del mas salvaje desórden. Sus únicas ocupaciones eran jurar, beber, jugar y reñir; y la inmundicia y la depravacion reinaban en todas partes. A pesar de las advertencias de los carceleros acerca del peligro que podrian correr su bolsillo, su reloj y aun su vida, resolvió entrar sin proteccion alguna y arrostrar los furores á tan desorganizada multitud. Despues de encerrarse con ellas, les habló con su acostumbrada dignidad, ascendiente y dulzura; presto calmó su furia y fijó su atencion, y en seguida les propuso varias reglas para ajustar su conducta, con las cuales, en fuerza de sus benévolas y poderosas razones, se conformaron todas sinceramente. Repitieronse á menudo sus visitas, y con la ayuda de una Junta de Señoras que formó al intento, muy luego propuso las reglas que habian de regir á tan infelices y degradadas criaturas. Cambió muy en breve maravillosamente toda la escena. Como el lunático de Jennesaret, del cual fué lanzada la legion de demonios, aquellas, antes feroces é inmundas mujeres, se vieron luego asadamente vestidas, activamente ocupadas y ordenadas bajo la solicitud de algunos directores, con una matrona á su cabeza.

Todas las mañanas se las juntaba en una de las salas de la cárcel, y les leia en alta voz un capítulo de la Escritura bien la matrona directora ó bien una de las visitadoras. En un cierto dia de la semana acostumbraba regularmente Isabel Fry asistir á aquellas sesiones, y leer por sí misma la Biblia á las encarceladas. Desempeñaba este oficio con particular eficacia y dulzura. Las adecuadas modulaciones y tono grave de su voz presentaban grande interes á su lectura; y los ejemplos prácticos que solia añadir, despues de un solemne intérvalo de silencio, y algunas veces una inspirada oracion al fin, eran los frecuentes medios, de que, con el divino auxilio, se valia para enternecer los corazones de todos los presentes. Abierta estaba la cárcel para todos los que querian asistir á aquellas reuniones; y escuchaba sus lecturas una multitud de personas, tanto ingleses como estrangeros, inclusos muchos de alta condicion en el mundo, ansiosos todos de presenciar tan estraordinaria escena de reforma. Observóse con frecuencia, que así las pobres encarceladas, como los visitadores de cualquier especie, se conmovian igualmente. A todos hablaba como pecadores, á todos dirijia hácia aquel que es la fuente del perdon.

Ayudaronla generosamente á llevar á cabo sus providencias reformadoras, no solo las autoridades municipales, sino tambien Lord Sidmonuth, Secretario de Estado en lo interior, y todos sus sucesores. Con estos señores se comunicaba personalmente con frecuencia, segun lo requerian las circunstancias, en particular con Sir Roberto Peel, que nuncatitubeó en ayudarla todo lo que pudo. En una ocasion la citaron á Mansion-House, donde tuvo una entrevista con la última reina Carlota, la cual la recibió con señalada distincion, manifestándole públicamente lo mucho que la interesaban sus filantrópicas tareas. A continuarlas le ayudó, sin duda, y protejió en todos tiempos generosamente la familia real, de cuyos miembros conocia la mayor parte, y les estaba cordial y lealmente reconocida.

La atencion de Isabel Fry, sin embargo, y la de las demas señoras que formaban la Junta reformadora, de ningun modo se concretó á Newgate. Las mujeres criminales de algunas otras cárceles de la metrópoli, fueron presto objeto de su cuidado, y desde que felizmente se formó la *Sociedad británica de Señoras para la reforma de las encarceladas* (la cual hasta el dia ha continuado sus útiles esfuerzos), se aplicó igual solicitud por medio de Juntas asociadas, á la mayor parte de las cárceles de la Gran Bretaña y de la Irlanda. Despues se adoptaron los planes de Isabel Fry (principalmente por su influjo y correspondencia) en muchas de las cárceles de Francia, Holanda, Dinamarca, Prusia, etc.; y se ensayaron con gran éxito en Filadelfia, y en varias otras partes de los Estados Unidos. Los grandes objetos de la Sociedad Británica y de las que siguieron sus pasos fueron, en primar lugar, someter á las moradoras de las diversas cárceles al cuidado de matronas y de otros ayudantes de *su propio sexo*; y en segundo, ordenar un plan, de suerte que fuesen constantemente visitadas y vigiladas por señoras compasivas, cuyo suave y cristiano influjo sirviese para apartarlas poco á poco de sus malos caminos y volverlas útiles miembros á la sociedad.

Numerosos y satisfactorios fueron los ejemplares de tal reforma, que tuvieron lugar bajo la inspeccion inmediata de Isabel Fry que hizo mucho por el adelanto de su grande empresa, publicando un sencillo pero importante folleto, en el cual esplanó sus miras acerca de la recta disciplina carcelaria para las mujeres y de los verdaderos principios del castigo general. Con el castigo queria ella combinar un plan constante de reforma y enmienda, desaprobando altamente la pena de muerte; muchas veces visitó los calabozos de los criminales condenados, el dia ó la noche antes de su ejecucion; muchas notó la agonía de algunos y la obstinacion de otros; muchas observó el efecto de tales castigos, de endurecer, no solo á los presos, compañeros de los pacientes, sino á las clases mas bajas del pueblo en general. Firmemente estaba convencida de que tan tremendas condenas se oponian igualmente á una ilustrada conveniencia que á los verdaderos principios cristianos, y se unió de todo corazon á sus cuñados, Fonel Buxton y Samuel Norae, y á otros bien conocidos amigos de la humanidad, para clamar contra aquella pena ante personas de autoridad, y en adoptar todos los medios posibles para acelerar su abolicion.

Fue una señalada prueba de la confianza que varios gobiernos tenian en Isabel Fry y en sus compañeras el fiar á su cuidado y vigilancia las galeras para el trasporte de mujeres á la nueva Gales meridional. Fue esta una muy importante parte de su servicio, y repetidas veces las autori-

dades de las Colonias reconocieron el buen resultado de los admirables reglamentos que introdujeron en estos barcos, para asegurar la continuacion de un órden verdaderamente cristiano durante el viaje. Uno de estos barcos, que contenia cerca de 600 deportadas, naufragó en la costa de Francia y perecieron todas estas infelices mujeres. ¡Qué satisfacion no fue saber habian estado muchas de ellas en Newgate bajo el cuidado y enseñanza de la junta de señoras! *(Se continuará)*

CRÓNICA DE LA SEMANA.

Teatro del Príncipe.—El lúnes se puso en escena á beneficio del Sr. Latorre, la tragedia original del Sr. D. José María Diaz, titulada Jelté. Fue exornada con lujo y bien ejecutada en general, distinguiéndose como era de esperar la señora Diaz y la Madrid y el Sr. Latorre. En otro número tal vez analizaremos la tragedia.

Parece que este teatro prepara amenas y divertidas funciones para el dia de Noche-buena; por la tarde harán *El Diablo y la Bruja*, comedia en tres actos y una pieza de Rubi en uno; y por la noche un drama traducido del francés y *Frenologia y magnetismo* del Sr. Breton de los Herreros.

Cruz.—Lo mas notable que en este teatro se ha presentado, ha sido la siempre aplaudida ópera de Bellini *I puritani ed i cabalieri*, ejecutada por la señora Rosseti, y los señores Moriani, Inchindi y Ferri. El público ha acudido con avidez á admirar tan bella partitura, mas sin embargo no estuvo muy pródigo de aplausos. La señora Rosseti tuvo pocas simpatias, y en los Puritanos no agradó mas que en Lucía. Los señores Ferri é Inchindi fueron llamados á la escena despues del magnífico duo del segundo acto en el cual se esmeraron ambos. El señor Ferri nos parece siempre bien, y quisiéramos que el señor Inchindi diese menos violencia á sus movimientos cuando acciona.

En cuanto á Moriani nos parece inútil decir que ha estado como siempre inimitable. Su espresion patética, su dulce y afinada entonacion, y la sensibilidad esquisita que despliega en todos los pasages de ternura ó de dolor, no se han hecho menos notables en *los Puritanos* que en *Lucrecia* y *Lucia*, pudiendo nosotros asegurar, que hemos visto en todas estas óperas correr lágrimas de algunos bellos ojos, arrancadas por los acentos verdaderamente desgarradores *del tenor de la muerte*, segun llaman á Moriani sus compatriotas. Dícese que este aplaudido cantante abandonará en breve á Madrid y si nuestros votos hubieran de escucharse, suplicariamos á la empresa de la Cruz que no perdonase esfuerzo ninguno á fin de preservarse de pérdida tan irreparable.

Liceo.—El juéves tomó parte en la sesion la seccion dramática, ejecutando la comedia *El Café* con la perfeccion que tiene de costumbre, arrancando numerosos aplausos de la escojida reunion que frecuenta esta sociedad.

Instituto.—Este teatro dió el viérnes la primera representacion de *la pandilla ó la eleccion de un diputado* comedia de Scribe. El éxito fue brillante como era de esperar por la novedad de las situaciones y las gracias del diálogo. El Sr. Lombia estuvo feliz cual acostumbra, notándose el mayor esmero en los demas actores que tomaron parte.

MODAS.

Las *pelisas* plegadas en derredor del cuello, comparables por su forma á un *peinador de baño*, estan tan en boga como las *visitadoras ó visitaderas*, que ambas traducciones se dan á la voz *visites* con que se designan en Paris aquellas graciosas manteletas. Las *pelisas* son menos *coquetas*, pero mas distinguidas que las *visitaderas*; ambas se hacen mas comunmente de terciopelo, cachemira ó merino. El *paletot* solo sienta bien á los talles esbeltos, y los mas elegantes son los mas sencillos, sin guarnicion ninguna.

Se puede juzgar del aspecto general de la moda en la presente estacion, por la *toilette* de una mujer elegante en todo el dia. Mme. Loménia de V. nos hace saber en un periódico de modas parisiense que al levantarse una dama de buen tono se presenta con una rica bata de cachemira ó merino, y cofia de muselina de casco redondo guarnecida ligeramente, calzando sus pies unas graciosas zapatillas parecidas á las sandalias.

Al mediodia este *negligé de alcoba* se reemplaza por un trage de Pekin arrasado, de corpiño alto y ajustado, con guarniciones por delante en puntas de lo mismo, llamadas *dientes de lobo*: cada diente se sujeta con un boton del mismo color que el vestido. La dama prefiere á esta hora el sombrero de terciopelo oscuro con velo negro, y un chal de cachemira, ó una visitadera tambien de terciopelo; completando este trage de paseo los botines de talon alto, que dan al pie tanta gracia.

A la hora de la comida, la elegante señora se adorna la cabeza con una cofia de encaje, que recuerda por su forma las que usaban nuestras venerables abuelas, y cuya sencillez se ostenta con una graciosa flor ó un ligero plegado del mismo encage, por único ornamento. El vestido entonces es de damasco real ó de muaré guarnecido con muchas franjas de cintas. El corpiño un poco escotado; las mangas no muy ajustadas, para dejar ver en el puño los graciosos globos de otra manga interior de tul.

Si la dama asiste al teatro, el trage mas hermoso es el de tafetan, de Italia, escotado, con dragueria, y guarnecido de encages. Las mangas cortas, los braceletes de oro con broche de amatista, y un peinado ligero sea de blondas y cintas de terciopelo nacarado anudadas á la izquierda con cuatro pequeñas caidas, sea de frescas flores ó de gasa argentada y azul en forma de turbante, hacen este tocado de un gusto irreprochable.

MADRID 1845.-EST. LITERARIO-TIPOGRÁFICO DE P. MADOZ Y L. SAGASTI.

LA ILUSTRACION,

Album de las Damas.

MADRID 1845. DOMINGO 21 DE DICIEMBRE. NUM. 15.

LA ILUSTRACION.

ALBUM DE LAS DAMAS.

MISION DE LA MUJER.

Fragmentos entresacados de la obra que con dicho título ha traducido del francés la señorita Rubiano y Santa Cruz.

Las cualidades especiales que deben concurrir en la persona llamada á egercer la influencia sobre los demas, son el juicio, la sencillez, la benevolencia, ó de otro modo dicho, el amor.

Entendemos por la palabra juicio, la armonia de la accion con el principio; la de los modales con las opiniones; de *si mismo*, *consigo mismo*. La desigualdad en el carácter es con frecuencia y justicia, vituperada en las mujeres; pero ¿debe culpárselas de ello? Sus corazones son ardientes; sus nervios delicados, y acabamos de ver que todos los sistemas de educacion de las mujeres, no son capaces de desarrollar principios de accion estensos, exaltados y afectuosos: cuando esto falta ¿podrá contarse con una educacion racional, y por consiguiente con una verdadera influencia moral?

El daño producido por esta inconsecuencia, se conoce sobre todo en la falta de confianza, que es incapaz de inspirar. Esto lo esperimentamos diariamente en nuestras relaciones con el mundo, en el cual nuestro trato con las personas inconsecuentes nos hace parecer á los marinos arrojados en el Océano, sin una brújula que los guie en parages desconocidos: por otra parte el contacto de una persona consecuente, da al espíritu aquella especie de calma tan propicia al honor y á la virtud, semejante á la felicidad que haria esperimentar la comprension de una verdad inmutable, que puede llamarse el verdadero reposo moral.

Este último es muy favorable para los niños, pues desarrolla sus cualidades morales é intelectuales; desterrando de su espíritu aquella confusion en que los abisma sin cesar su dependencia de las personas inconsecuentes: les es tambien muy provechoso bajo otros aspectos mas esenciales, pues que les prepara á creer en la

virtud, inspirándoles la confianza en el origen de toda verdad.

La grande importancia de laconducta siempre consecuente de la madre, se aumenta presentando á los hijos la regla inalterable de lo justo y verdadero en todos los asuntos que estén á su alcance: la mision de las mujeres y su poderoso manantial de influencia, ¿habia de descansar casualmente en la aplicacion de los grandes principios á los pequeños deberes de que se compone su existencia, y en la accion de una inteligencia ilustrada que se egercita en los minuciosos detalles de su esfera? Tal vez pertenecerá á su dominio esclusivo el abrazar el espacio con la claridad luminosa de su espíritu, sin perder de vista ninguna de las pequeñeces que entran en sus ocupaciones diarias. El error que ha hecho suponer incompatibles estas dos cualidades, ha ocasionado un gran mal, y mas bien provenia de lo limitado de nuestras facultades intelectuales, que de su estension: *aspirar* es el privilegio de las mujeres, no queremos dispensarnos de él; y cualquiera que haya observado cuan admirables son las obras de la Providencia en sus detalles, concebirá mejor que la tendencia de lo pequeño á lo grande, es únicamente la prueba de los límites estrechos de nuestras facultades actuales.

Una persona distinguida no se degrada descendiendo á las ocupaciones domésticas, y aun las cumple mejor que una mujer de pocos alcances, pues el motivo y objeto de una accion son los que deciden de su carácter.

Una conducta siempre consecuente obra con buen éxito en la vida privada, y su poder se deriva del carácter personal, pues solo las virtudes *innatas* son capaces de trasmision moral.

La sencillez es una bella virtud ligada con intensidad á una conducta consecuente, de la que nunca se separa: las personas dobles ó falsas no la comprenden, porque nosotros entendemos por la palabra sencillez, todo lo que se opone á lo falso.

Se nos ha dicho con frecuencia que las formas convencionales de la sociedad, se oponen á la sencillez de pensamiento y de accion, y por consecuencia á su influencia; pero á esto diremos que es preciso sustraerse al imperio que los sentimientos de convencion pueden egercer sobre los principios; por otra parte, es fácil remediar el perjuicio que puede egercer la sencillez en nuestras acciones, tan fácil que puede preguntarse si no hay mas sencillez en la concesion que en la oposicion.

La originalidad del pensamiento y de los modales, es en general una cosa tan rara, que no se encuentra mas que en las personas verdaderamente eminentes, ó entre las que no tienen idea alguna de las formas recibidas: está en armonía con la naturaleza del hombre que siempre se inclina á la imitacion y á la sociabilidad, deseando la aprobacion de sus semejantes.

(Se continuará.)

CLEMENTINA Y CONSTANZA

ó

EL CRIMEN INVOLUNTARIO.

Capitulo quinto.

Las gracias y la ternura de Clementina, habian hecho una impresion profunda en el alma de Saint Velmar. Amaba y no podia ignorarlo: pero amaba con un afecto tan puro: le era tan imposible desear la menor cosa que pudiera turbar la apacible existencia de su adorable niña, que aquel sentimiento se mostraba menos como un homenage rendido á su hermosura, que como un culto tributado á su inocencia.

Circunstancias particulares de su vida habian inspirado al conde una secreta repugnancia al matrimonio, lo cual hubiera dado bastante contencion á su naciente cariño, aun cuando no existiese un obstáculo mas poderoso en la clase elevada en que le colocara la suerte, mayormente viviendo todavia el duque de.... su tio, que era indudable no consentiria jamás en un enlace indigno de la familia. Ignoraba el conde la desgracia del nacimiento de Clementina; pero aun creyéndola hija legítima de Madama Belmourt, debia considerarla muy inferior en posicion social á la que el duque exigiria en la que aspirase á llevar su esclarecido nombre.

Asi sucedia, que aunque sumamente pren-

dado de la huérfana Mr. de Saint Velmar, ocultaba cuidadoso sus sentimientos, y aun se lisonjeaba con la esperanza de vencerlos por medio de esfuerzos tanto mas difíciles y penosos, cuanto que se los imponia cuando mismo recibia las mas tiernas muestras de cariño al lado de la cándida doncella que asi desconocia la pasion que inspiraba como la que ella propia sentia. Feliz con ver diariamente al conde, con oirlo, con hablarle de su amistad, nada mas deseaba Clementina, y el objeto de su amor lo habia leido cien veces en sus miradas antes de que ella sospechase que existía en su corazon.

Madama Belmourt comprendia el riesgo y lloraba en secreto. Algunas veces intentaba tímidamente hacer conocer á su adorada niña el abismo á que se acercaba con una venda en los ojos; pero notaba con dolor que ó no era comprendida ó si lo era no sacaba otro provecho que inquietar al amor sin ilustrar á la inocencia. La pobre Clementina no se alarmaba sino por el temor de dejar de ser querida, y las indirectas advertencias de su madre no eran interpretadas en este solo sentido «teme que Saint Velmar no me ame y que yo sea infeliz: pero ah! se engaña mi escelente mamá: Arturo me quiere con todo su corazon: estoy cierta: me querrá siempre como si fuese su hermanita: ¿no me dá este dulce nombre muchas veces? Pues bien! él no miente: no sabe engañar.»

Estas cándidas palabras eran con frecuencia dirigidas al mismo Saint Velmar.— ¿Me queréis mucho? no es verdad? solia decirle la jóven clavándole miradas capaces de enloquecerle: decídmelo sin cesar, porque solo creyéndolo puedo ser dichosa.

Estremecido de emocion el conde sentia flaquear cada vez mas su prudencia, y temblaba al pensar que en aquellos peligrosos momentos, podia con una palabra lanzar al corazon de Clementina un tropel de agitaciones y combates, iguales á los que él mismo apenas acertaba á sostener.

Hacía ya mas de dos meses que visitaba diariamente á las solitarias de N.... cuando dejó de ir dos dias seguidos, sin embargo de haber habido un hermoso tiempo. Clementina no podia ni procuraba disimular su escesiva inquietud y su agitada tristeza. Enfadada con su madre porque no despachaba un correo á Marsella que trajese noticias del amado conde, apenas la dirigia las cariñosas palabras que acostumbraba prodigarla, y en la tarde del segundo dia su despecho y su afliccion fueron tan fuertes, que comenzó á exhalarlo en amargas quejas contra la demasiado indulgente señora.

Se necesita ser muy cruel, decia con hechicero enojo, para dejar á un pobre forastero entregado á cuidados mercenarios, cuando tal vez está postrado por una mortal dolencia, suspirando por sus *buenas amigas*, que lo olvidan hasta el punto de no enviar á saber noticias de su salud. ¿Quién sabe, añadia estremeciéndose, si ya no existe Saint Velmar!....

—No abrigues tales temores, hija mia, contestó conmovida la escelente viuda: si estuviese enfermo el conde ¿no nos estima lo bastante para llamarnos? ¿no era regular hubiese enviado á decírnoslo?

—Pues si no está enfermo, moribundo..... qué causa tiene su ausencia? ¿será posible! ¿que tan pronto nos haya olvidado? Dios mio, prosiguió deshaciéndose en lagrimas: ¿no sabe que su presencia es para mí la vida? ¿que moriré si deja de verme?

Al contemplar el profundo dolor que se pintaba en el bello semblante de Clementina, y comprendiendo por sus palabras la vehemencia que ya tenia en su tierno corazon el funesto sentimiento, que no habia sabido reprimir á tiempo, la imprudente viuda, sintió esta toda la estension de su falta; tembló por su hija y hallando en su mismo temor una fuerza inesperada que superó la debilidad nacida de su ternura, dijo con acento y ademan grave que fijaron desde luego la atencion de la jóven.

—Hace muchos dias que me haces infeliz, Clementina, porque te veo emplear inocentemente cuantos medios están á tu alcance para serlo tú propia. Tu corazon inocente y dichoso antes; ese corazon que no conocia otros afectos que los de la santa amistad; ese corazon que era mio, oh Clementina! ha dejado ya de pertenecerme, y cuando lo he perdido ha perdido él su reposo.

—¡Qué decís! esclamó la jóven afligida: ¿sospechais que he cesado de amaros?

—No, repuso tristemente su madre; pero no me amas esclusivamente, ni soy el objeto primero de tu cariño. Hija mia, yo me resignaría á esta desgracia, si *aquel* que me ha usurpado tu corazon pudiera hacerlo feliz: mas ¿qué debo sentir cuando sé que te alejas de tu madre para lanzarte en pos de los pesares....? acaso tambien del deshonor!

Clementina sobresaltada fijaba en el rostro de Madama Belmourt sus grandes ojos azules llenos de cándida inquietud, y esclamó con un gesto inimitable de impaciencia.—Esplicaos mamá: me asusta vuestra gravedad; pero no os entiendo.

Madama Belmourt reunió todas sus fuerzas y dijo con voz breve y severa.—Amas al conde de Saint Velmar: lo amas locamente!

Tembló de pies á cabeza Clementina y balbuciente y sonrojada solo pudo articu-

lar—¿Y no merece ser amado el conde?

—El merece ser amado, repuso inexorable la viuda, que comprendiendo no era ya tiempo de retroceder se resolvió á rasgar completamente el velo: él merece ser amado; pero tú no debes amarlo. El conde de Saint Velmar es opulento, ilustre, altivo, y tú..... tú, pobre huérfana! con qué título quieres pertenecerle? Dices que no puedes vivir sin él; pero has pensado que para estar siempre á su lado necesitas algun derecho? Esperas que se case el noble conde con una infeliz sin nombre; ó te propones comprar con tu virtud una felicidad ilícita, y legar á tus hijos la misma deshonra que te legó tu madre?

Al escuchar tan terribles verdades, un grito desgarrador se escapó del pecho de la huérfana, y cayó en tierra como herida de un rayo.

Las caricias de su tierna y afligida madre: los cuidados que se le prodigaron al instante, y mas que nada el esfuerzo que ella misma empleó para vencer su debilidad, lograron disipar aquellos síntomas alarmantes, y prestar á la pobre niña una apariencia de calma. Pero el golpe estaba dado: el velo habia caido para siempre. Clementina no desconocia ya la naturaleza de sus sentimientos y una voz secreta le gritaba sin cesar.—¡Pobre huérfana! te propones comprar con tu virtud una felicidad ilícita, y legar á tus hijos la deshonra que te legó tu madre?.....

(Se continuará.)

GALERÍA DE MUJERES CÉLEBRES.

ISABEL CRL.

(CONTINUACION.)

A pesar de todo sin embargo amáronla mas aquellos que la conocieron *en la vida privada*. Fué verdaderamente, una tierna y solicita esposa, una afectuosa y prudente madre, una amante y agradecida hermana, una dispensadora del verdadero bálsamo de dulzura en cualquier hora de necesidad para sus amigos y asociados. Su amor que tan abundante derramaba sobre el género humano en general, se concentraba para los individuos de su inmediato círculo. Ninguno de ellos hubo que no viviese constantemente en su memoria; ninguno que no pudiese reconocerla como una *especial amiga*; ausiliadora y defensora en la vida. Deleitable su conversacion en el círculo familiar, bien en su propia casa ó en la de sus parientes, fijaba siempre la atencion, calmaba siempre las pasiones, tendia á la virtud y á la felicidad, al amor, á la paz y á la union.

Amaba ardientemente las bellezas de la naturaleza y las describia con primor. Una concha á la orilla del mar, una pluma ó una flor solian llenar de gozo su corazon y desatar su lengua en alabanzas, mientras la contemplaba como un testimonio de la divina sabiduria y paternal providencia del Criador. Fue verdaderamente una notable cualidad de su carácter el ser tan completa en las *pequeñas* como en las *grandes cosas* de la vida: tan feliz en asuntos de una naturaleza accesoria como en los de la mas alta importancia. Cuidaba de la salud corporal de sus amigos, tan cariñosa y mañosamente como de sus almas. Era el refugio de los que la rodeaban en cualquier trance mas ó menos importante, y sabia el modo de contentar á todos los que venian á ella.

A los que acostumbran observar los caminos de la divina misericordia y sabiduria, no les sorprenderá que un ser tan amado y *popular* esperimentase toda la fuerza de la declaracion de la Escritura. «A quien el Señor ama, *castiga*.» Muchas y variadas fueron sus tribulaciones en el curso de su peregrinacion; y á una leve medida de afliccion debió el estar predispuesta á todo el colmo de su simpatia por los padecimientos de otros. Una delicada constitucion, el frecuente doloroso azote de la enfermedad, la inesperada muerte de algunos de sus queridos hijos y nietos, como tambien la pérdida de otros cercanos parientes, fueron las últimas esperiencias de fe y paciencia con que el cielo tuvo á bien probarla en este valle de lágrimas. Y á la verdad correspondieron á su fin, pues se mantuvo en profunda humildad y verdadera resignacion de espíritu ante el Señor, bajo cuya mano tranquilamente se inclinó en los mayores conflictos. Supo lo que era padecer y llorar, pero nunca desesperó. Pudo verdaderamente entonar el canto de Habakuk:— «*Aunque la higuera no florezca, ni haya fruto en las vides, falte el trabajo de la oliva, y los campos no den pasto alguno: el rebaño sea separado del redil, y no haya ganado en los establos; todavia me regocijaré en el Señor y me alegraré en el Dios de mi salvacion.*»

En el verano de 1843 pasó algunas semanas en Paris por la última vez. Nunca quizá manifestó mayor brillo que entonces. Sus numerosos amigos (de varias clases) se agruparon con singular placer alrededor de ella, y vivo é inestimable ciertamente, fue entre ellos su testimonio acerca de la verdad. Tuvo entonces la particular satisfaccion de renovar su intimidad con varias señoras francesas de reconocida virtud, en especial con su muy amada y fiel amiga la condesa de P... señora de arraigada piedad; pero este fue el último esfuerzo de aquella naturaleza poderosa de amor. Poco despues de su vuelta, debilitose evidentemente su salud, y hacia el fin de aquel año llegó á ser su mal tan alarmante que despertó la so-

licitud de su familia y de los infinitos que la amaban. Numerosas preguntas acerca de su salud llegaban de las rejiones mas altas, como tambien de los pobres y desgraciados. Públicas oraciones se ofrecieron por su restablecimiento en algunas iglesias protestantes del Continente; y muchisimas, no lo dudamos, fueron las súplicas privadas por aquella que habia sido «el amparo de todos.»

Estas peticiones fueron por entonces benignamente acojidas: de suerte que muy poco á poco pudieron irse desprendiendo sus amigos de aquella incomparable mortal que reclamaba el cielo. Aunque continuó muy débil en cuanto al cuerpo, habilitose otra vez, hasta cierto punto, para gozar de la compañia de sus amigos, y otra vez se unió á ellos para el culto público de Dios y el bien de sus semejantes. Fue un gozo y un consuelo para muchos el que pudiera asistir á dos de las sesiones de la última junta anual de la sociedad británica de señoras, en cuyas distintas ocasiones habló á la asamblea con toda su acostumbrada dulzura, amor y ascendiente.

Hará dos meses fué con su marido y familia por mudar de aire á Ramsgate, donde tenia preparada una cómoda residencia, á la vista del mar. Allí estuvo rodeada de varios miembros de su familia, y complacióse particularmente con la compañia de algunos de sus queridos nietos, que recientemente habian perdido un padre inapreciable. Pero estuvo muy lejos de olvidarse de ser útil á otros fuera del propio círculo. *Debemos trabajar mientras es de dia*, «decia» *por bajo que sea el servicio á que podamos ser llamados. Deseo con la ayuda que se me conceda, hacerlo asi asta el fin:*» y añadia.—*Sembremos aun sin agua. Tmbien yo loco la importancia de este testo. «Por la mañana siembra tu simiente: y por la tarde no retires tu mano, porque no sabes si prosperarás: si esto ó á aquello, ó si ambas cosas serán igualmente buenas.*»

Mientras era tal su ardiente deseo, no fiaba su salvacion de cualesquiera obras rectas que hubiese hecho ó pudiese hacer; sino solo de la plenitud y liberalidad del indulgente amor de Dios.

Entre tanto habia una notable dulzura y amabilidad en su conversacion y ademan, y una peculiar y creciente gravedad en sus pensamientos. Hablando de sus últimas aflicciones en una esquela á uno de sus hermanos, le decia que no las consideraba como desgracia, sino antes bien se regocijaba en ser hecha partícipe de los padecimientos de Cristo, *para que cuando fuese revelada su gloria, pudiese ella alegrarse tambien con excesivo gozo.* «*Ah querido!*—añadia.» Acaso podamos nosotros, mediante el amor y misericordia de nuestro Señor, regocijarnos asi con él en gloria, cuando esta pasagera escena se cierre á nuestra vista.

Acercábase en efecto su hora. En la tarde del 11 de noviembre último, despues de uno ó dos dias de gran padecimiento y debilidad, fué repentinamente atacada de una congestion al cerebro, y atribulada con este golpe se la oyó esclamar. «Oh amado señor mio, guarda y ampara á tu sierva!» Cayó despues en un profundo letargo y perdió enteramente el conocimiento, cuyo estado, aunque con algunas terribles convulsiones, continuó casi sin intermision, hasta la mañana del 13, en que tranquilamente exhaló su último aliento. Una vez, sin embargo, se despejó por pocos momentos, y dijo á una que fielmente la asistia y estaba al lado de su cama, «este es un combate, pero estoy segura.» Segura estaba entonces, sin duda, en las piadosas manos del Señor, que la asistia en el terrible trance de la muerte. Segura está ahora para siempre, segun reverente y firmemente creemos, en el seno de aquel adorable Redentor, á quien ardientemente amó y siguió fielmente.

Aunque apenas se la pudo contar entre los ancianos, la suya fué *una larga vida* en servicio de su Dios. Murió á los sesenta y seis años.

Abriguemos la alegre esperanza de que «Cuando el hijo del hombre venga en su gloria, y con él todos sus santos ángeles» esta sierva del Señor, tan notable por su amoroso espíritu é incesantes esfuerzos por hacer bien á sus semejantes, se hallará entre aquellos que oirán la alegre sentencia. «*Venid benditos de mi padre, á heredar el reino aparejado para vosotros, desde la creacion del mundo: porque fui hambriento, y me disteis de comer; fui sediento y me disteis de beber; estraño, y me hospedaistes; desnuao, y me vestisteis; enfermo y encarcelado y me visitasteis. Verdaderamente os digo que en cuanto lo hicistcis con uno de los menores de estos, lo hicisteis conmigo.*» (1)

APOLOGIA DE LAS MUJERES.

Con el título que sirve de epígrafe á estas líneas, existe una obra notable y casi desconocida (en España al menos), de la cual no podemos menos que dar algun conocimiento á nuestras amables lectoras. El curioso é interesante libro cuyo descubrimiento debemos á la casualidad, fué publicado en Francia en el año de 1753 en 4 volúmenes y atribuido á un docto benedictino. La obra segun indica su mismo autor, fué escrita con dos objetos: primero *probar que las mujores no son en nada inferiores á los hombres tocante á perfecciones*: segundo, *hacer ver que tienen menos defectos que ellos.*

Los dos primeros volúmenes están divididos en cinco capítulos, que contienen: primero, *como practican las mujeres las virtudes morales y civiles*:

Segundo: *de la sabiduria que han ostentado las mujeres en el gobierno de los pueblos y en el manejo de los negocios.*

Tercero: *de la intrepidez que han probado las mujeres en la profesion de las armas.*

Cuarto: *de las acciones heróicas con que las mujeres han eternizado su memoria.*

Quinto: *de los progresos que las mujeres han hecho en todas las ciencias y bellas artes.*

(1) Esta interesante biografía, escrita con admirable uncion, patético y religioso estilo, se la debemos á la pluma de un estrangero, que deseamos y esperamos vuelva á favorecer alguna vez las páginas de nuestro periódico.

N. de la R.

El tercero y el cuarto volúmen, tienen por objeto justificar á las mujeres de los defectos que les son atribuidos, probando entre otras cosas que la galanteria debe ser mas escusable en ellas que en los hombres.

Aconsejamos á las suscritoras de la *Ilustracion* procuren proporcionarse tan precioso libro, que nosotras consideramos como un tesoro.

Continuacion de los apuntes curiosos.

Una mujer, *Tomiris*, dió leyes á los Escitas. A una mujer, á *Ester*, debió su salvacion el pueblo hebreo.

Aspasia enseñó la retórica á Sócrates y á Pericles; abrió en Atenas una escuela de elocuencia, y habiéndose casado con el segundo de sus va nombrados discípulos, gobernó bajo su nombre aquella república que se gloriaba de tener por legislador á Solon.

Aun en aquellas mujeres célebres por sus estravios se encuentran rasgos sublimes que deben envidiar los hombres *irreprochables*. *Ninon de Lenclos* hizo olvidar sus faltas como mujer con el brillo de sus varoniles virtudes. Su probidad se hizo tan célebre como su galanteria, y su casa favorecida por los hombres mas distinguidos, era una escuela en la cual en medio de los mismos deleites, adquiria la juventud nociones y principios capaces de formar ciudadanos eminentes. *Ninon de Lenclos*, que no puede ser citada por modelo á su sexo, fué sin embargo un *hombre de honor* en el sentido mas lato de la palabra.

POESÍAS.

A UNA LÁGRIMA.

«Si vis me flere dolendum
est primum ipsi tibi.»

Acaba de brotar, ¡lágrima ardiente!
Despréndete por fin de esa pupila,
Y vierte, cual raudal de lava hirviente,
Tanto dolor que el corazon destila.

Acaba de brotar, por qué te ocultas
Si ya rompiste el importuno dique?....
Corre, y el mundo cuya inercia insultas,
Sus sarcasmos crueles multiplique.

Si lenta fiebre al corazon abrasa,
Si amarga pena al corazon abruma,
Si un triste ser en el insomnio pasa
De horas de horror imponderable suma,

En vano la razon hablar pretende
Por que fuerza mayor la suya enerva.
¡Cual rayo que del éter se desprende
Corre pues, sin temor, lágrima acerba!

Corre, lágrima, sí, que ya comprendo
Del ángel que te vierte la agonia,
Y quiero percibir del sentimiento
Los nobles ecos en el alma mia.

El mundo piensa que el destino blando
Da á esa mujer alfombras de esmeraldas;
Mientras tú, por su rostro resbalando,
Furtivamente su mejilla escaldas.

Que es fuerza respetar las opiniones
Por mas que de lo justo se desvien,
Y ahogando dolorosas emociones
Reir muriendo como tantos rien.

¡Así ries, mujer, tus amarguras
En abismos del alma sepultando;
Mas el dolor que disfrazar procuras
Esa lágrima ardiente está probando!

Yo la miro temblar, y un ¡ay! profundo
De tu labio, taladra mis oidos....
No disimules mas.... olvida el mundo
Y acompaña mi voz con tus gemidos.

Llora ¡tambien lloré! tambien un dia
De la noche en las horas solitarias,
Ráudos cruzaron la estension vacia
Los ecos de mis preces funerarias.

Llora, maga hechicera, que es consuelo
El llanto de los tétricos pesares;
Ya que merece un ser que tu desvelo
Esa ofrenda presente en sus altares.

Mientras tributo á tu destino llanto,
¡Feliz aquel mortal á quien le toca
El envidiable, de que en duelo tanto,
Suene su nombre en tu aromada boca.

Exhala tu dolor; misera amante!
Yo tu infortunio y mi infortunio lloro....
Mas por piedad, recuerda un solo instante
Que otro es ingrato mientras yo te adoro!

C. VILLAMARTIN VALIENTE.

SONETOS.

En esos hoy encantadores valles,
Sierras un dia y rústicos apriscos,
El cetro del poder abrió entre riscos
Parques floridos y frondosas calles.

Rocia á sus ninfas los esbeltos talles
Raudal brotado en espumantes discos,
Por grupos bellos y altos obeliscos,
Emulos de la pompa de Versalles.

Si en la enramada el ruiseñor modula
Festivo acento, y la nadante carpa
En pura fuente plácida circula;
Feliz cual prora que de Gades Zarpa
Para tu isla natal, celebra ¡ó Tula!
Ese borbon eden pulsando el arpa.

DUQUE DE FRIAS.

Bálsamo dulce de eternal consuelo,
Que calma y cierra del dolor la herida;
Prenda divina del amor del cielo;
Fuente inexhausta de placer y vida.
Deidad terrena á protejer nacida;
Querub celeste con mundano velo;
Eden florido en el ingrato suelo;
Templo de gracia do virtud se anida.

Auxilio y guia que el mortal alcanza
Para llegar á la eternal ventura;
Seguro puerto de feliz bonanza;
Fanal de salvacion en noche obscura....
Tal eres ¡oh mujer! del alma dueño;
Y bella realidad de nuestro sueño!

ANTONIO JACINTO DE GASSO.

¡Feliz quien junto á ti por ti suspira!
Qué el eco escucha de tu voz sonora!
Qué en dulce arrobo tu sonrisa adora,
Y el grato aroma de tu aliento aspira!

Ventura tanta, que envidioso admira
El querubin que en el empíreo mora,
El alma oprime, el corazon devora,
Y el torpe acento al espresarla espira.

Ante mis ojos desparece el mundo,
Y por mis venas circular ligero
El fuego siento del placer profundo.

Trémula en vano resistirlo quiero...!
De ardiente llanto mi mejilla inundo...!
Gozo, deliro, te bendigo y muero!

G. G. DE AVELLANEDA.

AL LICEO DE LA HABANA.

Allí está! con la faz resplandeciente,
Dormida entre las olas,
La bellísima Reina de occidente;
La que ostenta en su frente
Mil lauros de las glorias españolas.

¡Salve, Habana gentil!
Tierra de flores,
Y del trópico orgullo!
Vírgen que sus amores
Del sol entre fulgores
Canta del mar al amoroso arrullo.

¡Garza real que el atrevido vuelo
Por el espacio tiende,
Y de la ciencia descorriendo el velo,
Hasta el último cielo
Del humano saber llegar pretende!

Salve otra vez! y que la lira mia
Eleve en alto acento
Himnos de amor, de gloria y alegria,
Que en grata melodía
Lleve á tus playas vagaroso el viento.

Y si es débil mi voz: si mis cantares
Se pierden en la bruma
De los inmensos mares
Que bañan tus pilares
Con ráudas ondas de nevada espuma,

Quédete el culto de mi pecho ardiente:
Y mientras canto á solas
Tu beldad refulgente,
Ostenta en pura frente,
Mil lauros de las glorias españolas.

Veo correr mis años juveniles,
Cantando el negro monte,
La purisima flor de los pensiles,
Los lluviosos abriles,
Y la mágica luz del horizonte.

Mas tú en tanto subiendo
De Atenas poderosa
Vas las huellas siguiendo,
Y do quier esparciendo
Destellos de tu luz esplendorosa.

Genios brotan tus plácidas regiones
Que honrarán á tu historia:
Si de tu partenon en los salones,
Sonaran mis canciones,
Dichosa fuera en ensalzar su gloria!

Que cuando á impulsos de la envidia ciega,
Que roe al suelo hispano,
El poeta infeliz al mar se entrega,
Libre á tus playas llega
Y acógele al pendon americano!

ROBUSTIANA ARMIÑO GOMEZ.

MADRIGAL.

Vela niña, tus ojos; ó no los veles:
Igualmente crueles,
Velados ó sin velo,
Roban á mis amores el consuelo:
Que, si velados, mísero suspiro
Por verlos, y deliro:
Abiertos, no me miran,
Y en torno de otros sus reflejos giran;
Como las simplecillas mariposas,
Que esquivando las rosas,

El ala reluciente
Queman incautas en la llama ardiente.
Mas como ellas y tú, quiero la suerte
De morir de esa muerte:
Hallando á mis enojos
Temprano fin en tus fatales ojos.

RAFAEL MARIA BARALT.

A BAEZA.

Grandes son tus recuerdos, patria mia;
Yo contarlos quisiera dignamente,
Y en ecos de sublime poesía
Tus glorias trasmitir de g nte en gente.

Mas publique otra lira las hazañas
Que nombre dieron á tu hermoso suelo;
De Fernando tercero las campañas;
La cruz que tremoló bajo tu cielo.

Yo admiraré sus ecos; oh Baeza!
De entusiasmo latiendo el corazon,
Porque á ensalzar con gloria tu grandeza,
No basta, no, mi pobre inspiracion.

¿Cómo cantar los ínclitos guerreros
Que ejemplo dando al mundo de heroismo
Grabaron en tu arena con aceros
La destruccion del bárbaro islamismo?

Rompiendo el yugo vil, en tus almenas
No volvió á tremolar la media luna:
Vagamundas las gentes agarenas
Hasta la luz del sol les fue importuna.

Lejos llevaron su dolor profundo,
Y Castilla cual reina y cual señora
Vió ante tus triunfos prosternado al mundo,
Respetando su espada vencedora.

Sí, Baeza, la fama de tu nombre
Escrita se conserva en nuestra historia,
Para que á todo el universo asombre
Siglos de siglos tu inmortal memoria.

Mas no tan solo alcanza tu bravura
De esclarecido honor nobles blasones:
En tu seno las artes, la cultura,
Siempre altares encuentran y oblaciones.

Hoy que la juventud se lanza ansiosa
Un lauro á conquistar bajo tu cielo,
No te muestres conmigo rigurosa,
Y premiando mi anhelo,
Dame una flor de tu fecundo suelo!

JOSEFA MORENO NARTOS.

CRÓNICA DE LA SEMANA.

Parece que, en la próxima *Noche-Buena* se representará en el teatro del Príncipe una comedia del Sr. Navarrete, titulada *la Modista alferez*.

La empresa del mismo teatro ha admitido un drama original en cinco actos, titulado: *Jacobo ó el Carnaval de* 1836 *en Venecia*.

Parece que se prepara en el teatro del Circo una gran funcion á beneficio del cuerpo de baile, la que segun se asegura, tendrá lugar el segundo dia de Pascua. Es de esperar que sea una de las mejores funciones que hayamos visto en el Circo en el presente año; pues ademas de tomar parte los principales de la compañia de baile, la señora Guy-Stephan se ha prestado á contribuir por su parte al mayor lucimiento del espectáculo, á cuyo fin bailará los pasos que mas aplaudidos han sido del público, incluso el famoso *Jaleo de Jerez*.

INSTITUTO. En la noche del juéves se puso en escena la comedia en cinco actos titulada el *Arte de Conspirar*, que fué desempeñada con esmero por todos los que tomaron parte en ella: si bien no podemos dejar de hacer especial mencion del Sr. Lombia, que tan bien caracteriza el personage que representa, y de los Sres. Lumbreras y Caltañazor. Otro dia nos ocuparemos detenidamente en juzgar á las nuevas damas de este teatro.

MODAS.

Ningun tocado (dice Mma. Lomenia de V. en uno de sus largos artículos de moda) es tan nuevo y gracioso para teatro, como el inventado últimamente por Mma. Bidaut, imitando el de las aldeanas de las cercanías de Roma. En lugar de simple pañuelo blanco que llevan aquellas, Mma. Bidaut forma un elegante prendido de terciopelo, con franjas de oro ó de plata cayendo de cada lado.

Tambien son del mejor gusto para el teatro los pequeños turbantes argelinos.

Hase observado una notable novedad en las *visitaderas* que recientemente se han presentado por primera vez: son mas largas que las hechas en el mes próximo pasado, y cuadradas en vez de redondas. El color verde está en boga.

EST. LITERARIO-TIPOGRAFICO DE P. MADOZ Y L. SAGASTI.

MADRID 1845. DOMINGO 28 DE DICIEMBRE. NUM. 16

LA ILUSTRACION.

ALBUM DE LAS DAMAS.

MISION DE LA MUJER.

Conclusion de los fragmentos que la Ilustracion ha entresacado de la obra publicada con dicho titulo.

Admitido ya el cristianismo, la condicion de las mujeres no corre ningun riesgo: son, como los hombres, co-habitantes de los cielos, y como ellos han recibido el espíritu de adopcion esclamando: *¡Padre nuestro!* Estas palabras revelan una significacion profunda, sobre todo con relacion á la mujer, pues deja de ser la esclava del hombre para llegar á ser la sierva de Dios. Una mujer no puede menos de dejar de ser cristiana cuando escucha con aceptacion la oracion del judio en que da gracias á Dios por no haber nacido mujer; cuando lee por casualidad en el Coran de Mahoma, que su mas elevado destino en el otro mundo, si llega á entrar en él, es someterse á las pasiones de sus señores que lo han sido ya en este mundo; cuando reflexione que la Grecia tan ilustrada, y Roma en el apogeo de su civilizacion, no honraban á la mujer sino en tanto que daba ciudadanos á la república, y que podia mirar sin derramar lágrimas la muerte de un esposo ó de un hijo que Dios la habia dado para amar y querer. Despues de esto, repasemos las páginas de la sagrada escritura, y veamos á Jesus compadecer y consolar á las hermanas de Lázaro, hablar á las hijas de Jerusalen, y recomendar á su madre á su mas amado discípulo. Interroguemos á nuestros corazones: las luces la libertad, los privilegios, no nos han sido, concedidos por una desdeñosa condescendencia, ó de un modo precario, sino asegurados, á título de derecho, por la inmutable voluntad del hijo de Dios.

Estas ventajas, no solo deben satisfacernos; es necesario que nos encuentren agradecidas. La estension de los privilegios, da mas latitud á nuestra responsabilidad, y de no ser asi considerado, es la maldicion y no la felicidad de los privilegios: si apreciamos, pues, las ventajas que se nos han dado en la grande redencion ¿cuál debe ser la regla de nuestra conducta?—Adoptar en

nuestro corazon, y derramar por medio de nuestra influencia el santo espíritu de la religion, no profesándola con énfasis y ostentacion, sino de una manera silenciosa, vigilante y continua. Si es cierto, en general, que al reino de Dios no se llega solo con la observancia, lo es tanto mas en cuanto á la parte que corresponde á la mujer en esta grande obra; pues lo mismo que otra cualquiera cosa buena, la religion pierde su influencia si se la considera como el medio de distinguirse en este mundo. En la conducta de los verdaderos cristianos hay una especie de firmeza que empieza por escitar el asombro, y acaba por inspirar el respeto. Nada sorprende tanto á un espíritu egoista y mundano, como ver el inmutable principio del justo dirigirse continuamente *contra* los intereses mundanos del individuo, sin que á este le ocurra obrar en sentido contrario. Bajo esta forma especial es como nosotras, las mujeres, debemos presentar el cristianismo; y mientras que no le cultivemos mejor, la religion no se dejará ver con toda su gracia. La práctica de las virtudes cristianas es mucho mas fácil para las mujeres que para los hombres, pues las primeras tienen menos intereses mundanos, y deben á la naturaleza y á la educacion el ser mucho menos egoistas: la oportunidad en reflexionar, y en comunicarse consigo mismas, les es mas favorable; y estas dos causas reunidas son otros tantos apoyos para seguir esta conducta tan esencial á la influencia saludable de la mujer. Tal vez ningun otro principio, ni otro motivo, serian tan poderosos para consolidarla. La principal diferencia entre un buen sentimiento natural, y un buen principio que uno se impone, es que el primero se muestra variable y caprichoso en su accion, mientras que el otro permanece inalterable. La veneracion de Dios y una comprension ilustrada de su grandeza y de sus atributos, se encuentran ciertamente en las personas que no han sido instruidas por la fe cristiana: cierto deseo de amarle y de servirle puede darse á conocer; pero ¿adónde está la ley que nos enseña á practicarlo? ¿Está escrita en nuestros corazones? Fijémonos en los sacrificios humanos de la antigüedad; los martirios que se impone voluntariamente el Brama; la declaracion de Sócrates, de que al menos que el cielo no se dignase manifestarse especialmente, el hombre ignoraria siempre la naturaleza de Dios, y los medios de conciliarse su favor. Recurramos á la religion, no solo como á la regla de la fe, sino tambien como á regla de la vida para renovar nuestros corazones á fin de que estén llenos de rectitud, de paz, y de la alegria de Dios. A las mujeres toca emprender esta buena obra. ellas son eminentemente propias para cumplir los dos grandes preceptos del evangelio: á saber, el amor y el olvido de si mismas, cualidades mas ó menos fijas en el corazon de las mujeres: ellas están naturalmente dispuestas á la veneracion, al culto, al sacrificio en favor de un objeto querido; y estas cualidades que les son propias, acompañadas de una inteligencia sin ilustrar, y de unos conocimientos limitados, conducen á la minuciosidad de las prácticas de devocion, y á abandonarse enteramente á un sentimiento religioso, á una obediencia pasiva que no está sometida á la razon, mientras que estribando en una religion ilustrada, podrian cumplirlo todo. ¡Ah!.... ¿á qué no podrian ellas aspirar?

Las mujeres, destinadas á regenerar la sociedad, deben ser, antes de todo, mujeres cristianas, esposas cristianas y madres cristianas; pero ilustradas é imbuidas en el espíritu de Cristo; no limitándose á ser cristianas en el nombre, haciendo de la religion un consuelo para ellas mismas, un objeto de desprecio para los que las rodean, limitando y restringiendo así sus celestiales verdades. Ellas deben demostrar que este es el principio noble y enérgico que lo abraza todo; desde lo grande á lo pequeño, no teniendo por único objeto nuestra seguridad, sino nuestro honor, nuestra felicidad, y nuestra gloria final.

CLEMENTINA Y CONSTANZA

ó

EL CRIMEN INVOLUNTARIO.

Capítulo sesto.

Jamás hasta entonces habia reflexionado Cle-

mentina en la desgracia de su nacimiento, y fue tanto mas cruel aquel nuevo dolor, cuanto mas estraño le habia sido.

Procurando disimular su afliccion en presencia de su bienhechora, que parecia mas desgraciada que la misma á quien tanto mal habia hecho con sus terribles verdades, salióse al amanecer del dia siguiente sola y melancólica, á espaciar su tristeza al aire libre del campo.

Absorta en sus ideas se alejó insensiblemente mas de lo que pensaba, y cuando volvió de su distraccion hallóse muy distante de la quinta á la vereda del camino real. Conmovióse recordando las muchas veces que habia el conde pasado por aquellos sitios para verla; estremecióse al temor de que no volviese ya á transitar por ellos, y repitió entre amargos sollozos:—pobre huérfana! con qué derecho puedo esperar la dicha de verlo siempre? ¿con que título me estableceria á su lado? Oh madre, madre mia! prorrumpió despues con acerba emocion! acaso te cupo una suerte igual á la que me has dado! acaso un amor tan insensato como el mio, me dió vida en tu seno, y al salir de él me lanzaste al mundo con tu desgracia y tu oprobio.

Dejóse caer en tierra agoviada por tan tristes ideas, y sus hermosos cabellos se mojaron con la escarcha que la cubria, y sobre la cual caian ardientes sus lágrimas.

El sol iba disipando las últimas nieblas de la madrugada, sin temperar no obstante el intenso frio de un dia de diciembre; pero la pobre jóven insensible á todo, ni recordaba el rigor de la estacion, ni pensaba en admirar aquellos fulgentes rayos, con que venciendo el astro rey los densos vapores del invierno y de la noche, salia triunfante á reanimar la naturaleza, haciendo argentado espejo de sus resplandores al mismo hielo que coronaba las colinas, y que destilaban convertido en perlas de las hojas de los árboles.

Ateridos estaban ya los delicados miembros de la doncella, sin que ella hiciese el menor esfuerzo para arrancarse del estupor fatal, que parecia encadenarla al helado suelo de aquel camino, cuando de repente viene á sacarla bruscamente de él el violento galope de un caballo.

Incorpórase con viveza; mira; arroja un grito penetrante, y vuelve á caer real y completamente exánime. Su pálido rostro queda tan blanco y tan frio como la escarcha que le sirve de almohada.

Empero aquella muerte aparente solo dura un instante: el hábito del amor reanima en un momento los desfallecidos espíritus que parecian prontos á abandonar aquel hermoso cuerpo. Saint-Velmar está allí! Suyos son los brazos entre los cuales vuelve á la vida Clementina; suya la voz milagrosa que la saca del sepulcro para trasportarla al paraiso. ¡Oh poder del amor! tú solo alcanzas el privilegio de embotar los dardos del pesar, haciendo desaparecer la memoria! Tú te entronizas sobre la razon y sobre el orgullo, para que nada se oponga á tu influencia suprema, y no solo das la vida sino que triunfas de la misma muerte!

Tu fuego sagrado, aunque encendido por un objeto mas grande que la beldad pasagera de un ser mortal, era el que abrasaba el alma divina del legislador de la humanidad, y en la cruz reverenciamos humildes el signo precioso de la omnipotencia del amor!

Que no se nos censure por mezclar asunto tan santo con el relato que hacemos de hechos y pasiones mundanas. Nosotros creemos que todo lo que viene de Dios es santo, como él: que todas las pasiones y el amor sobre todas, son puras en su esencia, y cuando las hallamos corrompidas no buscamos el mal en su orígen, cuya santidad jamas calumniamos, asi como no creeriamos deber suponer inmundo al manantial de cristalinas aguas, porque cayendo estas en un lecho el cieno corriesen sucias y pestilentes, infestando las campiñas que debieran fecundar.

Clementina! decia Saint-Velmar cubriendo de besos las heladas manos de la huérfana: Clementina! por qué os encuentro asi? qué teneis? hablad por compasion, amiga mia!

—Sois vos? respondió con dulce aunque con débil voz la doncella: gracias, Saint-Velmar! gracias, porque me concedeis volver á veros antes de morir.

—¿Qué hablais de muerte, vida mia? esclamó afligido el conde. Morir vos cuando yo puedo vivir por vos y para vos!

—Para mí! repitió ella moviendo con espresion su linda cabeza: eso no es posible! pero habeis hecho bien en venir á verme una última vez. He padecido tanto! ¡Vuestra ausencia me ha hecho tan infeliz!

Candor tan hechicero arrebató al conde, y el dolor pintado en las facciones de la huérfana acabó de subyugarle. Cayó á los pies de la que hasta entonces habia sostenido en sus brazos, y con acento que descubria la violencia de su emocion. —Clementina, esclamó: me amais, pues!

Arrojó un gemido Clementina y contestó cubriéndose la cara con sus trémulas manos.

—Esa es mi desgracia! tened piedad de mí!

—Esa es mi dicha, la vuestra!... Yo tambien os amo, Clementina: os adoro y quiero ser vuestro para siempre.

—Qué decis, articula ella dudosa entre la esperanza y el temor: ¿os casariais conmigo á pesar de ser vos tan noble y tan rico, y yo una pobre doncella oscura y sin fortuna?

—Sois rica de hermosura y de inocencia, dijo entusiasmado y enternecido el conde: sois ilustre por la virtud. Vida mia! no me hableis jamas de preocupaciones del mundo: todas ellas desaparecen delante del amor. ¿Y creeis que el ser hija de la respetable Belmour, no sea una de las circunstancias que os hacen mas estimable á mis ojos?

Estas palabras dichas sencillamente produjeron en Clementina la mas fuerte y dolorosa impresion. Oprimiósela el corazon y dijo con ahogado acento. —No, no!... no soy digna de vos!

Escuchadme, querida mia, repuso el conde mientras la abrigaba cuidadoso con su misma capa, al notar su escesivo temblor: escuchadme con amor y fe, durante nuestro paseo: porque quiero que juntos nos dirijamos á la quinta que no debisteis dejar tan temprano en la estacion en que nos hallamos. Apoyaos en mi brazo y atendedme andando.

Hablad! dijo ella obedeciéndole como por ins-

tinto, y con una ansiedad cruel pintada en su semblante.

El conde procurando tranquilizarla con inocentes y afectuosas caricias, la habló así, mientras la iba conduciendo á la quinta.

(Se continuará.)

GALERÍA DE MUJERES CÉLEBRES.

DOÑA MARÍA DE MONROY.

Entre las provincias de Castilla y Estremadura se estiende un hermoso valle regado por el manso y cristalino Tietar. Los rayos del sol templan sus ardores en el follage de los innumerables árboles que le pueblan, y el suave aroma que sus frutos exhalan, embalsama el aire.

Al principio de este ameno valle, en las ondas del Jerte, retrata sus altos torreones la ciudad de Plasencia.

Entre las ilustres familias que la ennoblecian á fines del siglo XIV, era una la esclarecida de los Monroyes, familia de guerreros, cuyo nombre célebre entre las huestes cristianas, era el terror de los sectarios del Alcoran.

Muchos de los hijos de esta familia ostentaron en sus pechos las cruces de Calatrava y Alcántara, cuyas banderas mil veces habian conducido á la victoria.

A esta familia debió su orígen la célebre doña María de Monroy.

Dotada de una estraordinaria hermosura, bajo la ligera gasa que cubria su pecho, ocultaba un corazon varonil, á quien solo faltaban ocasiones para darse á conocer; la adversidad se las preparaba, y ya tendremos lugar de ver en ella el valor de los Monroyes

Al tiempo mismo que su naturaleza se desenvolvia, su hermosura adquiria nuevos encantos; bien pronto mil amantes aspiraron á la dicha de poseer su mano.

El destino la reservaba para esposa de un caballero sevillano llamado don Enrique Enriquez, señor de Villalba, el que contrajo matrimonio en Salamanca hácia el año de 1380, y del que tuvo por frutos de su amor dos hijos.

Muerto su esposo en el campo del honor, se dedicó esclusivamente al cuidado de sus hijos en los que veia los vengadores de su padre.

No abandonaba su educacion, y con el deseo de ilustrar su entendimiento al mismo tiempo que les procuraba instruir en el manejo de las armas, y en los ejercicios ecuestres, que eran en aquel siglo el ordinario ejercicio de la nobleza española, ponia cuanto estaba de su parte por instruir sus almas en las ciencias.

Los jóvenes Enriquez, crecian con el riego del cuidado materno, como la hermosa palma á las márgenes del cristalino arroyuelo.

Florecia á la sazon la célebre universidad de Salamanca, y con el deseo de que frecuentasen sus aulas, allí los condujo el solícito cuidado de su tierna madre.

Contaban ya los hermanos diez y nueve y diez y ocho años, edad en la que las pasiones dominan el corazon, y el amor egerce en él su imperio tiránico.

Eran ricos y apuestos, uniendo á estas cualidades la del valor y caballerosidad, que heredada de su familia, no se desmintió jamás en sus acciones.

Conocidos entre las bellas por su elegante figura y finos modales, sobresalian entre la estudiosa juventud que frecuentaba las aulas de Salamanca por su valor; de modo que si los corazones de las damas suspiraban por su amor, los de los caballeros jóvenes anhelaban su amistad.

Mucho el corazon de su madre se gozaba en sus hijos que eran la envidia de la ciudad; pero como nada hay tan mudable como la suerte, pronto el astro de los Enriquez se eclipsó entre las negras nubes de la traicion.

Vivian en Salamanca dos caballeros de ilustre cuna, pero de fementidas almas: los Manzanos: estos hicieron amistad con los Enriquez, por el tiempo que el menor de estos obsequiaba á una jóven y hermosa salamanquina.

Con la franqueza de jóvenes amigos manifestó sus amores á los Manzanos; y esto que debiera contener su audacia, hizo, que enamorado el mayor de ella, hollando los vínculos de la amistad la descubriese su pasion, que fue desechada, cuyo desprecio hizo cambiar en odio la amistad que con Enriquez tenia.

Tan aleve Manzano como cobarde, fió á la traicion la satisfaccion de su agravio.

Por desgracia no era mas caballero el otro hermano, y así luego que le comunicó su proyecto, en vez de disuadirle como era justo, se prestó á conciliarle, pactando entre los dos asesinar al Enriquez.

Con tan depravado intento, abusando de la confianza que en su generoso pecho habia criado la amistad, le sacan un dia bajo el pretesto de jugar: luego que estuvieron en el sitio que ellos tenian escogido para lograr su infame proyecto, suscitaron una disputa que muy luego encomendaron á las espadas.

Enriquez empuña la suya y cierra con los hermanos, que hubieran sucumbido á su valor si estos de antemano no hubieran previsto su derrota, y emboscado sus criados, que saliendo en el instante en socorro de sus amos dieran muerte al esforzado jóven.

El malvado siempre teme, y como vivia el mayor de los Enriquez, y era tan conocido por su valor, los Manzanos veian en él el vengador de su hermano, por lo que pensaron, añadiendo maldad á maldad y alevosía á alevosía, deshacerse de él del mismo modo

Al momento partieron en su busca, y le hallaron antes que supiera la desgracia de su hermano, logrando con mentidas palabras que los acom

pañára al sitio donde pensaban poner en ejecucion su proyecto, cabiéndole la misma suerte que á su desgraciado hermano, sin que su valor fuera bastante á libertarle de su desgracia.

Luego que consumaron su atentado, pensaron salvarse con la fuga, y tomando sus caballos, fueron á ocultar su crímen en el vecino reino de Portugal.

Bien agena de su desgracia doña María se entregaba á los quehaceres de su casa, en tanto que en alas de la fama la infausta nueva llenaba la ciudad.

Tenian los Enriquez parientes que muy luego se trasladaron al sitio de la catástrofe, donde tocaron la triste realidad; mucho les aflige la muerte de los hermanos; pero mayor era su angustia al pensar el dolor que la cuidadosa madre iba á sufrir y á cuya violencia todos creyeron, perderia la vida.

En tanto se acercaba la terrible hora en que los ojos de la desgraciada matrona vieran los restos inanimados de sus hijos, sin que para tan cruel momento estubiese dispuesta.

Llega tan terrible instante, y cuando todos creian una catástrofe, serena, y sin derramar una sola lágrima, fijando los ojos en sus hijos, volviéndose con la estoicidad mas completa á los parientes, les encarga les den sepultura conveniente á su nacimiento, y cuando la noche con su negro manto cubrió el mundo, salió de la ciudad acompañada de veinte criados con direccion á Villalba, habiendo antes asegurado se marchaba por temor de que tambien la asesinasen.

No era el silencio de doña María, ese silencio que en las posiciones dificiles se apodera del cobarde; era el silencio de un volcan que antecede al furor de una terrible erupcion.

Mientras sus labios callaban, en su corazon se formaba la horrorosa tempestad, que con la muerte de los asesinos habia de vengar sus hijos.

Luego que llegaron á Villalba, manifestó á sus criados este pensamiento, que procuraron alejar de su alma con el pretesto de los riesgos que era necesario arrostrar para tomar venganza de los que instigados por el crimen habian tomado las precauciones necesarias para salvarse.

No era la hija de los Monroyes la que al frente del peligro debia desmayar, y así con la heroicidad de una Espartana:

«Nada hay tan fuerte como el corazon,» dice, y exhorta á sus criados la sigan ofreciéndose ella por capitana.

Ya cruzan la raya del vecino reino, y esparce sus espías que muy pronto la dicen que los asesinos se ocultan dentro de los muros de Vizco; ¡Débiles parapetos para el corazon de esta matrona.

Bien informada de las entradas y salidas de la habitacion de los Manzanos, protegida por la oscuridad de la noche, entra con su gente en la ciudad, y les da un momento de descanso.

Daba el reloj las doce, y provistos de armas se encaminan á la posada; coloca la mitad de su gente para que guarden las salidas; una, y otra vez llama á la puerta, pues no se la abre, hasta que á los golpes de una viga cae hecha pedazos.

Habianse despertado los Manzano, que se cubren de terror á la vista de la madre de los Enriquez; en vano esta los desafia, ellos responden al reto con lágrimas, y exhalando profundos suspiros.

Llegó la hora de la venganza, les grita con el tono del furor, y pues no quereis defenderos como caballeros, preciso será mataros como traidores y cobardes asesinos.

Entonces los Manzanos á vista del peligro imploran á gritos el favor de la ciudad, que fue lo mismo que dar la señal de su muerte, porque viendo doña María tanta cobardía, conceptuándolos indignos de teñir su espada con su sangre, mandó á sus criados los acometiesen

En vano los hermanos por un movimiento de desesperacion trataron de defenderse, y pedian socorro; antes que este llegase sus cabezas estaban en manos de la madre de sus víctimas, que tomando con sus criados sus caballos, partieron al escape con los despojos de su triunfo.

Pocos dias despues y cuando todos los habitantes de Salamanca creian á doña María deborando su pena en el retiro de Villalba, una fúnebre comitiva atravesaba las calles de la ciudad dirigiéndose á la parroquia de Santo Tomé, en cuya puerta hizo alto, y llevando en dos lanzas enarboladas dos cabezas.

Era doña María y los suyos que llevaban las cabezas de los Manzanos; al momento que llegaron al sitio que guardaba los restos de sus hijos hechando pie á tierra atravesó las bóvedas del santuario, y llegando á los sepulcros de las prendas de su amor, colocó una sobre cada losa, y diciendo ... ya estais vengados, se retiró á llorar su muerte á la misma casa de donde salió para vengarlas y donde murió al poco tiempo.

Sucedió esto en el año de 1410, y tal fue la razon por lo que la llamaron á esta señora la Brava.

Corazon esforzado que desmiente la debilidad de su sexo, y prueba hasta donde puede llegar la venganza de una madre.

Descienden de esta familia los Enriquez, marqueses de la Bivera.

VICTORIA COLONNA.

Víctoria Colonna, hija de D. Fabricio Colonna, gran condestable del reino de Nápoles, y de Doña Ana de Montefeltro, nació en el año de 1490, y se casó en el de 1506 con el jóven marqués de Pescara, á quien apasionadamente amaba desde su infancia. Cuando la guerra la separó de aquel esposo querido, no se permitia otra distraccion que el estudio de la literatura, dirigiendo sin cesar á su amado ausente bellísimas cartas é inspiradas composiciones poeticas, en las que brillaban á la par

la ternura de su corazon y la brillantez de su ingenio. Ocasion tuvo tambien de manifestar de un modo inequívoco la magnanimidad de su alma, pues por sus consejos desechó su marido la corona de Nápoles con que le brindaron los príncipes italianos por premio de la desercion de su partido, que le proponian.

«La virtud ensalza mas que el cetro, escribia Victoria á su marido con ocasion de aquella oferta: en cuanto á mí, estoy muy distante de ambicionar el nombre de Reina; me basta conservar sin mancha el de esposa de un gran capitan que ha sabido vencer reyes.»

Murió el marqués en Milan, á consecuencia de las heridas que recibiera en la guerra, y desde entonces Victoria se apartó completamente del mundo, buscando su único consuelo en la poesía, que habia sido siempre su inclinacion favorita. Su profunda tristeza se exhaló en aquellas tristes circunstancias en admirables versos que la conquistaron el epiteto de *divina* con el cual aun se la califica en Italia.

Pasó muchos años de su viudez consagrada casi esclusivamente al culto del dolor y de la poesía, despreciando los mas ventajosos partidos que se le presentaban para un segundo enlace, hasta que en 1541 se retiró á un convento de monjas consagrando á la religion aquella alma apasionada y pura y aquella pluma célebre que dejaba al mundo tantos rasgos sublimes de ingenio y de sentimiento. Despues de algunos años que pasó santamente bajo aquel techo sagrado, entre las esposas de Cristo, se vió obligada á abandonarlas con motivo de su decaida salud, y poco tiempo despues murió en el palacio de Cesarini contando ya 58 años de edad, y dejandó á Italia el derecho y la gloria de contarla en el número de sus poetas mas distinguidos.

La primera edicion de sus poesías, vió la luz en Parma en 1538, y posteriormente se publicaron otras con el título de; *Versos de la divina Victoria Colonna de Pescara*. Aquella peregrina mujer no fue solamente uno de los mas bellos ingenios y elevados espíritus de su época, sino tambien una de las hermosuras mas perfectas de su sexo, y en la que se reunian todas las gracias con todas las virtudes.

POESÍAS.

ESCENAS DE LA EDAD MEDIA.

I.

Tendia la noche su lúgubre manto:
Dormia en la playa la frágil barquilla;
De hogueras lejanas la luz amarilla
El campo ilumina de ejército audaz.
Reposa en las tiendas soñando la gloria
El fuerte soldado y el noble guerrero;
Que es fuerza mañana blandiendo el acero
Lanzarse al combate con fuego tenaz.
Alzóse en el campo cual lúgubre sombra
Humana figura cubierta de acero,
Y amante Ramiro, cual noble guerrero,
Siguió velozmente la orilla del mar.
Maguer que la tierra yacia en silencio;
Estraños rumores Ramiro sentia,
Si su leve planta las chinas heria,
Tornábase inquieto el campo á observar.

. . . . . .

Y en tanto que el caballero
Su camino proseguia,
Oculta puerta se abria
En las tapias de un jardin.
Y al través de las tinieblas
Vióse en la puerta apoyada
Una cabeza adornada
Con bucles de querubin.
Temió la bella velada
La oscuridad de la noche,
Y detúvose agitada
De indefinible temor.
Mas lanzóse al fin resuelta
Por la playa solitaria,
Avecilla temeraria
Que vuela en pos de su amor.

II.

¡Oscura está por Santiago
la sola noche que resta!
¿Quién sabe si será esta
la postrera de mi amor?
¿Quién sabe si una vil lanza
cortará ufana mi vida
dejando á mi Luz querida
sumergida en el dolor?
Mas yo del campo me alejo
y el noble puesto abandono,
y aquel vivido reflejo
puedo apenas distinguir.
Mas cuando á la muerte vamos
al primer albor del dia
¿sin ver á la prenda mia
puedo yo acaso partir?
Ya se distingue apenas
en vaga lontananza
el asta de la lanza
donde se alza la cruz;
el pecho se me abrasa
me ahoga la armadura,
está la noche oscura

¿si habrá temido Luz?
Mas ya sale la luna
ya se sonrie el cielo,
y creo ver su velo
flotar en pliegues mil:
como á tu luz de plata,
reverdecen las flores
la Luz de mis amores
se muestra mas gentil.
Oh! luna! fiel testigo
de mis meditaciones
que negros nubarrones
no te velen jamás:
Tú, de mi Luz querida
la dulce compañera
que su planta ligera
siempre guiando vas.
¡Hela aquí! Luz querida!
¿por qué tanta tardanza?
yo he visto mi esperanza
mil veces declinar....
¿lloras? ven, que mis labios
enjuguen ese llanto....
¿Quién puede amarte tanto
como yo te sé amar.
Mira, Luz, cual se pliegan
entre besos amantes
las ondas incesantes
en su piélago azul.
Míralas cual se rizan
jugando blandamente,
su espuma transparente
flotando en albo tul.
Mas ya de entre celages
la aurora se vislumbra:
la luna nos alumbra
con tibia claridad.
Ya van á separarnos
las luces del oriente,
ya levanta la frente
la dormida ciudad!
Luz mia, solo un beso,
en tus cabellos de oro,
y el mas valiente moro
vencer sabré por tí:
hallarás á tus plantas
la altiva media luna
y la alfombra moruna
de plata y carmesí.
Escucha, ya en el campo
suenan vagos rumores,
ya vàn los atambores
luego á sonar tal vez.
Oh! quien tuviera ahora
en mis venas de fuego,
ese inerte sosiego
que inspira la vejez!
El clarin! santo cielo!
partir, Luz, y perderte!
...que idea! si, la muerte!
¡es el último adios!
Deja Luz que respire
tus labios un momento
duélate mi tormento....
ten piedad de los dos!
La mano retira la jóven amante
Que estrecha en las suyas el tierno amador,
Comprime en el pecho suspiro anhelante
Y enjuga los ojos que enturbia el amor.
Escucha, le dice, con voz temblorosa
Que en vano procura con ansia ocultar,
¿De cuándo, Ramiro, la llama amorosa
Los ánimos nobles consigue humillar?
Dejára mi lecho con alma agitada
Dudando, Ramiro, llegar hasta tí,
Que es cosa tan solo de gente menguada
Facer los guerreros desmayar asi.
Yo soy castellana del moro enemiga,
si tú no le vences amarte no sé,
Si quieres que ufana me llame tu amiga
Si quieres que amante te guarde mi fe.
Leal castellano levanta la frente,
Conquista en el campo bizarro laurel,
Y cuando á mi vista retornes valiente
Nupciales coronas me ofrece con él.
Vuela, Ramiro mio,
donde el honor te llama;
ya en tí la sacra llama
inflamándose va.
¿No ves como ya el llanto
de mis ojos retiro?
¿no ves como te miro
noble y serena ya?
Sirvate por do quiera
de batidor la lanza
mi nombre de esperanza
y de enseña el valor.
Arranca la bandera
del brazo del creyente
y el corazon valiente
nunca ceda al terror.
¡Ramiro á la batalla!
tan solo allí la gloria,
el Dios de la victoria
tu dardo asestará!
Vuela, y si en la pelea
declina tu ardimiento,
recordarás mi acento
que animándote vá!
Tendió la doncella su brazo nevado
En torno del cuello cubierto de acero,
Y trémula amante por lazo postrero
Abrazo de fuego le diera al partir.
...Lanzóse al espacio cual tierna gacela
Perdiéndose al punto del aura en la bruma,
Y dora las olas cubiertas de espuma
El rayo de oriente que empieza á lucir.

III.

Luz! Luz! partió! del horizonte inmenso
La busco en vano por el ancho espacio!
¡Luz! mas que claridad! cielos, la aurora
Y yo lejos del campo, cuando suena
La trompa vencedora,
Que llama á combatir la gente mora!
Volemos al combate, á la pelea,
Ya de rojos penachos
Confusa nube por el campo ondea;
Ya veo mi corcel que rozagante
De espuma cubre el plateado freno,
Levantando sus crines arrogante,

Para volar en pos del agareno.
¡Temblad en vuestras sillas recamadas
Hijos de Agar! que de mi brazo fuerte
Vais á probar las iras denodadas...
¡Temblad! que en pos de mi llevo la muerte!
Luz! Casilla! Santiago!
Serán hoy mi divisa: guerra! guerra!
Con mi bridon alado
Correré denonado,
En pos del monstruo que á la España aterra.
El escondido valle y la alta sierra.
Al combate á vencer! hijos de España,
Ya el sol las cumbres dora
Prometiendo á la cruz ínclita hazaña;
Temblad hijos de Agar, temblad os digo,
Que ante mi fuerte diestra vencedora
Van á humillar su frente,
Las altas medias lunas del Oriente.

ROBUSTIANA ARMIÑO GOMEZ.

EL AMOR IMPOSIBLE.

(Cancion para musica).

Eres, Licia, la flor pura
Que imaginó mi ternura.
Eres el astro querido,
Que con vivo resplandor
Me muestra el rumbo perdido
En la noche del dolor;
Mas al que cual yo ha sufrido
Ya es imposible el amor.

Ante tí la dulce calma
Vuelve un momento á mi alma.
Al ver tu imágen olvido
El ídolo seductor
Que objeto constante ha sido
De mi eterno torcedor:
Mas al que cual yo he sufrido
Ya es imposible el amor.

Tímida, afable, hechicera,
Mi corazon te venera.
Triste náufrago perdido,
Yo ensalzaré tu candor;
Yo me esforzaré rendido
Por ser tu fiel amador:
Mas al que cual yo ha sufrido
Ya es imposible el amor.

JOSE DE GRIJALBA.

CRÓNICA DE LA SEMANA.

Se ha celebrado en público la misa del gallo en las parroquias de la capital, salvo las de San Lorenzo, San Ildefonso y San Márcos, donde han sido á puerta cerrada á prevencion de la vicaría eclesiástica, y por órden del señor gefe político. La concurrencia á este acto ha sido numerosa, y aun en los conventos de monjas y emplos donde se ha celebrado á puerta cerrada, han asistido bastantes gentes á los divinos oficios. En el colegio de niñas de la Paz (inclusa) se celebró la misa á las cuatro de la mañana con maitines cantados por las niñas de la casa y acompañados al piano por la señorita doña Emilia Carmena.

Príncipe.—Lo mas notable que ha presentado este teatro en la semana de Pascuas, ha sido *El Rey y el Aventurero* y *Don Gurrumino ó los magnetizadores*, cuyo éxito feliz se ha debido en gran manera á la habilidad de los actores. Lo mismo ha sucedido con la tonadilla de *Doña Toribia y Don Celedonio*, que ejecutaron la Sra. Diez y el Sr. Guzman.

En la funcion dispuesta á beneficio de los coros en el teatro de la *Cruz*, fue aplaudido como siempre el Sr. Salas, tanto en la escena de la *Pendecia*, como en el *ritorno di Colunella* y en la *Sereata*. Tambien se lució la Sra. Chimeno en la escena de la *Castañera*.

Del *Circo* no podemos hablar porque no hemos podido tener el gusto de asistir á sus funciones.

Instituto.—*El Rey de los criados* fue estraordinariamente aplaudido. *El Guarda-bosque*, comedia perfectamente traducida, y que está salpicada de graciosísimos chistes, fue desempeñada con particular esmero, en especial por el Sr. Lombía, encargado del principal papel. *Hasta el fin nadie es dichoso*, pieza en un acto y en verso del señor Asquerino (don Eduardo) obtuvo unánimes y repetidos aplausos. La Sra. Flores fue aplaudida con furor en la Minerva.

ADVERTENCIAS.

Con el número de hoy, repartimos figurin por el que se enteraran nuestras lindas suscritoras de las últimas modas.

—Por complacer á nuestros suscritores que nos lo han rogado daremos al fin de cada mes los medios pliegos que corresponden de la *Guerra de las Mugeres*, y recibian cada número, con esposicion de estravío. A los que desde ahora se suscriban por tres meses, les daremos desde luego el segundo tomo encuadernado ya, y los demas sucesivamente.

—Los suscritores de provincias que no quieran sufrir retraso en el recibo de los números, se servirán renovar con tiempo sus suscriciones.

—

D. Pedro Martinez, del comercio de libros de Murcia, y suscritor por siete egemplares al MUSEO DE LAS FAMILIAS, ha sido el agraciado con el premio de 2,500 en obra ó 2,000 en efectivo, ofrecido en el prospecto del presente año. El premio mayor de la loteria celebrada ayer, que es la que nos sirve de base, ha salido el 13,046 y el referido Sr. Martinez tenia en los siete billetes que le han correspondido los números desde el 13,626 al 13,046 ambos inclusive.

Madrid 25 de diciembre de 1845.—El director, Francisco de P. Mellado.

NOTA. A instancias de varios señores suscritores y corresponsales, la empresa ha determinado que el plazo para obtener gratis la *Galeria de la literatura*, todo el que se suscriba al *Museo* y pague de una vez el año próximo de 1846, antes del 31 del corriente, segun lo establecido, se prorrogue hasta el 31 de enero próximo.

MADRID 1845.—EST. LITERARIO-TIPOGRAFICO DE P. MADOZ Y Y. SAGASTI.

MADRID 1846. DOMINGO 11 DE ENERO. NUM. 18

LA ILUSTRACION.

ALBUM DE LAS DAMAS.

Porvenir de las mujeres.

La fé y convencimiento profundos con que el jóven pronunció estas palabras hicieron viva impresion en el ánimo de su hermana. Seguíala ella pensativa, embebida en meditaciones vagas que le hacian presentir verdades nuevas. En buenhora para su alma cándida, no echaba de ver que iba pasando por entre gente envilecida de esa que se designa frecuentemente con el título de mujercillas de la vida alegre, y mejor les cuadraria el de hijas de la desesperacion. El hermano no quiso detener la consideracion de la jóven sobre esa plaga lastimosa de la sociedad: por algun tiempo quedaron silenciosos; y la hermana vino al cabo de rato á hablar la primera.

No pretendo, dijo, que todo esté bien, ni que vaya lo mejor posible. Sé que habria mucho que desear y á menudo me han sorprendido las riquezas inmensas que poseen los unos al mismo tiempo que los otros, carecen de lo mas necesario. Sin embargo, con talento y actividad puede cualquiera persona elevarse entre los demas: mujeres sin familia ni fortuna han llegado á la cumbre de las riquezas y la gloria. Mas de una, nacida en una triste cabaña, ha subido hasta el trono. ¿Qué cosa era la mujer de Pedro el grande, sino una huérfana desconocida?

Es verdad, entre mil desgraciadas que han pasado la vida en privaciones y lágrimas; entre mil que han tenido que gemir en la miseria, se eleva alguna, por accidente, para brillar un momento. Tambien pudieras citar millares que pasan su vida en a abundancia, correteando de placer en placer: el mal no está en que haya seres privilegiados para quienes el mundo tenga siempre preparadas sonrisas: lo que obliga á lamentar es que al lado de estas hijas mimadas de la fortuna se hallan Párias que viven con azoramiento, ignorando hoy como han de encontrar para mañana un rincon donde conciliar el sueño.

¿Y qué pretendes? y que pudieras hacer para remediar ese mal?

Trasformar por entero la sociedad.

Trasfornar.... ¿Todavia mas revoluciones, mas lágrimas, mas ruinas?....

No hermana; no tomes á los discípulos de Fourier por los sectarios de lo pasado. Nosotros, para regenerar el mundo y entrar en la tierra prometida, no necesitamos declarar la guerra al Trono, ni al Altar; respetamos los derechos existentes y sin sacudimientos, sin violencia, enarbolamos la bandera pacífica que debe reconciliar á los Reyes y los pueblos, á los ricos y los pobres. Producimos una teoria que instruye en el modo de afianzar el bienestar de todos, tanto niños como hombres, asi mujeres como ancianos.

Dios nos ha provisto de facultades en abundancia: pero nosotros no habemos sabido hacer medro de ellas. Nos ha puesto inmensidad de tesoros á la mano y no habemos querido ponerlos en logro. Nos ha señalado la mas noble tarea, la administracion de nuestro globo y la hemos esquivado. El mal es una simple advertencia, un mero avisto de que caminamos á distancia de la ley divina.

Jesu-Cristo ha dicho. » Buscad y encontrareis: no hay cosa alguna que no se pueda hacer patente. » Y nosotros, lejos de buscar el camino de salvacion, hemos dado crédito á filósofos impios, que en vez de estudiar la voluntad divina han fundado sistemas arbitrarios y creado sociedades sostenidas por compresion, y por leyes que no pueden ser mantenidas sino por el encierro y el cadalso. Mira: Dios rige el universo por medio de la atraccion; no necesita de medios coercitivos para mantener la armonia de los astros. No necesita de ningun despotismo para que las abejas y las hormigas, construyan sus habitaciones y desplieguen su industria. ¿Y seria para el hombre únicamente el privilegio de la maldicion? ¿Estará destinado á doblegarse sin fin bajo el yugo de la miseria que mata y de los códigos que oprimen? Desde la cuna á la sepultura somos esclavos y víctimas. ¿Qué se hace con los niños? Apenas aciertan tartamudeando con el nombre de su madre, ya se les apiña en una escuela, especie de cárcel, en que quedan aprisionados desde la mañana hasta la noche. No sonrie para ellos la primavera: los bosques y los prados no se engalanan de verdura y flores: El aire puro de la campiña no juega en sus cabellos. Les son inútiles todos los esplendores de la creacion. Tabicados en salas húmedas, obligados á estudiar la historia de los grandes devastadores, de los héroes asesinos, en las lenguas muertas se les enseña á admirar las sociedades paganas que no han podido subsistir interiormente sino por la esclavitud, y esteriormente por las conquistas. Se les rellena le memoria de conocimientos inútiles, de nociones erróneas que endurecen el corazon y estinguen el alma. No se hace el menor aprecio de sus gustos, inclinaciones é instintos; no se cuidan de despejar sus vocaciones. ¿Cómo pues, ha de causar admiracion, si despues de tantos años pasados en tormentos físicos y morales, el educando vuelto á su familia continua siendo un peso para ella? Y á vosotras, pobres niñas ¿qué se os enseña? Cosas fútiles que nada dejan en el corazon ni en el espiritu mas que la duda, el temor y el desaliento. Apenas salis de la pension se os hace estudiar el arte de *atrapar* un marido, probándoos que la mujer sin el apoyo de un hombre es un ente nulo. Sometidas á la mas rigorosa vigilancia no sois dueñas ni de vuestras acciones, ni de vuestros gustos, ni de vuestras palabras. Esperando romper vuestras cadenas aceptais por esposo al primer hombre que se presenta: y cuando unis vuestra suerte al que se os ha designado sin consultar vuestro corazon, principiais una vida de martirio acompañada de astucias, de mentiras, de perfidia!—Por desgracia, dijo la jóven suspirando, hay bastante verdad en ese triste cuadro, ¿pero no es cierto al mismo tiempo que la mujer puede proporcionarse una existencia independiente y honrosa?

¿Y cómo? ¿Por qué medio? Los hombres se han apropiado todas las carreras. El ejército, la magistratura, el foro, el parlamento, abren un vasto campo á su ambicion, á su fortuna y á su gloria: vosotras, pobres mujeres, violentadas al trabajo personal, debeis sacrificar vuestras facultades y toda vuestra vida en el servicio doméstico! Vuestra alma arde, vuestra actividad necesita de una esfera mas estendida, de un teatro mas grandioso: quereis brillar por el talento y el genio: y las le-

yes humanas os condenan á estrellaros la cabeza contra las paredes de vuestras habitaciones! Vuestros sentimientos generosos os convidan á acciones nobles, esperimentais el deseo de consagraros á vuestro pueblo, á vuestro pais, á todo el género humano; y vuestros deberes reducidos os encadenan en el circulo estrecho de la casa! Destinadas á ennoblecer y hermosear la vida humana, pasais vuestros dias en el fastidio, para morir despues en el olvido!

¡Si el amor presidiese al menos la union que contraeis para toda vuestra vida! Pero ¡ay! ¡cuántas veces, rebeldes al impulso de vuestra alma, seguis una voluntad estraña! ¡cuántas veces por gozar de una libertad ilusoria, caeis en una esclavitud intolerable! Admiraos en vista de todo esto, de que la naturaleza se subleve y de que la carrera de la victima atormentada concluya por el crimen, por el suicidio!!!

(Se continuará)

CLEMENTINA Y CONSTANZA

ó

EL CRIMEN INVOLUNTARIO.

Capitulo sétimo.

Mas agitadas todavia que para el conde, fueron para la huérfana las horas que antecedieron á aquella que habia señalado para hacerle la triste revelacion de su nacimiento. Nuevos y dolorosos pensamientos se sucedian en su alma: humillada á sus propios ojos por la idea de su oscuro y probablemente criminal orígen, sentia despertarse al mismo tiempo, con estraña energia, el sentimiento de su noble orgullo, apoyado en la conciencia de su pureza, y sin atreverse á presumir bastante del amor que inspiraba, para esperar que el conde se hiciese superior á las opiniones del mundo aceptándola por su esposa, presentia que de no hacerlo iba á destruir de un golpe el culto que ella le profesaba; porque la altiva jóven comprendia por instinto que no existe fortaleza donde no hay abnegacion, y que su corazon valia mas que el mundo, al cual no podia ser sacrificada sin un cobarde egoismo por parte del sacrificador.

Por primera vez dudaba Clementina del hombre adorado: por primera vez se preguntaba con espanto: ¿será capaz de abandonarme porque soy desgraciada?.... Algunas veces habia dudado ella del amor silencioso de Arturo; pero nunca hasta entonces habia sospechado la posibilidad de que se amalgamasen el egoismo y la pasion. Confusos recelos nacian ya en su alma: comenzaba á temer la perfidia y la inconstancia. ¡Aquella Constanza, acusada hoy acerbamente por los labios que en otro tiempo la dirian tantas veces--*yo te amo*:--aquella Constanza que obtuvo los primeros suspiros, que recogió y acaso marchitó las primeras esperanzas del corazon del conde: aquella Constanza cuyo nombre escitaba indefinibles emociones en el pecho de Clementina; estaba realmente muerta para el amor de Saint-Velmar? Y si asi era, cuan tristes verdades entrevcia la huérfana: ¡el amor estinguido! ¡la fe engañada! ¡la religion de los recuerdos profanada por recriminaciones vergonzosas!.... Era pues, cierto, que el amor de Arturo podia *pasar*, ni mas ni menos que pasaria una calentura: era cierto que existia una mujer que como ella habia dado su alma, y esa mujer pudo ser culpable ó calumniada: ¡el amor, pues, no preserva de la inconstancia propia ni de la agena! ¡la felicidad de la pasion, es pues, una felicidad transitoria! ¿Y en quién debia suponer Clementina el verdadero crimen? ¿En Constanza ó en Arturo?.... Su corazon femenil se inclinaba á absolver á la mujer: juzgábala por si misma y repetia--¡no, ella no ha cesado de amarlo! Pero ¿cómo condenar tampoco al conde que se declaraba victima?.... En el tropel de sus desordenados pensamientos, Clementina solo sacaba en claro esta triste certeza--¡los lazos del corazon pueden romperse! ¡el amor de Saint-Velmar ó no es eterno ó no es mio!

Llegó por fin la temida aurora del solemne dia de las revelaciones. El sol, al aparecer en Oriente, halló al conde en el parage de la cita, y algunos minutos despues llegó á él Clementina pálida y agitada, envuelta en un capoton de merino negro, que hacia resaltar el blanco mate de su desfigurado, aunque siempre hechicero semblante.

Habia llorado mucho y aun humedecia el llanto sus mejillas; pero al ver al conde subió á su cabeza un fuego que secó sus ojos, y se fijó en su corazon una fuerte y opresiva congoja.

Tomóla Saint Velmar una mano y la dijo con alterado acento. --Me causais miedo, Clementina: veo que padeceis mucho: ¿qué desgracia es esa que vais á lanzarme? ¿qué obstáculo opone vuestro corazon á mis caras esperanzas?

—No, mi corazon, respondió ella: mi terrible destino.

—¡Acabad! esclamó cayendo á sus pies el conde: me dais la muerte.

La jóven hizo un esfuerzo heróico y dijo con entereza. --No puedo ser vuestra esposa aunque no soy indigna por culpa mia. El corazon me dice que no tengo de que avergonzarme; que puedo levantar mi frente delante de vos, con la noble dignidad de la inocencia: pero yo no conozco las leyes de los hombres, ni sus costumbres, y solo confusamente entreveo el abismo que vos solo podeis medir: ese abismo abierto entre los dos es la diferencia que el cielo puso en nuestro nacimien-

to. Vos, Saint-Velmar, sois un hijo legítimo, orgullo de vuestros ilustres padres: yo soy.... una espósita. ¿Comprendeis ahora, prosiguió con destrozadora sonrisa? --El amor que me dió vida *pasó* sin duda, como el vuestro primero.... ¡cómo el vuestro actual pasará tambien! Mis padres me arrojaron lejos de sí, porque yo era tal vez el importuno monumento de una dicha efímera y ya olvidada.

Este es mi secreto, conde, añadió con amarga gravedad: me habeis creido hija de Madama Belmourt y el cielo me negó esa honra. Ignoro quienes son los autores de mi existencia.

El conde quedó un momento suspenso entre diversas impresiones; mas su silencio no fue largo, y las primeras palabras de sus labios hicieron conocer á Clementina cuan injusta habia sido en sus recelos.

--Lo que me revelais, dijo, no altera en lo mas mínimo mis resoluciones, si bien exalta mis sentimientos. Sois desgraciada y por eso os amo doblemente, Clementina. ¡Oh virgen querida y adorable! ¡dichoso yo si me escoges para reparador de los agravios que te hizo la suerte! ¡No tienes nombre: ¡pues bien! acepta el mio. ¡No tienes familia! ¡yo lo seré todo para tí: padre, madre, esposo!.... Si un amor pasagero te dió la vida, el amor eterno te brinda la felicidad! Si un mundo injusto te rechaza, mis brazos te esperan abiertos, esposa mia, y ellos te sabrán abrir hasta las puertas del cielo.

Habia en la apasionada y generosa espresion del conde una elocuencia irresistible: coloreábanse las mejillas de Clementina; latia su corazon y animábanse sus miradas. ¡Soy dichosa! esclama, y cae en brazos de su amante, que ébrio de amor, exaltado por su propia magnanimidad, la estrecha delirante, articulando juramentos solemnes, de los cuales son testigos la naturaleza y el cielo.

Pero en medio de aquel mútuo y peligroso delirio, un grito se escapa del pecho de la huérfana, y sus lindos ojos, que alzaron al firmamento una mirada de inefable ventura, se cierran con espanto El sol se ha eclipsado súbitamente, el dia naciente se trueca en noche estemporánea: tinieblas frias cercan á la enamorada pareja, y entre aquellas sombras estrañas ha pasado una figura siniestra: un hombre alto, flaco, casi cadavérico, cuyos ojos lustrosos como el cristal, han lanzado sobre los dos amantes una mirada reprobadora y fria, mientras sus labios azulados articulaban con hueco acento este nombre fatal - *Constanza*!.....

.....

.....

¿Qué conjuro seria bastante poderoso para arrancar de sus trasportes al amor feliz? Clementina ha gritado; el conde se ha estremecido; pero aquel episodio no ha parado la marcha de los acontecimientos. El sol, saliendo de su momentáneo eclipse, ha alumbrado un risueño cuadro de familia. Saint-Velmar y Clementina de rodillas delante de Madama Belmourt, acaban de jurarse un amor eterno, y la escelente viuda, loca de alegria por tan fausto desenlace, señala el dia del matrimonio, y se aplaude de haber sido débil con su hija adoptiva.

Todos están satisfechos de sí mismos y de los demas. Hasta Marta se atribuye una eficaz cooperacion en aquel bellísimo término de un amor que parecia tan peligroso é insano. Todos afirmaban que jamás lo habian creido tal: ¡era harto evidente la esquisita honradez del conde!

Los amantes estaban embriagados de placer, y nada menos que ellos todos los habitantes de la quinta.

No se habló del eclipse del sol sino para reirse del susto que causara á Clementina. Se preguntaron unos á otros quien era el alto y pálido personage que habia pasado cerca de los amantes, como fatídico meteoro en el momento de ocultarse la luz del cielo. Marta dijo que el retrato convenia perfectamente á la figura de un leñador de las cercanías, y entonces no se hizo otra observacion que esta, espresada por Clementina entre joviales chanzas. --¡Y cómo desfigura el miedo los objetos! el pobre leñador me pareció un vestiglo cuando le ví en medio de la súbita oscuridad. ¡Qué ojos le fingió mi espanto!

¡Y yo! añadió en voz baja el conde: en mi delirio creí, hubiera jurado que llamaba con sepulcral acento á Constanza. ¡La presencia de aquel pobre diablo fue tan inoportuna, como á tiempo y propicia la ocultacion del sol! El amor ama las sombras: no es verdad, vida mia?

Pero.... no fuiste tú, Arturo mio, quien nombraste á Constanza: ¡ah! en mi perturbacion.... acaso fuí yo misma.

Tú, no hay duda: así lo comprendí al instante. Olvidemos para siempre ese nombre. Esposa mia! ¡Cuán feliz soy! ¡Qué sol será tan bello como aquel sol eclipsado en el momento inolvidable en que te llamaba, mi esposa? Las venturas supremas necesitan ser templadas por un velo de misterio: el cielo mismo tendió su manto propicio sobre nuestro amor.

¡Sí, soy tu esposa: soy feliz!

Dentro de quince dias pronunciaremos nuestros juramentos al pié del altar.

-- Ya el cielo los ha oido, Arturo mio.

-- Pronto quiero, oh vida de mi alma, que los vean tambien los hombres. Yo te presentaré orgullo diciéndoles -- ¡Es mi esposa!

Madama Belmourt mientras tanto abrazaba fraternalmente á Marta en el exabrupto de su gozo, esclamando entre lágrimas de alegria -- ¡Esto es increible! ¡qué felicidad tan estupenda! ¡qué hombre tan sin igual!

(Se continuará.)

GALERÍA DE MUJERES CÉLEBRES.

MARÍA ANTONIETA.

La desgraciada princesa, cuyo nombre encabeza estas líneas, nació en Viena el 2 de noviembre de 1755, siendo hija de aquella célebre María Teresa, cuya gloriosa historia hemos ligeramente bosquejado en uno de nuestros números anteriores.

María Antonieta, archiduquesa de Austria, celebró esponsales con el Delfin de Francia, cuando apenas salia de la infancia, y fue recibida en los dominios de su régio esposo en mayo de 1770 en medio de generales regocijos.

Su belleza seductora, su tierna juventud y su afable carácter, la grangearon desde luego el afecto mas entusiasta de aquellos franceses que mas tarde debian derramar la hiel de la calumnia en su nombre augusto, y apacentarse en su preciosa sangre.

Entonces mismo, cuando los públicos festejos solemnizaban el enlace real, parece que quiso el cielo presagiar á la desgraciada princesa el infausto porvenir que debia encontrar, tras aquel embriagador incienso del amor y la lisonja. Los rayos de una horrorosa tempestad apagaron los fuegos artificiales y las luminarias con que celebraba el pueblo la nupcial ceremonia, y un acontecimiento infausto que fue causa de la muerte de mas de mil personas, completó despues aquel fúnebre agüero.

María Antonieta tuvo entonces ocasion de manifestar los nobles y generosos sentimientos de su corazon, en hechos multiplicados de benevolencia piedad que nunca desmintió, y que la hicieron generalmente adorada en tanto que fue Delfina. Sentada mas tarde en el trono, fue una de sus primeras disposiciones la abolicion de un impuesto que se habia, cobrado con el nombre de *cintura de la Reina*, sellando con aquel rasgo de régio desprendimiento la gratitud de un pueblo á quien fascinaba ademas, con su talento y hermosura.

Nada anunciaba en aquella brillante aurora de su vida de reina, la próxima declinacion del astro de su ventura, y jóven, bella, querida, entregóse incauta al torbellino de disipacion y de placer que debia lanzarla al abismo, que sordamente se entreabria ya bajo sus plantas.

Mr. de Besenval ha dicho en sus memorias que una accion no bien determinada en su modo de pensar, alguna desigualdad de carácter y su escesiva inclinacion á las diversiones frívolas, fueron las principales causas de aquellas impresiones poco favorables, que minaron y destruyeron en poco tiempo la general aceptacion con que habia comenzado su reinado la esposa de Luis XVI.

Cuando anunció el contador general la existencia de un déficit considerable en la Real Hacienda, la maledicencia dirigió sus sordas inculpaciones á la Reina, y aumentándose de dia en dia la deuda pública, y menoscabándose á proporcion el crédito nacional, se decidió la convocacion de los estados generales, que fueron un anuncio inmediato de las desgracias que iban á quebrantar al trono, ahondando el precipicio que debia sumergirlo.

Presintiólo María Antonieta, y hubo desde entonces una notable mudanza en su carácter; pero en medio de los desastrosos acontecimientos que sucesivamente ocurrieron, desplegó una serenidad y entereza dignas de la gran mujer en cuyo seno habia comenzado á existir.

Los tristes sucesos de que hacemos referencia, son demasiado conocidos para que nos detengamos en ellos; basta á nuestro objeto hacer notar que en aquellas calamitosas circunstancias, la desventurada Reina, ilustró su vida con nuevos y señalados rasgos de magnánima generosidad, que no fueron sin embargo poderosos á calmar la efervescencia del popular encono.

Arrestada con su esposo y sus hijos, perdida la esperanza de sustraerse con la fuga á la sangrienta catástrofe que preveia, mostrose tan grande por el valor como por la virtud, creciendo á proporcion que su desventura la heróica firmeza y resignacion con que supo soportarla.

Llegó el dia en que aquella beldad régia pasase á la pestilente atmósfera de una lóbrega prision desde el ambiente embalsamado de los palacios, y privada hasta de la luz del sol, sin mas consuelo que el amarguísimo de tener junto á sí á la hija que adoraba, imploraba al cielo en favor de sus verdugos.

Todas sus esperanzas habian fenecido, y bien pronto hubo de necesitar de toda su fortaleza y resignacion, para recibir sin debilidad el golpe mas cruel que le estaba destinado por la suerte. Cayó en el cadalso la régia cabeza del infortunado Luis, y se dispensó como una grácia á la augusta viuda el permiso de vestir luto por tan desastrosa pérdida.

El 4 de julio de 1793 separaron á la infeliz princesa de sus hijos, y el 5 la trasladaron á la consergería. Pocos meses despues dispuso la Convencion que fuera juzgada y se la acusó de dilapidacion en la Hacienda pública, y de criminal correspondencia con los enemigos de la Francia. A pesar de los muchos testigos que fueron escuchados, no se consiguió ni la menor prueba contra la augusta acusada, que rechazando con noble indignacion los cargos que se le hacian, (alguno de los cuales, que no mencionamos, no es dable recordar sin vergüenza profunda,) hizo perder el favor popular al calumniador Herber y al sanguinario Ponquier Quinville, sus mas furiosos acusadores.

Sin embargo, María Antonieta no debia esperar ni esperó gracia alguna de aquel tribunal revolucionario: al dia siguiente á las once de la mañana, subió la nieta de los Césares á la fúnebre carreta, y algunos minutos despues tiñó con su sangre el cadalso, rogando al cielo por la felicidad de la Francia.

POESÍAS.

DESPEDIDA

A MI CARA AMIGA

LA SEÑORA DOÑA D. G. C. DE V.

¿Y nos dejas cruel?.... ¿y nada alcanza
El triste lloro, el suplicar ferviente?
Senda hallarás de fácil bienandanza
Atras dejando á la amistad doliente?
¿Adónde, adónde irás, ni qué esperanza
Te aguarda, ingrata! en el nativo suelo?
Si en su sereno cielo
Un sol mas puro y esplendente brilla;
Si el Guadalhorce en su encantada orilla
Riega mas bellas flores,
Que emblemas breves de hermosura, al aura
Rinden dó quier balsámicos olores;
No tan estéril, no, se alza en Castilla
La carpetana sierra,
Que rehuse á tu sien digna guirnalda:
Pues si tantos no brotan en su falda
Deleitosos vergeles,
Escasa no es en producir laureles.
Y tú que el sacro fuego
Sientes hervir del genio, y en el ansia
De noble gloria sin cesar te agitas:
¿Por qué delirio ciego
Tus esperanzas al nacer marchitas?
Ah! no suspires por sosiego frio;
No sacrílega, no, rompas el ara
Dó el alto númen, á tus votos pio,
Inmarcesible lauro te prepara.

Aquí el destino te reclama: el genio
Aquí el camino te abre
Para su santo templo,
Y el noble ardor que tu ventura labre
Será á tu sexo admiracion y ejemplo.

Si, corre, vuela, luego y en tu mano
Torne á vibrar la lira
De la de Lesbos malograda musa....
?Mas que terror insano
Este recuerdo súbito me inspira,
Que el conturbado corazon rehusa
La voz á mi garganta? Por qué henchido
De suspiros y llanto,
Acaba con tristísimo gemido
Mi comenzado canto?
¡De infortunio cruel víctima ilustre!
¡Oh Safo sin ventura!
Jamas con rostro enjuto
Pude mirar tu lamentable historia!
Jamas mi corazon á tu memoria
Negó de compasion digno tributo!

¡Y qué! ¿de tu alta gloria
Fue el infortunio galardon? y el genio,
Antorcha celestial, divino guia
Que entre laureles dirigió tus pasos,
Mintiendo dichas con atroz falsía
Solo llevarte pudo
A aquel peñasco rudo,
Dó el dolor te acompaña y te derrumba
Al hondo abismo de insondable tumba.

Mas no á tí sola condenó la suerte
A regar con el lloro
El sagrado laurel y el plectro de oro,
Ni á tí tan solo á desastrosa muerte!
No el de Jerusalen cantor divino,
Noble y hermoso y tierno,
Que como el Tracio músico pudiera
Aplacar con su voz el negro averno,
Logró vencer la saña del destino!
Los resortes del alma quebrantados
Al peso de su genio y desventura,
Vagar le veo en tétrica locura
Los ojos secos de llorar cansados.
Opreso el noble corazon de miedo,
Trémulo el cuerpo, la color perdida.
Llama á Reinaldo, invoca á Godofredo....
Tal vez conjura á la falaz Armida!

Asi cuando de envidia los furores
Al libre genio oprimen,
Presume ciego conseguir victoria
Invocando su gloria,
Sin ver que es ella su nefando crimen.
El lauro de oro que la tuya hermosa
Logró arrancar á tu destino impio,
Solo fue, ¡oh Taso! á coronar la losa
Que ya guardaba tu cadáver frio.

Ni en tí será que su cadena rompa
De víctimas ilustres
La atroz fatalidad, ¡Camoens sublime!
En vano al resonar tu épica trompa,
Del uno al otro polo
Hizo volar la gloria lusitana,
Y ciñeron tu frente soberana
Los laureles de Marte y los de Apolo;
Pues asi ornada de corona doble,
Ni un humilde vellon tuviste solo
Do reclinar al fin frente tan noble!

No fue menor la saña
Con que miró fortuna
Desde la tierna cuna,
Al gran Cervantes, luminar de España.
Ni en siglo mas remoto
Al genio fuera el infortunio ignoto;
Que al traves de los tiempos,
Gigante alumno de las Musas miro
De Jonia ingrata al venerable ciego:
Dale la suerte en su voluble giro
La admiracion del orbe por despojos,
Y al mendigado pan ablanda el riego
Que brotan sin cesar sus turbios ojos.

Asi tambien Ovidio,
Ceñida de laurel la egregia frente,
Compra con llanto ardiente,
Que á sus insomnes párpados asoma,
La amarga compasion del estrangero;
Y mientras se alza con su gloria Roma,
Abre su tumba el Sármata grosero.
¿Qué á las almas vulgares
Esa palabra de metal-*destino!*
De este númen infausto á los altares
Solo el genio ¡oh dolor! supo el camino.
La gloria al ara devorante guia,
Y tanto mas propicio
El número crudo de su mano impia
Acepta el lamentable sacrificio,
Cuanto con mas laureles
La predilecta víctima corona.

Asi el rayo perdona
La choza frágil y el humilde arbusto,
Y rápido surcando el ancho espacio,
Cual si de su poder fuesen injuria,
Contra el roble robusto
O en la dorada frente del palacio
Va á descargar su destructora furia.

Huye, triste mujer!.... mi ruego insano
Fácil revoco!.... Que tu noble frente,
Dó por ultima vez mi labio imprimo,
Jamás, jamás sustente
La corona fatal! En los jardines
Que cultive tu mano,
Ornato mas precioso
De alegre mirto y pálidos jazmines,
Ebrio de amor te ceñirá tu Esposo.

Huye y no tornes, nó! tu hogar tranquilo
Ama cual ama el náufrago la tabla
Que entre el hervir del piélago sañudo
Al suspirado puerto le conduce;
O cual el caminante que perdido
En negra noche por sendero ignoto,
Ama al fanal benéfico que luce
En el albergue hospitalario. El voto
De aqueste corazon, que á tu ternura
Tanto alivio debió, tanto consuelo,
Tan solo para tí demanda al cielo
Sosiego y paz en existencia oscura,
Sosiego y paz en tu nativo suelo!

Nunca igual dicha gozare! Los montes
Que se encumbran al sol: los silenciosos
Bosques silvestres dó jamás penetra;
Las sábanas de inmensos horizontes
No existen para mí! No mas mi diestra
Ligera, armada del punzon agudo,
Cual otro tiempo de memoria eterna,

La vigilancia maternal burlando,
Irá alegre grabando
Del verde mango en la corteza tierna
Dulces versos de amores,
Encubiertos despues con gayas flores.

No mas solaces de inocencia y calma
Sobre el césped florido
Gozaré al pié de la soberbia palma,
Dominadora de gentil floresta,
De arroyos mil al plácido ruido,
Allá en las horas de la ardiente siesta.

Impelida de pérfida fortuna,
No mas veré mi solitaria cuna,
Ay! ni la santa tierra
Que las cenizas de mi padre encierra!

Perdona si estas lágrimas
No consagro al dolor de tu partida,
Fénix de la amistad! Lola querida!
Cede á la religion de los recuerdos
Y á la piedad filial breves instantes;
Para llorar tu ausencia
Me quedan mil insomnios devorantes,
Y una de soledad larga existencia.

Parte! y allá en tu asilo
De dulce paz y de solaz tranquilo,
Oye bramar sin miedo
Las olas de este férvido oceano
De tempestuosa vida;
Mientras gimiendo cedo
A su poder insano,
Y sin piloto, brújula ó camino,
Navego con los vientos del destino.

GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

Madrid; 1843.

CRÓNICA SEMANAL.

El domingo último tuvimos el gusto de asistir al brillante concierto que dió en su casa el célebre maestro señor Saldoni, en el que las escogidas piezas que se cantaron, fueron egecutadas con el mas esquisito gusto y con el mayor aplomo y afinacion. Repetidas é inequívocas muestras de sus bellas disposiciones nos dieron las señoritas Angulo, Moscoso, Lama, Casares y Paulos, ventajosamente conocidas en los círculos filarmónicos de la corte. La señorita Jardin de Gomez, ejecutó con la maestria que tiene de costumbre una variacion de harpa que la mereció grandes aplausos. La señorita Rojas cantó admirablemente la cavatina del *Hernani*: en algunos pasages, con especialidad, estuvo tan sumamente feliz esta linda señorita, que no dudamos asegurar que se remontó á la altura de las artistas de primer órden. La misma señorita Rojas acompañada al piano por el señor Iradier, cantó tambien con una gracia dificil de imitar varias canciones andaluzas, siendo en estremo aplaudidas *la Gitana, y la perla de Triana.* La numerosa y lucida concurrencia que asistió á casa del señor Saldoni, compuesta en su mayor parte de notabilidades filarmónicas y literarias, tributó los mas justos y espontáneos aplausos á cuantos tomaron parte en este brillante concierto. Por cuyo buen éxito sinceramente les felicitamos agradeciendo cordialmente al Sr. Saldoni el agradable rato que nos proporcionó en la noche del domingo, siéndonos doblemente satisfactorio por haber tenido esta ocasion mas en que admirar las dulces y apasionadas, á la vez que sublimes robustos acentos, de su inspirada música en varias de sus composiciones originales, que fueron cantadas y aplaudidas con estusiasmo.

MODAS.

No hay tirano tan voluble como la moda: pocos meses hace proscribia severamente los collares y pendientes, haciendo casi del todo inútiles á los siempre preciosos diamantes, que tanto realce prestan á la hermosura, especialmente á quellas de un genero magestuoso y grave. Hoy por el contrario, las joyas han entrado en boga, con furor. El diamante, la esmeralda, el amatiste, el coral, la perla el rubi y el ópalo, abudan en pendientes, brazaletes, anillos, diademas etc. etc. En nuestro concepto sin embargo, no hay joya mas elegante y preciosa que la juventud primera, y confesamos que no nos agrada el brillo de los diamantes en aquellas figuras frescas y puras, en las que resplandecen en todo su fulgor los 18 ó 20 años. Solo despues de esta edad sientan bien las pedrerias.

MADRID 1846.--EST. LITERARIO-TIPOGRAFICO DE P. MADOZ Y Y. SAGASTI.

MADRID 1846. DOMINGO 25 DE ENERO. NUM. 20

LA ILUSTRACION.

ALBUM DE LAS DAMAS.

ADVERTENCIA.

Rogamos á nuestros lectores de provincia, que renueven con tiempo la suscricion, si no quieren sufrir retraso en el recibo de los números. En los puntos donde no haya librerías, pueden remitir una libranza sobre Correos á favor de la redaccion calle de la Luna número 14 cuarto principal de la derecha.

Porvenir de las mujeres.

El magnífico cuadro que se desenrollaba á la vista de la jóven, producia un efecto en su alma sobre la espectacion de su hermano. Buen rato estuvo trabajando por reprimirse; pero cuando vino á comparar la miseria presente con el bello ideal de la felicidad que percibia por la vez primera, no fue dueña de sus sentimientos, paró á su hermano y con los ojos bañados en lágrimas.

Amigo, le dice; el porvenir que preparais es digno del genio del hombre y del poder del creador. Soy de los vuestros con todo el corazon y toda el alma. No desdeñes mis servicios, no juzgues del resultado por la debilidad de mis medios, sino por el entusiasmo que me anima. Recuerda que en tiempo de Cárlos VII una mujer fue la que reanimó el valor por un momento abatido, y salvó el pais arrojando al ingles orgulloso de nuestra tierra sagrada. No olvides que en las riberas del Vistula, allá en tiempo de Casimiro el Grande, otra doncella fue la que contuvo la espada próxima á caer sobre la descendencia israelita. Otra mujer fue la que dominó el carácter de Juan el Terrible y trasformó al tirano mas indómito en modelo de monarcas. Mi alma se abrasa tambien por lo grande y por lo bello: indícame el camino, muéstrame el objeto: no hay sacrificio de que no sea capaz.

¡Quién podria espresar el contento del

jóven al estallido de esta noble esplosion! Olvidó un momento todos sus pesares, todas sus inquietudes, olvidó la indiferencia del mundo que no le escuchaba, que no queria ó no podia comprenderlo. En el asentimiento de su hermana tomaba nuevas fuerzas y nueva energía.

Conocia, dijo, tu espíritu libre de preocupaciones, tu corazon accesible á los sentimientos mas generosos, y tenia por cierto que algun dia habias de aumentar el número de nuestros apóstoles. Mas no pienses que el esfuerzo de una sola hazaña, que la sublimidad de un hecho heróico baste para acelerar el dia de nuestro triunfo. En nada nos parecemos á esos reformadores orgullosos y temerarios que necesitan amontonar ruinas sobre ruinas y trastornar pueblos y dominaciones para efectuar un mero cambio, abusos por abusos. No pretendemos ser creidos por nuestra palabra ni hacer esperimentos con toda la sociedad: pedimos un jardin, algunas aranzadas de tierra, un poco de oro para formar un *Falansterio*, para presentar la muestra de una sociedad feliz, un establecimiento agrícola é industrial que pruebe á los mas incrédulos la sabiduría, el poder y la justicia del criador. El cetro del mundo reconocido, pertenecerá al que nos ayude en esta tarea.

¿Y no habeis hallado un varon enriquecido que quiera asociar su nombre á una obra que cuesta tan poco y promete tantos prodigios?

No: los poderosos del dia absorvidos en las contiendas políticas, espantados por novadores que han marcado su tránsito con ruinas y sangre, temen dar oido á los apóstoles que les presentan el áncora de la salvacion.

¿Y qué hemos de hacer, hermano? ¿habremos de perder toda esperanza?

¡Oh! no: todo lo contrario. Es indispensable redoblar el celo y la perseverancia hasta obtener con el auxilio de todos, lo que no hemos podido conseguir por la energía de uno solo. Ven conmigo, te mostraré un espectáculo que escitará tu admiracion y te dará á conocer tus deberes.

Era de noche. Los coches no se movian ya por la ciudad: las calles quedaban desiertas, cerrábanse las tiendas; no se encontraba mas que la patrulla que cuidaba de la seguridad de la capital; pero una luz pálida reflejaba todavia desde una casa distante y resonaban del interior los golpes del martillo, del hacha y otros instrumentos de oficio. El jóven condujo allí á su hermana. Era ámplio el local. Hombres y mujeres continuaban su afanoso trabajo por aquellos talleres sombrios. De cuando en cuando se juntaban cantos armoniosos al ruido confuso de las tijeras, sierras, martillos, hachas, garlopas, pinzas y limas, dando á entender que la falange laboriosa se entregaba de buen humor á su tarea. Sobre las frentes húmedas de los trabajadores se advertia el cansancio del cuerpo, pero en sus ojos serenos se leian la paz y la satisfaccion del corazon.

A poco rato, hecha una señal, cesan todos los trabajos. El silencio mas profundo sucede al ruido del canto y del trabajo, y cual si fuese obra de mágia los que poco antes desgastaban sus cuerpos á la manera de máquinas insensibles, hablan unos despues de otros haciendo brillar todo el esplendor de la elocuencia y la poesía. Este combatiendo la impiedad del siglo desenvuelve los atributos de la Divinidad, se estiende acerca de su justicia distributiva y de la universalidad de su providencia. Aquel añade á las creencias religiosas las pruebas convincentes de la inmortalidad del alma. Esotro espone por que fases ha pasado la humanidad y por analogía indica el camino que debe seguir en adelante. Tal otro presenta la definicion de la verdadera libertad, de la felicidad verdadera. Una jóven con la voz de un ángel y la conviccion de un apóstol, anuncia que el tiempo de los padecimientos ha pasado y que pronto la mujer realzada ofrecerá el ejemplo de las mas nobles virtudes, y será el encanto de la nueva sociedad.

Por último, todos antes de retirarse entonan un himno á la gloria de Dios y á la memoria del continuador de Jesucristo.

¿Quiénes son estos hombres estraños? preguntó la hermana. Sus manos están ennegrecidas por el trabajo; pero su entendimiento tiene cultivo: su frente está cubierta del sudor del cansancio, pero sus almas se elevan hasta los cielos: presos como galeotes en sus talleres ingratos, conocen lo pasado, juzgan de lo presente y viven en el porvenir.

Son trabajadores de nuestra escuela: consagran el jornal del dia á su propio sustento y al de su familia, y depositan el de la noche en la caja comun, esperando que poco á poco por el concurso de todos reunirán los fondos que no han podido obtener de uno solo. Son verdaderos mártires y apóstoles; mártires, porque dotados de un entendimiento elevado y un alma ardiente saben trabajar y espirar: apóstoles, porque tan luego como tienen un momento libre van de casa en casa y de taller en taller anunciando la ley divina y demandando un óbolo para el primer *Falansterio*.

¡Qué pluma podrá describir lo que pasó entonces por el alma de la jóven! La adhesion de los trabajadores le inspira los oficios generosos. Sondea sus medios, calcula sus fuerzas; el porvenir se le presenta con colores mas risueños. ¡Qué mujer no querria ayudarla en su tarea sublime! ¡Qué hombre permanecerá sordo á su voz, qué corazon no acompañará sus esfuerzos, palpitando con las mas simpáticas emociones! Comprende entonces su mision y su poder, y quiere ser la primera entre las mujeres.

Ya la veo puesta en accion.

Dentro de poco venerarás su nombre.

El desvan del diablo.

—

Lespes.

Habrá ocho años poco mas ó menos que se detuvo á la puerta de una casa cerca de la Magdalena en Paris un elegante carruage: el caballero que iba en él preguntó al portero si habia algunas habitaciones para alquilar, y á la respuesta afirmativa de este, se bajó ofreciendo en su aire, vestidos y condecoraciones, todas las muestras de pertenecer á la clase mas distinguida de la sociedad.

—Dignaos enseñármelas, dijo.

—Hay en el piso principal, contestó el portero quitándose su gorra de nutria, una habitacion magnífica, empapelada al último gusto y con chimeneas á la inglesa.

—No me conviene, interrumpió el desconocido.

—¡Ah! pues, ya sé que es lo que deseais, caballero: tengo otra en el tercer piso muy cómoda; tiene cuatro piezas y cocina: no hace un mes que la desocupó un diputado.

—Bueno, bueno, dijo el otro impaciente ya con la charlatanería del viejo; pero no quiero nada de eso, lo que quiero alquilar es el desvan—

—¡El desvan!

—El desvan..... ¿de qué os admirais?

—Señor, el desvan no es habitacion para una persona como vos... es inhabitable, está á cuatro vientos y estariais siempre espuesto á una pulmonía.

—No importa, quiero el desvan; ¿en cuánto lo alquilais?

—Si absolutamente lo quereis, vaya: os costará 100 francos al año; pero á mi me parece.....

—Yo no he venido á consultar vuestro parecer, hacedlo limpiar, porque voy á ocuparlo inmediatamente.

Y diciendo esto el nuevo locatario dió un luis al portero, dejándolo lleno de confusion con la gorra en la mano mientras él desapareció en su elegante carruage.

—Esto es muy raro, dijo el viejo á su mujer, alojarse un hombre de su clase en un desvan! Si será algun jugador, ó algun ratero!

—Y á ti qué te importa? contestó la mujer: como pague corriente, sea quien fuere.

El desvan fue en el momento barrido y deshollinado, repuestos los cristales de su única ventana y arreglado lo mejor que se pudo.

Algunas horas despues volvió el desconocido seguido de un mozo que llevaba en hombros un cofre de ébano de una figura muy estraña.... esi parecia un ataud!

Cuando el mozo bajó de dejar el cofre, el portero que habia entrado en curiosidad, le preguntó.

—Qué hay en esa caja negra que habeis subido?

—Yo no sé; lo único que puedo asegurar es que pesa terriblemente.

—Si será un cuerpo muerto? dijo la portera, oh! pero no es posible!

—Qué! contestó el marido, iria un señor de coche á alquilar un desvan para meter una cosa tan lúgubre....!

Todavia no habia concluido la frase cuando el desconocido se le acercó diciéndole.

—Yo no quiero recibir sino á un solo sugeto: atended á las señas para que lo conozcais: es jóven, alto, bien parecido; pero de un aire y aspecto siniestro.

—Señor, decidme sú nombre.

—No puede ser, él no quiere que se sepa que viene á trabajar conmigo.

—Y entonces cómo lo distinguiré yo entre tantos como vienen aquí?

—Por lo que él os diga.

—Y qué dirá?

—Dirá: *« vengo por el diablo. »*

El portero dió un paso atras al oir semejante contraseña; el desconocido se marchó á su desvan; y pocos minutos despues se presentó el amigo. En efecto, su figura era bastante sombria, sus largas y negras pestañas y sus ojos, que brillaban con un fuego estraordinario, daban á su fisonomia un carácter fantástico.

—Por el diablo! dijo.

—Arriba está, señor; bien podeis subir, contestó el portero.

Esta visita se repitió todos los dias siguientes: el locatario y su amigo se encerraban en el des-

van, donde pasaban largas horas cantando juntos canciones impias hasta las cinco de la tarde que se marchaban.

Habria transcurrido un mes, y la curiosidad del portero crecia estraordinariamante sin poder atinar con lo que hacian los dos amigos encerrados con aquel cofre negro, hasta que un dia, no pudiendo contenerse, se acercó con mucha precaucion á la puerta del desvan; y por el agujero de la llave se puso á escuchar.

—Ea, valor! decia el locatario.

—Vos lo hallais muy fácil, contestaba el amigo, pero no se puede representar al diablo, como se quiere.

—Es difícil, pero no imposible.

—Amigo, no me hallo capaz de hacer á Lucifer.

—¡Buen Dios, se dijo el portero para sí; estos malvados han hecho pacto con Satanás!

—Querido mio, decia el locatario á su interlocutor, el paso que vais á ejecutar es mas hermoso de lo que pensais.... en él hareis salir los muertos de sus tumbas.

—Virgen santa ¡qué horror! esclamó temblando el portero.

—Vos hareis una sublime invocacion á Satanás y á sus secuaces, y todos los demonios responderán á vuestra voz.

—¡Jesus! ten piedad de mi alma! decia el portero santiguándose y bajando las escaleras todo amedrentado: ahora mismo es preciso dar parte de esto al comisario de barrio.

Y corriendo á la policía contó todo lo que habia oido con los detalles del cofre negro y la misteriosa contraseña de los dos amigos.—Entonces el comisario se trasladó al desvan, y sus puertas se abrieron á la terrible órden de «abrid en nombre del Rey.»

—Cómo os llamais! preguntó el comisario al locatario?

—Giacomo Meyerbeer, contestó este sonriendose.

—Y vos?

—Levasseur, primer bajo de la ópera, dijo el amigo de la contraseña.

—Señores, repuso el comisario quitándose el sombrero con respeto; se os ha acusado de sortilejio, y aunque yo no he creido en esto al portero, me figuré que este humilde desvan abrigaria á algunos malhechores mas temibles que todos los hechiceros del mundo; pero vuestros nombres bastan para sacarme de mi error.

El comisario iba á marcharse cuando el portero lo detuvo diciéndole:

—Pero señor ¿por qué este caballero (señalando á Levasseur) decia que venia por el diablo; por qué su amigo le decia que invocara á Satanás, y últimamente: qué hay en ese cofre negro que parece caja de muerto?

Por única respuesta Meyerbeer abrió el cofre.... y se vió toda una partitura: cien cuadernos de música perfectamente arreglados en cuyos forros se leia en grandes letras, *«Roberto el diablo.»*

He alquilado este desvan, dijo el compositor, para ensayar á M. Levasseur el papel infernal de Bertran que debe hacer en mi ópera; y para entregarme á los estudios de mi arte que no puedo hacer en la fonda *de los Príncipes* donde estoy alojado.

Como no queria recibir sino á M. Levasseur y deseábamos guardar el incógnito, él ha inventado la contraseña de «vengo por el diablo» porque en efecto venia para hacer este papel.—¡Ahhh! esclamó el pobre portero que estaba confundido con las razones del maestro; este por su parte quiso vengarse de él de un modo que lo sorprendiese mas todavia.

Quince dias despues el comisario y el portero denunciador se hallaban sentados en dos lunetas, asistiendo á la primera representacion de Roberto el diablo, de esta obra maestra de las composiciones alemanas: el primero unia sus palmadas, á los estrepitosos aplausos con que el público recibia la nueva ópera; y el portero permaneció estático sin decir una palabra hasta el tercer acto; que viendo á Levasseur en la escena de la invocacion, tartamudeó:

—Todavia no estoy yo muy convencido de que este hombre no sea el mismo diablo.»

(Traducido L. T.)

GALERÍA DE MUJERES CÉLEBRES.

BLANCA CAPELO.

Blanca Capelo, vástago de una ilustre familia de Venecia, á quien la naturaleza habia dotado de una hermosura rara, vivia en su patria á mediados del siglo XVI: frente al palacio de sus padres habitaba en la casa de comercio de los Salviatis un jóven florentino, que aunque de humilde nacimiento, no habia sido menos favorecido de la naturaleza.

Algun tiempo habia que estos dos interesantes jóvenes vivian tan próximos sin conocerse, cuando un dia mas feliz que los demas, vió Bembenuti á la agradable Blanca, y esta vista encendió en su corazon todo el fuego del amor; en vez de la tranquila calma que en su pecho reinara, sucedió la inquietud, y desde entonces solo anhelaba ocasion de poder noticiar al objeto de sus amores los combates de su alma.

El amor es ingenioso, y el aya de Blanca muy pronto satisfizo los deseos del enamorado mancebo, que en la primer entrevista anuncia su pasion á la jóven. Hablaba en favor de Bembenuti, una fisonomia interesante, y Blanca no puede resistir los impulsos de la pasion que en su pecho se enciende; Blanca, combate, vacila

algunos dias: pero al fin triunfa el amor y Bembenuti es correspondido.

Al principio creyó la interesante Blanca, que su amante era el mismo Salviati y conociendo que sus muchas riquezas bien podian compensar la superioridad del nacimiento de ella se entregó sin reserva á sa pasion.

Pronto la triste realidad vino á rasgar el velo de sus ilusiones en la segunda entrevista, perdiendo desde entonces la esperanza que concibiera de casarse con él; sin embargo, le ama, y aunque, le prohibe se presente á su vista en lo sucesivo no puede apagar el incendio de su amor.

La prohibicion escita el deseo y Bembenuti quedó de sus resultas mas enamorado que nunca; no era muy diferente el deseo de su querida, aun que por algunos dias se hizo superior á su amor; al fin recibió una carta y no pudo resistir á la súplica que en ella la hacia su amante de hablarla cuando su familia estubiese entregada al sueño,

Cubria la noche con sus tinieblas la tierra, las estrellas brillaban en el azulado firmamento y el reloj daba la una: Blanca sin esperiencia del mundo sale de su casa, dejando entornada la puerta y se dirige á la de su amante, donde permaneció hasta el amanecer.

El cántico del gallo anunció la venida del dia, y es ya indispensable separarse; Blanca hace un esfuerzo superior, y aunque deja su corazon cautivo, ella logra libertarse dirigiéndose á la casa paterna.

En este intermedio habia pasado por la calle un tahonero, que reparando entornada la puerta creyendo hacer un beneficio á los moradores la cerró dejando caer el picaporte, impidiendo de este modo la entrada á la infeliz doncella. ¿Qué ha de resolver Blanca en tal apuro? La aurora empezaba á iluminar el mundo, su honor iba á padecer, los momentos instaban, y era necesario aprovecharlos: Blanca no vacila. y vuelve á casa de su amante y le propone la fuga que al momento fue egecutada, logrando embarcarse y arribar sin contratiempo alguno á Pistoya, donde reciben las bendiciones nupciales conduciendo en seguida Benbenuti su jóven esposa á Francia, donde la presenta á sus padres.

Eran estos pobres, pero Blanca conducida por el amor, olvida las comodidades de su casa y el orgullo de su nacimiento, y gustosa comparte con su suegra hasta los trabajos mas mecánicos de la casa

Algun tiempo vivió de este modo oculta á los ojos de todo el mundo, sin que nadie supiera el sitio que la daba asilo, hasta que un dia pasando el Gran Duque Federico II, de Médicis por su casa, la vió y quedó enamorado de su belleza, procurando desde entonces emplear todos los medios para ser correspondido.

En vano el Duque se vale de la seduccion, en vano emplea el oro, nada es capaz de hacer ceder aquel constante corazon. El amor es próvido en ideas y creyó el Duque que elevando á Bembenuti á los primeros cargos del Estado, Blanca accederia á sus ruegos.

Ya obtiene Bembenuti uno de los primeros empleos de Florencia: honores, pensiones, todo lo acumula sobre él el soberano y Blanca se ve en un momento elevada á una brillante fortuna, pero sin que por esto aun se hubiese ablandado su corazon, ni faltado á sus deberes.

Las riquezas generalmente y los honores, hacen á los hombres soberbios é intratables, y Bembenuti no pudo hacerse superior á esta debilidad de los mortales, y apoderándose de su corazon la vanidad y el orgullo, se grangeó muchos enemigos que fraguan su ruina pagando asesinos que le dieron muerte en las calles de Florencia en 1574.

De este modo se eclipsó la felicidad de Blanca, pero no por esto fue el Duque mas feliz en sus peticiones amorosas; la que habia sido fiel mientras vivió su esposo á los juramentos del matrimonio, no lo fue menos á su honestidad en el estado de la viudez, haciendo con esta hermosa conducta cada vez mas violento el amor del Duque.

El cielo no deja sin premio la virtud, y la que se habia negado á ser la cortesana del soberano, por muerte de la Duquesa doña Juana de Austria, se vió elevada al trono de Toscana, efectuándose su matrimonio en 20 de setiembre de 1579 cinco años despues de la muerte de su primer esposo.

Venecia envió sus embajadores para que asistiesen á esta ceremonia, uno de ellos lee un acuerdo del senado que declara á Blanca Capelo, reina de Chipre, y ciñe sus sienes con la corona en nombre de la República, siendo este un nuevo premio de su virtud.

No todos llevaron con tanta alegria este enlace; nunca en las dichas humanas falta una persona ó accidente que las perturbe y acibare, y en esta ocasion para tormento y por desgracia de los esposos, tenia el Duque un hermano; el cardenal Fernando de Médicis, quien lleno de orgullo por los títulos de su familia y olvidado de su origen, llevó tan á mal este matrimonio, que hablaba con menos recato que su estado pedia, y las virtudes de su cuñada merecian, de la infeliz Blanca, con el malvado fin de indisponerla con el pueblo y la grandeza, lo que no pudo conseguir; porque tal es la inocencia, que al fin triunfa tarde ó temprano de la impostura.

Viendo pues, este purpurado, indigno de tan alto ministerio, lo infructuoso de sus calumnias, acudió á la traicion, aparentando hacer las amistades con la desgraciada Blanca siguiendo este doloso trato hasta 1585, año en que viniendo á Florencia á pasar el otoño en compañia de sus hermanos la sinceridad de estos le puso en ocasion de egecutar sus malvados planes, fue asi:

Para celebrar la reconciliacion con su hermano, dispuso el Duque una partida de caza en su hermosa casa de campo de Paggio á Cavano, á la que asistieron su mujer y favoritos; hechada la primera batida se retiraron á comer y en la mesa se vieron de repente los Duques acometidos de fuertes dolores espirando en muy pocas horas á impulsos de un tósigo corrosivo hallando de este modo su muerte en la maldad de un pariente vengativo. ¡Tal fue el fin trágico de esta mujer digna de eterna memoria por su constante virtud!

POESÍAS.

DESENGAÑO.

Ya cesaron los cantos funerales,
silencio.... soledad.... sueño de muerte....
de las fúnebres hachas sepulcrales
solo el crugir monótono se advierte;
un túmulo é insignias imperiales
se elevan en el templo del Dios fuerte,
¡quién yace allí! ¡quién yace! no hay ni un hombre.
que pueda revelar el alto nombre.

Mas se estremece el paño mortuorio,
álzase de su centro una cabeza,
contempla en derredor «¡mi purgatorio!»
un acento murmura con firmeza,
«gloria! gloria!.... poder! todo ilusorio!
esta es, señor, del hombre la grandeza»
dice, y desciende con segura planta,
y al altar poco á poco se adelanta.

¡Quién eres, dí, quién eres que en la tumba
el soplo conservaste de la vida,
pues del templo la bóveda retumba
al ruido de tus pasos conmovida,
y voz doliente por los aires zumba
de tu seca garganta desprendida!
quién tu nombre dirá en ese recinto,
si estas solo en el templo, Cárlos quinto!

El cetro de dos mundos, la victoria
que ciñera tu frente de laureles,
la corona imperial, poder y gloria,
todo quedó del templo á los dinteles:
en ilusion de muerte transitoria
quisistes escuchar los votos fieles
de ese pueblo español que tú mandaste,
y nadie te acudió.... nada escuchaste:

Solo rezó la mística plegaria,
de santos monges el humilde coro,
ante la triste urna funeraria
dulce vertiendo su cristiano lloro;
ellos fueron tu corte solitaria,
y su tosco sayal, tu pompa y oro,
y su santa pobreza y su misterio,
la rica gala de tu vasto imperio.

¡Qué se hicieron tus fieles servidores,
los que á la cumbre del poder alzaste,
que riquezas debiéronte y honores,
que á tu sombra magnífica amparaste!
tropa de cortesanos, tus favores
tan solo á disfrutar pronta la hallaste,
y al verte ya sin cetro ni corona
en tu lecho de muerte te abandona.

Por qué de esa ilusion que te mecia!
en el eterno sueño te despiertas
para ver á la luz del claro dia
las naves de ese templo tan desiertas!
quedarte dentro de la tumba fria.
secos tus ojos y tus manos yertas,
mas te valiera, emperador, que verte
abandonado así, solo en la muerte.

Quisiste traspasar con firme planta
el umbral del sepulcro misterioso,
y de la grande eternidad que espanta
en el sueño dormirte, gran coloso,
llamar pensastes á la puerta santa
sin temblar á su aspecto temeroso;
pero al rodar sobre el eterno quicio
tembló tu corazon, temblo tu juicio.

¡Qué vieron entonces, dí,
los turbios ojos errantes
de las puertas de diamantes
al terrible rechinar!

¡Que tu loca fantasía
vió del eterno palacio
de los muros de topacio
al purísimo brillar!

Vieron tu ilusion de gloria
desecha en el viento leve,
vieron cuan mezquino y breve
fue tu colosal poder;

Vieron tu polvo, tu nada,
la miseria de este suelo,
de la eternidad el velo
no pudiendo descorrer;

Que allí tus ojos cegaron
ante la luz de otra vida,
y tu alma estremecida
de la eternidad tembló,

Y hasta el frio de la muerte
dejó tus miembros helados
mientras los cantos sagrados
el santo coro rezó.

El eco de la campana
que anuncia tus funerales,
de las hachas sepulcrales
el monótono crugir;

Y esos cantos que murmuran
en severa melodia
el fin del último dia
en que el mundo ha de morir,

Mas te asustan que la sangre
que salpicó tus laureles
y los estragos crueles
de la espada y del cañon;

Mas te asustan que el estruendo
de la guerra en cien batallas
y de las altas murallas
el caer con esplosion;

Porque oyes entre el sonido
de los salmos del profeta
el eco de la trompeta
que llama al juicio final;

Porque oyes sobre las nubes
el carro de luz ardiente
en que va el Omnipotente,
y oyes su voz inmortal;

Porque ve tu fantasía
envuelto en hondo misterio
hecho ceniza tu imperio
y tu gloria y tu poder;

Porque ven los turbios ojos
por entre la nube espesa
convertido ya en pavesa
el universo de ayer.

¡Tiemblas, emperador! tú que otras veces
viste la muerte con semblante fiero,
á la vana ilusion ya te estremeces,
¡oh de tu siglo, colosal guerrero!
los fúnebres cantares y las preces
hieren así tu corazon de acero?
que tiembla de la santa melodía
quién ciñó sus laureles en Pavía!

¡Qué te sirven los tercios inmortales
que llevaron do quiera la victoria,
clavando tus banderas imperiales
en uno y otro mundo á tu memoria!
delante de las puertas eternales
polvo se hicieron, y tu nombre y gloria
polvo sutil que el viento desparrama
cuando su voz omnipotente brama.

Ya lo vieron tus ojos, Cárlos quinto,
al alzar de la tumba la cabeza,
que de tu vasto imperio en el recinto
faltó quien recordara tu grandeza;
de tu antiguo poder esto es distinto,
que tu corte imperial es la pobreza
de esos tus monges que por tí rezaron,
los únicos que nó te abandonaron.

Con llanto abrasador lloren tus ojos
la sangre que pisaron tus corceles;
delante del altar llora de hinojos
hasta empapar en llanto tus laureles;
y así Dios te perdone los despojos
de tus vanas conquistas, y los fieles
bendigan en la tumba tu corona,
ya que el Rey de los reyes te perdona.

ANDRES LORITE SALAZAR.

CRÓNICA SEMANAL.

Teatro del Príncipe.=Parece que á últimos del mes ó principio del próximo, se estrenará en este teatro la última produccion del Sr. Cañete con el título *La espulsion de los Jesuitas.* En esta funcion que segun creemos se hará para el beneficio de la Llorente, tomarán parte los principales actores incluso el Sr. Guzman. Auguramos un éxito feliz á la produccion del poeta de las orillas del delicioso Bétis.

Beneficio. Para el de D. Mariano Fernandez, aplaudido actor del teatro del Príncipe se representarán en el mismo teatro el viernes próximo, dos lindas comedias traducidas del francés titulada la primera: *Juana y Juanita*, que es una de las mas bellas producciones en su género del célebre Scribe; la segunda *Con amor y sin dinero*, que es un juguete cómico de mucho efecto. Ambas están traducidas por escritores conocidos, y las desempeñarán casi todos los primeros artistas: las señoras Diez, Lamadrid, Llorente, Tablares y Chapino, y los señores Romea, Noren, Fernandez, etc.

Parece que en el teatro del Circo se ejecutará á la mayor brevedad una escogida funcion á beneficio de los profesores de la orquesta, en la que tomarán parte los principales artistas de la compañía de ópera y baile. Entre las varias piezas que se han de ejecutar, sabemos que se una de ellas la grandiosa sinfonía de Cárlos VI, del maestro Halevy.

Parece que dentro de pocos dias empezará á dar sus conciertos en el teatro de la Cruz el joven español D. Evaristo Bosch, aventajado discípulo del célebre Liszt, que cuenta solo 14 años, pero cuya habilidad en el piano es prodigiosa.

A beneficio del primer actor D. José Bagá, van á representarse en el teatro de Variedades dos obras dramáticas nuevas, originales. Una comedia en tres actos y en prosa, titulada *La moralidad del siglo de las luces*, y un juguete cómico-político en uno y en verso, titulado *Estudios históricos*. Ambas producciones estan encargadas á los principales actores, y se ensayan con desusado esmero, teniendo el principal papel el señor Nogueras.

Teatro del Instituto.=La noche del miércoles 21, se estrenó en este teatro el último drama de Bouchardy, titulado *La Hermana del Carretero*. Esta produccion fue acogida con entusiasmo por la concurrencia, haciendo justicia con sus aplausos á las escenas interesantísimas en que abundas Las dos decoraciones que se estrenaron para los actos 3.º y 4.º pintadas por el Sr. Abrial, agradaron sobremanera y en especial la última. La ejecucion del drama fue tan esmerada por las se-

ñoras y actores que en él tomaron parte que el público pidió su salida al final y coronó sus esfuerzos con innumerables aplausos. Felicitamos cordialmente al Sr. Lombia, por el acierto con que dirige una compañía á la que el público hace justicia.

—El sarao que dió el general Narvaez en la noche del juéves fue, segun nos han asegurado, brillantísimo. El portal y la escalera estaban adornados con multitud de macetas y tiestos, llenos de plantas olorosas y de flores, que esparcian desde la entrada el mas agradable perfume. El salon principal, decorado con un gusto esquisito y con el mayor lujo y magnificencia, ofrecia una vista sorprendente por la elegancia de las colgaduras, la riqueza de la alfombra y de los muebles y la abundancia de arañas y candelabros. Las salas de paso y de descanso estaban tambien muy bien amuebladas. El ambigú provisto de abundantes y variados fiambres fue servido con particular esmero. Los vinos de Champaña y del Rhin, se prodigaban con la mayor profusion. La concurrencia fue inmensa, pero las señoritas se hallaban en una mayoría que no debió agradarlas mucho, porque era escaso el número de jóvenes aficionados á bailar y muy superior el de los altos funcionarios, diputados, gefes de ejército y otras muchas personas de categoria.

S. M. la Reina y su augusta hermana asistieron, habiendo entrado en el salon antes de las once. El baile rompió con un rigodon, empezando S. M. con el duque de Valencia, y S. A. R. la Serma. Sra. Infanta con el embajador de Francia.

Asistió igualmente el Sermo. señor Infante D. Francisco de Paula con sus augustas hijas.

Cantaron los señores Moriani, Salvatori y las señoritas de Camarasa, y Bouligny y otras notabilidades.

El baile concluyó á las cuatro y media de la madrugada.

MODAS.

Volvemos á anudar la interrumpida serie de nuestros artículos de modas, que nos hemos visto obligados á suspender por una ausencia bastante dilatada de Madrid; me lisongeo, sin embargo, amables lectoras mias, que las muchas noticias que he podido reunir, serán la mayor recompensa que pueda ofreceros de una suspension que no sé si habré tenido la dicha de que fuese notada. Antes de ayer llegué de Paris, llena la cabeza de la multitud de cosas que he visto, y conmovido el corazon por lo mucho que he tenido que admirar; y no puedo daros una prueba mas cumplida de mis deseos de ocuparme en obsequio vuestro, que la de apresurarme á confiar al papel los recuerdos de mis observaciones.

Comencemos por los adornos de cabeza, parte la mas importante y trascendental para las bellas; la que mas realce suele dar á su hermosura, estando bien dirigida, y escollo de la gracia, si el mal gusto preside á la eleccion. Han pasado ya de moda las *inglesas*, á las que sustituyen con ventaja las cintas combadas que ciñen la cabeza *(bandeaux bombés)*. Es tanta la variedad de papalinas, que la eleccion ofrece no pocas dificultades; pero las damas de buen gusto escogerán siempre aquellas que sienten mejor á su fisonomía; sin embargo, citaremos algunas. Sobresalen en primer lugar las denominadas *Haidé*, de forma griega, con adornos de oro y de perlas: otras á la *Ninon* con ramos de frescas y lindas plantas silvestres que caen graciosamente á entrambos lados del cuello: papalinas á la *Maria Antonieta* con mariposas de encage, tambien á entrambos lados, y que suelen favorecer maravillosamente al semblante. Omitimos otras muchas por no ser prolijos en la enumeracion.

Con respecto á sombreros no ha ocurrido novedad alguna por ahora.

Lo mas elegante y mas airoso, en cuanto á vestidos, son los corpiños á la griega, moda que tiene la singular ventaja de sentar perfectamente á todas las personas, ora tengan el talle de una silfide, ora el de una matrona romana. Para baile se hacen siempre con tres faldas, y las mangas muy cortas y bien guarnecidas.

Para completar esta interesante materia, daremos algunos pormenores sobre los trages mas preciosos y mas lindos que hemos tenido el gusto de observar en las sociedades mas elegantes de Paris.

Trage de crespon blanco, corpiño á la griega, con tres faldas guarnecidas de grandes flores margaritas blancas y de color de rosa. El peinado forma un redondito de terciopelo de este último color, cubierto con una redecilla de plata con muy largas caidas de franjas, que flotan por un lado hasta la espalda: encima una pequeña pluma de garza real, tambien inclinada al mismo lado, cuyas graciosas ondulaciones forman el aspecto mas gracioso y elegante que imaginarse puede.

Trage de damasco de color de rosa, abierto por entrambos lados, sobre una falda de raso blanco. Del forro del primero, que tambien es de raso blanco, cruzan redecillas de raso color de rosa, sostenidas á cada lado por dos grandes camelias blancas. La *berta* ceñida de una trenza de cintas; mangas escesivamente pequeñas, con vueltas de raso blanco. El tocado y el ramillete de violetas y *bandó*, adornado de cintas entretejidas y doblado por detras.

Trage de tafetan azul de Italia con dos altos volantes de crespon cortado, y alzados y sostenidos con dos ramitos de acacia, cuya hojarasca es de color parduzco. *Berta* doble sostenida por un gran ramillete de acacia: guirnalda de color de rosa de la misma planta: para la cabeza un *bandó* adornado de guirnaldas de flores, semejantes al vestido. Abanico con esmaltes rosados sobrepuestos en barillage de marfil: los faldones de estos vestidos arrastran un poco hácia atras, y los colores mas en boga son el oro, el verde y el azul muy bajo.

Las jóvenes suelen llevar trages de tartalana blanca, color de rosa y azul con bordados blancos

(Se concluirá.)

MADD 1846. -EST. LITERARIO-TIPOGRAFICO DE P. MADOZ Y L. SAGASTI.
calle de la Madera baja núm. 8.

LA ILUSTRACION

Album de las Damas.

MADRID 1846. DOMINGO 8 DE FEBRERO. NUM. 21

LA ILUSTRACION.

ALBUM DE LAS DAMAS.

Tres mujeres célebres.

I.

Todo el mundo sabe la influencia mística que madama Krudner ejerció durante muchos años sobre la imaginacion entusiasta del emperador Alejandro. Esta mujer que tan bien ha sabido pintarse á sí misma en la Valeria; que brilló por su hermosura, por su imaginacion y su puesto de embajadora en los salones aristócratas de Paris: que fue sucesivamente dama del gran mundo, heroina de novela, escritora célebre y profetisa, ha dejado en Francia demasiados recuerdos para que su nombre pueda ser jamas olvidado.

Los que aman la poesia mística, leerán la Valeria, esa obra encantadora, cuya aparicion hizo tanto ruido á despecho de los boletines del ejército: los que buscan la gracia unida á la hermosura y á todos los dones de la imaginacion, recordarán con placer esa mujer jóven que se hizo un lugar tan distinguido en la alta sociedad francesa; en fin, las imaginaciones entusiastas, los que adoran los sentimientos elevados, la exaltacion religiosa unida á la fe mas viva, no podrán rehusar su admiracion á la que solo exigió de los poderosos de la tierra, los medios de ejercer sin trabas la caridad, esa virtud evangélica de la que fue siempre uno de los mas fervidos apóstoles.

En las cartas de Mlle. Cochelet se lée el ardor con que madama de Krudner se entretenia en buscar desgraciados á quienes socorrer. La bondad inefable que inundaba su corazon, le habia merecido en San Petersburgo el nombre de «madre de los pobres» y su casa estaba sitiada desde la mañana á la noche por un tropel de moujiks, y de madres de familia, que venian á buscar en ella el alimento del alma y del cuerpo.

Con tan buena voluntad, y bastantes medios para hacer bien, la influencia de madama de Krudner llegó á ser tan grande, que el gobierno acabó por alarmarse.

Se la acusó de tendencias demasiado libe-

rales, de ideas religiosas poco ortódoxas, de una ambicion ardiente oculta bajo el velo de la caridad; y sobre todo de una compasion desmesurada hacia esos miserables moujiks, que estaban seguros de encontrar cerca de ella un abrigo contra la miseria y la desesperacion.

Pero la causa principal del descontento de la corte, fue la asociacion de la baronesa con otras dos mujeres cuya buena fe religiosa podia infundir tamañas sospechas. Estas dos mujeres eran, la princesa Gallitzina y la condesa Guascher. (Mas tarde diremos el verdadero nombre de la última.)

Dando á sus acciones una especie de publicidad cuyo objeto era llamar abiertamente la atencion de la multitud, estas damas perjudicaban notablemente á la empresa cristiana de la Krudner. Ademas, la primera era detestada en la corte. Demasiado poseida de un espíritu de superioridad para disimular sus opiniones, célebre por su hermosura, su talento caústico y sus ideas filosóficas, habia despertado en derredor suyo demasiada desconfianza, herido demasiado el amor propio de los demas, para que no se desease en cualesquiera ocasion neutralizar el crédito que le daba su superioridad sobre la imaginacion del emperador Alejandro.

En cuanto á la condesa Guascher (la principal heroina de nuestra narracion) su posicion equívoca en la corte de Rusia dió al mundo armas contra ella, cuando saliendo de repente de la oscuridad en que vivia se hizo una de las mayores entusiastas de madama de Krudner.

Antes de pasar adelante es preciso dar algunos detalles sobre su llegada á Rusia para hacer comprender el singular papel que debe representar en los sucesos que siguen.

Cerca de dos años antes de esta época, llegó á San Petersburgo una dama de alto rango, acompañada de un numeroso séquito, y anunciándose como una víctima de la revolucion francesa. Este último título bastó para que fuese acogida con el mayor aprecio en la alta sociedad rusa, y el emperador fue el primero que se ocupó de ella de una manera que la hizo completamente notable.

Se supo que venia de Inglaterra, pais que le habia servido de refugio durante la tormenta revolucionaria; pero en cuanto al motivo que habia tenido para dejar los ingleses por la Rusia, quedó siempre oculto bajo un velo impenetrable.

Desde su llegada á San Petersburgo manifestó gran repugnancia en ver á sus compatriotas, y estos por su parte declararon que el nombre de esa dama les era completamete desconocido: bien pronto empezó á correr la voz de que este nombre era solo un pseudónimo y que ocultaba tal vez un nombre ilustre.

¿Pero cuál era el verdadero nombre de esta dama? Nadie podia decirlo, ni el mismo emperador. Toda la perspicacia de los cortesanos se estrellaba contra la altiva reserva de la condesa que afectó encerrarse en un silencio absoluto, siempre que la conversacion rodaba sobre la Francia.

Alejandro, siempre pronto á declararse el campeon de las damas, respetó con una lealtad caballeresca el incógnito de la estrangera; aun mas, declaró que toda tentativa que tuviese por objeto penetrar el misterio de que estaba rodeada, le disgustaria notablemente.

ROBUSTIANA ARMIÑO.

(Se continuará).

PANTEA.

Era llegado el momento de fundar el primer gran imperio del mundo: Ciro al frente de sus medos se precipita por los llanos de la Siria, sin que ningun esfuerzo pueda contener su marcha: en vano le oponen resistencia los reyes de la Asiria y de la Cusania, solo sirve para esclarecer su nombre: siempre vencedor, en una de las acciones dadas á los Asirios quedó en su poder la hermosa Pantea, mujer de Abradates rey de Susania, dotada de una belleza seductora, y de una virtud admirable.

Ciro, dotado de un corazon magnánimo, no podia menos de tratar la cautiva con la consideracion que su clase y circunstancias requerian, y para hacer mas llevadero su estado la puso bajo la custodia de Araspes, señor de la Persia.

Mal correspondió á la confianza, que el jóven héroe en él depositaba. Enamorado de la cautiva, no pudiendo seducirla, intentó violentarla esperando conseguir por la fuerza lo que negaba la voluntad á su desenfrenado apetito. Esta circunstancia hizo que Pantea se quejase á Ciro, quien, reprendiendo la bárbara osadía de Araspes, le mandó respetar el depósito que se le habia confiado.

A este hermoso comportamiento debió Ciro la alianza del rey de Susania que noticioso por su mujer de todos los favores que la dispensaba se presentó en el campo de Ciro con dos mil caballos: fue recibido con mucha alegrai

de parte de Ciro, que le trató con toda distincion, dándole en el ejército un puesto digno de su persona y de su mérito.

El dia de la batalla amanece, y Pantea presenta á su esposo un morrion y brazaletes de oro, un penacho de color de jacinto y una túnica de púrpura. La vista de objetos tan costosos sorprende á Abradates, y no puede menos de decirla con el acento de la sorpresa y de la satisfacion.

Esposa mia. ¿Te has despojado de tus adornos para hacerme esta armadura?

No, le responde; me queda la mas preciosa de mis joyas que eres tú; y si pareces á los ojos del mundo lo que á los mios, tú seras mi mayor ornato.

Era Abradates de gallarda figura, y su esposa le arma, sin poder contener el torrente de lagrimas que inundaba su bello rostro como si presagiase la desgracia que la esperaba.

Ya armado subió á su carro y se preparaba á partir al combate, cuando Pantea suplica á los presentes se aparten, y luego que se ve sola con su esposo le dice:

Si ha habido mujeres en el mundo que amen á sus esposos mas que á sí mismas cuéntame entre ellas; con todo, cualquiera que sea mi amor para contigo desearia mas seguirte al sepulcro, á que te hubiera conducido una muerte gloriosa que vivir sin honor con un marido deshonrado: bien sabes cuanto debemos á Ciro, corresponde pues á tantos favores de modo que sepa Ciro que eres su verdadero, fiel y útil amigo.

Semejante discurso conmovió á Abradates, quien poniendo con estremada ternura la mano en la cabeza de su esposa, y levantando los ojos al cielo con una voz firme y enérgica esclamó.

Poderoso Júpiter, haced de modo que yo me muestre digno esposo de Pantea, y digno amigo de Ciro.

Dijo, y dando á sus caballos partió al escape acompañado de las lágrimas de su esposa, que le seguia hasta que volviendo la cabeza y viéndola:

Mi querida Pantea anímate; es menester separarnos

Estas palabras llenaron á la inimitable esposa de dolor; vacilaron sus piernas, un sudor frio inundó su cuerpo y cayó desmayada en brazos de sus criadas que la condujeron á su pabellon.

Ciro consiguió la victoria, pero Abradates murió lleno de gloria, lo que sabido por su esposa mandó se le trajeran, y arrojándose sobre su cadáver prorumpio en las mas dolorosas espresiones, no pudiendo sobrevivir á su desgracia, mandando á sus criados que la uniesen al cuerpo de su esposo, se atravesó el corazon con un puñal, y cayó sin vida sobre el cadáver de un esposo á quien tan ciegamente amó.

Sabido este acontecimiento por Ciro, lleno de sentimiento por no haber podido evitar esta desgracia, les mandó hacer unos funerales suntuosos y un sepulcro digno de sus personas.

Tal es la historia de esta mujer estraordinaria, digna de ser imitada en su amor conyugal, y en su heroica gratitud.

J. R.

GALERÍA DE MUJERES CÉLEBRES.

MADAME GEORGE.

Traduccion del francés por D. E.

Madame George Sand, es en nuestro concepto uno de los seres privilegiados que hacen época en la vida de los pueblos.

Nadie ha pintado con mas poesía y verdad la sociedad en que ha vivido, sociedad sucesivamente frívola y séria, escéptica y creyente, materialista ó religiosa, positiva ó fantástica; pasa con la mayor facilidad de la desesperacion á la esperanza y del abatimiento al entusiasmo; siente sucesivamente y algunas veces á un mismo tiempo todas estas vanidades, á las que se prestan maravillosamente su imaginacion y su carácter. Tan pronto blasfema con la energia salvage de Biron y se rie sardónicamente como este autor, como canta orando con Lamartine y acaba llorando tiernamente como el autor inspirado de Atala y René, sin dejar nunca de ser una gran poetisa. Ha penetrado cual ninguno el corazon humano en su misteriosa profundidad, dando á las pasiones el lenguage mas interesante y propio. Nada diremos de su estilo admirado por todo el mundo, pues nada ha puesto en duda su belleza y superioridad.

Hay, sin embargo en la vida literaria de madame Sand, dos épocas muy distintas, la primera ha producido Lelia, Indiana, Valentina, Nauprat, L' Uscoque, etc.; la segunda, Espiridion, Las siete Cuerdas de la Lira, el Compañero de la torre de Francia, Consuelo y la Condesa de Rudostand. Lo que divide estas dos fases, entre las cuales Las Cartas de un viajero sirve por decirlo asi, de anillo de transicion, es la diferencia de tendencias de las dos séries de obras que las constituyen y el cambio tan notable que se ha efectuado en el modo de escribir del autor; procuremos esplicar nuestro pensamiento. En los escritos que hemos colocado en la primera fase, los personages que figuraban, jamás dogmatizaban, sufriendo ó gozando sentian y procedian con vehemencia, no podia leerse su vida sin entusiasmo y de aquellos libros llenos de pasion y emocion, parecian desterrados los argumentos y la ló-

gica, tan agenos de la poesia. Como mujer y como poetisa estaba en su natural terreno; reinaba. Llegó no obstante el dia, en que no contenta con brillar asi, despues de haber tratado con facultades tan conocidas de sentimientos y pasiones, quiso escribir sobre lo que llaman ideas; convirtiéndose de poetisa en predicadora, se dedicó á las cuestiones mas profundas de metafísica, politica y religion, y sus novelas se llenaron de disertaciones. Al seguir esta nueva ¡senda (lo decimos aunque con sentimiento) creemos que madama Sand ha perdido parte de su talento. En sus primeras obras protegia la debilidad contra la fuerza, á la mujer contra el hombre, á la naturaleza humana contra la opresion social, en las Cartas de un viajero ha desmentido esta inclinacion. Ha declarado con una modestia increible que jamás se habia propuesto ningun objeto en sus escritos y que por consiguiente no podian causar ni mal ni bien alguno, puesto que nada enseñaba. Es imposible aceptar semejante protesta y lo mas que se le puede conceder es que impulsada por el fuego que la arrastraba cuando tomaba la pluma, no se daba cuenta á si misma de lo que escribia, pero para decir con nuestra poetisa que sus asientos nada enseñan, seria preciso tanta complacencia como la que tendria el que por contemplar á un ciego cerrase los ojos á mediodia y dijese que era de noche. Diremos por consiguiente que madama Sand, no ha tratado de demostrar en sus primeras composiciones consecuencias de que protesta, pero resultando estas de los efectos de las pasiones puestas en juego en sus creaciones, han sido tan bien demostradas instintivamente, que no puede menos de deducirlas hasta el que las lea con la menor atencion. En armonia con el argumento, el estilo de sus primeras novelas, era vivo, impetuoso, fantástico, rico en variedad y aun algunas veces tenia cierta aspereza que mezclada con una picante originalidad parecia darle mayor encanto.

Madame Sand en su segunda fase, parece que ha querido retractarse de cuanto habia aventurado de audazmente bello en la primera, y tratando de demostrar las ideas que tan bien habia minado antes sin conocerla, (pues que asi lo dice ella misma) ó mas bien buscando un nuevo dogma, nada ha conseguido hasta ahora. Queriendo innovar en el órden de las ideas fundamentales, no hace mas que volver al círculo de las tradiccionales, y en vez de aceptar estas humildemente como la generalidad ó negarlas con franqueza, se atormenta por elevarlas á una fórmula superior y se queda uno dolorosamente sorprendido al ver que despues de tantos esfuerzos se detiene al parecer satisfecha, por haber dado nuevos nombres, bastante oscuros, á cosas conocidas hace tanto tiempo, en una palabra, creemos que siempre que toma la pluma se propone reformar ó constituir sistemas importantes en las ideas que forman las sociedades, pero se puede decir realmente de sus últimas obras, lo que decia el autor de las primeras, *que nada enseñan*. Las novelas de su primer periodo, llenas de accion, movimiento y vida, presentaban la instruccion moral y filosófica que se halla en el fondo de todo acto humano, mientras que sus escritos posteriores, que seria dificil colocar en categoria alguna de distinto género, solo producen en la imaginacion, una confusion de vertigo, fatiga y duda; de donde debe inferirse por un raro fenómeno imprevisto sin duda por el autor, que en otro tiempo probaba claramente cosas en que no pensaba y desde que procura enseñar, solo consigue colocar á sus lectores en un caos fantástico, en el que nada se puede ver. Alquerer espresar ideas muy oscuras en sí mismas y bastante mal definidas, quizá en su imaginacion, madama Sand ha perdido en algunos momentos muchas de sus bellísimas cualidades, y hasta su estilo se desluce, careciendo de la viveza, energia y precisa claridad que le caracterizan. Sin embargo; debemos esceptuar Espiridion, que aunque en el fondo merece la crítica que hemos dirigido en general á la segunda coleccion de sus obras, se puede considerar como un magnífico y severo estudio del estilo desde el principio hasta el fin de la novela.

POESÍAS.

ORIENTAL.

¡Quién naciera entre cristianos
los que se llaman hermanos
dulcemente,
Y adoran á una mujer,
mostrándole su querer
firmemente!
Los que en la noche callada
á la reja de su amada
tan querida,
entonan trovas de amores
pintando los sinsabores
de su vida.
Allí donde la hermosura
no marchita la amargura
ni es comprada:
Donde se templan enojos
si mira el hombre los ojos
de su amada.
¡Ay! cuánto envidio tu suerte!
cuanto suspiro por verte,
noche y dia,

¡ Tierra de dulces amores,
fecunda en fragantes flores
y armonia!
Bética fertil, qué anhelo
tengo de ver de tu cielo
puro rayo!
Y tus fragantes vergeles,
do se mecen los laureles
con desmayo!
¿Qué me importan mis collares,
ni esclavas siempre á millares
de rodillas,
Fijando su pensamiento,
en que no empañe el tormento
mis mejillas.
Si gimo siempre encerrada,
siempre en el harem guardada
cual tesoro;
Y le da celos la brisa,
y mi tímida sonrisa
al cruel moro.
Joyas, plumas y brocados
de Persia mis alfombrados
trocaria,
Si un cristiano me adorara,
y cual yo tierno me amara
sin falsía.
Y por contemplar su cielo
que vierte grato consuelo
de dulzura,
Diera todas mis riquezas
que allí acatan las bellezas
con fe pura.
Y tienen alegres fiestas,
do van sus damas compuestas
y adornadas,
Escuchando los afanes
de sus rendidos galanes,
sonrosadas.
Esto dijo la sultana
con voz triste y conmovida;
y de su alma afligida
un suspiro se exhaló
«Granada, ciudad hermosa,
»joya de la Andalucía,
»en ti mora la hidalguía,
»Castilla te conquistó.

JOSEFA MORENO NARTOS.

ORIENTAL. (1)

A FLORINDA.

Escucha, bella Cristiana,
desde tu gótica reja
la tierna y sentida queja
que te elevo con afan:
No cual tímida gacela
te espantes de mis caricias,
que es un amor de delicias,
el amor del musulman.

Ardiente como el leon
de la Libia abrasadora,
vivo volcan atesora
en su corazon leal:
Y nacido en puro cielo
sobre ciudad agarena,
te idolatra, nazarena,
con cariño sin igual.

Hermosa, cual las huris
que pueblan el Paraiso,
yo te contemplo sumiso
dudando si eres mujer:
Acaso Alá te ha formado
de una gota de rocio,
y has venido al mundo impio
para hacerme enloquecer.

Tus ojos son tan brillantes
como el alba cuando asoma,
y es tu aliento suave aroma,
que siempre anhelo aspirar;
Sultana mia, mitiga
de tu desden los rigores,
y entre plácidos amores
verás tus dias pasar.

Terribles como el *simour*
que azota vuestros rigores,
son Florinda, las pasiones,
que tienen su imperio en mí:
Mas no temas, que aunque fiero,
aunque indomable africano,
en vez de crudo tirano
seré esclavo para tí.

Ninfa del Darro, pronuncia
dos palabras de consuelo,
ellas formarán mi cielo,
y mi ventura mayor:
Con ellas harás tranquila
mi pobre existencia inquieta,
y aunque siervo del Profeta
seré amante, y no señor.

Tengo juntos
cien esclavos
fuertes, bravos
á cual mas.
Tengo perlas
y joyeles;
cuanto anheles
lograrás.

Tengo alfombras
tunecinas,
damasquinas
hay tambien:
Porcelanas,
y antifaces,
con que enlaces
tu alba sien.

Y palacios
esplendosos,

(1) Insertamos con el mayor gusto esta lindísima composicion de la señorita Feno Rosa, cuya amabilidad de nosotros conocida, nos hace esperar honrará á menudo nuestro periódico con sus sentidas composiciones.

mas hermosos
que Stambúl:
Y jardines
que techumbre
les da, y lumbre
el cielo azul.

Y alcatifas
primorosas
que envidiosas,
mirarán,
Las mujeres
olvidadas,
desechadas
del Sultan.

No desoigas, Cristiana, mis cantares
tan puros como el sol de nuestro oriente,
disipa con tu acento mis pesares
calma el afan que me devora ardiente:

Yo ceñiré á tu frente, entusiasmado,
entre joyas sin fin, verde turbante,
y de opio y amor embriagado
te estrecharé contra mi pecho amante.

Yo en él pondré, Florinda, el santo signo,
de la noble y valiente media luna,
y asi el profeta nos será benigno
y tú feliz y bella cual ninguna.

Yo en salones de mármol embutidos
entre aromas de lindos pebeteros,
ahogaré del alma los gemidos
entregado á deleites lisonjeros.

O en fragantes jardines, sobre escaños
de piedra, con mullidos almohadones,
mientras me enerve en regalados bancos
entonarás dulcísimas canciones.

Entonces en mis lánguidos placeres
adormecido, y respirando apenas,
olvidaré la turba de mujeres
que algun dia miré como sirenas.

Y reina de mi harem, serás, señora,
de bellas mil que envidiarán tu dicha,
mitigando la pena aterradora
que ha causado tirana, mi desdicha.

Y las perlas de Ormua, de Orfir el oro,
de nuestros hondos golfos los corales,
compensarán el tierno «yo te adoro»
que saldrá de tus labios celestiales.

Cuando el necio, imprudente nazareno
ose atacar á los creyentes fieles,
á la lid partiré de valor lleno
al frente de mis siervos y corceles.

Arrollaré sus huestes atrevidas,
clavaré en sus almenas mi estandarte,
y por presente te traeré rendidas
sus altivas matronas para honrarte.

Cien y cien de esos fieros castellanos
doblarán la cerviz á nuestro yugo,
y el duro hierro que atará sus manos
maldecirán, llamándome verdugo.

Mas esclavos serán, y sus falanges
deshechas, y vencidos sus leones,
nuevo brillo darán á mis alfanges
de Ismael ilustrando los pendones.

Y ébrio de amor, con májico delirio
contemplaré tu seno palpitante,
sin que el soplo infernal de seco sirio
marchite tu frescura y mi semblante.

Perfumaré de esencias tus cabellos,
y en alfombras de Persia recostado,
redes doradas formaré con ellos
para estar dulcemente aprisionado.

Mis labios á los tuyos ardorosos
se unirán aspirando grato aliento,
y en frenéticos goces deliciosos
pasará nuestra vida sin tormento.

Y cuando el ángel Azrael descienda
á cortar sin piedad tus dulces dias,
del bello Edem me mostrarás la senda
prometiéndome dichas y alegrías.

Feliz te seguiré, lejos del suelo
otro amor formaremos con ternura,
y el poderoso Alá desde su cielo
bendecirá tu plácida hermosura.

A. F.

UN WALS DE STRAUS.

Doctor.—You see her eyes are open.
Gentlewoman.—Ay, but their sense his shut.
Shakspeare-Macbeth.

I.

En la noche de San Silvestre habia baile en la córte. Acababa de entrar la gran duquesa en la galería en que se hallaba la música del regimiento *Krahwinkel* seguida de la señorita de Wolkenstein, su camarera mayor, cuya aparicion causó una sensacion mas profunda que la de la misma gran duquesa, y cuyo tránsito por los salones escitó observaciones mas ó menos benévolas.

—No concibo como haya persona que se atre-

va á venir al baile con un vestido sencillo de muselina, sin adornos en la cabeza, sin encajes ni pedrerías, esclamó madama de Rothenwald.

—No sucedia esto en mi tiempo; dijo, tomando un polvo de tabaco, la anciana condesa de Nollingen, ex-gran maestra de ceremonias de la córte. Ni semejante cosa hubiera sucedido entonces, ni la difunta gran duquesa lo habria permitido. Pero en mi tiempo estaba la córte de otra manera, y hubiéramos enseñado muy pronto sus deberes á una fátua como esa Ottilia de Wolkenstein.

—Tia, tia, interrumpió la jóven Estefanía, habeis visto el ramillete que tiene Ottilia en la mano? está formado de magníficas rosas de Alejandria.

—Qué estás diciendo, muchacha, replicó madama de Nollingen, rosas de Alejandria por San Silvestre! Estás loca? No se hallarian en este tiempo ni en los invernaderos del gran duque.

—Y sin embargo, dice bien Estefanía, replicó madama de Rothenwald: yo misma he visto el ramillete de Ottilia y desearia saber quien se lo ha dado.

=Habrá sido el príncipe, dijo la ex-gran maestra con un gesto de impaciencia.

—Oh! no ha sido él, tia: y si Ottilia no tiene cuidado, se le escapará el príncipe, que está ya medio enamorado de la bella Lady Emily.

—De esa inglesa cuyos largos cabellos caen sobre su cintura? preguntó madama de Rothenwald.

—De la misma: ella le habla de perros y de caballos, y podria muy bien suceder que encontrase Ottilia en ella una peligrosa rival. Pero volviendo al ramillete me parece que he adivinado el misterio. El domingo estábamos en el palacio de la gran duquesa, y dijo Ottilia delante del mayor d' Ebersdorf que daria cuanto se le pidiese por un ramillete de rosas de Alejandría para el baile de esta noche. Ya sabeis que hay en Dilsheim un americano viejo inmensamente rico, y que emplea todo su caudal en cultivar las flores, de modo que en su casa se hallan las mas raras, lo mismo en el mes de enero que en el de junio.

—Y qué prueba todo eso? interrumpió madama de Nollingen.

—Esperad un poco, tia: El Sr. d' Ebersdorf salió de F.... ayer por la noche, y regresó esta mañana justamente al tiempo que entraba de servicio en palacio.

—Y creeis, dijo madama de Rothenwald, que Federico haya estado caminando toda la noche para ir á Dilshein por rosas para la Wolkenstein? Era preciso que estuviera enamorado de ella.

Estefanía se echó á reir.

—Cómo estais, mi querida madama de Rothenwald, que no habeis observado que hace cuatro semanas que no baila el cotillon sino con ella! No sabeis que está locamente enamorado de Ottilia?

—Sobrinita, dijo madama de Nollingen, harias muy bien en no ocuparte de los negocios agenos: eres muy curiosa y parlanchina, y estos son dos defectos á cual mas intolerable.

—Mi tia no me regaña jamás hasta que me ha hecho decir todo lo que sé, murmuró Estefanía.

—Si Ebersdorf ama á Ottilia, prosiguió madama de Rothenwald, esto podrá esplicar por qué se ha opuesto, á pesar de las instancias de la corte, á dar la mano á Enriqueta de Frankenthal. Antes de ayer el gran duque que tiene empeño en este matrimonio, dijo al conde, que le daria la placa de Pelicano el dia en que fuese esposo de Enriqueta.

—Y rehusó? preguntó madama de Nollingen.

—Pidió cuatro dias para reflexionar.

—Cuatro dias para reflexionar cuando se trata de la placa de Pelicano! reflexionar sobre semejante favor, y no tiene 25 años! Señor, Señor! cuando pienso que mi hermano no alcanzó la cruz pequeña sino cuando tuvo 39, y la placa á los 56, y que mi difunto esposo no recibió el gran cordon sino diez dias antes de su muerte á los 75 años, y eso despues de haber sido copero mayor, y gran chambelan, é intendente del teatro de la corte. Ah señora, y cómo han cambiado los tiempos!—Y la anciana condesa se levantó y fue á desahogar su indignacion en una de las salas de juego.

Madama de Rothenwald se asió del brazo de Estefanía y fueron á ver una contradanza.

—Es estraño, Estefanía; mira á Ottilia bailando con el gran escudero, y á Ebersdorf con Enriqueta á su frente.

—Eso consiste en que S. A. R. ha mandado al mayor que baile la primera *francesa* con Enriqueta. Pero habeis observado á Ottilia en cuanto ha visto su *vis á vis?* Estoy convencida de que está furiosa, y que le costará caro á Federico el haber bailado con la Frankenthal porque la detesta,

—Creeis que ella ame al conde?

—Quén, la fria y orgullosa Ottilia? Es incapaz de amar; y aun cuando amase, moriria mil veces antes de manifestarlo. Sin embargo, creo que ella querria dominar á Mr. d' Ebersdorf como domina á todos los hombres que la rodean.

—En este caso, no creo que lo consiga, porque Ebersdorf tiene un carácter tan indomable como el suyo. El amor entre ellos dos seria un duelo á muerte, pues ambos son á cual mas orgulloso.

Ottilia de Wolkenstein, objeto de esta conversacion, parecia creada para realizar el tipo ideal de la dignidad femenina, porque en efecto no se podria hallar una forma de cabeza mas clásica, ni facciones mas puras y perfectas. Sus magníficos cabellos de un rubio oscuro se separaban sobre una frente imperial; su mirada orgullosa y el desden habitual de su boca parecian decir que no existia en la superficie de la tierra nada que fuera digno de ella. Educada en la córte y á la vista de la gran duquesa, que le manifestaba un afecto casi materno, fue muy pronto Ottilia el objeto de los homenages del pequeño círculo que la rodeaba. Su estremada belleza unida á su posicion, encadenó á sus pies á todos los hombres del gran ducado, empezando por el príncipe hereditario. Los triunfos que alcanzaba, y la adoracion y la envidia que la seguia á donde quiera que fuese, ahogaron muy pronto en ella el gérmen de sensibilidad y de amor que toda mujer tiene en su corazon, y aumentaron hasta el esceso la sed de dominio que todas sienten. Para Ottilia vivir era reinar, pero reinar sobre todo el mundo á la vez.

(Se continuará.)

CRÓNICA SEMANAL.

Liceo. Merece particular mencion el concierto que se celebró en este establecimiento literario la noche del mártes 2 de febrero de 1846 que honraron con su presencia S. M. y AA. A las nueve llegó la real familia y empezó la sesion con un coro dedicado á S. M. y compuesto por el maestro director don Mariano Martin. La música de esta produccion es original y de escelente efecto.

Un duo de *Padilla*, ópera de Donizetti, siguió al coro, y como el coro agradó á la concurrencia. Las señoritas doña María Virginia Albini y doña Francisca Ramirez, lucieron sus buenas facultades, y notable afinacion.

La señora doña Sabina Lozano cantó en seguida una *Romanza* con grande espresion, buen método y afinacion completa.

Despues la señora doña María Albini y la señorita doña Luisa Cocco cantaron un duo de *Tebaldo é Isolina*, ópera del maestro Morlaqui. Este duo, aunque de poca animacion, agradó por lo bien desempeñado.

Y concluyó la primera parte con el conocido terceto de *Anna Bolena* de Donizetti, cantado magníficamente por la señora Campos y los señores Tamberlick y Reguer.

Concluida la primera, pasaron S. M. y su augusta familia al *bufet*, donde tomaron algunos dulces y helados que la junta directiva tuvo la honra de ofrecerle. Del mismo obsequio disfrutó el cuerpo diplomático, los dos únicos ministros que asistieron á la sesion y la numerosa comitiva que acompañaba á S. M.

La segunda parte empezó con la sinfonía de *María di Rohan*, perfectamente desempeñada por la orquesta y dirigida por el señor D. Juan Diez.

Los señores D. Pablo Devernine y D. Fernando Ariste tocaron sobre dos pianos una fantasia de Thalberg y un estudio-capricho compuesto por el señor Devernine. En ambas piezas merecieron la aprobacion de la concurrencia.

La señora doña María Albini reprodujo la cabatina de la *Sonámbula* en que siempre ha recogido en Madrid tan grandes aplausos.

A continuacion de la cabatina cantaron un duo de la *Vestale*, del maestro Mercadante, los señores Tamberlick y Reguer: el primero estuvo inimitable.

Despues cantó la señora Lozano una cabatina intercalada en el *Otello* de Marliani; terminó la segunda parte y la sesion con el cuarteto coreado de la *Semirámide*, cantada por la señora Albini y los señores Reguer, Pastor y Becerra. En esta pieza todos estuvieron felices.

S. M. se retiró muy complacida y la junta directiva acompañó á S. M. primero desde el coche al salon y despues desde el salon hasta el carruage. La misma junta directiva recibió y despidió á la augusta familia del serenísimo señor infante D. Francisco de P. Antonio.

Comedia Nueva. A principios de cuaresma se representará en el teatro del Príncipe una comedia nueva, original, escrita por el aventajado literato D. Ramon de Navarrete, bajo el título de *Un hombre á la moda*. Nos han dicho que al mismo tiempo se dará tambien esta produccion en el teatro del Gimnasio en París, arreglada á la escena francesa por el que tradujo el drama del mismo autor titulado *D. Rodrigo Calderon*.

Paseo de Atocha. Con justa razon empieza á decaer el gusto por este incómodo paseo. Siendo mas estrecho que ningun otro, y concurriendo ya á él toda clase de personas, pronto, á nuestro juicio, se verá solamente frecuentado por sus antiguos parroquianos. La gente de buen tono vuelve á pasear en el magnífico salon del Prado, si bien hasta ahora no hay punto fijo de reunion.

MODAS.

(CONCLUSION)

Las obras de pasamanería se usan en todos trages: en los de paseo y en los de baile, en los prendidos y hasta en las guarniciones de guantes, para los que suelen hacerse muy bonitos adornos de este género.

Llévanse mucho tambien pieles de todo género, y las de chinchilla se usan para guarnecer las pequeñas capas que suelen echarse las damas encima de los hombros á la salida del baile.

La tela de los trages de córte deben ser de tisús de oro ó de plata, y hácese ahora una gasa plateada que por lo brillante y fantástica pudiera servir para el trage de una silfide.

Tambien el calzado de las señoras ha sufrido grandes innovaciones: las de pequeña estatura están muy satisfechas, por haberse renovado los zapatos con tacones: tambien se llevan muchos pequeños rosetones que suelen hacer al pie muchísima gracia.

Llévanse muchos brazaletes, adornos de cintura en abundancia, algunos collares, pero sobre todo magníficos peines con rica pedrería.

Solo me resta que anunciar á las graciosas madrileñas una noticia, pero noticia de la mayor importancia para las reuniones de baile. Una nueva danza ha invadido los salones de París: danza voluptuosa, encantadora, que hará olvidar el efímero reinado de la polka y la mazurka: llámase la *Renowa*, producto de la imaginacion poética de M. Varin, uno de los mas afamados artistas coreográficos. Nada mas risueño, nada mas bullicioso ni seductor que la *Renowa*. Este baile debe producir delirio, fanatismo. En nuestro próximo artículo daremos algunos pormenores, no dudando que por las ligeras indicaciones que aquí hemos hecho, nuestras amables lectoras deben esperarlo con ansiedad. (*Español*).

MADRID: 1846. -EST. LITERARIO-TIPOGRÁFICO DE P. MADOZ Y L. SAGASTI.
calle de la Madera baja núm. 8.

MADRID 1846. DOMINGO 22 DE FEBRERO. NUM. 23

LA ILUSTRACION.

ALBUM DE LAS DAMAS.

Derechos de la mujer.

Si atendemos á la idea de que Dios dotó al hombre y á la mujer con unos mismos dones y facultades naturales para proveer á la comodidad general é individual; en una palabra, que los creó para que cumpliesen juntos las leyes de la vida, debemos tambien conceder que pertenece á la mujer un campo mas vasto para poner en práctica sus facultades, que el que le presentan las ocupaciones domésticas, á las cuales en el dia, como en todos tiempos, se esfuerza el hombre en concretar al sexo femenino sin distincion de clase, inclinacion ó capacidad. Es preciso convenir tambien en que estos limitados círculos no ofrecen suficiente ocupacion á todas las mujeres; que no todas, casadas ó solteras, viven en las mismas relaciones domésticas, ni reciben la misma educacion; y sobre todo, no participan de las mismas inclinaciones. No es, pues, probable que el sabio Creador de tantas facultades, les haya dado en vano habilidades y talento, porque lo que no se utiliza es de ningun valor para el que lo posee y para los demas; es un capital muerto; y segun está escrito, el mismo Dios nos manda adelantar con creces el bien que nos confia. No estamos, pues, destinadas solamente á servir en el hogar, y como una prueba de esto, no todas las mujeres son madres de familia, porque no todas tienen una causa que dirigir, ni hijos que criar. La Providencia ha colocado á muchas en posicion en que necesitan tener cuidados y atenciones muy distintas: en que necesitan escoger otras ocupaciones, para dar interés á su desolada existencia, para sentir que son de alguna utilidad al mundo. Y cuando se concede al hombre campo tan vasto para escoger una profesion;

cuando es libre de escoger ocupacion para el porvenir, segun sus diferentes facultades físicas é intelectuales, ¿por qué se traza tan estrecho círculo al rededor de la mujer? ¿Por qué ha de obligársenos á abrazar ciegamente un estado, sin consultar nuestros deseos, ni la estension de nuestras facultades? Tanta injusticia, tal parcialidad con respecto á seres igualmente dotados, no tiene ejemplar en la naturaleza, y se ha introducido solo por el capricho y soberana voluntad del hombre. Varias son las facultades que el Creador nos ha concedido, y varias deben de ser, por tanto, las aplicaciones que de ellas se hagan. No deseamos ser consideradas bajo todos respectos como iguales al hombre: no reclamamos una parte en sus puestos y dignidades: no pedimos absoluta monarquía en el hogar ni en el trono: ningun derecho que se nos deba de justicia; pero queremos que se nos permita obrar libremente, y seguir nuestra vocacion; y nuestros mismos esposos debieran desear que así fuese, sin que nuestros deberes hácia ellos nos fueran imperiosamente prescritos. Cuando llegamos á cierta edad queremos se nos considere como corresponde; que se nos conceda manejarnos sin guardas ni tutores; y que no se nos guie como con riendas hasta el sepulcro, ni nos conduzcan por la mano, á la manera de un ciego. Todo hombre que piense rectamente debe considerar justa esta pretension, y confesarse obligado á sostenerla; como el natural defensor de los derechos de la mujer; pecando, si no lo hace, contra la naturaleza, al mismo tiempo que pierde la mejor aplicacion de su preponderante fuerza, y abandona su mas sagrado deber.

Examinemos ahora la posicion y empleo de las distintas escalas de nuestro sexo, y hallaremos una diferencia desventajosa para las clases alta y media. Vemos las esposas y las hijas de la ínfima clase ocuparse asiduamente en ayudar en sus trabajos á sus padres y maridos. El trabajador, el artesano y el traficante, no solo reciben la cooperacion que voluntariamente les prestan ellas, sino que generalmente la exigen como un deber, cuando las mujeres de su familia han desempeñado sus quehaceres domésticos, y al mismo tiempo que les pide ayuda, no pierde nada de su dignidad: queda siendo el gefe y apoyo de su casa; pero reconoce la industria y capacidad de sus fieles compañeras: él les da una parte en los placeres y pesares de su estado; las mira como sus iguales, y no se considera distante de ellas en la escala de la vida: de aquí nace cierta igualdad que propende á mantener la paz de la familia, y la mútua felicidad y respeto. Las jóvenes de la última clase, amaestradas en toda clase de ocupaciones, están seguras de ganarse su subsistencia, y ver su porvenir libre de la miseria: ¿por qué razon, pues se priva á las de las clases alta y media de poner en accion su talento, cuando tan vasto campo de utilidad puede presentárseles? ¿Por qué no han de desear adquirirse por sí solas una honrosa posicion, y vencer las insuperables dificultades que solo estas clases esperimentan contra su natural impulso, contra las que no les es dado un remedio? Las mujeres de las primeras clases no pueden seguramente tomar parte en las ocupaciones de sus padres y maridos: ninguna mujer razonable querria ayudarles en la administracion del Estado, ni en las profesiones científicas, aun suponiéndola capaz de ello. Pero dejando á un lado la esposa y la madre, encontraremos en otra esfera una gran porcion de mujeres solitarias, que no tienen objeto que las una á la vida, y á las cuales seria aun mayor injusticia privarlas de la facultad de ocuparse segun su inclinacion y habilidades. Muchas sendas tienen abiertas, y muchas mas tendrian, si el hombre, natural defensor de los derechos de la mujer, la sostuviese con su consejo y proteccion, enseñándola á ejercer sus conocimientos en beneficio de los otros, haciéndola conocer sus propias faltas, y juzgando imparcialmente sus esfuerzos. Esto produciria en nuestro sexo confianza en el juicio varonil, y nos dispondria á dirigirnos á él en todas ocasiones. La prontitud con que el hombre se prestára á tomar parte en nuestras ocupaciones, nos obligaria á examinar nuestros trabajos con mayor detencion, fortaleciéndonos contra el escollo del amor propio, y nos obligaria á emprender solamente lo que fuésemos capaces de desempeñar. Pero desgraciadamente los oimos hablar casi siempre con desden de los trabajos de la mujer, como no sean en asuntos domésticos. Ellos las consideran incapaces de desempeñar la educacion de la infancia, y de ocuparse en estudios científicos y trabajos literarios. De aquí procede naturalmente la amargura que nace en el seno de la mujer, y no pocas veces la falsa impresion con que el severo juez, impelido por una celosa envidia, no quiere sufrir en su campo un rival femenino, é intenta por tanto probar que nuestro sexo es incapaz de pisar la misma senda que él. Sea la causa de este sistema

preocupacion, envidia ó error, será siempre una injusticia. Concedo que nuestro siglo es demasiado rico en producciones femeninas, que la literatura cuenta muchas autoras sin talento, superficiales y pedantes. Pero ¿no hay igual número de medianías en todo género en el sexo masculino?... Y ¿á quién toca curar esos males, separar al falso profeta del verdadero, examinar la natural disposicion, distinguiendo de la multitud al hombre ó la mujer de genio? El adelanto está en mano del mas fuerte, y el hombre es como tal generalmente reconocido. El obra como un padre en la educacion, evita la dura crítica, y enseña á no equivocar las inclinaciones naturales, preparando al mismo tiempo á las jóvenes contra la idea exagerada que pueden formar de sus disposiciones. En este punto de una educacion defectuosa, la reprobacion no debe caer solamente sobre la madre, porque si han de atribuírsele estos errores, el hombre deberia como marido esforzarse á desarraigarlos de ella en tiempo oportuno; y si se hallan por desgracia demasiado inveterados, puede á lo menos evitar que influyan en la educacion de sus hijas, encargándose personalmente de ella. De nuevo obra como juez en los trabajos públicos, como crítico en las obras del arte de la literatura, como guarda en los seminarios é institutos públicos dirigidos por mujeres, y últimamente como amigos y consejeros en la vida privada. Aunque puede muchas veces la mujer, vana, mal dirigida, y ciega por la falsa alabanza de los lisonjeros, ser difícil de convencer de su incapacidad, es rara vez inaccesible á la verdad y á la razon; y si personas bien intencionadas quisieran indicarle sin sarcasmo que han emprendido una falsa senda, y que podria alcanzar por otra su objeto de ser útil á los demas, la conviccion se conseguiria fácilmente, y daria sin duda saludables frutos. El verdadero talento deberia ser reconocido, publicado y estimulado por un justo aprecio, donde quiera que existiese: esto no solo es conveniente para los que merecen ese reconocimiento, sino tan bien para los que han sido desgraciados en sus tentativas. Condúzcase á la mujer á un campo mas vasto, y probará á las mas pobres inteligencias que no fue desatendida como mujer, sino como poco versada en la literatura y las artes. Si los hombres que por su posicion tienen importancia en el mundo, y cuyos conocimientos y carácter imparcial son conocidos y apreciados, se tomasen la molestia de examinar los trabajos femeninos, sean los de la autora ó del artista, y los tratarán con bondad, pero con estricta crítica, señalando sus errores, estimulándolas á continuar, ó aconsejándolas abandonar la palestra; y por último, manejándose con ellas libres de todo espíritu de partido, pronto se conoceria que las facultades intelectuales de ambos sexos fueron distribuidas con equidad por la naturaleza, y que la mujer en su esfera puede mostrar tanta ciencia y exactitud, tanto talento, profundidad, gusto y energía como el hombre.

Las mujeres que se dedican á la enseñanza, haciendo de ella la ocupacion de su vida, están sujetas sobre todo al exámen de los competentes inspectores. Todo hombre que emprende una profesion, debe dar pruebas positivas de su capacidad antes de ser admitido en ella; y las mujeres deben del mismo modo probar que son á propósito para el difícil cargo de educar la juventud, antes de emprenderlo. Esto pondria fin á las repetidas quejas contra la pobreza, que resulta de la imperfecta educacion femenina, ó caeria con razon la responsabilidad sobre el hombre, que concede á la que no lo merece tan importante cargo. De ese modo se lograria afirmar mas profundamente todos los preparativos para la enseñanza, y la mujer que fuese inútil para ella, se retiraria de la escena alarmada con la certidumbre de que habian de desecharla, cuando fuesen examinadas sus facultades.

L. V

POESÍAS.

SONETO.

UN RECUERDO Y UN SUSPIRO.

Ya retira su albor el claro dia:
Ya lenta se aproxima noche oscura
Estendiendo su manto en la natura
Valor prestando á la esperanza mia.

En lo escondido de la selva umbría
Ostenta el olmo su gigante altura,
Y sus alas sacude en la espesura
El aura blanda que la noche envia.

Ay! y esa alfombra de esmeltadas flores
Tálamo un dia fue donde sus brazos,
Tendió en mi pecho el dios de los amores.

Tú que me viste ¡oh selva! en dulces lazos,
Tú que testigo de mi dicha has sido,
Contémplame hoy llorar mi bien perdido

JULIANA GARCIA SUELTO.

BARRABAS.

Anécdota del tiempo del conde-duque de Olivares.

I

UNA DIGRESION.

En tiempos no muy remotos
y mas prósperos, reinaba
el buen rey Felipe cuarto
en los dominios de España.
Ni tantas reformas útiles
gabelas y zarandajas
habia como hoy, ni habia
tanta miserable charla,
tanto truhan opulento,
tanta rastrera ignorancia,
tanto sabiondo político,
ni tanto duelista mandria.
Corrian pesos de Mégico
como hoy chascos por las plazas,
y ni viudas, ni cesantes,
ni esclaustrados mendigaban.
Y si es cierto que las luces
de las cuadruple aliadas
no lucian en Madrid
como hoy lucen, cosa es clara
que éramos mas grandes que ellas,
y que la gloria de España
no las cedia en ingenios,
si las superaba en armas.

Mas estos son sueños vanos,
sueños, pues sueños se llaman
los del que mísero vive,
y montes de oro levanta
en su mente, y se imagina
que entre los espacios vaga
de la inmensidad y huella
el astro rey con su planta.
Todo es polvo, todo es barro,
todo es cieno, todo es nada!....
diria un hombre filósofo
con grave sonrisa enfática;
y yo que anduve rompiéndome
la mollera allá en el aula
y di traspies en el mundo,
y anduve á calabazadas
como otros muchos, buscando
lo que unos llaman fantasmas,
y otros realidades, y otros
tristes desengaños llaman,
maldito si, aunque quisiera,
puedo oponerme en sustancia
al invencible filósofo
en su concienzuda máxima.
El rey es rey, nos dijeron
nuestros abuelos, la España
bajo el reinado del César
fue grande, y aunque ahora es nada
puede volver á alto puesto,
y ocupar el que hoy alcanza
la pirata de los mares
de sus mercachifles mañas:
la política es el medio,
y el emplearla es la mácula,
y en lo hidalgo de la empresa
está la prez de alcanzarla.

¡Pobre cerebro enfermizo,
qué loco y febril te lanzas,
y en la política arguyes
de tu atrevimiento en alas!...
¡La política! pantano
donde la moral naufraga,
donde los hombres se pierden,
donde las leyes se rasgan:
Donde al hijo y al hermano
y á la madre y á la hermana
y al amante y al amigo
se desconocen y ultrajan,
donde es práctica la injuria,
donde es venera la infamia,
donde es travesura el robo
y justicia la venganza:
donde el deber de obediencia
que á la sociedad enlaza
se pierde, y el mas osado
al mas prudente avasalla;
y el seducido y el pérfido,
juntos su ponzoña labran,
y á la virtud escarnecen
y á la ingratitud ensalzan.
Mas valiera allá en la Estigia
ver de Aqueronte la barca
y volverse ánima en pena,
que no político rabia.
Mas valiera que en el báratro
nuestro cadáver rasgara
el can Cerbero en sus ímpetus,
que no á la infelice patria
entregar cual hijo espúreo
á la estranjeriza saña,
cebándose en sus discordias,
y malversando sus arcas.

Esto es verdad, mas mi pluma
tras tanto correr divaga,
y una anécdota que en punto
tuve al empezar, y cuadra
muy bien al tiempo presente
con ser del tiempo de marras,
voy á engerir tras mi exordio
bien pez ó bien rana salga.

II

VAMOS AL CASO.

Habia allá en otro tiempo
un conde-duque de España
que incienso halló viento en popa
de estratégica privanza.
Lisonjero cortesano,
mas que militar de fama
ni que profundo político,
ni filósofo Pitágoras,
brilló opulento, mandando
sin rival con su monarca,
entre el pórfido y los mármoles
de las palaciegas cámaras.

Un hidalgo, al mismo tiempo,
hubo en Sevilla, que honraba
la ciudad con los blasones
de encopetada prosapia.
Don Francisco Melgarejo
se llamó, y en importancia,
por ser veinticuatro y rico,
y en travesura y en gracia,
logró eclipsar á otros muchos
de su clase, pues juntaba
á un caballeroso porte
grande destreza en las armas
y esplendidez en sus gustos,
banquetes y cabalgadas.
Cuando jóven, por travieso
y espadachin con ventaja,
y por galan petardista
del bello sexo, y por varias
contiendas que olvidó el mundo,
aunque en su tiempo le alzaran
á gran renombre entre el pasmo
de las béticas comarcas,
logró alcanzar un apodo
que distintivo le daba,
aunque en edad mas madura
su índole y gustos cambiaran.
Llamáronle Barrabás,
y él que en la esperiencia vasta
que adquirió del mundo, supo
que hay cosas que nadie alcanza
á borrar de entre los hombres,
cuando la voz las consagra
de la justicia, y al cabo
en las costumbres se arraigan,
sufrió en silencio el apodo,
y con desden y con calma
siguió la comun corriente,
y se lo apropió por gala.
Cumplió ocho lustros, y el hombre
tomó otra vida; su casa,
aunque ostentosa y espléndida,
no brilló en orgias mundanas;
que antes el vicio espiando
de su juventud con dádivas
de piedad, y con las ciencias
su disipacion y holganza,
logró otra vez el renombre
que en el pais alcanzaran
sus abuelos, consagrando
su vida al bien de su patria.

Hubo cortes, y Sevilla
le dió el voto, y sin tardanza
vino á Madrid empeñado
en su obligacion sagrada.
Y no bien en las intrigas
que el poder de oculto fragua,
del esquilmo de los pueblos
vió la singular batalla,
se resolvió con empeño
á poner con su constancia
una barrera á la intriga
y un fuerte escudo á la estafa.

Contaba ya el Conde-Duque
la contribucion cobrada
de los millones, venciendo
á la oposicion con dádivas,
y en nuestro buen Melgarejo
siempre un estorbo encontraba,
sin que cediese á sus golpes
el fino temple de su alma.
Ya cansado, ya el orgullo
encendido, ya la calma
del valido presuntuoso
en hiel y acíbar trocada,
se resolvió á que la afrenta
sobre el sevillano obrára
lo que al peso de su nombre
y prepotencia desaira:
y averiguando en su astucia
lo del apodo y las causas
que se le dieron, y viendo
que á hombre de tanta importancia
fuera terrible desdicha
que Barrabás le llamáran
en la corte, do la envidia
se encarniza con la sátira,
se decidió amedrentarle,
y un dia con grande calma,
paseando paso á paso
con él, le habló estas palabras:

«Don Francisco Melgarejo,
vuestra integridad ya raya
en escrúpulos pueriles;
que están vacias las arcas,
los tribunales sin sueldo,
los ejércitos sin armas,
los consejeros sin brillo,
y los marinos sin pagas.
No es la corte cual Sevilla
que con Veinticuatros manda,
y en honores recompensa
lo que en pensiones rebaja;
sed mi amigo, y como noble
que sois, vuestra sangre honrada
no se mezcle en pequeñeces
que dan disgusto y no fama.
Tened mas ancha conciencia,
y pensad que hay en la casa,
de los Guzmanes, que es mia,
tanto oro y gloria tan alta,
que á la sospecha desdeñan,
y al malicioso rechazan,
y á la terquedad castigan,

y al ruin publican sus faltas.»

«Conde-Duque de Olivares,
(dijo Melgarejo) basta,
no es mi opinion veleidosa
ni juvenil, ni se espanta
de no brillar en riquezas
con oprobio acumuladas.
Noble soy, y la hidalguía
que heredé, supe grabarla
en el corazon á costa
de esperiencias bien amargas,
que no ha de borrar el tiempo
ni ha de variar la desgracia.»

«Bien, (el de Olivares dijo)
blasona vuestra jactancia
de hidalguía cuando un nombre
os dió el barrio de Triana
con que adornaréis el árbol
que á vuestro abolorio ensalza:
cuando diz que en el infierno
teneis un pie entre las ascuas.»

«Por no tener los entrambos
(le replicó) me marchára
de aquí, sino conociera
que es muy precisa mi estancia.
Si soy Barrabás de apodo,
tengo nobleza en el alma,
y mis locuras de jóven
las espiaron mi canas;
y por Dios que si Sevilla
su procurador me manda
he de honrar como conviene
la comision que me encarga,
y he de decir á la injuria
en su mañosa asechanza:
yo soy Barrabás, yo soy
el que incorruptible marcha
entre la falange astuta
que las seducciones fragua;
yo soy el que cuando jóven
hice vacilar la fama
de mi opinion, y he sabido
en la vejez restaurarla
purificando mi afrenta,
al crisol de la desgracia.»

Dijo así; y los cortesanos
que por acaso cruzaban
por la galeria, hicieron
por dicha cortar su plática.
Y separándose entrambos
con gran disimulo, es fama
que nadie alcanzó el secreto:
y el andaluz con constancia
negó su voto en las cortes,
sin que sufriera asechanza,
y sin que nadie el apodo
de Barrabás recordara.

Febrero de 1843.—JOSE GRIJALBA.

UN WALS DE STRAUS.

(CONTINUACION).

—Os doy gracias, señorita de Wolkenstein, dijo el conde con tono despreciativo, os doy gracias por la leccion que acabais de darme: os habeis colocado tan alto ó tan bajo, que no puedo menos de agradeceros que me hayais abierto los ojos en tiempo oportuno.

—¿Qué quiere decir esto, señor conde?

—Que yo no tengo nada que ver con las querídas de los príncipes.

La orgullosa Ottilia apenas tuvo tiempo de contestar con una terrible mirada á tan ultrajantes palabras, porque su real compañero la tomó para bailar en aquel instante, en que por primera vez de su vida se veia profundamente humillada, y despojada de su calma y dignidad habituales. Sin embargo, ocultando la rabia que devoraba su corazon bajo una apariencia de ligereza, recibió las atenciones de todos y las del príncipe, á cuyo lado permaneció durante la cena y casi el resto del baile.

El siguiente dia al levantarse el gran duque, Mr. Ebersdorf pidió á su soberano el permiso para casarse con la señorita de Frankenthal, y un destino fuera de sus estados: y á los cuatro dias, verificado el matrimonio delante de toda la corte, Federico marchó con una comision especial para San Petersburgo, llevando consigo su mujer y sus despachos.

II.

El siguiente año fue muy fecundo en acontecimientos importantes para la ciudad de F... el matrimonio del príncipe heredero de una princesa de *** dió lugar á innumerables festividades, y á la fundacion de una órden de mérito civil, que puso en inquietud á todos los consejeros del ducado. El maestro de capilla de la corte se escapócon la *prima donna* del gran duque, causando un escándalo prodigioso. El montero mayor cayó de la gracia de S. A. por haber dicho que Napoleon era un hombre de genio; y la señora Ottilia de Wolkenstein se hallaba gravemente enferma de un mal desconocido para los médicos del gran duque: algunos opinaban que se habia constipado en el matrimonio de M. Ebersdorf; porque despues de la ceremonia fue atacada de convulsiones que

duraron tres horas, y de una calentura casi incesante que la obligaron á guardar cama seis semanas; y como despues de este tiempo seguia sufriendo crueles ataques de nervios en los cuales llevaba la mano al corazon, queriendo arrancáselo con gesticulaciones delirantes y convulsivas, concluyeron los facultativos que el mal procedia de una estremada sensibilidad y de algun tormento que ella ocultaba en su corazon. Desde luego le fueron prohibidas casi todas las diversiones en que podia recibir alguna emocion, y muy particularmente la del wals, por haberse hallado casi á la muerte despues de uno que bailó en el matrimonio del príncipe.

Transcurrido un año como se ha dicho, volvió á tener lugar el gran baile de San Silvestre al cual concurria toda la corte; y M. Federico Ebersdorf y su esposa llegados hácia tres dias de San Petersburgo. Ottilia mas postrada que nunca tuvo que quedarse en cama donde la gran duquesa antes de pasar á los salones colmó de besos su preciosa frente aletargada por un sueño profundo.

Un armonioso y animado wals convidaba á las parejas mas brillantes de la corte; y Mr. Ebersdorf aguardaba impaciente que el gran duque acabase de demostrar el famoso plan de caceria de conejos que proyectaba, para correr á buscar su pareja; cuando de repente se notó un movimiento general: la música se interrumpió, paró la danza, los hombres y mujeres se agrupaban y en medio de esta confusion universal, se vió aparecer una mujer vestida de blanco, que atravesando el salon se dirigió á Mr. Ebersdorf y le dijo con un tono dulce y encantador:

—Federico, ven á valsar, esta vez valsaremos juntos.

—Ottilia!... fue lo único que pudo articular el conde, retirándose como asombrado de ver un espectro delante de sí.

—Por Dios, Sr. conde, dijo el médico de S. A. que examinaba atentamente á la señorita de Wolkenstein, no la contrarieis, hacer lo que ella quiera porque si la despertais podreis matarla, está dormida.

Federico se hallaba inmóvil; contemplando aquella fantasma que se le presentaba como un triste y amargo recuerdo de lo pasado: aquella soberbia criatura abatida por la desgracia, destruida por el sufrimiento: sus grandes ojos azules como atraidos sobre un objeto invisible, su frente real y majestuosa donde parecian estendidas las alas sombrias del ángel de la muerte, aquella orgullosa Ottilia que blanca, pálida, inanimada como una bella estatua de mármol venia en su sueño á visitar el campo de sus antiguas victorias; y al sentir el hielo de aquella mano que apretaba la suya le parecia que todo era un sueño, una ilusion, una cosa demasiado horrible para ser verdad.

—Ven Federico, repitió Ottilia, ¿qué aguardas?

Ebersdorf la siguió maquinalmente y el wals empezó. Ligera como el aire perfumado por las flores, vaporosa como una sombra escapada de las tumbas, Ottilia volaba sobre el pavimento sin que nadie pudiese percibir el ruido de sus pasos.

Cesó el wals.

—Aquí hace mucho calor, vamos á tomar el aire, dijo ella, conduciendo á Federico al balcon principal desde donde se veian los jardines del castillo.

(Se continuará).

CRÓNICA SEMANAL.

Magnífico y brillante dícese que estuvo el baile que en la noche del miércoles tuvo lugar en palacio. Todos los concurrentes ostentaban á porfia los mas lujosos trajes del siglo pasado, que eran en los que debian presentarse. Preciosas telas de seda, terciopelo, ricamente bordadas ó guarnecidas de oro y finísimos encajes, inestimables y costosos adornos de perlas y brillantes, eran las galas que se lucian en esta aristocrática reunion.

Entre los que mas se distinguian, parece que sobresalia S. A. el infante don Francisco de Paula y su familia; el primero llevaba un uniforme de guardia de la persona de Luis XIV, que constaba de una elegante casaca de casimir blanco con guarnicion de galones de oro, manoplas, cuello, chupa, y bandolera de terciopelo grana, con la misma guarnicion; calzon de casimir blanco, media encarnada con ligas y hebillas de oro, zapatos negros con hebillas de oro cinceladas, sombrero de tres puntas guarnecido de oro con pluma blanca, peluca de grandes caireles batidos, rizados y empolvados.

Sus hijas las Sermas. infantas doña Josefa y doña Luisa, lucian hermosos trajes de la época de Cárlos III, compuestos de unas delicadas faldas de medio tontillo de raso blanco, adornados con ricas guarniciones de encajes, y sobre estos unos elegantes hagüeros de seda con grandes ramos matizados de varios colores guarnecidos de perlas y encajes; chapines de tacon alto, y primoroso, y elegante tocado de herizon, y bucles empolvados con varios adornos. El infante don Fernando, llevaba un gracioso vestido de paje de la misma época del de su señor padre, el infante don Francisco, compuesto de un calzon grigüeso de terciopelo, color granete, con follages de raso blanco, guarnicion de oro, y ricos encajes, ropilla del mismo color granete, guarnecido de lo mismo; y sombrero chambergo de fieltro adornado de vistosas plumas y rica pedrería.

Entre otros llamaba tambien la atencion los

señores duque da la Roca, marqués de Revillagigedo y conde de Cervellon. que vestian ricos y elegantes trajes de la época de Luis XIV y Luis XV. No menos ricos y elegantes eran los de los señores conde de Sta. Coloma y duque de Abrantes, que lucian preciosas casacas de terciopelo guarnecidas de oro, de la época de Fernando VI. Los de los señores marqueses de Falces y Tamames, que iban trasformados en elegantes capitanes de la guardia de Luis XVI. Tambien se distinguia el marqués de Malpica, con el antiguo uniforme español de las cuatro órdenes militares, con la graduacion de mariscal de campo, y los señores príncipe de Anglona y marqués de Pomar, convertidos en diplomáticos del tiempo de Luis XVI, con vestido de terciopelo color de rosa el primero, y granete el segundo, y chupa de brocado de plata. El jóven conde de Aguila-Fuente, llevaba un gracioso vestido de montar, de la época de Fernando VI, formado de terciopelo verde guarnecido de oro.

El esmero y elegancia con que han sido hechos estos trajes, y la propiedad con que estaban ajustados á las épocas á que se referian, daban mayor realce á la preciosidad de sus telas, á la vez que acreditaban el acierto y habilidad esencial del maestro Torroba, que ha sido, á lo que parece, el encargado de su construccion.

De otros muchos caballeros y señoras, tambien hemos oido que lucian costosísimas galas y preseas de las mismas épocas.

En este magnífico baile, parece que el primer refresco que se sirvió, fue una gícara de chocolate con un vaso de agua con azucarillo, y un platito de dulce, para que estuviese en armonía la costumbre de nuestros abuelos con sus trajes.

Mascaras. En la noche del miércoles se ha verificado el primer baile de los que en la presente temporada se han de dar en los salones del Liceo, palacio de Villahermosa. Conocido es del público este magnífico y espacioso local, y tambien el lujo con que le han decorado todas las empresas que le han tomado para los bailes de Carnaval; así que, poco se encuentra este año en Villahermosa que no hayamos visto ya en los anteriores, si bien en el alumbrado creemos que se han introducido alguna mejora, pues notamos alguna novedad en las arañas, que nos han parecido un tanto mas lujosas que las que ya conociamos. La nueva música compuesta por el Sr. Iradier, es graciosa y de muy buen efecto; pero seria este mucho mas completo si se aumentara el número de voces para los coros que aparecen débiles, y á veces ni aun se perciben, cuando entra de lleno el instrumental. El servicio del ambigú y café es esmerado y nada deja desear, así como tampoco el de las demas dependencias. Nada en fin, hubiéramos echado nosotros de menos, si la concurrencia hubiese guardado aquella proporcion con los demas preparativos y disposiciones del local: de ser así, el baile habria estado brillante y animado, como esperamos que estarán los sucesivos.

Beneficio de doña Matilde Diez. Parece que esta escelente actriz ha escogido para su beneficio una comedia que acaba de escribir el Sr. Rubí con el título de *La Corte de Felipe* IV.

—La noche del miércoles se dieron, por la compañia dramática del Príncipe, tres piezas en un acto, en que se distinguieron las señoras Diez y Tablares, y los señores Romea, Sobrado y Fernandez.

—Parece que la empresa del Circo trata de aprovechar la llegaba á esta córte del bajo Sr. Nathale, para seguir ejecutando algunas óperas de las que últimamente se estaban cantando.

Siguen con actividad los ensayos del *Otello*, para la salida de la señora Micheli.—El *barítono* herido, ofrece cada dia mayores esperanzas de una feliz curacion, y el señor Salvatori ha roto su escritura y salido luego para el estrangero.

VARIEDADES.

—Para la próxima primavera debe verificarse en los salones del Liceo una esposicion de pinturas, en la cual figurará en primer término el retrato del inmortal Alvarez, heróico defensor de Gerona en la guerra de la Independencia; este cuadro es obra del artista catalan D. Claudio Lorenzale, y ha sido copiado de un lienzo que existia en el Principado.

Parece que el *Heraldo* va á publicar inmediatamente por folletines, la novela histórica de la señorita Avellaneda titulada: *Guatimocin* último emperador de Méjico, y sobre cuyo mérito no nos atrevemos hablar por un sentimiento de delicadeza que sabran apreciar nuestras suscritoras, á las que aconsejamos únicamente procuren adquirir tan notable produccion.

ADVERTENCIA.

Con el número inmediato repartiremos un figurin de modas y con el menor intérvalo posible publicaremos otro, para tener á nuestras suscritoras al corriente de los trajes mas en boga. Tambien nos ocupamos en varias mejoras materiales del periódico que esperamos agraden á nuestras amables favorecedoras,

MADRID: 1846. -EST. LITERARIO-TIPOGRAFICO DE P. MADOZ Y L. SAGASTI.
calle de la Madera baja núm. 8.

MADRID, 1846. *Domingo 8 de marzo.* NUMERO 24.

LA ILUSTRACION.

ALBUM DE LAS DAMAS.

LA MUGER.

A la Señorita

DOÑA CAROLINA CORONADO.

¡La muger...! ¡La muger...! ¿Qué otra cosa que la muger puede haber salido mas perfecta de las manos del Criador? ¿Ni quién inspirar un igual heroismo, ni ser tan digna de la mas esclusiva atencion? Parte esencial de nuestra existencia, solo ella puede hacernos grato el árido camino de la vida; solo ella dulcificar los rudos pesares que atormentan al hombre, pobre viagero errante siempre por el vasto desierto que llaman mundo. ¡Desgraciado de aquel que no siente palpitar su corazon al contemplar sus mágicos encantos! ¡Desgraciado, sí, mil veces desgraciado, porque su corazon desprovisto de ilusiones jamás podrá sentir el fuego santo de la inspiracion; jamas podrá conmover á un alma ni penetrar en sus mas secretas simpatías! ¿Quién sino la muger puede elevar al genio á través de las regiones desconocidas de la inspiracion, en alas de la divina poesía? ¿Quién sino ella alimentar los dorados ensueños de una grande y naciente concepcion y hacerla arrebatar al genio creador una de sus gloriosas coronas, para ceñirla á sus sienes siempre latientes con el fuego del saber? ¿Y quién, en fin, hace nacer en el hombre la sed de gloria y el deseo de inmortalizar su nombre por medio de prodigiosas hazañas ó de sublimes concepciones?... El guerrero la debe sus laureles, el poeta y el pintor sus mas bellas inspiraciones y los hombres todos, sus placeres, sus ensueños y la poca ventura que encuentran en este mundo que sin ella solo seria un páramo desierto. ¡Ah! ¡bendita mil veces la muger!

Considerémosla ahora bajo el aspecto social y en todas partes la veremos sensible, noble, bondadosa, pronta siempre á prodigar sus dulces consuelos y amiga por escelencia de la humanidad afligida. Cuál ángel divino de paz enviado por el Señor para hacernos mas soportables las miserias de la vida, llena su santa mision en la tierra con la mas encantadora pureza y el hombre fascinado y lleno de reconocimiento la rinde adoracion. ¡Ah! sí; bendita una y mil veces la muger.

Pero dejemos hablar al célebre abate de Lamenais, y este escritor ilustre, con su dulce poesía y seductora elocuencia, dirá al mundo entero, mucho mejor que pudiéramos hacerlo nosotros, todos los dulces títulos que tiene la muger á nuestra mas ilimitada veneracion. Su elevada pluma la defenderá de injustos ataques, dirigidos por el hombre orgulloso con la aparente superioridad que Dios le ha dispensado en la fuerza del cuerpo y el poder del genio, y no en vano esperamos que ese sexo tan encantador, acogerá con el mas sincero afecto las sublimes palabras de tan ilustre escritor, al rendir un justo homenaje á las virtudes que á esa cara mitad del género humano adornan, cumpliendo con un deber impuesto al hombre por la naturaleza y que tan en armonía está con la grata cuanto noble mision quo nos hemos propuesto al redactar la *Ilustracion, Album de las Damas*.

«En los juicios, dice, que se forman del hombre, jamás por lo regular se tienen en cuenta las profundas diferencias que ofrece su complexa naturaleza y que le dividen por mas que siempre quede el mismo, en dos seres semejantes aunque diversos. Que se le acuse y justifique, que se le deprima ó ensalce, siempre se olvida á la muger uno de estos dos seres.»

«Y sin embargo la muger merece una atencion particular, cuando estudiando á la humanidad se trata de investigar las leyes, de apreciar el estado y de comprender los destinos sobre los cuales egerce una influencia mucho mas grande que la que afecta pensar el ciego orgullo del hombre. Altivo este por la parte que Dios le ha dado en la fuerza del cuerpo, en la del pensamiento, el poder del genio y de la razon y en el ascendiente que esta le da, créese superior á su compañera porque él es otro y porque á unas cualidades que son las suyas está unido el dominio, al menos en la apariencia. Y digo en la apariencia porque en realidad, mas obedece que gobierna. La insinuacion, la dulzura, la gracia, el atractivo de la bondad y el encanto de la debilidad misma, triunfan por lo regular de ese soberbio dominador. La muger reina de hecho y cediendo llega hasta á gobernar.»

«¿Qué seria sin ella la vida humana? Una lucha desesperada, un sangriento combate del hombre contra la naturaleza y aun de los hombres entre sí. Ella le prodiga un nectar que adormece sus males, ablanda su feroz dureza, modera sus rudas pasiones, calma su cólera y le connaturaliza con los trabajos y hasta con los sufrimientos mismos, por medio de su compasiva ternura, de su inagotable afecto y la continua efusion de un amor que cual una inefable alegría renace de sí mismo sin que jamás llegue á estinguirse.

«¿Cuándo jóven sincera y pura, qué mas seductor que la muger? ¿Y cuando tierna madre rodeada de sus inocentes hijos, qué mas augusto ni mas santo?

«¡En su corazon existen siempre delicadezas tan esquisitas y tan espontáneas á la vez, que aun ella misma las ignora. El manantial está oculto bajo un velo misterioso; esto no obstante se exhalan de él como el perfume de la púdica flor á la que sus suaves emanaciones descubren vagamente; al ojo mas avizor le seria imposible el traspasar aquel velo impenetrable!

«No hay mal que la muger no sepa curar ó alivie al menos y en cuyo fondo no llegue á depositar una dulce esperanza. Cuando la tempestad amontona las nubes y las lanza, la mezcla y desgarra en mil partes, sucede á veces que un rayo de sol atravesando aquel caos confuso, serena la atmósfera y disipa el denso velo que encapota el celeste pavimento. Pues bien; la muger es ese rayo vivificante y consolador, luego que la tempestad de las rudas pasiones llega á agitar al hombre y atormenta su alma.

«Una conmiseracion nativa é irresistible simpatía la atrae al lado de todo aquel

que sufre. No parece sino que han sido confiadas á su solícito cuidado todas las miserias inseparables de la condicion humana ó que enjendran los vicios de la sociedad. Ella y solo ella es la providencia del achacoso, del pobre y de la innumerable tribu de los infelices. Seguidla al oscuro camaranchon en que se alberga el indijente, á la cabecera del enfermo desvalido ó al humilde lecho en que gime el decrépito anciano, abandonado de todos despues de largos años del mas incesante trabajo: nada es capaz de alejarla de allí, nada basta á hacerla abandonar al infeliz que padece. Esta débil criatura, mas fuerte entonces que el hombre, elevada por el amor sobre los sentidos y concentrada en su alma, no vive sino allí. Llena una mision celeste y.... no la veis llevando siempre consigo alguna de las dulces emanaciones del Dios Omnipotente, socorros para todas las necesidades, bálsamos para todas las llagas y palabras que, llenas de una dulce elocuencia y de la mas pura bondad, acallan todos los dolores?

«Y aun no he recordado sino estos pequeños beneficios. Segura aun mas que el raciocinio, un instinto infalible la preserva de los fatales errores á que el hombre se deja arrastrar por el orgullo del genio y de la ciencia. Mientras que fondeando todas las vias, le impele su insaciable curiosidad á través de no sé que crepúsculo engañoso, á regiones pobladas de fantasmas, y en tanto que su vana y débil razon conmueve ciegamente las bases del órden y hasta de la inteligencia, la muger iluminada por una luz mas íntima é inmediata, las defiende contra él y conserva en la humanidad las creencias por las cuales subsiste, las verdades necesarias y las grandes leyes de la vida intelectual y moral. Ella es en medio de las ideas y revoluciones de los sistemas, la guardiana piadosa é incorruptible.

«Sucede muy á menudo que el hombre á causa de esto mismo la acusa de debilidad, de supersticion y de fanatismo, y no sabe que en el fondo el objeto de su supersticion es el mismo Dios oculto bajo los símbolos que oscuramente le revelan; que su fanatismo es la inmutable verdad adoptada por el corazon y que su debilidad, en fin, es la fuerza innata, ese poder soberano de la naturaleza misma. Cuanto mas reflexiono es mayor mi conviccion de que las verdades y las leyes de que hablaba hace poco, no solo perderian su autoridad en la tierra, sino que alteradas por mil falsas concepciones se estinguiria la nocion misma si la muger doblemente madre no iniciase desde la cuna al tierno infante en sus sagrados misterios, si no depositase en él el germen imperecedero de la fé que ha de salvarlo y dejase de alimentarle con este nectar divino.

Contemmpldad sobre sus rodillas á esta tierna criatura, salida poco hace de la nada, susurrando con balbuciente voz, con las manos cruzadas y con toda la cándida pureza de su alma, su primera oracion, despertándose por el amor á la vida que se dilata sin fin en lo que es la existencia misma. ¿Hay algun espectáculo mas dulce y tierno?

Por mas que los hombres embriagados con los dones que Dios les ha dispensado, se remonten cuanto quieran en la opinion que de sí mismos han formado, siempre se verá que las semillas primordiales del bien y de la verdad y los sentimientos profundos que deciden de la existencia entera, los deben á la muger y que ella es quien los hace lo que son. ¡Ah! si esta conociese la importancia suprema, la maravillosa grandeza, casi he dicho formidable de sus funciones, de seguro no envidiaria las ventajas, cualquiera que ellas sean, reservadas al hombre.

No puedo menos de regocijarme por haberla rendido esta justicia. Aun cuando han trabajado para distraerla de su verdadero fin, para estraviarla de su esclusiva y santa mision con el incentivo de una falsa libertad, de una independencia que no seria sino la mas dura y degradante esclavitud, ella ha rechazado con disgusto las sugestiones de los que querian alucinarla por medio de la vanidad, del poder de los sentidos y del funesto atractivo de los perniciosos placeres, pues que ha conocido que bajo engañoso nombre de libertad, era la servidumbre la que se la ofrecia y el voluntario abandono de todo lo que en este mundo la ha creado un lugar tan alto y un poder tan grande é ilimitado.

Ha querido continuar siendo lo que Dios la hizo y lo que de mas santo y maravilloso tiene la humanidad: la virgen, la esposa y la madre.

Y porque ha sabido resistir á los consejos corruptores y preservarse de los vergonzosos lunares que se esforzaban en imprimirla manos sacrílegas, sus destinos serán bellos en el porvenir que ya se acerca. Inspirando desde bien temprano al niño los religiosos sentimientos que deben animar al hombre, el espíritu del sacrificio, de la afeccion, del amor, de la gloria, del valor contra sí mismo y del desprecio hácia las cosas materiales del cuerpo y de sus codicias y preparándole á los deberes quien bien pronto tendrá que llenar, ella es la que dará á luz ese porvenir que presenta un instinto misterioso y tambien ese mismo porvenir será el fruto de sus entrañas.

ESCENAS DE LA EDAD MEDIA.

I.

Tendia la noche su lúgubre manto
Dormia en la playa la frágil barquilla,
De hogueras lejanas la luz amarilla
El campo ilumina de ejército audaz;
Reposa en las tiendas soñando la gloria
El fuerte soldado y el noble guerrero
Que es fuerza mañana blandiendo el acero
Lanzarse al combate con fuego tenaz.
Alzóse en el campo cual lúgubre sombra
Humana figura cubierta de acero
Y amante Ramiro cual noble guerrero
Siguió velozmente la orilla del mar.
Maguer que la tierra yacia en silencio
Estraños rumores Ramiro sentia
Si su leve planta las chinas heria
Tornábase inquieto el campo á observar.
. . . . . .
Y en tanto que el caballero
Su camino proseguia
Oculta puerta se abria,
En las tapias de un jardin.
Y al través de las tinieblas
viése en la puerta apoyada
una cabeza adornada
con bucles de querubin.
Temió la bella velada
la oscuridad de la noche,
y detúvose agitada
de indefinible temor.
Mas lanzóse al fin resuelta
por la playa solitaria
avecilla temeraria.
que vuela en pos de su amor.

II.

Oscura está por Santiago
¡La sola noche que resta!
¿Quién sabe si será esta
La postrera de mi amor?
¿Quién sabe si una vil lanza
Cortará ufana mi vida
Dejando á mi luz querida
Sumergida en el dolor?

Mas yo del campo me alejo
y el noble puesto abandono
y aquel vivido reflejo
puedo apenas distinguir.
Mas cuando á la muerte vamos
al primer albor del dia
¿sin ver á la prenda mia
puedo yo acaso partir?

Ya se distingue apenas
en vaga lontananza
el asta de la lanza
donde se alza la cruz;
El pecho se me abrasa
me ahoga la armadura,
está la noche oscura
¿si habrá temido Luz?

Mas ya sale la luna
ya se sonrie el cielo,
y creo ver su velo
flotar en pliegues mil;
Como á tu luz de plata
reverdecen las flores
la Luz de mis amores
se muestra mas gentil.

Oh! Luna! fiel testigo
de mis meditaciones
que negros nubarrones
no te velen jamás.
Tú, de mi Luz querida
la dulce compañera
que su planta ligera
siempre guiando vas.

¡Hela aquí! Luz querida!
¿por qué tanta tardanza?
yo he visto mi esperanza
mil veces declinar...
¿lloras? ven, que mis labios
enjuguen ese llanto
¿quién puede amarte tanto
como yo te sé amar?

Mira Luz cual se pliegan
entre besos amantes
las ondas incesantes
en su piélago azul;
Miralas cual se rizan
jugando blandamente.

III.

On, to the battle; there is glory before thee
strong be thy arm, unshaken be thy heart,
the banner of freedom is now waving oves thee thee
the angel of conquest shall point every dart!

Luz luz! partió! del horizonte inmenso
la busco en vano por el ancho espacio!
¡Luz! mas que claridad! cielos, la aurora!
y yo lejos del campo, cuando suena
la trompa vencedora,
que llama á combatir la gente mora!

Volemos al combate á la pelea,
ya de rojos penachos
confusa nube por el campo ondea
ya veo mi corcel que rozagante
de espuma cubre el plateado freno,
levantando sus crines arrogantes
para volar en pos del agareno.

¡Temblad en vuestras sillas recamadas
hijos de Agar! que de mi brazo fuerte
vais á probar las suertes denodadas.....
¡Temblad! que en pos de mi, llevo la muerte!

Luz! Castilla! Santiago!
serán hoy mi divisa..: guerra! guerra!
con mi bridon alado
correré denodado
en pos del monstruo que á la España aterra
el escondido valle y la alta sierra.

Al combate á vencer! hijos de España,
ya el sol las cumbres dora
prometiendo á la cruz inclita hazaña.
Temblad hijos de Agar, temblad os digo,
que ante mi fuerte diestra vencedora
van á humillar su frente
Las altas medias lunas del Oriente.

ROBUSTIANA ARMIÑO.

GALERIA
DE MUGERES CÉLEBRES.

CLEOPATRA.

La célebre Cleópatra, IV de este nombre y última reina de Egipto, era hija de Ptolomeo-Auletes, quien al morir en el año 51 antes de Cristo, dejó por herederos de su trono á los dos hijos mayores de ambos sexos, con la cláusula terminante de que se habian de casar, segun costumbre de los egipcios y de toda su familia. Ambicionando reinar sin compañia, Ptolomeo-Denys, hermano de Cleópatra, repudió y envió á un destierro á su hermana, haciendo en seguida que Pompeyo anulase el testamento de su padre y que le adjudicase el trono de Egipto. Ptolomeo pagó despues á este caudillo con la mas negra ingratitud el beneficio que de él habia recibido. Vencido Pompeyo en Farsalia, huyó de las armas de César, buscando un asilo en Egipto, y deseoso Ptolomeo de captarse la gracia del vencedor, mandó asesinar á Pompeyo, enviando su cabeza á César, que al verla no pudo menos de llorar la suerte de un esforzado antagonista, muerto alevosamente por la mano de un vil asesino.

Entonces impetró Cleópatra la justicia de César contra su hermano. Tenia en si cuanto era necesario para causar una viva impresion en el alma de aquel héroe; era la muger mas hermosa de su tiempo, la mas ingeniosa y amable, y hablaba cuantas lenguas se conocian, sin que jamás hubiese tenido necesidad de intérprete alguno. Queriendo esta princesa, muy segura de su triunfo, solicitar personalmente la proteccion del general romano, marchó de noche al castillo de Alejandria, y como la fuese necesario engañar la vigilancia de la guardia egipcia, hizo que su guia la llevase envuelta en un paquete de ropas hasta el palacio del caudillo. Vióla este, y Cleópatra obtuvo el triunfo de su causa, disponiendo César que gobernase el reino en union con su hermano. El juez en tanto se habia convertido en amante, teniendo de ella al poco tiempo un hijo llamado Cesarion, prometiendo llevarse á Roma consigo á la madre y elevarla al rango de esposa, para lo cual confiaba en hacer sancionar por la asamblea popular una ley por la que fuera permitido á todos los ciudadanos tener tantas mugeres cuantas quisiesen, aun cuando fueran estrangeras. Llegado que hubo á

Roma, hizo colocar la estátua de su querida en el templo de Venus, al lado de la de esta diosa.

Habiendo muerto despues Ptolomeo ahogado en el Nilo, aseguró César la corona en las sienes de Cleópatra y de otro hermano suyo que solo tenia entonces once años; pero esta princesa ambiciosa no quiso regir por mucho tiempo el reino asociado á este niño y le hizo envenenar apenas llegado al tercer lustro de su vida. Luego que acaeció la muerte de César, declaróse partidaria del triunvirato. Antonio, vencedor en Philippo, la mandó comparecer ante sí para contestar á algunas acusaciones que contra ella pesaban, y Cleópatra, confiada siempre en todo el poder de su belleza, resolvió desde luego encadenar tambien á aquel triunviro, como lo habia hecho con César, para lo cual hizo su viage en una galera resplandeciente de oro y enriquecida con las mas bellas pinturas. Las velas eran de seda color de púrpura y los remos de plata, moviéndose estos blandamente al compás de una armoniosa multitud de instrumentos que poblaban el aire con sus encantadores sonidos. Cleópatra, vestida como la diosa de Citheres cuando salió de las espumosas ondas del mar, aparecia bajo un magnífico pabellon de tela de oro, y sus damas representaban á las ninfas y las gracias, y mientras tanto la popa como la proa se veian cubiertas de los niños mas bellos del Egipto, disfrazados con trage de amorcillos. No era necesario tanto para rendir á Marco Antonio. Su ejército, admirado como él de aquel raro espectáculo, empezó á gritar entusiasmado que *Venus venia á buscar á Baco*, cuya comparacion no dejó de agradar al poderoso romano. La reina de Egipto eclipsó completamente á la bella Lycoris, querida del triunviro, y de tal modo se posesionó de su alma, que no titubeó Antonio en hacer morir, á sus ruegos, á la princesa Arsinoe, su hermana, la cual se habia refugiado en el templo de Diana en Milets, como en un asilo el mas sagrado. Todo el tiempo que Cleópatra permaneció en Tarsis, lo pasó en medio de los placeres y de los festines, los cuales se renovaron despues en Alejandria con un boato y una grandeza de que jamás habia habido ejemplo. Al concluirse uno de estos suntuosos banquetes, fué cuando Cleópatra desprendiendo de una de sus orejas una perla de inestimable precio, la echó en una copa de vinagre bebiéndosela á continuacion, para devorar en un instante tantas riquezas como Antonio habia empleado durante mucho tiempo en atisfacer su lujo y sus escesos.

Uno de los mayores placeres del caudillo romano era reunirse por la noche con una infinidad de oscuros libertinos, disfrazarse en criado para recorrer á deshora toda la ciudad, y detenerse á la puerta de las tiendas para armar pendencias con los artesanos y tenderos. Cleópatra disfrazada de esclava acompañaba en todas sus vergonzosas correrías á aquel distribuidor de coronas, y aun cuando tenia mucho mas talento y delicadeza que este procuró ponerse al nivel de todos los desórdenes y relajacion de su amante para asi subyugarle mejor.

Un viage que tuvo que hacer Antonio á Roma llegó á interrumpir aquellas fiestas brillantes é impúdicas. Consolose Cleópatra de la ausencia de su amante con los encantos del estudio á que se entregó, restableciendo la famosa biblioteca de Alejandria, quemada algunos años antes, y aumentándola con la de Pérgamo, compuesta de mas de doscientos mil volúmenes. Vuelto de nuevo Antonio á Alejandria, hizo en ella una entrada triunfal y mandó proclamar á Cleópatra reina de Egipto, de Chipre y de la Celeseria, dando á los hijos que de ella habia tenido el título hiperbólico de reyes. La pasion que hacia ella llegó á cegarle en tales términos que no podia negarle cosa alguna. Si mató á Arsinoe, hermana de Cleópatra como arriba hemos dicho, fué solo por instancias de esta, sucediendo lo mismo cuando Antonio repudió á Octavia, su esposa, hermana del triunviro Octavio, quien deseoso de vengar tal afrenta declaró la guerra al repudiante.

Comenzáronse por una y otra parte los aprestos para salir á campaña, y Cleópatra hizo equipar una flota de 500 bajeles que quiso mandar en persona. Embarcáronse con ella 200,000 infantes y 12,000 caballos, mientras que las fuerzas de Octavio eran inferiores en número, aunque superiores en valor y disciplina. Encontráronse ambas escuadras á la entrada del Golfo de Ambracia en las costas de Epiro y cerca de la ciudad de Actium, y trabaron el combate el 2 de setiembre del año 31 antes de Cristo. La pelea fué muy dudosa hasta la retirada de Cleópatra, que asustada con el tumulto y los gritos de los combatientes, huyó arrastrando consigo á toda su escuadra. Antonio que la vió huir, no vaciló en seguirla, cediendo á su adversario una victoria que hubiera podido disputarle con muchas probabilidades de triunfo. Dirigióse Cleópatra hácia las costas de Alejandria, á donde llegó su amante muy poco despues.

Esta reina ambiciosa, para no caer en po-

der del vencedor que sitiaba la capital de su reino, no pensaba ya en otra cosa que en sacrificar á su segundo amante; pero habiendo sabido que Octavio ansiaba ardientemente apoderarse de su persona y tesoros, reunió toda clase de venenos para escojer de entre ellos los que pudieran hacerla la muerte menos sensible. Despues de infinitas investigaciones, halló que el aspid tenia la ventaja de no causar ni convulsiones ni agonía, y este fué el que adoptó. Sabiendo que Antonio se habia atravesado con su espada, pidió una cesta de higos que un labrador le acababa de traer, y habiéndola puesto á su lado, vieronla acostarse á muy pocos momentos, como si quisiera entregarse al sueño mas pacífico. Aquel sueño era el de la muerte. El aspid oculto entre la fruta la habia picado en el brazo y Cleópatra murió sin dolor y sin que nadie se apercibiese de la catástrofe en el año 30 antes de la venida de Cristo.

Plutarco y Dion manifiestan que nunca se logró saber nada de positivo respecto á la muerte de esta princesa tan bella como ambiciosa y desordenada, y que solo se la hallaron en el brazo dos pequeñas señales lívidas, muy semejantes á dos incisiones, lo que dió lugar á sospechar que se habia hecho morder de un aspid. Ademas, es bastante dudoso que la mordedura de este animal produzca precisamente la totalidad del efecto que la reina de Egipto esperaba.

Refiere un periódico el siguiente lance ocurrido á un jóven de esta córte, que por su originalidad merece un lugar preferente entre los chascos del pasado carnaval.

Parece que un elegante mancebo se hallaba hace algun tiempo en relaciones amorosas con una jóven de escasos abriles, sumamente graciosa, y agraciada ademas con una fortuna *tentadora*, pero en *lontananza*, pues la niña está bajo la férrea férula de un tutor indigesto y regañon, como son generalmente todas estas aves de rapiña. El amante, á costa de romper algunos pares de botas y de armarse de constancia, cosa rara en los tiempos que corremos, para rondar la morada de su bella, habia conseguido lo que todos logran. Los perfumados billetes, escritos en un estilo romántico-hiperbólico, fueron los intérpretes de su atrevido pensamiento, con los que logró desvanecer la tierna é impresionable cabeza de la incauta y sentimental criatura: eran sus primeros amores... El afortunado galan ocupó al cabo de algun tiempo un rinconcito en el corazon palpitante del angel de sus *dorados* ensueños.

Así pasaban todos los dias tiroteándose unos y otros con las pistolas que halagaban sus ilusiones, hasta que se decidieron á avanzar unos cuantos pasos, proponiendo *él* que le proporcionára *ella* un ratito por la noche de conversacion, para aspirar el aroma de su aliento y ver la luz de sus luceros. La niña, despues de mil rodeos y respuestas evasivas, consintió, como hacen todas, con las exigencias del amartelado, cuyo acto se verificaba despues que se acostaban sus argos, *pelando la pava* á su sabor en una reja de las habitaciones interiores, y que daba á una calle escusada, única valla que habian interpuesto entre el *amor osado* y la *frágil virtud*, por la que cruzaban las mas finas protestas y los coloquios mas tiernos y galantes acompañados de significativos apretones de manos. Estas nocturnas sesiones se repitieron mas de una vez. Llegada la época alegre del bullicioso carnaval, por la que todos los amantes suspiran, en especial los que como nuestro héroe no se les permite pasar del dintel del templo de su diosa, contentándose por lo tanto con sostener sus relaciones amatorias estramuros de él, tenian dispuesto desquitarse á su sabor en los elegantes salones de Villahermosa, en medio de la bulliciosa zambra entre los giros del rápido Wals.

El tercer dia, ó último de máscaras, era el señalado por ellos para otra entrevista, y antes de ir al baile, habia dispuesto verse en la misma reja, para que le dijera el traje que pensaba llevar. Marcha el mancebo á la calle de su amante, dá la seña convenida, y repara lleno de gozo que la reja estaba arrancada; dirige una mirada de entusiasmo á la reina de los astros, y entonó dentro de su pecho una plegaria de gracias al señor corregidor, por haber dictado tan saludable medida. En aquel momento hubiera mandado levantar una estátua al Sr. Justiniani, si hubiera sido un potentado nuestro Amadis. La niña *reclamada* acudió á la seña, abriendo un postigo de la ventana, y él, conociendo que la ocasion es calva, la dijo en tono de inspiracion: «esta noche no vayas á las máscaras, tengo que hablarte cosas muy interesantes para tí y para mí; finje que tienes jaqueca, ó cualquiera otra indisposicion, y deja que se vaya tu tutor con la familia al baile; para no infundirles sospecha debes acostarte al momento.» La incauta bella le espuso algunas razones para hacerle desistir de este empeño; mas condescendió al fin con las exigencias del jóven, quien se despidió de ella hasta las dos de la mañana.

Volvió en efecto á esta hora y supo por ella que su tutor y demas de la casa, escepto

los criados que ya dormian, se habian marchado á Villahermosa. Despues de las galanterías de ordenanza, el audaz amante, ponderando el frio que hacia, picó la mugeril curiosidad de la muchacha á la que propuso, implorando su compasion con ruegos y súplicas, que le concediera por breves instantes pasar á la habitacion *para hablarla*, puesto que tenian tiempo de sobra y que nadie les celaba. Era uno de estos momentos indecisos, en que se lucha con el amor y el deber; el supo aprovecharse de la fluctuacion de la doncella, y por fin venció su repugnancia trepando á la ventana, la que á poco se cerró. Serian las ocho de la mañana, cuando el imprudente jóven, distraido en sus coloquios, creyendo que era mas temprano, se disponia, despues de una tierna despedida, á saltar á la calle: va á abrir con el tacto mas esquisito la ventana, y ¡oh desesperacion!!! los albañiles acababan de colocar la reja en el lugar que antes ocupaba, quedando el infeliz enjaulado y espuesto á las iras feroces del tutor, y lo que era peor, su amada entregada á su justa saña; la suerte que tuvo fué que el tutor roncaba en su lecho y lo mismo hacian todos los demas que habian ido al baile.

Por fin, y para concluir de una vez, hemos sabido que el atolondrado mozo pudo tomar la calle, esperando la ocasion propicia de ir á la compra el criado de la casa, á cuyo tiempo llamó la huerfanita á la doncella, á quien entretuvo algunos momentos en su gabinete. Cuando ya libre en la calle respiró el aura de la mañana, murmuraba el mancebo mil pestes contra la reforma del metido de las rejas, dictada por el corregidor, á quien hubiera quemado con la mayor alegría en lugar de la estátua que habia querido erigirle, pues hasta ahora no le ha salido el susto del cuerpo.

EMBLEMA

ó

SIGNIFICADO DE LOS COLORES

SIMPLES.

Amarillo.—Locura.
Azul.—Recelos.
Azul celeste.—Evidencia.
Azul turquí.—Celos.
Blanco.—Pureza.
Blanquizco.—Delicadeza.
Carmesí.—Vanidad.
Color de caña.—Simpleza.
Color de rosa.—Indiferencia.
Encarnado.—Alegria.
Encarnado color de fuego.—Apasionado.
Girasolado.—Constancia.
Morado.—Padecer.
Muchos colores juntos.—Variedad.
Negro.—Muerte.
Pardo claro.—Disgusto.
Pardo oscuro.—Melancolia.
Verde esmeralda.—Incertidumbre.
Verde oscuro.—Esperanza.
Verde Manzana.—Veleidad.
Violeta.—Desprecio.

Compuestos.

Amarillo y azul.—Conformidad.
Amarillo y encarnado.—Rabia.
Amarillo y verde.—Mal humor.
Amarillo y morado.—Venganza.
Amarillo y negro.—Pesadumbre.
Amora y negro.—Indeterminacion.
Azul y negro.—Olvido.
Blanco y azul.—Inocencia.
Blanco y amarillo.—Frialdad.
Blanquizco y celeste.—Ausencia.
Blanco y encarnado.—Libertad.
Blanco y morado.—Rompimiento.
Blanco y negro.—Contrariedad.
Blanquizco y negro.—Duda.
Blanco y verde.—Seguridad.

ADVERTENCIA.

Por un incidente en que no ha tenido parte nuestra voluntad, no se ha repartido el número correspondiente al domingo anterior; rogamos á nuestras amables suscritoras nos dispensen esta falta que en nada perjudicará sus intereses.

OTRA.

Con este número repartimos figurin de modas y muy en breve se dará otro para que las bellas que nos favorecen estén al corriente de los trages mas en voga.

MADRID:—1846.
SOCIEDAD TIPOGRAFICA DE HORTELANO Y COMPAÑIA.
Pasadizo de S. Ginés, núm. 3.

MADRID, 1846. *Domingo 15 de marzo.* NUMERO 25.

LA ILUSTRACION.

ALBUM DE LAS DAMAS.

FRAGMENTOS LITERARIOS

DEL ABATE DE LAMENNAIS.

LA JOVEN DE 15 AÑOS.

El otoño no tiene dias mas bellos. El mar herido por los rayos del sol que bañaban su superficie, brillaba con infinidad de matizados y cada gota de agua despedia cual si fuese una punta de diamante, una luz blanca y pura que apenas podia soportar la vista estasiada. De la aldea inmediata, hombres, mugeres y niños llegaban en tropel á los peñascos de la playa, en que mezclado el tomillo y el clavel borde á las hermosas violetas, exhalaban su pérfume de clavo embalsamando la susurrante brisa.

Provistos de cestos, cuerdas y palos armados de un gancho de hierro, aguardaban con ansiedad á que la marea dejase descubierta la estensa playa y peladas rocas, para recojer el rico botin preparado por la Providencia; la arjentada coquina que se desliza en la húmeda arena, los voraces cangrejos de largas y agudas puntas, los gamarros, las almejas y demas clases de marisco.

Hácia la tarde á la hora en que el flujo invade la tierra como un rio hinchado por la lluvia, la alegre multitud se volvia á la poblacion. Pero no todos entraron de nuevo aquel dia á sus tranquilas moradas.

Sumerjida en los ensueños de su corazon se veia á una jóven sentada sobre una roca algo distante, á la que sus meditaciones habian hecho olvidar el peligro que la rodeaba. El ruido de las olas que circuian la piedra con sus nudos amovibles, é invadian por momentos todo el terreno, la hizo salir de su letargo, pero ya era tarde. Ningun ser viviente se veia en la playa: todo socorro era ya imposible.

¡ Que pasó entonces en el alma de aquella vírgen ! Nadie lo sabe, y es un secreto que ha quedado entre Dios y ella.

A la mañana siguiente hallóse su cuerpo yerto é inanimado sobre la misma roca. Habia atado sus largos y negros cabellos á las algas que de ella pendian, sin duda para evitar asi el ser arrastrada por la mareada, y reposar en una tierra bendita y cerca de los suyos.

.....

.....

.....

.....

Una humilde cruz de madera colocada en el cementerio, indica á los mortales el sitio donde duerme con el sueño de la eternidad. Ante ella se ve muy á menudo á una de las que fueron sus compañeras, que arrodillada sobre el cesped, ruega por su amiga, saliendo en seguida de aquella morada de la muerte con la frente inclinada y el corazon conmovido por los mas tristes recuerdos, enjugando sus tiernas lágrimas consagradas á la amistad.

EL LIBERTINO.

Miradle cual camina en pos de los placeres
Sin freno que mitigue su criminal ardor:
Vedle allá cual se lanza, hollando sus deberes,
Tras la efímera gloria del mundo engañador.

El gozar es la vida, Libertino repite,
Y pues la vida es breve, volemos á gozar,
Y de orgía en orgía, de convite en convite
Con descompuestos pasos camina sin cesar.

La muger adorable, precioso don que el cielo
Para calmar sus penas al hombre concedió,
Si alguna vez inflama su corazon de hielo
Con la hermosura es solo, con las virtudes no.

Mírala cual juguete que la suerte destina
Para colmar sus goces con incansable afan
Y ¡ah! de la que en sus brazos amorosa se inclina
Porque el dolor y el llanto marchando en su pos van!

Abandonada luego, á su dolor rendido,
Llorando la inocencia que amándole perdió
En solitario albergue maldecirá una vida
Que el amor de un ingrato entera dedicó.

Mas en vano. A sus rueg os, á sus tétricos lloros
A su amargura lenta, á su dolor sin fin
Responderán sarcásticos los licenciosos coros,
Las báquicas canciones de espléndido festin.

El libertino en tanto, en copa de oro puro
De la virtud burlando contento livará,
Despreciando á la bella que en un asilo oscuro
Condenada á la muerte por su esquivez está.

Mas ¡ah! tambien del hombre que del honor mofando
Sin reparar al cieno del vicio se lanzó!
Porque insensiblemente la vida va pasando
Y ¡ah de aquel que en los vicios la vejez sorpendió!

Mil padeceres crónicos con arrugas tempranas
Sus pálidas facciones sin sentir surcarán
Huyendo de él por siempre las ilusiones vanas
Dejando los recuerdos que tras el vicio van.

Cuando se dá al reposo despues de negra orgia
En vano es que pretenda el descanso encontrar
Pues en la oscura noche y en el sereno dia
Siente dentro del pecho sus delitos clamar.

«Los dias del que existe tiene el cielo contados
»Y ni un segundo solo aumentarlos podrás.
»¿Quién sabe si los tuyos se encuentran hoy finados
»Y si el lecho en que yaces en tumba trocaras?»

Cuando en nube impetuosa la tempestad bramando
Con su estampido atruena el alegre festin
El malvado se agita, palidece y temblando
Cree leer en el cielo llegado es ya tu fin.

Los males que causara arrepentido llora
Y ante el cielo de hinojos con humildad está,
Y tiembla cuando silva con furia aterradora
El rayo que el espacio atravesando va.

Mas luego que las auras apacibles serenan
Del azul firmamento la estrellada region
La tempestad olvida y de nuevo encadenan
Las pasiones y el vicio su débil corazon.

Asi corren los dias, asi pasan los años
Sin preveer que se acerca la terrible vejez
Y hacienda y salud gasta del mundo en los engaños
La virtud despreciando con menguada altivez.

Y jamás se arrepiente del vicio que abrigara,
Que si audaz no se lanza á correr en pos de él
Su segura impotencia patentiza y declara
Que él al mundo no deja, el mundo deja á él.

II.

En un retrete magnífico
Sobre un lecho bien mullido
Un hombre al dolor rendido
Triste se oye suspirar.

El semblante tiene pálido
Y en sus lívidas facciones
Se muestran las desazones
Que van su vida á cortar.

No la ancianidad decrépita
Robó á su sien el cabello
Ni sobre su rostro el sello
De la vejez estampó.

Pero su todo es tan lánguido
Que le semeja á un anciano
Aunque del mundo liviano
Solos treinta años gozó.

En su desventura súbita
Ni un hermano ni un amigo
Hay de sus males testigo
Que algun consuelo le dé.

Ni endulzan las tiernas lágrimas
De una esposa encantadora
La pena que le devora
Solo en el mundo se ve.

Es el libertino: rápido
Su fin acercar advierte
Y le acobarda la muerte
Que mas lejos creyó estar.

Mas al mirarla tan próxima
De su conciencia aterrado
Con acento desolado
Asi se le oye esclamar.

III.

Nunca en el cielo creí
Ni á mis vicios puse freno
Cuanto en el mundo hay de ameno
Hasta apurar recorrí.
Probidad no la hubo en mi
Burlé siempre del honor
Con lenguaje mofador
Mas de tanto desvarío
¿Qué me resta ahora Dios mio?.....
Remordimiento y dolor.

¿Qué festin no amenicé
Con mi alegre produccion
Ni que liviana pasion
Por satisfacer dejé?
Todo todo lo apuré
Con un insensato ardor
Mas ya veo con rubor
Que de tanto desvarío
Solo me resta Dios mio
Remordimiento y dolor.

¡Cuantas bellas cariñosas
Con mis palabras mentidas
Vi marchitas y caidas
Cual las deshojadas rosas!
Cuantas funerales losas
Las preparé con rigor
Fingiéndolas tierno amor
Y luego crudo desvío!
¿Mas que hallé en esto Dios mio?
Remordimiento y dolor.

Penetra en mi corazon
Un fuego que me devora;
Tal vez dentro de una hora
Bajaré al negro panteon
¿Y no ha de haber dilacion?
No, que un grito aterrador
Oigo; es el tuyo Señor
El anonada mí brio
Anunciándome, ó Dios mio,
Remordimiento y dolor.

IV.

Asi grita furioso, y descarriada
Su mente al ver la muerte ya vecina
Sus pasados deslices abomina
Pero es ya tarde, todo lo perdió.

A mercenarias manos entregado
Si alza la vista del mortuorio lecho
Solo mira traidores que en acecho
Están de lo que al mísero restó.

Y esperan cual el buitre que la muerte
Cierre á su víctima los cansados ojos
Para lanzarse luego á sus despojos
Y la presa entre ellos dividir;

Todo el pobre lo ve, tiembla azorado
Y á cada pulsacion que se apresura
Piensa que abrir se va la sepultura
Que está pronta su cuerpo á recibir.

Conoce entonces el valor que encierran
Las caricias de una amable esposa
Que acude siempre tierna y cariñosa
Las penas de su amado á mitigar.

Y al recordar su juventud perdida
Entre un tormento y padecer prolijo
Sus labios claman ¡ah! no tengo un hijo
Que pueda mis blasones heredar!

No puedo entre caricias inocente
Del paternal amor con el esceso
En su frente imprimir ardiente beso
Que haga mas dulce mi postrero ser.

Pero que pido temerario y vano
Si llevado del crímen y locura
Solo labré mi eterna desventura
Maldiciendo sin duelo á la muger.

Así furioso con la muerte lucha,
Y al exhalar turbado el ¡ay! postrero
Teme que un Dios terrible y justiciero
Niegue á sus ruegos eternal perdon.

Muere: y el mundo que presenció un dia
Su depravado obrar, con firme mano
Graba en su tumba al libertino insano
Desprecio eterno, eterna execracion.

Matías Gil.

Un baile de máscaras.

Un baile de máscaras es el ensueño de un enfermo, la casa de Orates, la córte de un soberano y el mundo en pequeño.

A los ojos de un poeta situado en una de las galerías que dan al salon de un gran baile de máscaras, se presenta aquella baraunda como un sueño febril, vago é indefinible: al través de una nube de polvo y humo, se ven oscilar multitud de luces, y lanzarse en todas direcciones grupos de figuras estrañas, que saltan, corren y hacen contorsiones estravagantes: un confuso rumor, semejante al de las olas del mar en noche de tempestad, al través del cual se oye á intervalos algun acorde concierto de la orquesta, ensordece al pobre poeta que acaba de perder el poco juicio que le dejaron las musas, y se cree trasladado á un sábado de brujas y vampiros.

Y si en lugar del poeta se sienta un filósofo, cuya ciencia sea hija mas bien del desengaño que del estudio, este nuevo espectador que no puede soñar, contempla con cierta sonrisa de compasion aquel cuadro estravagante, parecido al gran patio de una casa de locos. Porque en efecto, viendo una reunion semejante desde donde no se pueda oir lo que se dicen unos á otros, parece que toda aquella multitud haya perdido el juicio, y esté allí encerrada por providencia de buen gobierno.

Y tambien se asemeja un baile de máscaras á la córte de un soberano, porque allí está la intriga en todos los ángulos del salon; allí antes de pronunciarse las palabras se cuelan por el alambique de la malicia; y allí todos cubren su rostro con la máscara, si no de la hipocresía, con la de carton, que produce los mismos efectos aproximadamente; bien que allí no se pretenden empleos, honores ni condecoraciones; pero se pretenden otras cosas equivalentes á estas, y acaso mas funestas á la sociedad.

Es el mundo en pequeño, ó por mejor decir el compendio del mundo; pues allí se hallan reunidas todas las pasiones en el mas alto grado de exaltacion. Se engañan unos á otros, y se engañan á sí mismos; el amigo vende al amigo sin ningun género de conciencia; el amante hace traicion á su amada; la esposa se aprovecha del momento en que su marido se embriaga en el cafe, para bailar un wals y dar un paseo por el jardin con el amigo de su infancia; el libertino apela á todos los recursos de la imaginacion y del arte para convencer una niña candorosa de que debe deshonrarse á sí misma; la coqueta está mas desenvuelta que nunca para aumentar el número de sus

amantes: allí se celebran contratas con la fianza de la careta; allí se intriga para derribar al rival y ocupar su puesto; allí se conspira contra los padres y maridos; allí se conciertan desafíos, tratados de paz, ventas y cambios..... en fin, allí está la córte, el paseo, la feria, los tribunales y la sociedad entera.

En la noche de uno de esos dias que suele el hombre pasar en su vida: dias aciagos en que parece que el infierno haya tenido la humorada de conjurarse contra uno; dias en que es tanta la desgracia del hombre, que se le desconciertan todos los planes, que no toca pieza que no rompa, no habla que no disparata, no hace declaracion amorosa que no lleve calabazas, no pretende cosa que no se le niegue: dias en que tropieza uno con todas las piedras y esquinas, que pierde el pañuelo y la petaca y le cambian el sombrero, que le pilla la lluvia sin paraguas, que le piden dinero prestado, que se le echan encima los acreedores, que le convidan para ser padrino de boda ó bautizo..... en la noche de uno de esos dias, en fin, en que solo falta contraer matrimonio para ser completamente *infernal*, me dió la diabólica idea de meterme en un baile de máscaras. En medio de aquella confusion olvidé mis cuitas por un momento, y traté de tomar parte en el placer general, principiando por vestir un dominó. Dí dos ó tres vueltas hablando en voz de falsete, pero me desesperaba de no encontrar á nadie á cuya costa pudiera divertirme; cuando siento que me tiran de la esclavina, llamándome por mi mismísimo nombre. Volvíme espavorido, y ví una beata asida del brazo de un majo, que se estaba riendo de mí.—¿Dónde vas, amigo? me dijo la maldita riendo cada vez mas fuerte.—¡Máscara endiablada! ¿cómo me conocistes sin oirme siquiera la voz?—Y la beata reia como una loca.—Adios, fulanito, me dijo otra máscara que pasaba por mi lado. ¡Cómo, esclamé yo! ¡todos me conocen cual si llevase escrito mi nombre!—Asi es efectivamente, me dijo un amigo, quitándome un papel que llevaba prendido á la espalda con un alfiler, en el cual estaba escrito mi nombre con todas sus letras.

Quiteme la careta renegando de mi suerte fatal, y dirigíme hácia una silla que ví desocupada; pero me detuvo otra beata agarrándose de mi brazo con la mayor franqueza. Creí al principio seria alguna de esas mugercillas que todo lo perdieron, y traté de separarme de tan molesta pareja; pero la máscara habia hecho presa de mi brazo con tal fuerza, que en vano forcegé por desasirme.—Te engañaste máscara, la dije, porque has dado con un hombre de pésimo humor y poco dispuesto á oir impertinencias.—Cabalmente me gustan así, me respondio; pero te ofrezco no dejarte mucho tiempo en ese estado.—Díjome algunas palabras al oido y cambié de ideas. Ya no veia en ella una de esas viles mugercillas que venden sus caricias y su amor, degradando la prenda mas apreciable en la muger: por el contrario se me figuró ver en mi compañera una niña llena de candor, pero viva y perspicaz: miréla con reflexion, y me agradaba su figura; creí ver al través de la careta unos ojos interesantes, y el carton se me hacia trasparente hasta el punto de ver una faz hechicera. Díjela mil palabras tiernas y acabé por suplicarla se quitase la mascarilla; pero ella se negaba obstinadamente, y hube de convidarla al café por conseguirlo. La niña tragaba desapiadadamente por bajo de un pañuelo con que se habia cubierto toda la cabeza, y cuando hubo satisfecho su voracidad y apetito,—apuesto, me dijo, á que te arrepientes de haberme convidado al café.—No por cierto, hermosa mia; antes me tengo por dichoso; y aun lo seré mas, si me muestras los encantos de ese rostro que tan hechicero debe ser.—Soy muy fea.—No lo creo.—Sí.—Veamos.—Mi mano malhadada levantó aquel misterioso pañuelo y.... ¡oh baldon!... mi hermosa desconocida se trasformó en un barbado mancebo, amigo mio, cuya pequeña estatura favorecia su estratagema.

Por largo rato sufrí la burla de mis amigos, y cuando pude conseguir me dejasen en paz, me trajo mi mala suerte á una silla que ví desocupada junto á una muger dominó que al verme hizo un movimiento de sorpresa. Permanecimos los dos callados algunos momentos, pero al cabo rompió ella el silencio dándome vaya con cierta muchacha, que efectivamente era la señora

de mis pensamientos. La conversacion fué interesándose mas y mas: yo la echaba de galante y ella de esquiva, y acabé por hacerla una declaracion en regla, mal escarmentado de lo que encubre una careta; pero cuando ella iba á darme una contestacion decisiva há aqui que se presenta entre los dos un murciélago, ó mejor diré un hombre envuelto en basquiñas, que tirándome fuertemente del brazo, me hizo salir de mi asiento mal de mi grado. Trabámonos de palabras, y el lance se hubiera formalizado, á no mediar la dominó, que mintió perfectamente una historia, y logró apaciguar á mi antagonista, el que, tanto por esto como por algunas satisfacciones que casualmente oí despues, inferí era su amante.

Sucedióronme aquella aciaga noche otros varios lances, que omito referir, porque me voy haciendo pesado, y á eso de las tres de la mañana fui á sentarme en un lugar oscuro del jardin. Allí estaba lamentando á mis solas las desgracias del dia, cuando hé aqui que se dirigen al mismo sitio el murciélago y su compañera, á desahogarse un momento de la careta. Ocultéme cuanto pude, para ver y no ser visto, y conseguí que se descubriesen el rostro sin el menor recelo, muy inmediatos á mí; pero.... ¡oh rabia de los celos! ¡Cuál seria mi indignacion al ver en la dominó mi propio amante, con quien ella misma me dió mate al principio de nuestra conversacion. Salí furioso de mi escondrijo y caí con ambos puños cerrados sobre el alevoso murciélago, que era cabalmente un antiguo amante de mi querida, y de quien siempre habia yo recelado. Allí fué Troya: allí los soplamocos, cachetes y puñadas: allí los insultos y maldiciones: allí los lamentos de la fementida dama.... cegóme la cólera de tal modo, que cuando volví en mi acuerdo me hallé sin saber cómo, en el cuerpo de guardia, lleno el rostro de sangre y el corazon de rabia.

Por buenos empeños pusiéronn.e en libertad, y bufando como una sierpe me dirigí hácia mi casa, metiéndome en medio de todos lodazales que encontraba al paso, y rompiéndome la cabeza contra todas las esquinas. Pero aun no eran acabadas mis desgracias: reservábame la Providencia otras mayores, y la Providencia nunca falta á los mortales. Ya cerca de mi casa me asaltaron dos compadres que hicieron la caridad de aliviarme del peso del capote, llevándose con el la llave de la puerta que estaba en uno de sus bolsillos. No hubo fuerzas humanas para dispertar á nadie en casa, y el rubicundo Apolo y mi criada me vieron de allí á un par de horas tendido en el umbral de la puerta, donde hube de acostarme á falta de otro lecho mejor.

De allí á dos dias me aplicaban los médicos mortíferos remedios, para curarme de una fuerte pulmonía.... ¡Malditas máscaras! ¡nunca os echaré en olvido!

D. Desventuras.

LA TEMPESTAD.

¿Qué legion infernal los aires hiende
lanzando por do quier hondo gemido?
¿por qué al rayo de un sol descolorido
maléfico vapor al mar desciende?

La atrevida paviota el vuelo tiende
tiembla el globo en sus eges conmovido,
de las hinchadas olas al bramido
súbita catarata se desprende.

Brilla en el éter misteriosa lumbre,
estalla el huracan, retumba el trueno
sobre los pliegues de aquilon sañudo.....

Póstrase ante el altar la muchedumbre
de angustioso pavor el pecho lleno.....
¡mágica tempestad! yo te saludo.

ROBUSTIANA ARMIÑO GOMEZ.

A JULIA.

Cual rosa pura en el pensil mecida
por soplo blando de tranquilo ambiente,
su pétalo entreabre muellemente
matizado de fúlgido color;
y besada del aura adormecida
que la ve tan gentil y tan galana,
su cáliz muestra de purpúrea grana
envidia dando á la pintada flor.

—

Asi ¡oh Julia! de tu existencia hermosa
resbalando los años venturosos,

al mecer tus ensueños deliciosos
la huella borrarán del padecer;
y pura aun mas que la preciada rosa
gala fugaz de plácidos pensiles,
correr verás tus cándidos abriles
entre dichas, amores y placer.

—

Jamás del mundo al ponzoñoso alhago
cabida des en tu amoroso seno,
porque encierra mortífero veneno
y calcina cual crater destructor;
Ay! huye, hermosa, su poder aciago
que si llegan á herirte sus ficciones,
trocaránse tus dulces ilusiones
en llanto eterno y lúgubre dolor.

—

Y apagada la luz de tu esperanza
y henchida de pesar el alma pura,
contarás por tus horas de amargura
largos años de luto el mas cruel;
y al volar tras un iris de bonanza
que preste á tu sufrir grato consuelo,
en vano le hallarás, que aqui en el suelo.....
tras los goces encuéntrase la hiel.

JUAN ANTONIO ESCALANTE.

EL ECO FATAL.

ODA.

I.

¿Qué ronca voz estremeció los vientos?
¿Qué fatídico son turba mi oido,
Que el pecho comprimido
Mil ásperos tormentos
Padece al retumbar cada sonido?

¿Es acaso el furor de la tormenta
Que los espacios hiende desatada,
Y destruye, anonada
Arrollando cruenta
Arboles, chozas, brutos y cañada?

Ay! ¿es del bronce retronar violento
Que anuncia destrozar pechos leales
En choques desiguales,
Y do con paso lento
Vencido y vencedor mueren iguales?

¿Es siniestro rumor de las campanas
Que un pueblo colosal hiere rabioso,
Implorando tembloso
A las gentes lejanas
Favor ¡ay! contra incendio pavoroso?

¿Es bramido letal del elemento
Que en el húmedo seno encadenado
Pretende despechado
Hundiendo pueblos ciento
Hasta el cielo encumbrar su soplo airado?

Desvarios acaso de la mente
Serán que el alma cercan solitaria,
Cual famosa corsaria
Que embiste traidormente
De enemigos falange sanguinaria.

II.

La ronca voz que por los aires fuera,
El fatídico son que oyó mi oido,
Y mi doliente palpitar sufrido,
No, no es quimera.

Ni es el furor del huracan que muje
Ni bronco estruendo de cañon guerrero,
Ni de un pueblo sonido lastimero,
Ni viento que en la tierra preso ruje.

Oh! sí, es un eco funeral, horrible,
Que percibo en la noche y en el dia
Y á do voy, es el eco; ¡suerte impia
De un *imposible !!*....

De un *imposible* que ante mi tronando
Ay! mi vivir entero emponzoñó;
De un *imposible* que anatema alzando
Con mi eterna desdicha se enlazó.

Los vaporosos, de mi vida ensueños
Que en felices instantes me halagaron,
No bien ¡oh Dios! huyeron se tornaron
Tétricos sueños.

Solo en horror mi frenesí convierte
Cuanto mi vista delirante alcanza,
Y ¿qué hacer, si desnuda esperanza
Miro tambien mi maldecida suerte? .....

En córte, en selva, en campo y en floresta
En festin y en retiro solitario,
Truena el *eco*..... y es auto funerario
Júbilo y fiesta.

Rádia alma sol esplendorosa lumbre
Y ámbar y flores nos prodiga abril,
El *eco* truena..... y miro en llano y cumbre
Luz de blandones y sudarios mil.

Así en un pecho las tormentas luchan
Se embravecen en él los huracanes,
Y aun mis oidos, reventar volcanes
¡Tristes! escuchan.

Y en tanto apuro del dolor las heces
Con triple copa que mi lábio enciende,
Del cielo en vano el corazon pretende
Calmar las iras con sangrientas preces.

A. J. Gassó.

CRONICA SEMANAL.

El jueves á las doce de la mañana se han verificado algunas corridas de caballos en el paseo de las Delicias, desde el canal hasta la puerta de Atocha, mediando apuestas particulares de alguna consideracion. Los aficionados acudieron en bastante número, y entre los caballos que corrieron los hubo de los señores duques de Osuna y Alba, del señor Figueroa y otros varios. *El viernes* á la misma hora se ha repetido la diversion, corriendo ademas de los caballos *del jueves*, otros del señor marqués de Lima, y de algunos mas aficionados de esta capital.

—El próximo jueves se pondrá en escena en el Liceo *el Parecido en la Córte*; antes de Semana Santa parece que se representará tambien en el mismo punto el *Optimista y el Pesimista*, original del Excmo. Sr. D. Francisco Javier de Burgos.

En la noche del 19 del corriente se presentará de nuevo al público en el teatro del Circo el Sr. Ferlotti, que restablecido completamente cantará la parte que tantos aplausos le ha proporcionado en la ópera *María di Rohan*.

—Varias son las compañías de ópera y declamacion que se hallan ya organizadas en esta córte por los empresarios y comisionados de teatros de provincia, á los cuales deben marchar muy en breve para principiar sus trabajos en las próximas Pascuas. Entre otras se halla completa la compañía lírica que ha organizado para sus teatros D. Pedro Enri, empresario de los de Sevilla y Valencia, en la que figurarán como prima donna absoluta doña Cristina Villó, y como comprimaria doña Agustina Chelva, la cual ha sido ajustada muy ventajosamente, y en términos que deben lisonjearla, y que sin duda la estimularán á adelantar en su carrera, tanto como puede esperarse de sus facultades. Una prima donna contralto, que debe llegar de Italia y otras partes de las compañías de Barcelona, completan esta, que trabajará tres meses en Sevilla, y el resto del año próximo en Valencia.

—El actor don Mariano Fernandez ha sido contratado para el teatro de Granada.

ANUNCIOS.

POESIAS

DE

D. JULIAN ROMEA.

Un tomo en octavo mayor, de 300 páginas: edicion lujosísima con el retrato del autor. Véndese á 24 reales, en la libreria de Cuesta, calle mayor, y en la de Rios. Recomendamos su adquisicion á nuestras lectoras.

EL TRUENO,

Periódico quincenal de granizadas y tormentas. Gratis para los suscritores á los *Misterios de Puerta de Tierra*. Se publica en Cádiz.

EL LIRIO

Periódico científico, literario é industrial. Se publica en Vitoria y admiten suscriciones en la imprenta y litografía de Egaña y Compañía.

MADRID:—1846.

SOCIEDAD TIPOGRAFICA DE HORTELANO Y COMPAÑIA

Pasadizo de San Ginés, núm. 3.

MADRID, 1846. *Domingo 22 de marzo.* NUMERO 26.

LA ILUSTRACION,

ALBUM DE LAS DAMAS.

MARÍA.

Escrita en francés por Mr. Henri Berthoud.

CAPITULO I.

La noche en un convento.

En 1568 á fines de enero ó de febrero (porque los autores difieren solamente en esta circunstancia) dos hombres envueltos en sendas capas bajaron de un carruaje que se detuvo á media noche en la puerta de la abadía de Nuestra Señora de Soissons.

Uno de los viageros llamó tan violentamente con el aldabon, que la comunidad entera se despertó estremecida por el estruendo que hizo al caer la pesada maza de hierro. Mientras que las novicias incorporadas sobre sus lechos se preguntaban en voz baja qué querria decir una visita á semejante hora, y que la abadesa, la muy noble y muy venerable Señora María Mowbray, se sentaba con inquietud en su cama; el aldabon seguia llamando brutalmente á la hermana tornera, la cual sin esperar que sonase el silbato de plata de la abadesa entró despavorida y precipitadamente en la celda de la Superiora.

—Mi muy querida madre, esclamó, quieren echar abajo las puertas del convento: ¡Dios mio, qué desgracia nos amenazará!

—Ninguna, contestó la abadesa: hace un año que la ciudad de Soissons pertenece al rey de Francia que le debe ayuda y proteccion.

Luego se levantó prontamente de su lecho, y cubriéndose su cabeza septuajenaria con el velo sacramental, bajó en compañía de la tornera á tiempo que el aldabon tronaba de una manera espantosa.

—¿Quién llama asi á estas horas? preguntó la abadesa.

—¡Si acabarán por fin de responder! contestó una voz ronca, añadiendo juramentos y blasfemias soldadescas.—Quiero hablar en el acto á la superiora del convento.

—Mi señora la abadesa está aqui conmigo, repuso temblando la tornera.

Entonces moderando el tono grosero el de fuera, pronunció algunas palabras en lengua estranjera.

—¡Dios mio! esclamó la abadesa turbada, abrid, abrid pronto hermana tornera! abrid en nombre del Salvador!

La puerta desembarazada de los innumerables cerrojos de hierro que la cerraban se abrió á los dos desconocidos.

—Ahí está ese depósito que se me ha ordenado poner en vuestras manos, dijo uno.

—Y esta carta, añadió el otro.

—A mí un depósito! de quién? preguntó la superiora estupefacta.

—Un noble caballero nos lo ha confiado á nuestro honor y á precio de nuestras cabezas, contestó el menos grosero de los dos.

Y colocando á los pies de la abadesa un paquete de mediana dimension y en sus manos una carta, la saludaron respetuosamente y salieron cerrando tras ellos la pesada puerta. Un momento despues resonaron las pisadas de los caballos que partieron á galope.

Las dos mugeres se encontraron solas y á oscuras porque el aire habia apagado la linterna de la tornera, cuando la superiora se disponia para abrir la misteriosa carta.

—Cerrad la puerta, hermana, dijo la Señora, y conducid á mi celda ese bulto que nos han dejado esos estranjeros.

Mientras que la anciana religiosa se dirigia á tientas hácia la escalera, la tornera se apresuró á cumplir sus órdenes, y volviendo á buscar el paquete en la oscuridad, sus pies tropezaron con un bulto de donde salió un quejido de niño recien nacido que arrancó un grito de sorpresa á la superiora. La tornera quedó como petrificada: el mismo Satanás en persona no la habria consternado tanto.... Señora!.... esclamó tartamudeando.... Señora!....Señor, tened piedrad de nosotras! y haciéndose mil cruces añadia ¡qué haremos! ¡qué será todo esto!

Silencio! interrumpió la superiora con imperiosa voz, tomad eso y seguidme.

Vuelta á su celda, se acercó á la luz y abrió la misteriosa carta; mas apenas sus ojos recorrieron algunos renglones cuando bañada en llanto dijo á la tornera.

—Hermana, esta niña es un precioso depósito, el depósito mas sagrado que se nos puede confiar: demos gracias á Dios por habernos elegido para ejercer la mas grande obra de su misericordia. Esto es todo lo que yo puedo revelar del secreto solemne que se ha confiado á mi vieja esperiencia. Ahora buscad en los establos de la abadia la leche necesaria para mitigar la sed que arranca á este ángel tan dolorosos gritos; y desde mañana nos ocuparemos en proporcionarle una nodriza, porque es forzoso que esta niña no salga de las paredes del convento: ella debe crecer y quizás vivir y morir á la sombra de estos techos santos y protectores.

Todas las ideas de la pobre tornera estaban en una completa revolucion, y á pesar de su vehemente deseo de penetrar aquel misterio, nada podia comprender de lo que veia, oia y obraba. Despues de haber hecho levantar á los zagales del establo, no menos sorprendidos que ella de verse interrumpidos en su sueño por órden de la abadesa para ordeñar vacas á aquellas horas, la hermana volvió á la celda de la superiora con la leche caliente todavia.

La buena abadesa mecia sobre sus rodillas á la niña como lo hubiera hecho la madre mas tierna, murmurando un aire de cántico á manera de cancion para acallar sus gritos que no cesaron hasta que se le dió la leche; á poco se quedó dormida. Al sonar las campanas de maitines, la superiora colocó la niña dormida sobre su cama; y sin cuidarse del picante contraste que ofrecia un recien nacido en el lecho virginal de una monja, corrió al coro dejando notar mas deseo de concluir los sagrados oficios que fervor en sus oraciones.

Luego volvió á su celda con toda la ligereza que le permitian sus viejas piernas: á Dios gracias la niña dormia aun; sus lábios de rosa se agitaban dulcemente como si todavia gustasen de la leche que habia apaciguado su hambre, y sus hermosos y grandes párpados cerrados sobre sus ojos espresaban tanta gracia y ternura que la

anciana religiosa sintió en su corazon una emocion enteramente maternal despues de tantos años de austera y ascética indiferencia, y lejos de combatir este dulce y nuevo sentimiento, se entregó al placer indefinible que le causaba la idea de considerarse la protectora de aquella inocente abandonada sobre la tierra. Desde luego se tomaron todas las medidas conducentes al alimento y asistencia de la niña, pues la buena superiora, por un egoismo de ternura que solo comprende la muger, no quiso encargar á ninguna nodriza los cuidados que á ella le habia confiado la Providencia al hacerla la madre inmaculada de aquella criatura dentro de los mismos claustros donde habia pasado 60 años de su vida.

Mientras que la superiora se ocupaba de estos cuidados tan estraños á sus costumbres, júzguese cuál seria la preocupacion y curiosidad que habrian escitado en la comunidad los misterios de la noche anterior y los acontecimientos de aquel dia. La abadesa no tomaba ninguna precaucion para ocultar la existencia de una niña en el convento, pues solo reservaba el secreto de su orígen, secreto sobre el cual cualquiera conjetura habria sido peligrosa sabiéndose, como se sabia, el carácter austero y reservado de la superiora; de suerte que solo la hermana tornera, orgullosa de verse solicitada por las curiosas novicias, era la que podia resolver las dudas que siempre iban en aumento con la historia de la carta misteriosa y del depósito, hasta que sorprendida por la madre Mowbray, tuvo con su curioso auditorio que sufrir una penitencia de disciplina y oraciones por su charlatanería y curiosidad.

Pero si bien la superiora no consentia que la comunidad se ocupara del orígen é historia de su hija adoptiva, se complacia en ver á esta acariciada por todas las novicias que á porfia le prodigaban los mas tiernos cuidados.

La inocente criatura recibió el bautismo de manos del obispo de Laon; la abadesa la tuvo en sus brazos con el viejo benedictino Jerónimo Mac-Mahon su confesor, y estas tres personas fueron las únicas que tuvieron conocimiemto de la redaccion de la partida de bautismo escrita por el prelado y encerrada en una caja de oro sellada con su sello junto con los otros papeles: en otra se encerró el depósito recibido de los estranjeros, quedando la niña bajo la proteccion de Nuestra Señora, cuyo nombre se le dió.

Al cabo de 19 años de estos acontecimientos, la abadesa era la única poseedora del secreto, porque el obispo habia muerto y el viejo benedictino tambien: durante este largo período ella no cesó de manifestar la mas tierna solicitud por la preciosa pupila. María recibió una educacion enteramente distinta de la que se daba á las otras jóvenes, pues de ningun modo pensaba la superiora destinarla al claustro, y al contrario, en los consejos que le daba sobre la conducta que deberia algun dia seguir en el mundo, le dejaba entrever que los mas altos destinos le estaban reservados. Sin embargo, María llevaba desde su bautismo el hábito de las novicias de la abadia que contribuia á hacer resaltar su estremada belleza, el candor de sus facciones y a gracia y dignidad de toda su persona, siendo ademas el ídolo de la comunidad, que toda, á escepcion de las enemigas de la abadesa, la adoraba y la consideraba sin saber por qué como superior en su rango, talentos y sentimientos, y digna de toda clase de cuidados y homenages.

De esta suerte María pasaba su vida dulce y tranquilamente: alguna vez le habia preguntado á su madrina los pormenores de su nacimiento, mas como esta le observase con ternura que no era posible revelarlos, la jóven se habia sometido sin renovar sus deseos: solamente de vez en cuando se la veia pensativa y distraida por entre los árboles del jardin, pero bastaba una palabra para volverla contenta á los juegos de sus compañeras á quienes amaba como á hermanas.

A fines de 1587 la abadesa de Nuestra Señora de Soissons se hallaba agoviada de una profunda melancolía que sin duda aumentaban las cartas que continuamente recibia: en este estado y á pesar de su avanzada edad, determinó hacer un viaje que duró tres meses y que acabó por dar á sus males un carácter mas grave. Desde su vuelta no se apartaba del pie del altar donde consumia con rudos ejercicios y una dolorosa desesperacion el resto de sus dias:

tambien María oraba á su lado y mezclaba con las suyas sus oraciones.

—Reza, le decia, reza hija mia, porque para desarmar la cólera del cielo son necesarias las oraciones de un ángel tan puro y ferviente como tú: reza, María, porque una grande desgracia amenaza á la mas noble y mas santa de todas las mugeres; y si no se apacigua la cólera celeste, el mas grande de todos los crímenes va á cometerse sobre la tierra.

Uno de los últimos dias del mes de febrero la abadesa recibió una carta, cuya lectura le causó tal impresion que cayó sin sentido: cuando volvió á la vida, su razon parecia trastornada y sus lábios octogenarios que jamás habian proferido mas que bendiciones y palabras de consuelo, se contraian con fuerza y dejaban escapar amargas quejas contra el rigor de la divinidad. Sin embargo, la entrada de María produjo en ella una crísis favorable al arrojarse entre sus brazos derramando un torrente de lágrimas.

—Hija mia, esclamó en su dolor, el crímen se ha consumado: llora hija mia, pues la reina Isabel acaba de asesinar á su propia hermana la reina María Stuarda!

—Y quién es la reina María Stuarda y qnién la reina Isabel? preguntó la jóven sorprendida de oir nombres desconocidos en el claustro donde habia pasado toda su vida.

—La una es la víctima, la otra es el verdugo! replicó la abadesa: la una es una mártir, la otra es una herege! Roguemos á Dios, hija mia, para que reciba á la una en su seno, y le dé á la otra el arrepentimiento y el perdon de su crímen!

¡Oh dias de duelo y de desgracia! Recemos, hija querida, ya que la mano del Señor se ha estendido sobre la Escocia, mi infortunada patria, ya que la sangre corre, ya que brama la guerra civil, ya que los hijos dejan asesinar á su madre sin desenvainar la espada para defenderla! Recemos porque es preciso que los corazones puros é inocentes desarmen la cólera del cielo, recemos por las pobres huérfanas abandonadas sobre la tierra sin apoyo ni proteccion!

A la mañana siguiente se celebraron en Nuestra Señora de Soissons como en toda la Francia los funerales por el alma de María Stuarda reina de Escocia.

(Se continuará.)

Á MI ÍNTIMA AMIGA

LA SEÑORITA DOÑA JOSEFA MORENO NARTOS.

Recuerdos de Granada.

¿Quieres que pulse mi laud sonoro.
y grave mi canto
se eleve hácia tí,
y del soberbio alcázar del rey moro
misterios y encanto
celebre yo aquí?
Sin vivir en la tierra de placeres
bajo el flotante pabellon de tul
que tiñe de carmin á sus mugeres
mucho mas bellas que su manto azul.

¿Quién hallará la inspiracion de fuego,
si fuentes y flores
y galas miró,
y ausente de su vista canta luego
la trova de amores
que el viento llevó?
Soñar con el placer de los festines
en el desierto alcázar de Boabdil,
con la divina luz de los jardines
de la fértil ribera del Genil.

Soñar con esas noches del estío,
el aura que agita
con dulce vaiven
el árbol que se mece sobre el rio,
la planta bendita,
la flor del edem:
Soñar con esas noches de fortuna
en que pasa cantando el trovador,
y al tímido lucir de blanca luna
lo está oyendo la vírgen de su amor:

Soñar con el placer y la armonía
del pájaro amante
que viene á cantar
oculto en esa Alhambra por el dia,
que dulce nos cante
de noche soñar:
Soñar con el suspiro que se pierde
entre la sombra de la santa cruz
de la madre mas tierna que recuerda
de su hijo amado, la primera luz:

Soñar con los colores de oro y grana
que vierte la aurora
delante del sol
sobre la nieve con su luz temprana
que el ampo colora
de hermoso arrebol:

Con el viento soñar rico de aromas
que allí refresca la abrasada sien,
que mece en el espacio las palomas,
que lleva dulce música tambien:

Tanta gala soñar, luz y frescura,
suaves olores
de estenso jardin,
el canto del amor en la espesura
de cien ruiseñores
que trinan sin fin.
Queda tan solo á el alma enamorada
que en ese paraiso despertó
del profundo letargo de la nada
y de su hermoso cielo se apartó:

Mas yo celebraré con dulce lira
tu grata memoria,
oh perla oriental,
mientras el alma por tu amor suspira
cantando tu historia,
llorando mi mal.
Tierra de bendicion que en ese velo
de tu brillante luz de rosicler
te meces encantada bajo un cielo
que derrama en tus hijos el placer.

Tierra de bendicion donde se alcanza
la gloria perdida
del santo pais,
tierra de bendicion y de esperanza,
ó flor escogida
de flores de lís,
Aunque lejos de tí mi canto rudo
será como el suspiro del dolor,
oh reina del placer, yo te saludo
y á los grandes recuerdos de tu amor.

Venid, venid hermosas fantasías,
imágenes bellas,
mi mente cercad,
Traedme vuestras dulces armonías,
venid y con ellas
mi patria cantad:
Vosotras que cruzábais el espacio
de la callada noche en la quietud,
venid con vuestras luces de topacio
al vibrar sus sonidos mi laud.

Vosotras hechiceras ilusiones
que siempre arrullais
la hermosa niñez,
O fantasmas de luz queen las regiones
del aire vagais,
venid esta vez.
Cruzad de tantas sombras el imperio,
vuestras brillantes alas sacudid,
y envueltas de la noche en el misterio
para que cante yo, venid, venid.

Y del tranquilo Betis á la orilla
en lecho de rosas
del agua al rumor
inclinaré al miraros la rodilla,
visiones hermosas
de gloria y amor:
Y la flotante luz de blanca luna,
libre mi pecho de penoso afan,
cantaré los recuerdos de mi cuna
que en mi memoria renaciendo van.

Vagos sonidos de morisca zambra,
que el tierno follage
de verde y azul
moveis hasta esconderos en la Alhambra
en techos de encage,
paredes de tul:
Música celestial, divino canto
que en mis primeros sueños escuché,
suspiros del amor, del amor santo
que lejos de mi patria yo adoré.

Venid, venid en aura perfumada
que tiernos capullos
amante besó,
venid, venid al alma enamorada,
divinos murmullos
que el alma soñó:
Y al son de vuestra dulce melodía
con el arpa de oro en el jardin
cantaré tus recuerdos, patria mia,
hasta que llegue de mi vida el fin.

Brillante sol que ciñes esplendente
la joya del moro,
la perla oriental,
hasta qne hundes tu dorada frente
en nubes de oro
de luz inmortal:
Pálida luna que en la fértil vega,
rompiendo de las sombras el capuz,
sobre el Genil tranquilo que la riega
derramas á torrentes blanca luz:

Bello arrebol de la rosada aurora
que vas colorando
con diestro pincel
la nieve de los montes brilladora,
la plata mezclando
y el oro con él:
Perdidos resplandores que vagais
de la callada noche en el vapor,
ilusiones de luz que despertais
estos recuerdos de inocente amor:

Venid á iluminarme, yo os imploro:
de luz transitoria
mi mente cercad:
con el azul, la púrpura y el oro,

destellos de gloria,
venid y brillad:
Venid, venid al alma enamorada
imágenes divinas del edem,
para cantarte yo, bella Granada,
ceñida de su luz la humilde sien.

Dulces recuerdos que la mente sueña
de mil armoniosos
cantares al son,
no separeis de mi la faz risueña,
recuerdos hermosos
de blanca vision.
Vosotros me arrullasteis en mi cuna
al ruido de las aguas del Genil,
siendo á los rayos de luciente luna
primeras ilusiones de mi abril.

Vosotros me contabais las memorias
de cien trovadores
del agua al pasar,
vosotros me cantabais las historias
que tiernos amores
me hicieron soñar.
Venid á despertarme con el alba,
con la noche serena y con el sol,
que en el campo de azul y verde malva
tiende su rico manto de arrebol.

Volved á renacer hermosos dias;
en esa ventura
mis sueños meced,
volved con vuestras gratas armonias
de paz y dulzura,
volved, sí, volved;
Traedme vuestra música sagrada,
y al compasado son de mi laud
cantaré tus recuerdos, ó Granada,
de la tranquila noche en la quietud.

Oh del oriente bella Margarita,
imagen del cielo,
divino jardin,
oh tierra de ilusion, tierra bendita,
que tenga en tu suelo
mi vida su fin:
Que yo te vuelva á ver con ese manto
de tu brillante luz, bella ciudad,
al ruido de tus aguas y tu canto
ceñida de esplendor y magestad:

Que dentro de tus cármenes floridos
con tantos aromas
y tanto color
los dulces ruiseñores en sus nidos,
las blancas palomas
me canten su amor.
Oh reina del placer y la hermosura,
no corte, no, mi vida la segur
sin que sueñe en tus flores mi ventura
al aura mansa del ardiente Sur.

Oh del oriente bella Margarita,
imágen del cielo,
divino jardin,
ó tierra de ilusion, tierra bendita,
que tenga en tu suelo
mi vida su fin.
Y tú que por sus vientos arrullada
mi hermoso paraiso puedes ver,
dile que adoro la gentil Granada
cual reina del amor y del placer.

Ubeda 24 de febrero de 1846.

ANDRES LORITE SALAZAR.

EL GITANO.

Fragmento.

Oh! vedle, vedle del ardiente clima,
hijo infeliz la Europa recorrer;
vedle del monte en la elevada cima
vedle al fondo del valle descender.

Pesada caja su color incierto
á sus espaldas suspendida va,
cruzó con ella el árido desierto
y aldeas y ciudades cruzará.

Planta nativa de la zona ardiente,
fuerte como del líbano el cedron,
tal vez los años plegarán su frente
mas no puede habitarle el Aquilon.

Pasaron cual fantasmas á sus ojos
Roma, Paris, Liorna, Roterdam,

ni sus riquezas le darán enojos
ni sus gemidos compasion le dan.

Y es justo su egoismo desdeñoso
que nunca el hombre le llamó su hermano
y al escuchar su acento lastimoso
respondió á su dolor: «es un gitano.»

¡Pobre *Gitano*! sin hogar ni lares
elevando do quier su bronco son,
tal vez entona lúbricos cantares
roto en pedazos mil el corazon.

Bajél sin norte que recorre el suelo,
nombre que mira el hombre con desden
nunca lágrimas dulces de consuelo
en sus quemados párpados se ven.

Fija en el cielo la mirada ardiente
desnudo el cuello que broncea el sol,
tambien juegan las auras en su frente
tambien le presta el iris su arrebol.

Y respira do quier amante ruego
el brillo de sus ojos soberano....
tambien se agitan del amor al fuego
las tostadas arterias del *Gitano*.

Oh! vedle! vedle, palpitante toro
volar en pos de la ilusion querida
fútil es el poder, pálido el oro
es amor su ambicion, amor su vida!

¡Amor! prenda de un Dios! igualdad santa
evangélico don, luz inefable,
llama que siempre bella se levanta
del fondo del albergue miserable!

Oye señor mi voz desde el espacio!
Tú creaste el amor, yo te bendigo!
¿ese rey que dormita en un palacio
puede amar mas, que el infeliz mendigo?

No; todo ante esa ley igual se muestra,
amor es caridad filosofia
los ángeles que cantan á tu diestra
himno de amor entonan noche y dia:

. . . . . .
. . . . . .

¡Pobre *Gitano*! del amor la llama
ya el bronce de su frente colorea
y la morena sien rauda se inflama
y la negra melena al viento ondea.

Mas ¡ay! por qué infeliz á tu destino
quieres un ser ligar bello inocente?
¿crees que de tu amor el soplo ardiente
le servirá de escudo en su camino?

No, que errante cual tú, planta nomada
pero mas débil, amorosa y pura,
besa su tez hermosa destrozada
por ese sol que brilla en la llanura.

Y de sus hijos el amante peso,
sobre su linda espalda llevará,
y entre las ramas del follage espeso
su abrasada cabeza apoyará.

. . . . . .
. . . . . .

Oh! vedle, vedle, del ardiente clima
hijo infeliz, la Europa recorrer;
vedle del monte en la elevada cima
vedle al fondo del valle descender!

Robustiana Armiño Gomez.

EMBLEMA

DE LOS COLORES

COMBINADOS,

(Conclusion.)

Celeste y color de caña.—Memoria.
Celeste y violeta.—Sufrimiento.
Encarnado y azul.—Lisonja.
Encarnado y blanquizco.—Descuido.
Encarnado y morado.—Fidelidad.
Encarnado y negro.—Confusion.
Encarnado y verde manzana.—Enojo.
Girasolado y amarillo.—Malicia.
Girasolado y azul.—Mentira.

Girasolado y blanco.—Desmayo.
Girasolado y encarnado.—Rencor.
Girasolado y morado.—Falsedad.
Girasolado y negro.—Engaño.
Girasolado y verde manzana.—Enojo.
Girasolado y violeta.—Infidelidad.
Morado y negro.—Sospecha.
Verde y azul.—Desgracia.
Verde y blanquizco.—Impaciencia.
Verde y encarnado.—Buen humor.
Verde y morado.—Sosiego.
Verde y negro.—Cavilacion.
Violeta y negro.—Mortificacion.

CRONICA SEMANAL.

El lunes último se estrenó en el teatro del Príncipe la comedia de Scribe titulada: *la Tutora ó el Uso de las Riquezas*, traducida por los señores Gil y Navarrete, que fué bien acogida del público. Aunque esta produccion no es de las mejores que han salido de la pluma del fecundo escritor, sin embargo agrada por la facilidad del diálogo y propiedad de los caracteres. Esto no hubiera bastado á sostener el drama sin los esfuerzos de las señoras Diez y Lamadrid que estuvieron admirables, en especial la primera, y la perfeccion con que el señor Romea, don Julian, y el señor Lopez desempeñaron sus respectivos papeles. El señor Romea estuvo felicísimo é inimitable.

Parece que á fines de la semana próxima se representará por primera vez en el teatro del Príncipe un drama nuevo original, en tres actos y en verso, titulado *la Madre de Pelayo*.

Esposicion de bellas artes. Se nos ha asegurado que en el próximo abril tendrá lugar en el Liceo la esposicion de bellas artes, la cual debe esceder á la verificada el año último en la academia de San Fernando. Sabemos que algunos artistas conocidos por su mérito, tratan de presentar varias obras que sin duda llamarán la atencion del público.

Artista española. La señora Lozano de Roderst, tan aplaudida en los círculos aristocráticos de esta corte por su hermosa voz y escelente escuela de canto, va á salir dentro de poco en direccion de Paris y Londres.

Corridas de Caballos. El primero del próximo mes de mayo tendrán efecto las carreras de caballos que previene la sociedad de fomento de la cria caballar de España. Se avisará por carteles con un mes de anticipacion las clases de carreras que han de verificarse, premios señalados á los vencedores y demas pormenores necesarios para la inscripcion de los caballos.

MADRID:—1846.
SOCIEDAD TIPOGRAFICA DE HORTELANO Y COMPAÑIA.
Pasadizo de San Ginés, núm. 3.

MADRID, 1846. *Domingo 5 de abril.* NUMERO 27

LA ILUSTRACION,

ALBUM DE LAS DAMAS.

FRAGMENTOS

LITERARIOS

DEL ABATE LAMMENAIS.

Era una hermosa tarde del estío. Algunos rayos del sol deslizandose á través de los vasos de flores colocados por fuera de la estrecha ventana de una linda casa de campo penetraban en la estancia, y reflejados por el papel amarillo que vestia la pared matizaban de un color de oro los objetos anegados en una clara luz.

Una jóven vestida con sencillez y adornada de solo sus cabellos que, ondeaban sobre un torneado cuello como las plantas suspendidas á los flancos de las rocas, que se alzan y tornan á caer al menor soplo de la brisa, seguia con la aguja los contornos de un dibujo trazado sobre una tela finísima. Su hermoso semblante estaba pálido y en sus grandes y rasgados ojos velados por unas pestañas largas y negras como el azabache, y sobre su frente de una pureza celestial, notábase no ya las huellas de una tristeza habitual, sino una especie de vaga y melancólica meditacion.

A veces suspendia por un momento su trabajo, alzaba su cabeza virginal como una hermosa azucena sobre su tronco flexible, y sus miradas enteramente estrañas á cuanto pasaba por fuera, se concentraban en si misma y contemplaban allí todo un mundo solo á ella visible.

Estraviada, á lo lejos sobre perspectivas indefinibles, iban á perderse en horizontes tambien perdidos en el indeciso resplandor del espacio ilimitado. Una naturaleza de que la nuestra no es sino una debil sombra, ostentaba sus ricos colores y sus formas seductoras y de su seno fecundo se exhalaba puro y suave un hálito de vida que aspiraba con voluptuosidad la innumerable multitud de los seres.

Y el aire palpitaba animado por la dulce

voz de esos mismos seres, de los mares, de los lagos, de los rios, de los prados, de los bosques y de las rocas, salian á la vez las mil y mil voces de que se formaba ese coro universal, y uniéndose y penetrando su divina armonía, propagada en todos sentidos en las etéreas llanuras desplegaba sus ondas inmensas.

Y concentrada en sí misma y mas allá aun oia la jóven dentro de su alma y en sus secretas profundidades, sonidos misteriosos y palabras enteramente diferentes á los idiomas de los hombres. Entonces todo lo demas se cubria de un velo impenetrable; su pensamiento cojia lo que no tiene forma alguna aparente, su amor abrazaba una belleza invisible cerca de la cual todas las demas son nada y moria y tornaba á nacer por medio de un flujo y reflujo del fuego que consume la existencia y la renueva otra vez, y que es la vida misma, su imperdurable esencia.

Y el tiempo se desvanecia con las fugitivas realidades de que mesura la rápida duracion y abismada en ese ser de que todo emana y hácia quien todo vuelve, el alma de la tierna jóven se empapaba de él en la calma embriagadora de un éxtasis inefable.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Ah! solo á la muger la está reservada tal ventura y tan ostensible muestra del colosal predominio que ejerce aun quizas en la naturaleza misma! Qué estraño sera, pues, que el hombre tribute un culto religioso y rinda adoracion á la obra predilecta del supremo hacedor.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

¡Muger, el señor te creo para dominar y nada es bastante á trastornar los decretos del Altísimo! En vano el hombre orgulloso y ciego puede á veces oponer alguna resistencia. Dios lo ha dispuesto asi..... ¿Quién ha podido jamas prevalecer contra él?

Juan Antonio de Escalante.

EL MARQUES DE LOMBAY.

I.

INTRODUCCION.

Vivia hácia mediados del siglo XVI en la corte de España, que lo era entonces Toledo, un caballero de tan principales prendas que, con ser aquella metrópoli cabeza del imperio mas vasto que han conocido los hombres, y estar enseñoreada por un rey quizá el mas poderoso que ha ocupado trono alguno en la tierra, con todo eso, no solo se grangeaba el aprecio de los suyos, sino que era mirado por los estraños como uno de los mejores ornamentos de nuestra nobleza, entonces galana, rica y prepotente.

Tan elevada era su cuna, que contaba entre sus mas próximos ascendientes reyes y sumos pontífices, y que el monarca le llamaba no solo con cortesía, sino con placer primo y condiscípulo, porque era su comun abuelo el rey católico, y ambos habian aprendido juntos las matemáticas; pero con todo eso ni se jactaba de su ilustre prosápia, ni era su alcurnia lo que mas recomendaba su persona; rayaba apenas en los 29 años y una presencia gallarda y magestuosa, un continente dulce, un aire gentil, eran dotes esteriores que realzaban mas los muchos que adornaban su entendimiento y su corazon; valeroso sin arrogancia, discreto sin vanagloria, y tan francamente piadoso, que á veces era objeto de risa entre sus colegas.

Una sola pasion pudo deslizarse en su pecho entre el ascetismo religioso y el respeto cortesano, una sola, aquella que penetra igualmente en el palacio del monarca que en la celda del anacoreta. El amor, y aun este entró tan de callado y con tan honestas formas en el pecho del marqués, que ni él mismo pudo apercibirse á combatirlo. Empero como los espíritus elevados no pueden dirigir sus miras sino á objetos elevados tambien, hé aqui que nuestro héroe puso sin advertirlo las suyas en la mas cumplida dama de toda la corte, en la propia reina.

Tenia lugar de contemplarla á menudo porque desempeñaba uno de los principa-

les empleos de su servicio, y ni la veia ni la hablaba vez alguna que no ponderase en su interior la virtud y el talento de su señora. «Es la mas cristiana de todas las reinas,» decia para sí, y cuando su lengua repetia *es la mas cristiana*, su corazon entendia *es la mas hermosa*. Algunas veces á pesar de que no era inclinado á la adulacion, ponderaba tanto á su ama el respeto y la gratitud que la profesaba, que otra menos honesta y pura que la reina hubiera entendido por amor lo que su caballerizo llamaba agradecimiento.

En alguna ocasion se lamentaba de que la suerte hubiese colocado tan alta á la bella *Isabel*, que solo la corona de un emperador hubiese sido precio conveniente de su mano, y en otras aun le parecia la diadema corto premio á la virtud de su dueño, y deseaba que la distancia que los separaba fuese todavia mayor, para que su afecto, que él llamaba siempre respeto, se asemejase mas á una purísima adoracion, colocado ya el ídolo en una altura inaccesible para el adorador.

II.

La caza.

Rebosaba á la sazon en júbilo y cortesanos festines la capital de los dos mundos, porque el emperador habia convocado á ella las Córtes del reino; torneos y justas, y banquetes y fuegos artificiales, celebraban aquel acontecimiento, y la corte, que aventajaba entonces á todas en poder, parece que las queria tambien esceder en lujo y en placeres.

Uno de los que mas agradaban á la emperatriz Isabel era la montería, y por eso las batidas se repetian á menudo. En una de ellas, que tuvo lugar en una de las últimas y mas bellas semanas de abril de 1539, se quedaron un breve espacio solos, y perdidos entre un bosque de nogales S. M. y el marqués, que como ballestero mayor, no la desamparaba un momento. Cabalgaba este el mismo alazan con que el dia antes habia vencido en el torneo, y llevaba una rosa filigranada delicadamente en Salamanca del primer oro que Hernan-Cortés habia enviado de la conquista de Nueva-España; objeto raro y precioso que habia servido de galardon al vencedor del palenque, y que tenia para el marqués doble valor por haberlo colocado en su pecho la mano delicada de su señora, diciéndole: «que sea para vos de tanta honra como vos lo sois para España.»

Viendo Isabel que su primer caballerizo no habia aun disparado una sola vez la ballesta que llevaba en la mano, se volvió á él, y con gentil donaire le dijo: «Estrañame mucho, *Lombay*, que siendo vos tan valeroso como lo acredita esa rosa que llevais al pecho, gusteis mas de la caza de alcones que de la montería.—Me place señora, en la cetrería, admirar el poder del hombre que consigue hacer sus esclavas las criaturas que Dios hizo libres, y sujetar á su voz las aves del cielo.—Y aun con todo ese poder, amigo mio, que se estiende á amaestrar y encadenar á cuanto vive alrededor de nosotros, y aun á aquellos seres que se levantan hasta el firmamento, la pobre razon humana ni alcanza jamas á estudiarse á sí propia, ni á dominar el corazon que late dentro de nuestro pecho.—Esas meditaciones son las que mas gozo me dan, señora, porque, como bien sabe V. M. soy como cristiano, un tanto inclinado á la contemplacion, y como músico no poco afecto á la poesía; y muchas veces allá en mis correrías, comparo las aves sencillas é indiscretas con nuestros deseos, porque vagan como ellos libres é independientes, y como ellos independientes se remontan tal vez donde los esperan los alcones, que son semejantes á las pasiones del alma, que luego esclavizan las voluntades y dan tormento y muerte á nuestro alvedrío; pero permitidme, señora, que yo á mi vez estrañe que un corazon tierno y sencillo como el de V. M., guste del ejercicio en que ahora nos ocupamos, y pueda sin remordimieeto dar la muerte á pobres bestezuelas que ningun mal la han causado.—Y decidme, marqués, vos que habeis militado con valor en Italia, vos que luego en Francia en la toma de Frexus, vengásteis valerosamente la muerte de vuestro amigo Garcilaso, que espiró en vuestros brazos, ¿qué os parece mas difícil, odiar a un enemigo que jamás hemos visto con amor, ó dejar de amar indiscretamente á quien tratamos de continuo con estimacion....?

El marqués calló, cruzó los brazos

sobre el pecho mas para buscar el modo de no entender aquella pregunta, que para comprender lo que veia claro en ella. La emperatriz le dijo poco despues.—Decidme, mi contemplativo caballerizo, si os sucediera como á un montero de una de mis parientas las princesas de Ungria, que disparando inadvertidamente su ballesta, en vez de atravesar una cierva, dió muerte á su señora, ¿que hariais vos?—Antes me ha reconvenido V. M. porque no he descargado la mia, y ya veis que seria indiscreto en mí, pensar en el remedio de males que de toda punto procuro evitar.—Pero suponed que asi no fuese, decidme ¿que partido tomaríais?—Señora soy demasiado temeroso de Dios para precipitarme en un abismo como aquel hizo, pero soy tambien demasiado amante de mi reina, para no hacer que cayese la cuchilla del verdugo sobre mi cabeza. Pero si V. M. me lo permitiera, yo me atreveria á dirigirla la misma pregunta.—Lombay, yo fio en mi acierto, lo que vos en vuestra prudencia; jamas (estoy segura por muy repetidas esperiencias), jamás mis tiros hieren donde no se han dirigido mis miras.—¿Y si apesar de todo vuestro tino os hiciese traicion sin vos conocerlo? respondió precipitadamente el marqués.—En este caso la púrpura imperial no me resguardaria mas á mí que á vos los arminios ducales; creed que la justicia es como el amor, que no respetan á nadie.

El *emperador* que buscaba á su esposa, llegó en el mismo momento y el marqués por primera vez en su vida miró á su soberano con disgusto y su corazon con verguenza.

III.

El oratorio.

Vueltos á la ciudad aquella noche, el mal parado caballero se retiró como siempre á su oratorio; arrodillóse segun su costumbre en un reclinatorio que habia heredado del papa Alejandro VI, y como lo usaba tambien abrió un devocionario primorosamente miniado que habian escrito para su antepasado Calixto III los monges de Valdigna; pero su alma no se prestó esta vez á sus piadosos arrobamientos; una y otra pasaba la vista sobre las paginas del devoto libro, y no entendia sus frases: *Isabel* hallaba escrito en todas ellas, Isabel le repetian los oidos por todas partes, y el recinto estrecho de su aposento, y la humilde postura de su persona no bastaban á hacerle olvidar el bosque y el alazan de por la mañana.

—Qué inquietud y desasosiego es este, (se preguntaba á sí mismo) que con tal violencia hace latir mi corazon, que con tal peso abruma mi frente, que con tal fuego hace correr en las venas la inflamada sangre mia? ¿qué siglo es este que asi ha pasado sobre mi en un solo dia? ¿qué palabras eran aquellas que se escapaban esta mañana de mi boca, tan sin parte mia, en la presencia de Isabel, como sin voluntad del arcabuz se desprende la bala cuando la mecha se le acerca? Y aquellas dulcísimas y oscuras comparaciones de la reina se dirigian á alentar mi timidez, ó á reprimir mi temeridad?.... ¡Isabel!.... ¡O Dios mio!.... ¿Que mágia tiene este nombre que cual un velo embaraza mi vista?—Y como si procurára en efecto descorrerlo, pasaba violentamente la mano por su encendido rostro, y abriendo maquinalmente el libro que tenia delante por otro lugar, procuró convertir á él toda su atencion y leyó claramente,

«En mi lecho por las noches busco al que ama mi alma, le busco y no le hallo.»

«Porque cuando yo duermo, mi corazon vela, y la voz de mi amada le despierta.»

«Levántate, apresúrate, amiga mia, paloma mia, hermosa mia y ven.»

«Ven, que tú eres para mí, como la paloma del desierto para el peregrino, y como el lirio entre espinas eres tú, ¡oh reina! entre las hijas de los hombres.»

«Ven y bajaremos juntos al bosque de los nogales, allí pondrás tu izquierda bajo mi cabeza, y con la diestra me acariciarás.»

«Me pondrás como sello sobre tu corazon, porque el amor es duro como la muerte.»

«Huye amado mio, y asemejate á la corza y á los cervatillos sobre los montes de los aromas.»

«Porque hay una pasion que es oscura é imcomprensible como el infierno, y la

luz de sus lámparas es luz de fuego y de llamas.»

—Dios mio ¡qué profanacion! clamó entonces el infeliz, y se arrojo para huir de aquella leyenda en el sillon que tenia detras; ¡qué blasfemia! ¡yo dirijo á un objeto mundano las santas palabras de los libros sagrados! porque ¡ay! ¿no es una persona mortal la que está fija en mi mente? y ¿qué persona? ¡santos cielos! la esposa de mi mejor amigo, de mi protector, de mi señor, de mi rey! Huyamos, sí, huyamos para siempre de un escollo en que mi virtud puede estrellarse... pero y esta huida no pudiera turbar la paz de mi familia? inquietar el ánimo de mi esposa? Sembrar sospechas en la mente del emperador? Empañar quizá el honor de la reina? Ciertamente; y por evitar un mal dudoso para mí, ¿por qué he de causar yo daños ciertos á personas estrañas y venerables? ¿Ni qué motivos puedo yo tener para pensar lo que pienso? No hay duda, esto no es mas que un rapto de orgullo culpable. No; amor no es este, porque yo amo tiernamente á *Doña Leonor*, y jamás he esperimentado por ella tan fuertes sensaciones, ni aun en el dia que la recibí de la mano de Isabel, y en que yo le dí la mia en la capilla Real de Madrid, ¡pero ay! no hice yo aquel sacrificio, mas atento á evitar males á mi padre, que á procurarme bienes? ¿Y qué fin pudo tener la reina en alzar con tal empeño esa barrera nueva, y en unirme al mismo tiempo á su dama mas querida, á su confidenta mas íntima... será que... ¡ah! no... Vanidad es esta, lo repito, inspirada ciertamente por el maligno espíritu á quien conviene combatir frente á frente: quedémonos pues, y en verdad, aun en el caso que fuese amor, ¿cuánto mas meritorio será resistirlo á la presencia del objeto que lo provoca? ¿No lo he ocultado aun hasta de mí mismo? ¿pues por que no he poder recatarlo en adelante de Isabel? Ofreceré de contínuo á Dios costosos actos de mortificacion sin culpa alguna, porque no la hay en amar con pureza lo que todo el mundo admira; y tachar de criminal á un jóven, porque se inclina á la hermosura, seria acusar á la aguja de marear porque sigue al imán, y al heleotropo, porque va en pos del astro del dia. Y si en esto hubiese algun mal, ¡cuántos años no quedan para espiarlo! ¿me los negará á mí la divina misericordia, cuando mi tia la duquesa de Ferrara, incestuosa, adúltera y fratricida, pudo aun llorar largamente en el claustro crímenes tan hediondos?

—Señor, gritó entonces Doña Leonor desde fuera.—Señora que se ofrece? contestó el marqués con un tono áspero que jamás habia usado.—Daos priesa, que la vida de S. M. está en peligro.—¿qué decis? acaso el emperador... esclamó corriendo á abrir la puerta el caballero.—Os llama con premura, su augusta esposa ha sido acometida de una fiebre violenta, y apenas la dan esperanzas de vida los médicos.—¡Miserable de mí, gritó el de Lombay poniéndose ambas manos en el rostro como si temiese que alguna señal apareciese en él de la criminal esperanza que le habia acometido en el primer instante, y partió al palacio de los condes de Fuensalida donde vivian los reyes.

(Se continuará)

POESIAS.

ADIOS Á ROMA.

¡Salud! antigua matrona
Tus cúpulas atrevidas
Tu diamantina corona
Todo mi amor lo abandona
Cual ilusiones perdidas.

Era un ángel y le amé

Tanta culpa fué la mia?
Señora del mediodia,
Tú sabes con cuanta fe
Mis canciones te ofrecia.

Yo cantaba tus primores
Y tu campiña lozana,
Hoy desdeñando tus flores,
Olvido por mis amores
Tu obelisco de Fontana.

Terrible fué mi destino!
Roma! la esperanza mia!
El mísero peregrino
Que se arrastra en tu camino
Es mas feliz todavia.

¡Oh San Pedro! tus altares
Pintar soñaba mi lira,
Y los robustos cantares
Con que se hunde en tus pilares
La luz del dia que espira.

Y esa efigie colosal
Gigante que te domina
Con sus llaves de metal
Ante cuyo pedestal
Contrito el pueblo se inclina.

Yo buscára en tu mansion
El rincon enmohecido
Do en honda meditacion
Lanzó su amargo gemido
El poeta de Albion.

Noble cual tu fué su acento
Aunque acento de agonía
Melancólico lamento
Que se alzó en alas del viento
Por tu cúpula sombría.

Sobre tu altar sacrosanto
Tal vez con alma tranquila
Se alzára al cielo mi canto
Tal vez tan amargo llanto
No abrasára mi pupila.

¿Mas hoy? mentida ilusion
Eres tan solo á mi mente,
Melancólica vision
Que roe mi corazon
Cual un recuerdo candente.

Pues hoy a ntigua matrona
Tus cúpulas atrevidas
Y tus campiñas floridas....
Todo mi amor lo abandona
Cual ilusiones perdidas.

Voy á cantar con lastimero acento
Los amores que un dia te ofrecí,
Tal vez cruzando el éter mi lamento
Entre sus pliegues le cobije el viento
Y con arrullo te le llevé á tí.

Mas si es débil mi voz, si de mi canto
El tibio son en el espacio espira
¡Llega genio del mal! oye mi llanto
Y al rudo choque de tu negro manto
Rotas salten las cuerdas de mi lira.

ROBUSTIANA ARMIÑO.

MI DESPECHO

SONETO.

Rasgue mi voz en atronante acento
El aire que vacila en su carrera;
Pare hasta el sol en su azulada esfera,
Y acalle el ruido que á mi lado siento.

Alcese en viva llama el pensamiento
Cual se levanta la impaciente hoguera,
Que creo es poco el mundo á mi quimera
Y me ahoga su corrompido aliento.

Huyan los genios que en la noche umbria
Apilan á la mente mil visiones
Y burlan infernales mi agonía.

Pues secas las mundanas ilusiones,
Ya solo mi alma despechada ansia
Otros goces hallar y otras regiones.

SIXTO SAENZ DE LA CAMARA.

INGUNDIS.

He aqui un nombre de grandes recuerdos en la historia, de mucha influencia en los sucesos de su tiempo y de gran peso en la balanza del porvenir y por lo mismo digno de que nos ocupemos algunos momentos de él.

Fué Ingundis, hija del rey de Lorena Sigisberto, y de su ligítima esposa Brumeguilda recibió al nacer hermosura de la naturaleza, del cielo un corazon piadoso. Entre los muchos príncipes que ansiaron su mano fué el elegido el Santo Hermenegildo, con quien contrajo matrimonio el año de 579.

De religion católica era un objeto digno de odio á los ojos de su abuela Eolsuinda que profesando el arrianismo hizo cuanto estuvo de su parte por arrastrarla á su creencia. En vano empleó los ruegos, en vano las caricias, en vano las amenazas, y los ultrages, Ingundis ni se intimidó por unos, ni se dejó alucinar de otros, su corazon á todo resistia, y ni aun los golpes y malos tratamientos fueron bastante á separarla de la verdadera creencia.

Al contrario empleó el ascendiente que su hermosura la daba sobre su esposo para inclinarle á que oyese los consejos de San Leandro, y se convirtiese á la fé católica. Luego que Atanagildo tuvo noticia que su hijo se habia convertido, se llenó de sentimiento, y le escribió una carta con el fin de hacerle volver al arrianismo pero fortalecido por los consejos de Ingundis, desoyó los avisos de su padre. Esto ocasionó una terrible guerra entre padre é hijo, á que contribuyó no poco la muger de Atanagildo.

Reunia el rey sus huestes, y Hermenegildo oyendo los consejos de Ingundis se preparaba á la defensa. Bien pronto estuvieron las ciudades de Córdova, y Sevilla provistas de lo necesario, y en buen estado para una buena resistencia.

Cada vez se aumentaba mas el furor de Atanagildó, y marcho al fuerte de sus guerreros desde Toledo para combatir, aun hijo hasta lo postrero de Andalucia: alli puso cerco á Sevilla, que combatida con toda clase de máquinas, y haciendo variar el curso del rio hizo perder toda esperanza á los sitiados obligando é Hermenegildo á buscar un asilo en el pabellon romano.

Con este motivo el irritado padre tomó á Sevilla, y se apoderó de su hijo sin que fuese bastante el pabellon romano á librar á Hermenegildo, aunque se ingnore el modo como le tuvo en su poder, y las cauque los romanos tuviesen para violar asi el derecho de gentes, ó no reclamar contra el violador.

Leovigildo hizo despojar á su hijo de las imignias reales conduciéndolo preso a Sevilla, donde sufrió toda clase de malos tratamientos y ultrages, que solo pudieran mitigar los religiosos consuelos que Ingundis le proporcionaba, y los consejos que sus amantes labios le dictaban para suavizar su mala estrella.

Enfurecido Leovigildo, é instigado por los arrianos el 14 de abril de 1586 mandó un obispo de aquella secta para que le comulgase lo que resistió el Santo rey; tomó el padre aquel ultrage como hecho su persona, y se alteró de tal modo, que mandó cortarle la cabeza lo que fué inmediatamente ejecutado.

Sabida tan infausta nueva por Ingundis, viendo la persucucion que sobre los católicos se preparaba, y con deseos de vengar la muerte de su esposo pasó al Africa donde se puso á cubierto de los tiros del perseguidor, y en disposicion de atraer sobre él su venganza.

Nada hay tan terrible como una muger herida en su amor. Ingundis habia visto desaparecer sus esperanzas y su felicidad con la muerte de su esposo, y resentida se propuso vengarla. No era de esperar que en Africa permaneciese indiferente.

Su corazon enérgico no podia conformarse, resignándose á llorar en silencio la muerte de Hermenegildo, tenia parientes poderosos, y empleó para concitarlos contra Atanagildo todo el ascendiente que su hermosura, su sexo, y el parentesco la daban sobre ellos, consiguiendo que Childeberto y Guntrando, hermano aquel, y este tio suyo declarasen la guerra al padre de Hermenegildo.

Bien pronto las legiones francesas desplegaron sus banderas contra Atanagildo,

pero Recaredo avisado de estos aprestos militares con tiempo, y conocedor del objeto por que se hacian movió sus huestes, y se entró por las tierras del enemigo llevándolo todo á sangre y fuego, consiguiendo apoderarse de un castillo muy fuerte en el territorio de Arlés, llamado Ugerno.

Viendo los franceses que por sí no eran bastantes á contener el ejército de Recaredo llamaron en su auxilio al emperador Mauricio con quien hicieron una liga ofensiva, que no tuvo el éxito deseado, pues vencidos en Italia hubieron de renunciar al empeño de invadir la España.

Todo este tiempo Ingundis no dejó de animar á su hermano para que vengase la muerte de su esposo; pero en tanto el sentimiento y el dolor minaban su existencia, y consumida de pena, víctima del amor conyugal acabó sus dias en el reino que la diera asilo, dejando con su memoria un hermoso ejemplo á las esposas, á las almas cristianas un dechado de religiosa firmeza, y á los godos el sosiego que mientras viviera no hubieran disfrutado.

Tal fué la muger de San Hemeregildo, á quien este santo mártir debió ademas de un envidiable amor conyugal, en mucha parte la corona de gloria que hoy ciñe su frente en el Cielo.

Su nombre vivirá siempre en nuestra patria, y será publicado por la fama como el de una heroina, superior á su sexo, y digna de ser imitada por las generaciones presentes y futuras. Por eso nos ha parecido digna de este lugar su biografía.

CRONICA SEMANAL.

El viernes tuvimos el placer de asistir á la brillante reunion que dió en su casa la señora de R..., en la que las escogidas piezas que se cantaron, dirigidas por el célebre maestro señor Saldoni, fueron ejecutadas con el mas esquisito gusto. Las señoritas Rojas y Casares y los señores Bettini y Becerra dieron inequívocas y repetidas pruebas de su reconocido mérito que supo apreciar justamente la escogida sociedad que les escuchaba. Inútil es que nosotros encomiemos el sobresaliente mérito del conocido cuanto agraciado Bettini, como tampoco el placer con que es oido siempre el Señor Becerra; pero debemos hacer particular mencion de las estraordinarias facultades de que está dotada la señorita Casares que tanto ha sabido aprovechar su digno maestro, lamentando nosotros que en algun teatro de la capital no procuren sacar partido de las bellas disposiciones de esta jóven acreedora por cierto á mejor fortuna.

Despues de servido un abundante ambigú, la señorita Rojas cantó con una espresion y gracia difíciles de imitar y menos de describir varias canciones andaluzas que fueron estrepitosamente aplaudidas. Tambien el señor Padilla se acompañó á la guitarra algunas canciones españolas en las que fué como siempre justamente aplaudido.

No podemos dispensarnos tampoco de hacer mencion de la señorita Prida que recibio merecidos aplausos por las piezas que tocó al piano.

Hasta las dos duró esta reunion de confianza que tanto realzó la amabilidad y finura de la dueña de la casa y de sus apreciables hijas.

ANUNCIO.

El BOLETIN PINCIANO, órgano de la Sociedad de la Caja de Socorros agrícolas de Castilla la Vieja y del Colegio de Humanidades. Se publica tres veces al mes en Valladolid, y tienen derecho los suscritores á una rifa.

Se admiten suscriciones en Valladolid en la Ajencia Modelo, calle de Esqueban, número 10, cuarto principal, y en las principales librerías del reino, ó por medio de libranzas sobre correos.

MADRID:—1846.

Sociedad Tipográfica de Hortelano y Compañía,

Pasadizo de San Ginés, número 5.

MADRID, 1846. Domingo 26 de abril. NUMERO 29

LA ILUSTRACION,

ALBUM DE LAS DAMAS.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Reuniendo hoy la empresa de la Ilustracion *en su seno todos los elementos de vida que pueden conducir á un periódico al mas lisonjero estado de prosperidad, y conociendo de cuanto es digno el bello objeto á que dedica sus tareas, se está ocupando actualmente, y con la mayor actividad en introducir varias mejoras notables, siendo una de ellas la de dar á la* Ilustracion *un ensanche de cuatro páginas mas, con lo que conseguirá dos objetos: el primero, corresponder de un modo galante á las bellas suscritoras que tan consecuentes la favorecen, abriendo tres secciones mas, dedicadas esclusivamente dos á estudiar sus caprichos y halagarlos, la otra á ponerlas bien al corriente de aquellas cosas mas notables que tengan lugar en la capital y del gusto que ya en trages ó en otras materias presida en los círculos mas elegantes, como son, el Liceo, la Union, Museo, etc. El segundo, hacer como nos propusimos de la* Ilustracion, *no un periódico insustancial y frivolo que contenga cuatro cuentos sin sabor y algun verso de compromiso, sino un periódico que por su caracter, tipografía y esmerada redaccion, consiga figurar en primer término en el inmenso cuadro de la publicidad. En él andará confundido lo útil con lo ameno, lo grave con lo jovial, la realidad con la mentira. Nada de metafísica, nada de esos cuadros oscuros de la historia, cuyos hechos descarnados se presentan como inaccesibles al sentido de la juventud. Este requiere un alimento nutritivo pero de facil digestion, y en la* Ilustracion *lo encontrará. Para conseguir tan plausible objeto y no defraudar las esperanzas de sus bellas suscritoras, el principal cuidado de la Empresa ha sido el de aumentar á las buenas plumas con que ya contaba otras de no menos fama y gallardia.*

OTRA.

Con este número repartimos tambien el correspondiente al dia 19, que por un incidente imprevisto no pudo servirse con la exactitud que tanto deseamos.

EDUCACION.

La suerte del niño es siempre obra de su madre.
(Napoleon Bonaparte.)

Prescindiendo ahora de lo modesta que todavia es la forma de esta publicacion, creemos por demas estendernos en consideraciones sobre si la muger es ó no un grande elemento social, y como tal si ejerce ó debe ejercer una poderosa influencia en la marcha y sucesos de los pueblos. Tan sabido es esto é indisputable, como que ha llegado á ser un axioma, preséntese del modo y forma que se quiera á todos los entendimientos desde el mas elevado al mas obtuso; lo que sí pretendemos averiguar en el presente articulo, es si de ese grande elemento, si de esa grande influencia se ha sabido ó se sabe esplotar en beneficio comun toda susceptibilidad.

Naturalmente se fija nuestra vista en la educacion por ser el resorte ó causa motriz que mas fácilmente puede sacar á la sociedad del estado de rudismo y conducirla al de cultura y perfeccion; pero con el mayor desconsuelo, con el dolor mayor vemos á la luz de la sana razon desposeida esa sociedad de tan hermosa prenda, ó lo que es lo mismo, dispersos y sin órden los elementos de esa educacion.

En todas partes, y como la masa de las costumbres esté tan avinagrada, piénsase mucho menos en hacer de un jóven un hombre de bien, un corazon hermoso, de encarrilar sus inclinaciones, que un abogado de nota, que un buen médico, etc., etc.

Una prueba bien palmaria de esto se encuentra al fijar la atencion en las escuelas y ver cuánto mayor es el número de los buenos estudiantes que producen que el de los buenos ciudadanos. Ni por esto se crea que las hacemos cargo de ningun género ni las exigimos otra cosa; antes por el contrario las damos con toda fé el parabien porque sepan llenar tan dignamente su principal mision: á otra parte es adonde debemos ir á buscar el mal y á dirigir nuestros cargos, porque cuando el niño arrancado del seno de sus padres se ve en la nueva vida escolástica bajo la férula de un maestro ó preceptor, lleva ya consigo ingerida ó inoculada en su corazon la fecunda simiente del bien ó del mal, y allí es preciso que obre, que germine con tal vigor quizas, que haga incontrastable su desarrollo.

En la edad de la infancia recíbense muy fácilmente impresiones lo mismo de índole noble y prolífica que de índole traviesa, y estas impresiones toman en el corazon del niño unas formas tan corpóreas, adquieren un carácter tal de mandato y predominio, que por mas que en el curso de su vida lo modifiquen circunstancias accesorias, nunca cede en su totalidad, y siempre sirve á determinar su conducta y presidirla.

Hermoso seria ahora detenernos en el estudio de ese carácter terco, porque de él reportariamos la ventaja inmensa de poder, consultando individuo por individuo, examinar sistéticamente una familia, un pueblo, ¿y quién sabe si una generacion? pero semejante estudio no corresponde á un artículo de periódico, y subordinados á la precision de este, preferimos introducirnos por un momento en el hogar doméstico, ver cuáles son los ejemplos que se le presentan al niño, y la diligencia que se usa en guiar con acierto los primeros pasos de su vida.

Ya desde un principio tropezamos en un obstáculo grande, acaso el mayor, que es el ver tan entronizada como está y tan fundida en ciertas clases de la sociedad esa raza abyecta que de tal modo monopoliza el fiel comercio de la lactancia, y á la que con demasiado abandono encarga una madre la custodia de su hijo. Con demasiado abandono, repetimos, porque, aunque sea á veces imprescindible el contacto con dicha clase, una madre y un padre, celosos de la educacion de un hijo, pueden impedir fácilmente lo funesto de las consecuencias con solo sacrificar alguna de sus atenciones á la primera y principal que es, como hemos dicho, formar su corazon para tener en él, no solo el fruto de sus entrañas, el resultado de su amor y un parecido ó símil de sus gracias, sino lo que

es mas el fiador de sus virtudes y honradez. ¿Es esto lo que sucede? ¿cumplen los padres con el deber sacrosanto que les impone la naturaleza, la sociedad entera? ¡Ah! La pluma se nos cae de la mano al tocar tan delicado punto, porque tememos ser demasiado acres ó demasiado severos en nuestros cargos; pero permitannos al menos que llamando á las puertas de su conciencia les observemos su poco esmero en el cumplimiento de tamaño deber. Habrá en esto para consuelo nuestro honrosas escepciones, no lo dudamos; pero no estamos viendo todos los dias, a todas horas, en todos los circulos padres que no toman sus niños de los brazos de la nodriza sino en el acto critico de que estos hacen alguna gracia, monada alguna propia de su edad? ¿No los vemos del mismo modo deslizarse en los *soirées*, acudir á todos los espectáculos públicos, no omitir en fin ocasion alguna de divertirse y gozar sin que consagren siquiera un recuerdo, un pensamiento al objeto de sus entrañas? Y si este objeto que está como hemos dicho en el tiempo de recibir las impresiones indelebles se ve de tal modo abandonado a la mercantil custodia de la nodriza sin mas modelo que sus toscos y descompuestos modales, sin oir mas lenguaje que el suyo destemplado, ¿que esperanza de porvenir inspirará? qué formas tomará una masa vaciada en tan grosero molde?.....

Fijen, pues, su vista en estas reflexiones las madres principalmente que son las destinadas por la naturaleza á dirigir este gran timon de las costumbres; persuádanse de que ellas solas pueden á favor de su poderoso ascendiente y entre ósculos mil y caricias poner en el corazon de su hijo el gérmen de la virtud, armarlo del apresto con que ha de triunfar de las lides especiosas que con tanta frecuencia se presentan en el ancho tablado de mundo, y en una palabra hacer su felicidad. Aqui, aunque no sea mas que para descargo nuestro debemos añadir una cosa y es, que al decir la palabra *felicidad* no hemos querido significar bienes de fortuna, honores ó lo que vulgarmente se llaman *comodidades de la vida*; no, no somos nosotros apóstoles ó sectarios de esa creencia; si recomendamos con tanto entusiasmo la buena educacion de los hijos es, porque estamos íntimamente convencidos de que la verdadera felicidad, aquella en que no entran en cantidad alguna ni los bienes de fortuna, ni la vanagloria, ni las ridículas preocupaciones, reside ó mejor dicho, gira en el circulo de esa educacion; esta es la clave del porvenir del hombre, á cuya accion directriz tiene que subordinar todas las demas acciones, y á cuyo mandato que deponer sus instintos. Claro está que el pobre, por pobre que sea, como carezca de esa fantasia que de tal modo engendra y multiplica las necesidades, vivirá tranquilo y feliz, al paso que aquel que entreviendo la dicha bajo el prisma fascinador dal fausto y la vanidad, correrá una existencia mezquina y fatigosa, lo ahogará la sed hidrópica del oro, y para saciarla, recurrirá tal vez á medios repugnantes y violentos. Reducir, pues, las necesidades viene á ser lo mismo que aumentar los medios de satisfacerlas; por eso pretendemos fijar estas máximas como base de toda educacion cuidada, y por eso tambien las recomendamos á las madres como de mas inmediata aplicacion.

Pero otro dia quizás acabaremos de esplanar todo nuestro pensamiento; por hoy concluiremos este articulito suplicando á nuestras suscritoras nos permitan hacer de vez en cuando algunas de estas consideraciones filosóficas á que da lugar la educacion, y á que nos induce un sentimiento de amor hácia la generacion naciente.

Sisto Saenz de la Cámara.

TRES MUGERES CELEBRES.

(Continuacion del capítulo I.)

Por lo demas nadie percibió los misteriosos personages que debia encerrar la LODKA, escepto el magistrado inglés, que en la noche misma de esta llegada recibió una visita bastante singular para que ocupase vivamente su imaginacion.

Advertido por el oficial de la LODKA de que una dama estrangera debia ir á su casa á las ocho de la noche, aguardó no sin impaciencia, una visita, acerca de la cual se perdia en conjeturas. Presentóse la dama á la hora indicada; pero su aspecto

no parecia justificar la viva curiosidad del cónsul. Vestida con un largo ropon gris, bastante ancho para que ocultase enteramente sus formas, y cubierta la cabeza de una cófia blanca, parecia una de estas religiosas rusas que van á pedir á las casas de los grandes. Tal fué al menos la opinion de Mr. F..., que se disponia á despedirla cortesmente, cuando la estrangera dirigiéndole la palabra en escelente inglés, le causó una sorpresa que tomó bien pronto el carácter de un interés mas poderoso.

Hablando con tanta familiaridad como si hubiese conocido al cónsul inglés desde largo tiempo, esta visitadora singular emprendió la conversacion con un aire de dignidad y un tacto que rara vez se encuentra bajo un ropon de sayal. Despues de una larga conversacion en que la Inglaterra hizo todo el gasto, pasó en fin al objeto principal de su visita que era obtener de Mr. F.... un podoroclini, á fin de poder continuar por tierra un viaje que hasta entonces se habia hecho por mar.

El cónsul, mas ocupado en examinarla que en responderle, no sabia qué pensar de la elegancia de su lenguaje y del aire de dignidad que se escapaba por debajo de la cófia blanca. Los rasgos de su rostro, bien conservados aun, indicaban haber sido muy bellos. Un perfil borbónico, grandes ojos azules, líneas severas, serenidad un poco altiva en los gestos, daban á su persona un no sé qué de imponente, que Mr. F.... no pudo menos de sentir por ella una simpatía mezclada de respeto.

La conversacion se hizo familiar, y ella concluyó por confesar que seducida y convertida por la baronesa de Krudner y la princesa Gallitzina, habia sido desterrada con estas damas al fondo de la Crimea, adonde pensaban ir á predicar la fé.

No obstante, á pesar de su entusiasmo religioso, y de la mision inspiradora á que se creian llamadas el haber vivido juntas seis semanas, habia dado un asalto bastante grave á la buena armonía que debia reinar entre las tres. Esto esplicaba el por qué la condesa Guascher tenia deseos de terminar su viaje sola.

Menos adelantada que sus compañeras en el camino de la perfeccion, las mortificaciones y las costumbres austeras á que tenia que someterse, inquietaban algunas veces su delicadeza de dama del gran mundo, y le inspiraban ideas de independencia. Esplicó todo esto al cónsul, y no le dejó hasta que la hizo la promesa de que á la mañana siguiente obtendria los medios de pasar á Crimea por tierra. Despues de una conversacion tal, es facil comprender la sorpresa de Mr. F.... y la curiosidad que le impulsó á hacer una visita á las viajeras.

Una hora despues de haber partido la condesa, encaminóse Mr. F.... hácia el puerto, maravillado de lo que acababa de oir, y ávido de conocer esa célebre Mde. Krudner, de quien se ocupaba entonces toda Rusia.

Halló el puente de la Lodka desierto, pero una luz bastante viva que salia de una de las escotillas le atrajo á aquel lado.

Juzgad de su admiracion, cuando arrojando sobre la gran cámara una mirada escrutadora distinguió tres mugeres ó mas bien tres fantasmas en pie delante de una mesa cargada de papeles y afanadas en leer por grandes breviarios forrados en piel, abiertos delante de ellas. Su inmovilidad, sus ropones griegos, sus cófias blancas, el estilo con que estaban alumbradas, todo contribuia á hacer de esta escena un cuadro verdaderamente fantástico.

Luego que concluyeron sus oraciones, se pusieron á salmodiar algunos versetes de cánticos con un tono lento y cadencioso. Esta armonía grave y religiosa llevó al mas alto grado la exaltacion del cónsul. Testigo invisible de los ejercicios piadosos de estas damas, podia examinarlas á su placer? Una era pequeña, débil, rubia (Mde. Krudner), sus miradas inspiradas, y la dulzura de sus facciones revelaban la bondad inefable de su alma.

La princesa Gallitzina tenia por el contrario una fisonomía noble, imponente que ofrecia una espresion, una mezcla singular de finura y ascetismo de severidad y de burla. Durante algun tiempo las tres peregrinas modularon en lengua slava trozos de salmos, cuyo sentido misterioso estaba en perfecta armonía con la disposicion entusiasta de su imaginacion.

(Se continuará.)

ROBUSTIANA ARMIÑO.

POESIAS.

A LA NOCHE.

SONETO.

Ven y suspende desde el alto cielo
ese de sombras anchuroso manto,
ven y mitiga mi letal quebranto
solaz vertiendo por el ancho suelo.

Sin esperanza ya tan solo anhelo
sentir como *Endimion* tu influjo santo,
ese dulce poder, secreto encanto,
que al alma dolorida da consuelo.

Ven, ven, ¡oh noche! yábreme tus brazos,
mira que el hombre me escarnece impio
rompiendo de la fé los santos lazos.

Mira que solo en tu remedio fio,
que está mi corazon hecho pedazos,
pedazos hecho el pensamiento mio.

SISTO SAENZ DE LA CÁMARA.

A....

Yo te vi, era una tarde
apacible, sosegada,
y la brisa regalada
tus palabras murmuró.
Yo te vi ¡oh hermosa mia!
¡cuánta dicha en un instante
mi corazon palpitante
al mirarte vislumbró!

¿No te acuerdas, niña bella?
¿puede ingrata tu memoria
olvidar aquella historia
de nuestra dulce pasion?
Mas ¡ay! en vano lo ocultas....
tambien en tu pecho sientes
los mil recuerdos ardientes
que brotan del corazon.

¿Qué es sin amores la vida?
los nuestros ¡ay! cual pasaron
con el viento y se marcharon
nuestra dicha, nuestro bien.
¡Ayer las brisas y flores!.....
hoy el son de una campana,
una oracion al mañana
¡y una tumba por *edem*!

L. RIVERA.

A ESCAPE!!!

CANCION ANDALUZA.

Cuando monto en mi jamelgo,
Aun maz que er viento veloz,
Y echo mano á mi trabuco,
¿Quién me toze, vive Dioz?

Con envidia me contemplan
Laz oncellas é mi pueblo,
Y zuspiran amorozaz
Cuando monto en mi jamelgo.

Trepo montez cuya cumbre
Chocar quiere con er zol;
Cruzo bozquez y arenalez,
Aun maz que er viento veloz

Zi er rezguardo me prezigue,
Er encuentro no rejuyo,
Me apozto yo traz un arbol
Y echo mano á mi trabuco.

Zi arretuerso loz moztachoz,
Y cara pongo feroz,
Y er zombrero echo á la ceja,
¿Quién me toze, vive Dioz?

JUAN ANTONIO DE ESCALANTE.

EPIGRAMA (1).

Viendo un sobon acreedor
á Gil Blas en la agonía,
reclamábale á porfía
sus alhajas ó el valor.
—¡Buen modo es de consolarme!!!.
balbuceaba el moribundo:
—Si, eh? no, vas, no, al otro mundo
sino resuelves pagarme.

S. S. DE LA CÁMARA.

(1) *Versificacion de una anécdota en francés.*

UN POQUITO DE CADA COSA.

Costumbres arábigas.

Por cierto que no sé yo, hermosas de la *Ilustracion*, porque se os ha de tener privadas de saber lo que tan útil es que sepais para que no os suceda lo que á cada hijo de vecino cuando está en una reunion en que toma la palabra alguno de esos *viajeros* que habiendo salido cuatro meses de su patria se cree ya con derecho para hablarnos de todo el mundo y de todas las costumbres, siendo lo general quedarnos con la boca abierta. Bueno es, muy bueno, que os impongamos de cuanto pasa en el mundo *fashionable*, de que os entretengamos con algunas poesías y de que tengais en la *Ilustracion* un nuncio imparcial de vuestras virtudes y un auxiliar poderoso que dirija vuestra conducta, pero tambien es muy justo como debeis conocer que poquito a poco os pongamos al corriente de todas aquellas cosas que constituyen una educacion brillante. Así, pues, tened entendido que los árabes son en primer lugar de una talla bastante pequeña, nada obesos, pelo negro y una voz melosa: su temperamento, ¿qué quereis que os diga? mucho mas robusto que el de los que vivimos en Madrid y aspiramos su endiablada fragrancia. Sus fisonomías rebelan ingenio y vivacidad, y al mismo tiempo tienen cierto gesto que no deja de ser estraño.

Este contraste de cualidades parece imposible, ¿no es verdad? pero Dios por lo visto ha querido hacer de aquellas razas una nacion singular, pues disiente bastante en todo de los Turcos Africanos y Persas que confinan con sus arenas. Demasiado serios y de rostro muy atezado, no necesitan de su luenga barba para aparecer á afuer de graves, imponentes; y si añadimos á esto que hablan muy poco y esto poco sin gestos y con correccion, podeis, hermosas mias, formar una idea exacta del físico de un árabe: pero seguidme un poco mas.

En este pueblo se encuentra tambien inteligencia y suma disposicion para el cultivo de las ciencias, pero es tan... ¿cómo le llamaremos? tan holgazan que ¿lo podreis creer? prefiere pasar muchos trabajos á trabajar; así es que no cuenta principalmente en el siglo á que pertenecemos un solo monumento que los abone ni producto alguno lisonjero de industria.

Los árabes de la parte del desierto que estan mas al norte son hombres tan humanos, tan fieles y tan pródigos entre sí como inhumanos, infieles é interesados con los hijos de otras naciones. Entre ellos hay buenos padres, buenos maridos, mejores madres (es claro), pero como he dicho para los estraños son los mismos diablos.

Las carreras de caballos son una de sus mejores funciones, si bien en la Siria la Mesopotamie (Jesus que nombre) y que en la Persia estan los mejores *hipódromos* (1).

Los que habitan sobre el Oceano Indiano y sobre el mar Rojo, es decir en la Arabia Feliz, eran antiguamente un pueblo dulce, amigo de la libertad, feliz con su independencia, sin que nunca lo agitára la idea de hacer invasiones ni conquistas; y apegados como á una concha á sus arenales habituados á aquel sol quemante ni envidiaban cielo mas hermoso, ni mas amenas campiñas. Luego su buen Mahoma cambió sus ideas, y operó cierta revolucion en sus costumbres, aunque á la verdad no fué muy grande porque no consiguió hacerles trabajar ni aun por ensayo. El árabe de hoy es el mismo que el de ayer; su vida la pasa en fumar, en tomar café opio (al diablo con el), sorbete, en quemar aromas esquisitos, cuyo humo impregna, bien en sus vestidos ya humedecidos algun tanto con agua de rosa. Si está en sociedad gusta mucho de hacer ó decir versos galantes y amorosos.

Sus composiciones se distinguen por una gracia, una cadencia, un sentimiento tal, que aventajan á todos los pueblos an-

(1) Ya sabeis que este es el nombre que dan á los circos en que corren.

tiguos y modernos. El idioma que habla es muy semejante al que hablaba en el otro mundo (1) á las huries, tan dulce tan, seuctor.....

Mas tal vez me haga ya enojoso y os moleste. Con lo dicho bien podeis tomar una tinta de lo que son los árabes y no hablar defectuosamente cuando llegue la ocasion. Esto es lo que haré por evitar, y lo que evitaré si no me poneis el entrecejo que tan mal efecto hace en las bellas. ¿Habeis oido?

SISTO SAENZ DE LA CAMARA.

PENSAMIENTOS NOTABLES.

(*Traducido del francés.*)

onvéncese el hombre mas facilmente con sus razones que con las estrañas. Placer se encuentra de estar en un navío arrollado por el huracan, cuando hay seguridad de que no se estrellará. Asi son ó de esta naturaleza las persecuciones que trabajan á la Iglesia.

El amor de Dios es el buen conocimiento del de si mismo.

Mas vergonzoso es desconfiar de sus amigos que el ser engañado.

El medio mejor de ser engañados es creernos mas agudos.

La hipocresía es un homenage que el vicio rinde á la virtud.

Alabar los principios de las virtudes sin poseerlos es injuriarlos con impunidad.

Ni al Sol ni á la muerte se pueden mirar con fijeza.

El mayor defecto de una gran penetracion es pasar mas allá del objeto.

(2) Si quereis que os aclare eso del otro mundo, remitiré á Raynal, porque lo que es yo francamente no cargo con la responsabilidad.

Nada obliga tanto a ser natural como la envidia de parecerlo.

Mucho mas ganariamos en hacernos ver tales como somos, que en ensayar parecer lo que no somos.

Mucho mas vale esponerse á la ingratitud, que faltar al indigente.

Los de alma sensible tienen existencia mas larga.

El orgullo induce á hacer tantas bajezas como el interés.

El pueblo debe ser el favorito de un rey.

La ambicion prende en las almas pequeñas mas facilmente que en las grandes, asi como el fuego prende en las chozas mejor que en los palacios.

Los grandes pensamientos vienen del corazon.

La soledad es para el entendimiento, lo que la dieta es para el cuerpo.

Es una miseria no tener bastante disposicion para hablar bien, ni aun bastante juicio para callar.

Nada hay mas pobre segun Dios y segun el mundo, que apoyar todo cuanto se dice en una conversacion, hasta las cosas mas frívolas, por medio de repetidos juramentos. Con decir el hombre, *sí* ó *no* debe ser creido; su carácter jura por él, da valor á su palabra, y se grangea el beneplácito y la confianza general.

S. S. DE LA C.

BIOGRAFIAS ESPAÑOLAS.

LUISA SIGEA.

Hé aqui un nombre que adorna estraordinariamente la historia de nuestras mugeres celebres, y cuyas circunstancias no debemos pasar desapercibidas, proponiéndonos, como nos proponemos probar de todos modos la escelencia del sexo femineo y contribuir á su ilustracion.

Luisa Sigéa, pues, natural de *Toledo* y originaria de Francia, ademas de ser erudita en filosofía y buenas letras, fué singular en el ornamento de las lenguas, porque llegó á poseer con bastante perfeccion la latina, la arábiga, la griega y aun la siriaca, en cuyas cinco escribió una carta al papa Paulo III. Prendas tan hermosas y recomendables debian naturalmente obtener una hermosa recompensa, y asi fué. Llamado su padre (Diego) á la córte de

Lisboa para ser preceptora de Teodosio de Portugal, duque de Braganza, la infanta Doña Maria de Portugal, hija del rey Don Manuel, muy amante tambien de las letras, quiso tener en su compañia á la sábia *Sigéa*. Motivo fué este por el que Luisa, atesorada con tan gran caudal de conocimientos, consiguió hacerse un lugar envidiable en el templo de la fama, porque sabido es que en ciertos casos adquiere mayor esplendor la inteligencia. Recibia justo homenage de todos los nobles, y llegó por fin á casarse con Fracisco Cuevas, señor de Villanasur, caballero de Burgos, quien (segun refiere D. Luis Salazar en su historia *de la Casa-Farnesia*) tiene en Castilla mucha y preclara sucesion.

Estos son los accidentes principales que observamos en su biografía, porque detenernos ahora á enumerar todos los sucesos aislados y pesadas, digresiones seria contra nuestro proposito de no cansar á nuestras bellas suscritoras.

JULIANA MORELLA.

¿Y qué diremos, ó en qué términos espresaremos la sabiduria de esta hermosa barcelonesa? Diez años tenia cuando habiendo hecho su padre un homicidio, tuvo que huir con él á Leon de Francia, donde estudiando con una asiduidad superior á ellos, y haciendo rápidos progresos, consiguió á los doce hacer algunos ensayos en filosofía, que dedicó á Doña Margarita de Austria, reina de España. A los diez y siete, segun nos dice su contemporaneo Guido Patin, entraba á disputar públicamente en el colegio de los jesuitas del mismo Leon, llegando de este modo al pináculo del saber, es decir, á poseer de un modo raro la filosofía, la teología, la música, la jurisprudencia y todos los idiomas. De carácter oscuro, prefirió la clausura del claustro al bullicio del mundo, entrando de religiosa dominica en Santa Praxedis de Aviñon. Tuvo esto lugar en el año 1600. S. S. DE LA C.

EMBLEMA Ó SIGNIFICADO

DE PLANTAS Y FLORES.

Girasol.—No apartar el pensamiento del objeto amado.
Geranio.—Tonteria, sandez.
Jacinto.—Amor triste.
Jazmin blanco.—Candidez.
Id. amarillo.—Sensualidad.
Narciso.—Grandes deseos.
Lirio.—Inconsecuencia.
Laurel rosa.—Bondad, belleza.
Id. comun.—Triunfo, gloria.
Lila.—Primera emocion de amor.
Margarita.—Paciencia, tristeza.
Albahaca.—Odio.
Alhelí.—Languidez.
Clavel.—Sentimientos.
Balsamina.—Impaciencia.
Capuchina.—Discrecion.
Malva.—Dulzura.
Azucena.—Candor, pureza.
Achicoria.—Frugalidad.
Amapola.—Primer albor de la adolescencia

ANUNCIOS.

SOCIEDAD LITERARIA DE VALENCIA.

EL FENIX.

Periódico universal, literario y pintoresco.

Tercera época.

Se ha repartido el número 27 del tomo II.

Cada número 24 columnas de impresion en papel de lujo, con tipografía nueva y elegante y multitud de grabados y viñetas. En el testo una linda novela ilustrada con grabados que representan escenas de la misma. La que ha empezado á publicarse contendrá 186. Cada 24 números formarán un tomo.

Se suscribe en provincias á 6 rs. vn., franco de porte, por cada cuatro números, y 34 por veinticuatro, ó sea un tomo en casa de los corresponsales de la Sociedad, ó remitiendo una libranza sobre correos del importe al menos de 12 números á favor del director del FENIX.

PRECIO DE SUSCRICION.

En Madrid llevado á casa de los suscritores.		*En provincias, franco de porte.*	
Un mes. . . .	6 rs.	Un mes. . . .	8 rs.
Por tres meses.	16	Por tres meses.	20
Por seis. . . .	30	Por seis. . . .	38

ADVERTENCIA.

Creemos necesario añadir que desde el dia en que reciba la *Ilustracion* las mejoras ofrecidas en otro lugar subirán algun tanto los precios de la suscricion, si bien los que para entonces sean ya suscritores no esperimentarán gravámen alguno.

Los puntos de suscricion asi en Madrid como en provincias estan en la cubierta.

MADRID.=1846:

Sociedad Tipográfica de Hortelano y Compañia.

Pasadizo de San Ginés, número 3.

MADRID, 1846. *Domingo 3 de mayo.* NUMERO 30

LA ILUSTRACION.

ALBUM DE LAS DAMAS.

AL BELLO SEXO.

Artículo primero.

Entre col y col lechuga.

Pues señor, hoy es el dia que por estar yo de buen humor voy á aprovecharlo para decirte, hermoso mio, en estilo sandunguero lo que en otro quizas te hubiera dicho con toda la formalidad de un moralista, sí, lo que oyes; no está uno siempre en disposicion de tomar la pluma y escribir á la fuerza con seriedad cuando hay otra fuerza tambien que obliga á reir: ahora triunfa esta de aquella, y por eso rio; ademas, el hablar contigo que no sueles ser muy aficionadillo á ese manjar de la gravedad, me releva en cierto modo del compromiso. Esto no ha de quitar el que yo mo esplique á mis anchuras; lo mismo te he de decir de este modo que pudiera decirte del otro, como no sea mas, y al mismo tiempo cumplo con la oferta que te tiene hecha *la Ilustracion* de hablarte de varios modos, porque ha conocido que tienes tambien varios gustos, y en eso no se equivoca.

En primer lugar, debo advertirte una cosa y es, que no soy el que era respecto á ti, mas claro, que ya no soy visionario. Ahora te veo tal cual eres, muy bello, sí, pero ¿qué quieres que te diga? con tus lunarcillos, amigo, con tus lunarcillos. A ser yo el que fuí, á conservar aquella ardiente fé que me inspirabas, ¡jesus! tendrias en el que firma estos renglones un... qué diré yo? un nuncio entusiasta de tus virtudes y hermosura, un sansimoniano completo en aquello de hacer lo que te diera la santísima voluntad; pero pasaron como he dicho aquellos felices dias en que una seña, una sola mirada de una hermosa me hacia salir de mis casillas. Y no vayas por esto á formarte la idea de que soy algun vegete recoco y estrefalario; nada de eso, soy jóven,

criatura, pero criatura y todo, cuento bastantes desengaños que han amargado mis creencias.

Partiendo, pues, de este principio, puedes estar segurísimo de que cuanto diga en tu favor es porque verdaderamente lo mereces, que donde yo te encuentre débil y defectuoso sin empacho alguno te acusaré tambien.

Lo que es en la cuestion que ahora pienso fijar, desde luego me propongo hacer tu defensa, aunque bien mirándolo viene á ser lo mismo que ofender á la mayoría de los hombres, porque como no ignoras, son muy pocos ó ninguno los que no decanten la escelencia de su sexo; pero vayan mucho con Dios, que aunque tambien soy de su gremio, no por eso dejo de conocer la razon y me he de privar del gusto de darla.

Antes quisiera que esa defensa ejerciera en sus ánimos el ascendiente que deseo para convencerlos de lo mucho que vales, y de tu mision en la tierra: quisiera tambien á favor de tu inspiracion, poder destruir las trabas que opusieron á tu dicha y libertad, las endiabladas doctrinas de Aristóteles, Bocacio, Almarico, Baudent, y otros de estos pajarracos, doctrinas que tienden aprobar que eres una generacion accidental (¡qué atrocidad!) y escluida del intento de la naturaleza, pero hasta tanto que la *Ilustracion* reciba el ensanche que se la va á dar, es imposible como conocerás, meterse uno en tales honduras.

Ademas, la opinion comun está en muy mal sentido, que es otra gaita. En muy malo, sí; porque llega al estremo de no admitir en tí bondad de ningun género. Si es en la parte moral no ve sino un cúmulo de defectos, y en la física de imperfecciones, qué te parece? ¡Defectos! imperfecciones! ¡oh! yo no tengo estómago capaz de digerir tales cosazas, y por Dios y tu belleza juro que no estaré tranquilo hasta... pero qué, si yo me vuelvo loco y no consigo comprenderlo, porque al mismo tiempo que veo lo mordaz de la opinion comun, veo á esa misma opinion decidida en un todo por tí; veo á esos hombres revolverse como hormigas en torno tuyo, y hacer grandes sacrificios por solo conseguir una pequeñez. Subo y bajo en un momento los escalones sociales, y veo al magnate poniendo á tus pies todos los títulos de su nobleza, al guerrero embriagado con el humo de la pólvora y esponiendo su vida por conseguir una cruz, un laurel que poder ofrecerte; al hombre de letras, forcejeando las puertas de la fama por combatir tu desden, y asi sucesivamente á todas las clases de la sociedad: luego ¿qué misterio es este? ¿qué logogrifo? Te aseguro que me pone en confusion, y mucho mas cuando considero que suele escarnecerte mas quien mas aficion te tiene, habiendo hombre tan maldito que dice que no eres bueno, tan solo porque no quieres ser malo. Y no por esto creas que me enredo en una estraña paradoja, nada de eso; pues de las dos cosas te citaré ejemplos, que son convincentes, por recaer en graves personages. Con respecto á la primera has de saber, que aquel maldiciente Eurípides tan nombrado por sus tragedias y que te presentaba en la escena bajo tan raquíticas formas era, ¿lo podrás creer? tu mas ciego idólatra en la soledad de su gabinete, y se olvidaba el picaronzuelo de cuanto le decia al público. Aristóteles, el gran filósofo de la antigüedad, llamado término de la humana inteligencia, como habrás tenido ocasion de ver en algun libro, fué tambien el mas injusto y severo contigo, pues proclamó con estrema exaltacion tus defectos, particularmente morales, como poco apoco te iré diciendo, y sin embargo hizo lo que no hacen los que te rinden mas galanteos, que fué el dar inciensos como á deidad á la primera mujer que tuvo, llamada *Pythais*, hija de *Hermias*, tirano de Atarneo; ni tampoco perdona la severa historia unos amores incestuosos que tuvo con una criadnela, pues refiere... pero en fin, esto no importa nada que lo ignores: al grano. Con respecto á lo que he dicho de haber hombre tan diabólico que niega el que eres bueno, tan solo porque no quieres ser malo, te indicaré un caso en que se ha visto desahogarse esta injusta queja en las mas atroces venganzas, que fué el lastimoso suceso de la hermosísima Madama Duglás. Figúrate qué razon tendria el buen Guillermo Leout para acusarla de crimen de lesa magestad, y comprando testigos hacerla padecer la úl-

tima pena, tan solo porque en uno de esos momentos que tenemos de satánico apetito, se mostró ella inexorable. Y aun sin recurrir á la historia, que á la verdad no es el plato que prefiero, ¿cuántos y cuantos casos semejantes no estan sucediendo en nuestros dias, en nuestra España, en el círculo de nuestros amigos, cada hora, á cada instante? ¿Cuántas dignas reputaciones, cuantas familias honradas, no vemos comprometidas por un trasto mozuelo, cuya loca incontinencia fué burlada por la virtud y energía de honesta doncella?

Y siendo como es esta indisputable verdad ¿deberá ser justo é imparcial el voto de la muchedumbre? ¿Podrás resignarte con ese estoicismo á sustentar el peso de su juicio, á vivir bajo su ley?

Pero ya veo que se me echan encima algunos quisquillosos, y me ensartan una porcion de frases y nombres de endiablada pronunciacion para probarme que no miro la cuestion á su verdadera luz, esto es, por su lado analítico, pues que de tales premisas tiene que ser necesariamente falsa la consecuencia, atendiendo á que en observancia de los decretos providenciales, debes estar sujeto á la ley de los hombres segun el capítulo 3.° del Génesis, que dice: *sub viri potestate eris*. Y ya se vé, tú que generalmente sueles tener tanta fé en estos latinajos, aunque no los comprendes bien, sin duda alguna quedarias poco satisfecho de mi defensa volviendo á desmayar, y para que esto no suceda debo advertirte que el nene que tradujo el original hebreo en el sentido que espresa la citada sentencia, debia ser precisamente muy egoista, puesto que fué el único que de tal modo lo interpretó. Mas imparciales los *Setenta* leyeron: *ad virum conversio tua*: Aquila: *ad virum societas tua*, y el benedicto Pereira que fué el mas escrupuloso en la version dice: *ad virum desiderium vel concupiscentia tua*. Por consiguiente, si es esta la aldaba á que se asen nuestros contrarios, ya puedes sin reparo alguno decirles, que esta misma diversidad en las traducciones, hace todavia incierto el sentido especifico del testo; diselo sin ningun reparo, que á mí entretanto como los conozco mejor y sé bien sus picardigüelas se me ocurre decirles:

No pretendais importunos
poner vuestro sexo en zancos,
que los hombres somos unos
á escepcion de que hay algunos,
que queremos ser mas francos.

Pero á todo esto, querido mio, noto una cosa, y es, que al hablar contigo, no solo me encuentro sin saber cómo con cerca de cuatro columnas (del periódico) á la espalda, sino que hasta pierdo los estribos; pues perder los estribos llamo yo, á que acabando de decirte, la imposibilidad de meterse uno en cosas hondas, vaya como quien no hace nada á meterme de patitas, ¿en donde, san Crispin? ¡en el seno de la Biblia! Pero no; confio en que no sucederá asi en adelante, y me concretaré á tratar de aquellas cosas que te tocan mas de cerca, y cuyos efectos lamentas amarga y frecuentemente. Si; hablo de los muchos perjuicios y sinsabores que ocasiona el que seas considerado como de escasísima inteligencia, llegando algunos hombres al estremo de limitarla al gobierno de un gallinero. Infames! en gallinero si que convierten ellos el mundo. Yo les haré ver cuántas son cinco, para que no abusen como lo hacen de su fuerza y de tu humildad. Yo haré que te aprecien en todo tu valor, y si para ello necesito habérmelas en ciertos casos con algunos autores que son tus mas crueles enemigos, con ellos me las habré; y cuasi cuasi estoy por asegurarte del triunfo, porque has de saber que siempre encontré gran facilidad en conseguirlo cuando eras como eres ahora la manzana de la discordia: ya verás, ya veras.

SISTO SAENZ DE LA CÁMARA.

TRES MUGERES CELEBRES.

(Continuacion del capitulo I.)

Al dia siguiente cuando el cónsul quiso prevenir á Mde Guascher de que un carruage y un podorochni (1) estaban á sus órdenes, las tres viageras habian desaparecido con la LODKA, (sin duda reconciliadas) y nadie podia decirle adonde se habian dirijido.

?Y no era una cosa sorprendente ver en el sigio XIX tres mujeres cuyos destinos y orígen eran tan distintos, una rusa, una alemana y una francesa, hacer abstraccion de sus placeres, de sus opiniones, de sus antipatias, y osociarse asi para ir al hazár á trabajar en la conversion de los gentiles, como lo hacian los primeros cristianos?

La aparicion de estas damas en Crimea puso en revolucion toda la peninsula: ardientes en hacerse prosélitos, se las vió con su hábito de bequina, con la cruz y el evangelio en la mano, subir á lo alto de las montañas, descender al fondo de los valles, recorrer las aldeas tártaras, y llevar su entusiasmo doctrinariohasta el punto de predicar en campo abierto á los hijos del Alcoran, estraordinariamente admirados con la presencia de semejantes misioneros. No obstante, a pesar de su fervor, de su voz persuasiva, y de la originalidad de su empresa, nuestras heroinas operaron mny pocas conversiones.

Solo se quiso ver en ellas cabezas descompuestas pero buenas para catequizar á los niños. Por otra parte la policia siempre en continua alarma, y habiendo ademas recibido algunas órdenes relativas á su estancia en Crimea, puso bien pronto obstáculo á cuanto intentaron hacer para proseguir en su mision.

En fin, tanto se hizo, que al cabo de dos meses se vieron obligadas á abandonar su vida errante, sus predicaciones y la esperanza que tanto tiempo habian alimentado de hacer de estas montañas una nueva Tebaida.

II.

Mme. Krudner, alimentada por una conviccion profunda, no pudo soportar la pérdida de sus ilusiones; su salud destrozada por muchos años de una vida ascética, declinó rápidamente.

(1) *Podorochni*, pase indispensable para obtener caballos de posta.

Murió en 1823 en los brazos de su hija la baronesa de Berclhein, que habitaba hacia algunos años en la costa meridional, y que fué depositaria de algunos documentos relativos al último periodo de vida tan fecunda en aventuras romanescas. Por desgracia estos documentos están destinados á no ver nunca la luz pública.

El Baron de Berclhein, marido de la hija de Mme. Krudner, oficial francés al servicio de Rusia, habia participado de la predileccion de los señores rusos por la Crimea, y posee aun al presente dos hermosas propiedades sobre el litoral de la Tauride.

Asi se estinguió en el destierro esta naturaleza privilegiada que se sacrificó por instinto á las interesantes verdades del cristianismo, y ofreció á la Rusia el raro espectáculo de una muger dominante al Czar, no por las seducciones de la juventud y del amor, sino por una fe viva, una bondad adorable y una exaltacion mistica, de la que participó durante largo tiempo su discipulo.

(Se continuará.)

POESIA.

IDEAL.

Aguila rauda que el espacio dejas
ufana con tu inmenso poderío,
y ostentas en la tierra tus guedejas,
tu perfume exhalando en torno mio;
águila hermosa que de mí te alejas
un momento despues con doble brio,
mas bella que la espuma de los mares,
ven, y escucha un momento mis cantares.

Hermosa creacion que de mis horas
eres el sol, la vida y el encanto,
ave que con tu trino me enamoras
y alejas de mis párpados el llanto;
ave la de las plumas seductoras,
la que el Señor dotó de fuego tanto,
ven á que cante con mi voz ardiente
la fúlgida aureola de tu frente.

Oh! cuán dulce es tu amor! deja que amante
me olvide de la lira y los pinceles,
déjame que en tu seno palpitante
sueñe de amor quiméricos laureles;
deja que el fuego de tus ojos cante
mágica flor de líbicos vergeles,
y ria y llore y que tu amor cantando
pase mis horas en delirio blando.

—

Frente de bronce que el placer inflama,
que reflejas sin fin goces del cielo,
que prestas globos de fulgente llama
de unos ojos de amor al tercipelo;
frente do luz inmensa se derrama,
que el pecho agita con candente anhelo,
tú me legaste con delirio ciego
llanto en los ojos, en el alma fuego!

—

Yo te ví con tus formas ideales;
¿pero dónde te ví? cuándo? lo ignoro....
blando fantasma de mis sueños de oro
mas bello que las perlas orientales;
de tus ojos el fúlgido tesoro
y el llanto abrasador bebí á raudales,
pobre paloma! para amar nacida
siempre en un mundo de ilusion mecida.

—

. . . . . .

. . . . . .

Mas, ay! que de tus plumas de colores
veo el matiz perderse entre la bruma,
y entre negros y fétidos vapores
hienden el aire ráfagas de espuma;
¿no ves la tempestad con sus horrores?
¿no ves la nube que tu frente abruma?
¿no ves el rayo que en el mar riela?....
.... ave del paraiso! vuela! vuela!

ROBUSTIANA ARMIÑO GOMEZ

AMENIDAD. (1)

Ese gran monte Citheron, manantial de poéticas reminiscencias adonde iban los antiguos trovadores á guisa de inspiraciones, es atravesado por tres rutas misteriosas segun es fama. La una conduce á las vides célebres de la Focidia, y elévase insensiblemente hasta las dos gigantes cimas en que habitan las Musas, esto es, del Parnaso. La otra conduce á la ciudad de Epiro, levantada con magestad entre dos mares. La tercera, en fin, desciende hasta las amenas fronteras de la Elida, donde la naturaleza tiende ostensiblemente la magnificencia de sus galas, como empeñada en hacer feliz la vida pastoral de sus sencillos moradores: confundiriase fácilmente con la poética y encantadora Arcadia; pero esto no nos importa: regresemos al pie del Citheron.

Eran las 5 de una tarde tranquila; anchas pilastras de amarillenta luz parecian desplomarse sobre el horizonte, tiñendo de una tinta anaranjada el cielo, la tierra, el mar.... Ninguna señal de humanidad habia en aquellas soledades; nada se oia; ni un gemido lastimero, ni un grito de felicidad; todo era, pues, misterio, magestad, naturaleza. Solo se oia aquel armonioso lenguaje que forman mezclándose el vapor de algun lago, el plañido de las fuentes, el trinar de los pájaros, el hervor de los torrentes y el perfume de las flores. Solo se oian gigantescas encinas columpiarse al blando soplo de la refrigerante brisa. No parecia sino que la naturaleza entonaba un himno universal, en el cual las cosas creadas daban gracias á su criador... ¡Mas cosa grande! En medio de aquellas elocuentes soledades, de aquel silencio profundo, de aquella armonía santa, oyéronse lentos pasos como de personas, pero pasos de esos que relevan gran misterio, que inspiran grande inquietud, que conducen á un suceso quizá quizá de tradicion....

De allí á poco una voz tremebunda pero llena de dolor hendió mecida por el viento la sagrada soledad. Tambien pareció oirse

(1) Pernonadme á la conclusion, lectoras mias, porque ya os he dicho en otro lugar que estaba hoy de muy buen humor.

otra débil, apagada, como de muger que padece.

¿Quiénes, pues, eran estos séres que con planta misteriosa penetraban de tal modo en aquel taller de la naturaleza, vedado al parecer á la humanidad? Acaso la querrian sorprender en sus secretos? No; ¡eran ecos de amargura! . . . . . .

. . . . . .

Ya el crepúsculo vespertino comenzaba á tender su crespon inmenso, encapotando la creacion. Algunas cintas no mas de apagado bermejo ceñian en lazos la apartada cresta del horizonte, mientras las peladas y corpulentas rocas ostentaban su descarnado armazon, á fuer de triste imponente sin la púrpura del sol. Las sombras se cerraban, el misterio acrecia. Cada vez aquellos santos lugares inspiraban mas religioso temor: cada vez aquella harpa sonora multiplicaba sus sonidos al influjo de la parda luz crepuscular: cada vez se oian mas y mas cerca aquellos pasos misteriosos y aquellas angustiosas esclamaciones que resonáran al través de las montañas.

. . . . . .

Dos fantásticas encinas levantábanse en la parte cuspidal del Citheron, pareciendo presidir aquella magestad. Entre sus huecos y embejecidos troncos distinguiéronse por fin, á favor de las nubes, dos séres humanos, un hombre y una muger... En sus lánguidos continentes veíase estampado el negro sello de un horóscopo fatal, de un padecer sin esperanza, de una espantosa miseria.

Un tan largo como estropeado ropon rozado por descompuestos cabellos blanquecinos era lo que envolvia las formas del hombre bastante ajadas al parecer por el tiempo. En su atezado y desencajado rostro poblado de luengas barbas tambien encanecidas, veíase un cuadro espresivo de encontradas afecciones, de insufrible tormento. Ademas este hombre estaba ciego. Sobre su pecho descansaba lánguidamente la cabeza de su amada é inseparable compañera, como si aquel fuese un mana de fatídicos presentimientos, de recuerdos insoportables. Bella como la luz en su broche, levantaba con sobresalto su cabeza cuya larga y descompuesta melena flotaba á merced de ligeras brisas. Mas que un trage saguntino era el sayal de la miseria, el que marcando sus morbidas y desenvueltas formas daba á su macilento rostro una espresion virginal.....

De vez en cuando y como prensados por un dolor intensísimo exhalaban espantosos quejidos que interrumpian aquel silencio pavoroso.

El viento entre las encinas zumbaba á la par.....

¿Qué secreto, pues, encanto, qué recuerdos, ó qué penas atormentaban á los dolientes viageros? ¿Qué mano oculta los conducia á tales horas en tan lastimero estado al pie de aquellas asombrosas encinas? . . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

No creais, pues, lectoras mias, encontrar en esto nada que os asombre, nada absolutamente, porque no era mas que uno de los muchos ciegos que van ganándose la vida de pueblo en pueblo con el violin y una hija (se entiende por lazarillo). Era tiempo de mucho calor, y esperaron á caminar entre dos luces, pero tuvieron la desgracia de al pasar un arroyo caerse un porrazo el ciego y hacer trizas el violin, que fué cuando se oyó aquella voz tremebunda, os acordais? No era para menos ya veis ¡se les iba la fortuna de las manos! La hija anegada en llanto con la tal rotura no sabia qué hacer, hasta que al fin llamó á su padre la atencion sobre las dos encinas diciéndole, que eran las milagrosas, y que cualquier peticion que hiciesen en sus troncos seria bien atendida de Dios. Asi fué; subieron como he dicho los infelices abatidos de dolor hasta ellas; rezarian cuatro padre-nuestros y alguna salve, luego se irian tan frescos á ver como se hacian con otro violin, y santas pascuas.

SISTO SAENZ DE LA CÁMARA.

CRONICA SEMANAL Y MODAS.

¡Jesus! crónica semanal! esta debia ser quincenal, porque van ya dos números sin que no se enteren de nada. Estas serán con poca diferencia, queridas mias, las palabras que direis al ver el epígrafe, y quincenal seria si no fuesen tan socorridos los últimos dias, es decir, si no nos suministrasen materiales, no digo yo para lo humilde de esta seccion, sino aunque fuese para llenar todas las gacetas oficiales que publique el actual gobierno; al menos entonces estarian varias, y saldrian de su insoportable rutina; pero dejémonos de gacetas y gobernantes, y vamos al asunto.

Madrid, como siempre; digo mal, porque ahora lo ha tomado por su cuenta el ayuntamiento y no va á dejar titere con cabeza hasta que todas las calles del centro esten como nuevas y con su cómodo empedrado de adoquines, pero he querido referirme á las gentes y á los sucesos, y en este concepto repito que siempre es el mismo, siempre en continuo movimiento y agitacion; unos suben, otros bajan, otros ni suben ni bajan, como el ministerio Isturiz y mi bolsillo, ayer en la calle tal tuvo lugar un chasco y hoy en la cual un suceso trágico, mañana prende uno de la policía á Manuel o á Simon por haber ido á revender billetes al Circo, y al otro se hace el tonto con Juan que acaba de hacer una cosa gorda, este es Madrid visto por un lado; ahora veámoslo por otro.

Teatros. qué confusion! qué algarabía! qué furor por aumentarlos! Ocho acabo de sumar en este momento, pero ocho que si pudiera detenerme á dar mi voto, mas de la mitad suprimiria.

El Circo es el que está, como dicen los chicos, mejor que quiere: ese sí, con la Persiani, Salvi, Ronconi y otros de estos acabados en *oni* y en *ini* no hay quien le tosa, y si hay alguno que lo dude, no tiene mas que enagenarse de 30 realetes si es aficionado á verlos de cerca, ó de 34 si quiere el billete con anticipacion y acudir á la representacion de la *Luchia* ó de la *Sonámbula*. En ellas verá la habilidad de todas estas notabilidades músicas y oirá el buen timbre de sus voces. Ahora estan ensayando los coros, la parte que les toca en la ópera de Persiani.—*Il Fantasma*: ademas de esta ópera y de *I Puritani* que está para cantarse y en la que se presentará por vez primera el célebre bajo Marini, piensa tambien la empresa poner pronto en escena el *Alila* de Verdi, que acaba de causar la admiracion y asombro de la Italia: será cantada por la Gruitz y Tamberlik.

Parece que un señor, cuyo nombre no nos importa, trata de quedarse con el teatro de la Cruz y formar compañía de verso y ópera. Hermoso pensamiento es este como vaya acompañado de caridad, porque de otro modo se puede ir á la chanfaina.

Príncipe. Sus funciones ni son malas ni son buenas; asi asi, poca novedad. Las únicas piezas que ha estrenado son *Un Pariénte millonario* traduccion del señor Vega y *El Grumete* tambien traduccion del *Sr. Navarrete*. Lo violento y mal preparado de las situaciones, y el carácter exagerado de sus personages hacen de esta última la cosa mas mala del mundo, pero en cambio es muy cortita.

No sucedió asi en el *Museo*, que inauguró sus trabajos con un drama mónstruo, terrible, sin fin, titulado *Los tres Mosqueteros*, sacado de una novela de Dumas que lleva el mismo nombre. Consta de la friolera de diez cuadros, y cada uno puede pasar muy bien por un acto regular en toda tierra de garbanzos. Francamente, no creí sobrevivir á su representacion, por no hallarme provisto de cama, víveres y demas cosas criadas para la conservacion del individuo. Despues cuando salí tenia la aprension de que dentro del teatro me habian crecido la barba, las melenas, de que habia enflaquecido (pobre de mí si enflaqueciera mas que lo que estoy), y otras cosas á este tenor.

La Cruz. Dias pasados se pusieron en escena las *Travesuras de Juana*, en que la *traviesa Juana* con su mucha desenvoltura y gracia, y al mismo tiempo con aquel cuidado cómico que tiene de sí misma en el proscenio, arrancó mil aplausos del público y mil aclamaciones satisfactorias.

Variedades. Hé aquí un teatrito chiquitin, sí, pero arregladito á ordenanza: ha hecho lo que no ha hecho otro ninguno con toda su bambolla, que ha sido estrenar una comedia en cuatro actos y en

verso, original de *D. Pedro Calvo Asensio* titulada *Valentina la Valentona*. Tómenlo, pues por modelo todos los demas si noquieren ser tenidos por unos PELELES pero hablemos de

MODAS DE CABALLEROS. (1)

Los gabanes de talle largo pero que crucen los faldones uno sobre otro son los que nos mandan en Paris que se lleven; tambien imponen yo no sé qué pena al que se descuelgue con botones en vez de alamares. El pantalon es ancho (¡qué consuelo para mi!) y ha conquistado su libertad, es decir, que naturalmente cae sin el insufrible despotismo de las trabillas.

Para paseo frac de fantasia con faldones redondos; pero cuidado el que lleve á los saracs uno de Brummet y no uno negro con faldones estrechos y redondos por abajo ¡Cuidado! repito. En lo demas sigue todo lo mismo; no tengo que recomendar otra cosa sino que á las lebitas las pongan un bolsillito á la izquierda del pecho, que yo tambien lo haré apenas tenga posibles.

(1) Hoy estoy desatinado: al diablo se le ocurre anteponer al sexo crudo.

MODAS DE SEÑORAS.

Por el último figurin que os hemos repartido, hermosas mias, habreis visto el gusto dominante en los trages de sociedad, que á la verdad es delicado; pero nos resta enteraros en los demas. Para el de calle son preferidas las sedas de aguas y tornasol, al paso que para visitas y aun para casa tienen que ser colores bastante apagados con matices de otros que tampoco sean muy vivos. Los sombreros de seda tienen un corte muy bien entendido, pues dejan lucir el peinado de un modo tal, y de tal modo hermosean que á la que tiene cuarenta años se los deja en veinte, ¡ó heróico primor! Los de paja de arroz todavia no los desecha la moda, y podeis llevarlos sin ninguna aprension de faltar á esta delicada señora. Los semichales se distinguen por la infinita variedad de colores, que sabidos combinar, hacen un efecto maravilloso. Luego las flores tan estrañas que entran en gran parte en vuestro adorno, os hacen aun mas bellas y coquetuelas, que no la abundancia de joyas de oro y pedreria que vestiais la temporada pasada; pero á todo esto, yo no sé por qué me canso en daros armas para que me mateis; ¿quién me asegura á mi que al ver á cualquiera de vosotras envuelta en un trage de tal capricho tan propiamente primaveral no he de perder el juicio? quién? Pero antes que se me olvide debo deciros que el inventor principal de la moda nos escribe desde Paris diciendo que os recomendemos muy particularmente la naturalidad en todo; que ya no se usa fingir, mucho menos con los que os digan amores ó floreos, y que no es lícito dar oidos mas que á los de uno, con que asi haced lo que os parezca, yo ya he cumplido. S. S. DE LA CÁMARA.

ADVERTENCIA.

Creemos necesario advertir que desde el dia en que reciba la Ilustracion el ensanche de cuatro páginas ofrecido en el número anterior, subirá algun tanto el precio de la suscricion si bien los que para entonces sean ya suscritores no esperimentarán gravámen alguno.

OTRA.

Rogamos á nuestros suscritores de las provincias renueven con oportunidad su suscricion si no quieren sufrir el atraso consiguiente en la recepcion de los números.

FE DE ERRATAS DEL NUMERO ANTERIOR.

En el artículo de fondo, segunda columna, y á los doce renglones, donde dice: *de índole traviesa*, léase *de índole aviesa*.

En la misma columna, pero á las 25 líneas en que dice: *examinar sistéticamente*, debe leerse *examinar sintéticamente*.

PRECIO DE LA SUSCRICION.

En Madrid llevado á casa de los suscritores.		*En provincias, franco de porte.*	
Un mes.	6 rs.	Un mes. . . .	8 rs.
Por tres meses.	16	Por tres meses.	20
Por seis.	30	Por seis. . . .	38

MADRID.=1846:

Sociedad Tipográfica de Hortelano y Compañia.

Pasadizo de San Ginés, número 1.

MADRID, 1846. *Domingo 7 de junio.* NUMERO 32.

LA ILUSTRACION,

ALBUM DEL BELLO SEXO.

ADVERTENCIAS.

Tenemos el gusto de anunciar que desde el presente número queda refundido en la ILUSTRACION el periódico de su misma clase, titulado EL DEFENSOR DEL BELLO SEXO.

Mucho debe linsonjear tambien esta medida á las señoras suscritoras de este, porque asi cesarán de una vez las sensibles inexactitudes que seguramente han esperimentado en la recepcion de los números procedentes como con facilidad se concibe del cambio contínuo de propietarios. Pero de hoy en mas, repetimos, no sucederá asi, ni habrá motivo alguno de reclamacion, LA ILUSTRACION cuenta mas tiempo de vida que el DEFENSOR sin que por eso hayan variado nunca sus empresarios y siendo ahora casualmente cuando estos se estaban ocupando de introducir grandes mejoras en aquella, no seria por cierto de temer una de esas ocurrencias desagradables que de tal modo refluyen en perjuicio de las suscritoras. Asi es que pueden estar seguras las que lo eran al DEFENSOR de que mientras dure esta publicacion, se cumplirán con fidelidad y delicadeza todos los compromisos pendientes, si bien se hará (previo el asentimiento de dichas suscritoras) alguna pequeña variacion que en vez de menoscabar abogue por sus intereses. En el número próximo daremos mas amplias esplicaciones.

La empresa ha decidido tambien regalar á los que renueven por tres meses la susericion, los retratos de los colaboradores de ambos sexos, precediendo los de las aventajadas poetisas, como que forman ó componen su mayoria. Y para que los suscritores puedan tener una coleccion

escogida de las mugeres contemporáneas que sobresalgan por su talento, su belleza ó nacimiento, se litografiarán tambien todos los de las que se hallen en este caso, previo su asenso y convenio con la empresa acerca de las condiciones indispensables.

Se combinará de un modo acertado la continuacion de las materias pendientes tanto en el DEFENSOR DEL BELLO SEXO, como en la ILUSTRACION para no burlar de otro modo el interés que hayan logrado inspirar á las suscritoras de uno y otro periódico.

LOS requisitos que ha exigido la amalgama de los dos periódicos, una rotura habida en la máquina de la satinacion, todo ha influido en que este número salga con el atraso de algunos dias, pero confiamos en que persuadidas nuestras suscritoras del buen deseo de la empresa, porque ya tienen pruebas de él, sabrán disimularla prudentes.

De la eleccion de esposo.

—

¡Jesuuus!!! ¡De la eleccion de esposo!! Estoy seguro de que esclamareis, lectoras mias, al leer el encabezamiento, y yo repito, sí, *de la eleccion de esposo*, y por-qué no? ¿Cuál es el principal objeto que se ha propuesto *La Ilustracion*? ¿No es el de contribuir por todos los medios á hacer vuestra felicidad, ilustrándoos y dándoos buenos consejos? ¿Y qué paso dais en la vida, que mas decida de esa felicidad, que la eleccion de esposo? Ninguno: luego *La Ilustracion* debe bajo su responsabilidad dirigir vuestra conducta en trance tan peliagudo. Esta es mi lógica, que buena ó mala, lo cierto es que me costó algunos trabajillos aprenderla.

Si os gustará la máxima que ha de presidir á este artículo, es lo que yo no sé, porque de todo puede tener menos de usada, y en este siglo de los fósforos y de los caminos de hierro, tan escéptico y endiablado, si se oye, cuando menos menos causa estrañeza; pero yo que soy católico, apostólico-romano por todos los cuatro costados, no puedo prescindir de emitirla y hacer porque prenda en vuestro pecho. Lo segundo, bien conozco que es algo dificilillo, porque ya se ve, nacidas vosotras en medio del estruendo de la guerra, arrulladas en la violenta cuna de los trastornos, crecidas entre maleza y lanzadas en el seno de una sociedad de decepciones, tendreis como es natural viciadas las ideas y confundidos los principios; pero el deber de todo buen escritor (no es esto decir que yo lo sea porque ya sé que soy un zarramplin) consiste en no plegarse á las exigencias de la opinion cuando son de mala índole, y por el contrario castigarlas y marcar el carril que deba seguirse.

En este supuesto, teneis que tolerarme todo cuanto os diga sobre la eleccion de esposo, sea ó no de vuestro gusto, porque es donde os veo mas aturdidas, mas sin juicio.

Una de las muchas faltas que cometeis en tan crítico trance, es, que en vez de casaros por razon y despues de una madura deliberacion lo haceis las mas de las veces por fantasía, por ocasion, ó por.... curiosidad, sois tan curiosas! Nunca teneis en cuenta ni aun se pasa por vuestra revoltosa imaginacion, si sois ó dejais de ser propias para ello, ni aun si podrá reportaros la desgracia ó la felicidad. Y aunque vosotras digais que sí, que consultais estas cosas, yo os digo que no, ó que de hacerlo lo haceis muy defectuosamente, con mucha superficialidad. Todo lo que vosotras mirais en el sacramento del matrimonio, quereis que os lo diga? Pues no es otra cosa, que unas, la dulzura de la vida, otras, el fausto y la ostentacion, otras la dignidad, en una palabra todas fijais vuestra vista en los bienes temporales; todas en ver el modo de pasarlo mejor por estos andurriales, que ni aun eso soleis conseguir, porque sin saber cómo se convierte el tálamo en el órgano de Móstoles, y al diablo que lo aguante. Pero yo concedo que lo consigais; que vuestro matrimonio

sea el mismo trono del placer y que os dé ese caracter que tanto deseais en la sociedad, y ahora pregunto: ¿estarán con esto satisfechos todos vuestros afanes y deseos? ¿Habreis creido hacer vuestra suerte de un modo tal que no haya *mas allá*? ¿No entran en ninguna cantidad los principios de la santa religion en vuestros calculos? ¿No teneis ese hermoso sentimiento que debe prevalecer en todos nuestros planes y determinar nuestra conducta? ¿Ese sentimiento grande, sublime, que de tal modo ennoblece y diviniza nuestros instintos?

Gran menoscabo ha sufrido en las convulsiones de nuestra sociedad, es una verdad, que creedlo, arranca lágrimas el confesarla: pero puede muy bien recuperar todo su ascendiente, todo su vigor, con solo separar por un momento nuestra imaginacion de ese foco de raquíticas pasiones, de ese tufo embriagador de la crápula y de la corruptela que empaña nuestras costumbres, y fijarla en el punto siguiente: ¿para qué fin ha sido creado el hombre? ¿Cuál es el objeto que se ha propuesto Dios en su hechura? Y todo el que no sea un bolo dirá: «pues señor el hombre no tiene en esta vida deber mas sagrado que el de complacer por todos los medios á su Hacedor; el de no dar un paso sin consultárselo con el fin de que no se desgracie, y el de acceder á todos sus deseos con la esperanza lisongera de alcanzar la salvacion eterna.» (Porque no creo yo que haya persona tan insensata é ignorante, que aunque se estravie su conducta en el caos de la sociedad, dude un solo momento de los principios que forman el cuerpo, digámoslo así, de nuestra hermosa religion cristiana). Y vosotras en el caso que os he colocado añadireis á esta reflexion «Trato de casarme; este es el paso que por su naturaleza abre las puertas de la eterna felicidad ó de la desgracia eterna. Antes, pues, de darlo y despues de pedir á Dios parecer y proteccion, debo buscar un hombre que por su educacion, sus ideas, su ilustracion, sea capaz de facilitarme la verdadera felicidad facilitándome el camino de la virtud, no un estólido que mas débil aun que yo, fascinado por los halagos y preocupaciones del mundo, en vez de darme la mano cuando esté al borde del precipicio, me empuje con sus desaciertos y me sumerja en el fango y hediondez del vicio. Para conocer cuanto se puede encerrar bajo las seductoras apariencias de un hombre, no tengo todavía bastante formado mi juicio; pero en cambio tengo, porque la naturaleza lo ha dispuesto así, dos séres, un padre y una madre que desde que nací estan trabajando asíduamente en mi felicidad, que no viven sino de mi esperanza, y que en un caso como este me prestarán el grande apoyo de su amor, de su esperiencia, de su reflexion. ¿Por qué, pues, no reclamarlo? Por qué, vendada por un ciego capricho, quizá por el espíritu del siglo, he de correr entusiasmada en pos de mi perdicion faltando á los deberes de la buena educacion, de la naturaleza, del mismo Dios? ¿Acaso el mundo con sus brillantes atavíos, con sus placeres dolosos, con su espíritu de transicion podrá abonarme á los ojos del Señor? ¿Librarme de las terribles consecuencias?»

Hé aquí, hermosas mias, lo que yo quiero haceros conocer y sobre lo que trato de fijar vuestra consideracion tan distraida en frivolidades cuando no en cosas perjudiciales. Yo tambien como jóven he tenido épocas en que desdeñaba alocadillo estas santas verdades; pero hoy me doy á mi mismo el parabien por reconocerlas y hacer que vosotras las reconozcais. Si esto no consigo por ser yo poca garantía, pasad la vista alguno de los muchos ratillos que dedicais al bullicio del mundo por la Sagrada Escritura, y vereis como el ángel Rafael dijo al jóven Tobias: «Casaos en el temor de Dios. Acordaos del ejemplo terrible de los siete esposos de Sara. Los que se casan sin consultar á la Divina Magestad y aun sin pensar en ella; que fascinados por el aparato del mundo no pretenden sino los placeres torpes y libidinosos, esos tienen un fin calamitoso.» Y en otro lugar para probar la indignacion de Dios, cuando no se le pide parecer sobre nuestras importantes resoluciones, cita el ejemplo de los israelitas que negándose á la persecucion de sus enemigos, y retirándose de *motu propio* á Egipto, sufrieron del profeta un terrible anatema en estas mismas palabras: «Desgraciados de vosotros, hijos desertores, que me abandonais sin consultar mi parecer y añadis á vuestros pecados el crimen de desairar mi potestad. No sa-

careis, pues, de vuestra temeridad sino confusion y espanto.»

Mucho me alegraré de que no olvideis mis consejos y de que sigais los trámites que os he marcado, para evitar asi las cuatro cosas tan feas y terribles á que de otro modo estais espuestas, que son: la 1.ª el concitar la ira del Señor; la 2.ª encender la tea de la discordia entre vuestros padres, hermanos y parientes; la 3.ª presentarse al frente de una sociedad con el mal precedente, con el repugnante epíteto de *mala hija*, y 4.ª arrostrar una vida de violencia, de remordimientos, de mezquindad.

SISTO SAENZ DE LA CÁMARA

LA VIOLA DE AMOR. (1)

(Continuacion.)

II.

El rencor por herencia.

Lleno de confianza en la palabra que le diera su antiguo hermano de armas, aguardóle Paolo toda la tarde, aunque inútilmente, pues que el religioso no llegó á la fonda del Mosquete de Anvers hasta la mañana del siguiente dia. Cuando entró en la estancia del proscripto, sintióse de improviso conmovido por un presentimiento fatal, y aun cuando á aquella hora toda Florencia se hallase ya levantada, halló al soldado tendido en su cama pálido y cadavérico. En cuanto al niño, adormecido sin duda por el peso de una grande lasitud, reposaba de las fatigas de su viaje en una cama separada algunos pasos de la de su padre.

—Mucho te has hecho esperar, Giácomo, le dijo el corso con apagada voz y en tono de reprension.

—Verdad es, hermano mio, le contestó el monge; pero Dios sabe que no soy del todo culpable si he faltado á la palabra que te tenia dada. La noche que debia pasar á tu lado, la he tenido que consagrar á una infeliz muger de nuestra patria, la cual se moria por instantes.

—Una muger de la comarca de Corté que se despide del mundo! esclamó Paolo haciendo vanos esfuerzos para incorporarse en el lecho; ¿pero sabes cómo se llama?

—Sí, lo sé, y ahora ya nada debo temer el revelarte su nombre, pues que la infeliz ha cesado de existir. La muger que tan aprisa se moria no era otra que Marthalena, la última esposa de la familia de los Porta, arrojada de su pais por los hombres de Macchis y fugitiva como tú.

A tan inesperada revelacion, estremecióse el corso como si todo su cuerpo se hubiese conmovido por medio de la pila voltáica.

—¡Dios poderoso! esclamó, un Porta, vivia en Florencia, bajo el mismo cielo que yo, y no he podido adivinarlo! El instinto de un odio santo no ha sabido dirijir mis pasos al sitio en que se hallaba, y esta mano vengadora no ha podido concluir en ella la obra espiatoria comenzada en los suyos. Pero el cielo es justo, mi amigo Giacomo... si, una criatura debia acompañar á esa muger moribunda.

—¡Un niño! no te has engañado; si, una tierna niña tan bella y celestial como una virgen de Rafael. Mira lo que ha sucedido, escúchalo y mantente tranquilo porque advierto en tu semblante, cubierto de una palidez mortal, que ya tocas á tu vez la hora en que el hombre necesita de la misericordia divina.

—Habla, pues, le dijo Paolo.

—La comitiva de ayer desfilaba aun por las calles que van á parar al palacio,

(1) Véase el número 28.

cuando sentí que me tiraban del hábito y me volví hácia la persona que me llamaba. Una pobre anciana se habia parado cerca de mí y queria hablarme.

—Padre mio, me dijo, en un cuchitrin cerca de aquí y próximo al claustro de la Magdalena, hay una infeliz que se muere; apresuraos á ir pues que solo la restan algunos instantes para preparar su alma antes de devolvérsela á su criador.

Al decir esto desapareció entre la multitud, encaminándome yo en seguida al socorro de la moribunda. D. Bartholomeo, que es para mí en la vida religiosa lo que tú fuiste en la militar, no titubeó en acompañarme. Llegados á la casa que nos habia sido designada por la anciana, subimos sin detenernos; abrióse la puerta de un mezquino retrete, en que todo anunciaba la mayor miseria, y bien pronto vimos tendida en su lecho mortuorio, á una pobre muger que disputaba algunos restos al soplo de la vida.

—Es decir, tal como yo me encuentro ahora.

—Padres mios, nos dijo la infeliz con desfallecida voz, ved en mí á una proscripta sobre la que se ha dejado doblemente caer la mano del Dios omnipotente.

Contónos entonces y con palabras no tan elocuentes como sus acciones, la matanza que consumaste en todos los Porta, sus parientes y su milagrosa huida.

—Pero aun no está todo dicho, añadió, estaba escrito en el libro de los destinos que yo no debia ser herida tan solo como hija y esposa; ved aquí en mi seno, exánime por las fatigas del viage, una infeliz criatura que bien pronto se hallará sin madre.

Diciendo esto presentó á nuestra vista una linda niña que apenas tendria algunos meses, blanca como una azucena y algun tanto sonrosada. La pobrecilla que no podia comprender lo lúgubre de la escena que se desarrollaba á su alrededor, jugaba con un collar de coral que pendia de su cuello y que en una chapa de oro tenia grabada en letras mayúsculas la palabra METELLA.

—Señora, se apresuró á decirla Don Bartholomeo, porque yo me hallaba mudo por el estupor mas grande; señora, no mezcleis á las inquietudes que os rodean en esta hora solomne, las que os pueden asaltar por la suerte de esta infeliz criatura. Hay en Florencia una noble dama que es la madre de todos los huérfanos, y esta mas digna de compasion que ningun otro, pues que es mas jóven, tendrá menos que sufrir si se entrega á los maternales cuidados de dicha señora.

Una gruesa lágrima apareció como una perla á los ojos de la madre que queria hacer la última caricia á su hija querida, y acercándola á sí, la dijo en voz baja, como si la tierna criatura pudiera comprenderla:

—Metella, héte ya florentina en vez de corsa, como lo era toda tu familia. Sin embargo, hija mia, si la suerte hace que llegues á crecer, jamás olvides á aquellos que han asesinado á toda tu familia.

Este esfuerzo supremo habia agotado todas sus fuerzas. Vila cada vez mas temblorosa, cada vez mas muda Al acabar estas tristes palabras estendió los brazos y voló á la presencia de Dios.

—De rodillas! de rodillas! me gritó don Bartholomeo, y roguemos por ella al señor que tan pródigo es en perdonar.

Yo obedecí maquinalmente á la voz de mi conmovido compañero. D. Bartholomeo cogió en sus brazos á la mísera niña, y la sacó de aquella mansion del dolor.

—¿A dónde la llevó? preguntó el corso frunciendo las cejas.

—A casa de la hija del republicano, de Luisa Strozzi, la madre de toda aquella que pierde la suya. Pero, ¿qué tienes, Paolo? ¿Qué te hace palidecer?

—Nada, es la alegría. Bendito sea mil veces el Dios vengador! Ya no resta en el mundo mas que un Porta, así como dentro de una hora solo quedará un Cremolini.

—Y qué, hermano mio, te dejas aun arrastrar en esta hora suprema por la criminal idea de un culpable resentimiento? Paolo, piensa mas bien en la dicha del otro mundo.

—Mi dicha es la venganza. Lo que yo desearia poder lograr en cambio de la parte de paraiso que he ganado peleando veinte años por el papa, seria el trasmitir mi alma, toda entera, á mi hijo, y dar así á mi cólera todas las fuerzas de mi juventud.

—Pobre loco! hablas de juventud y no ves tus labios tornarse lívidos, ni amortiguarse tu vista poco á poco! Hermano mio,

preciso es que perdones si quieres tú ser perdonado por Dios; olvida si quieres que el juez eterno no se acuerde de tus malas bras. Ademas, crees tú que esa muerte que te rodea con su manto funerario no te torna de todo punto impotente?

—¡No, no! quiero revivir todo entero en mi hijo! Miralo, mira como duerme; pero los papeles van á cambiar. Tan pronto como mis párpados se hayan cerrado á la clara luz del dia, los suyos se abrirán y.... conozco que el mismo fuego que me devora pasará con mas fuerza á sus venas.

—Pietro, añadió el moribundo llamando á su hijo; Pietro, despiértate que se muere tu padre! El ódio hácia los Porta me agovia; esta es demasiada opulencia para un anciano agonizante.... Ven, Pietro, ven á recibir tu herencia!

Pero el niño, en quien un viaje penosísimo habia, por decirlo así, entorpecido todos los miembros, permanecia como pegado á la cama.

—¡No me oye! ¡Mentirá á su sangre! Tráemele, Giácomo.

Pero el religioso mudo de terror, no pensaba en hacerlo.

—Hermano mio, le dijo, piensa en nombre del cielo y por la última vez, en la salud de tu alma.

—Sí, por la última vez evoco la muerte sobre todo lo que aun existe de los Porta!

Este fué su postrer anatema, y cayó pálido, sin vida y con los puños cerrados sobre su lecho de muerte.

—¡Dios del cielo! esclamó el monge despues de una corta oracion; habreis escrito en el libro de los destinos que estas dos razas, igualmente maldecidas, hayan de esterminarse la una á la otra en lo que aun subsiste de cada una?

En seguida sacó de su seno un crucifijo de marfil, y despues de haberlo colocado sobre el pecho del difunto soldado, salió de aquella habitacion, llevando en sus brazos al niño todavia dormido.

(Se continuará.)

Con la mayor satisfaccion insertamos la siguiente poesia debida á la fecunda inspiracion de *Doña Juliana García Suelto*, cuyas dotes poéticas serian mucho mas conocidas del público si á ello no se opusiese su demasiada y mal entendida modestia.

De pasiones exaltadas é ideal robusto, la señorita Suelto, ha escrito bastante y de bastante mérito; pero ha tenido el reprensible capricho de darlo al fuego en vez de publicidad.

Flaqueza y Castigo no lo presentamos como un modelo en su genero, pero si bien carece de esa delicadeza de conceptos que tanto usa su autora en otras muchas composiciones, en cambio nos revela, ó por mejor decir, nos perfila con admirable destreza la violenta situacion de una muger que ve totalmente desvanecidos sus mas hermosos ensueños de amor y estrellados en el amante veleidoso todos sus proyectos de felicidad.

FLAQUEZA Y CASTIGO.

Negra verdad de dichas fementidas,
horas de insomnio y de letal pesar,
os tengo por mi mal bien merecidas
venidme una por una á atormentar.

Venid, y os vea entre la noche umbria
por la mente ardorosa recorrer,
venid, y al vislumbrar de nuevo dia
volvedme en nuevas sombras á esconder.

¡Oh dulce instante de ilusion divina!
cruzaste cual relámpago fugaz,
y horas de espiacion y años de ruina
al alma roban su tranquila paz.

Pasaste para mi rauda centella
tu deslumbrante llama me cegó,
Y es tarde ya, por Dios; tu infausta huella
lágrimas en mi faz solo marcó.

Y cuando sepa mi dolor el mundo,
como á un reptil grosero me hollara
y ante su vista mi dolor profundo
ni aun el consuelo de llorar tendrá.

¡Ay! sufriré tamaña desventura
es el castigo de mi loco amor,
que él no alimenta mi fatal ternura,
ni éste que siento devorante ardor.

Y nunca, nunca una palabra leve

anuncia mejorar mi porvenir,
siempre horroroso mi destino aleve,
por un placer mil años de gemir.

Veo el infierno en llamas centellantes,
siento su fuego y me arrojara en él;
ilusiones, fantasmas aterrantes,
nuevos suplicios de dolor cruel.

Negra verdad de dichas fementidas,
horas de insomnio y de letal pesar,
os tengo por mi mal bien merecido
venidme una por una á atormentar.

JULIANA GARCIA SUELTO.

EL NIÑO DORMIDO.

—

Romance.

Duerme arcangel de mi vida
duerme en tu cuna de flores,
sin que perturben tu sueño
melancólicas visiones.
Languidamente mecido
por los céfiros veloces,
arrullado por el canto
del ángel de los amores,
duerme con tus manecitas
de jazmines y de aloes,
con tus ojos hechiceros,
con tus risas uniformes,
con tu megilla rosada
con tu frente de arreboles.
Deja que llore la virgen
sus perdidas ilusiones,
deja que en torno á la cuna
se agiten, rian, ó lloren,
deja que se alzen las olas
del golfo de las pasiones,
que las flores de tu frente
no han de perder sus colores,
ni alterarán tu sonrisa
lamentos ó bendiciones.
No, que aunque en todo asemejas
la bella imágen del hombre,
eres pobre florecilla
sin vida, sin emociones.
Magnifica criatura
de contornos seductores,
frágil como la belleza,
tesoro de sensaciones.
¿Qué te importa á ti que el astro
bañe con su luz el orbe,
ni que disipe la luna
los oscuros nubarrones?
Ni que la aurora rasgando
los velos del horizonte
vierta su lumbre argentina
sobre altivos torreones,
si tu en el seno materno
hallas luz, vida y amores
sin que en tu cegado oido
resuenen los aquilones,
sin que empañen tu pupila
sombras, luces, ni colores?
¡Duerme arcángel de mi vida
duerme al son de mis canciones,
duerme con tus manecitas
de jazmines y de aloes;
con tus ojos hechiceros
con tus risas uniformes,
duerme arcángel de mi vida
duerme en tu cuna de flores!

ROBUSTIANA ARMIÑO GOMEZ

TRES MUGERES CÉLEBRES.

Continuacion del capítulo II.

—

La princesa Gallitzina, menos sincera quizá en sus creencias religiosas no pensó mas en hacer conversiones.

Una vez instalada ya en su deliciosa villa de la costa meridional, abandonó para siempre el ropon y adoptó otro trage no menos escéntrico, que conservó hasta la muerte.

Muchos de los retratos que adornan todavia su salon de Korois, la representan en trage de amazona, con una chaqueta de hechura completamente masculina, y un gorro polaco guarnecido de pieles.

Su espíritu sarcástico versatil que la habia indispuesto con la corte de San Petersburgo, sus modales nobles, su nombre, su memoria prodigiosa y su inmensa fortuna atrageron bien pronto á su casa toda la nobleza de la Rusia meridional. En muy poco tiempo se vió rodeada de una pequeña corte donde presidia con toda la dignidad de una reina; pero caprichosa en demasía, sus manias la hacian pasar algunas veces meses enteros, en un retiro absoluto.

Aunque habia vuelto á sus ideas filosóficas y aun voltairianas, el recuerdo de Mme. de

Krudner la inspiraba algunas reminiscencias de devocion, que hacian un contraste singular con su manera habitual de vivir.

La princesa Gallitzina murió en 1839 dejando en la sociedad francesa un vacio muy difícil de llenar.

Educada en la escuela del siglo XVIII, perfectamente versada en la literatura y en las artes, poseyendo el idioma francés con esa ligereza burlesca que la habia hecho en otro tiempo tan temible, hallándose mezclada en todos los sucesos, relacionada con todos los hombres eminentes del imperio, poseyendo además un espíritu de crítica y observacion que hacia el encanto de su conversacion, la princesa Gallitzina, hombre por su imaginacion y por la variedad de sus conocimientos, muger por su gracia y su frivolidad ha pertenecido, con sus cualidades brillantes y sus interesantes defectos á un tipo que desaparece de dia en dia.

Volvamos ahora á la condesa Guascher, quien se resignó á dejar los tártaros tranquilos mucho mas filosóficamente que sus compañeras.

Apresuróse á alquilar una casita aislada á orillas del mar, fué á confinarse en ella con una sola de sus doncellas, y siguiendo el ejemplo de la princesa Gallitzina, arrojó su ropon de sayal, para vestir un trage de caballero.

Sin embargo, este retiro no bastó para ponerla al abrigo de la curiosidad que debia naturalmente inspirar.

Un coronel llamado Iranoff, testigo de la llegada de estas damas á Crimea, y de su estraña conducta, siguió con afan los pasos de la condesa Guascher, llevando su curiosidad hasta el estremo de alquilar una casa cercana á la hermita de la noble dama, con la esperanza de sorprender sus secretos.

Durante muchas semanas tuvo que contentarse con seguir á lo lejos á su vecina en sus paseos solitarios, dejando al hazar ese dios de los enamorados y de los curiosos, el cuidado de acercaros y reunirlos: su perseverancia obtuvo al fin un éxito completo.

Una tarde en que nuestro coronel, apoyados los codos sobre la ventana, observaba con interés los progresos de una tempestad que amenazaba ser muy violenta, vino á sacarle de su contemplacion un accidente totalmente imprevisto; sus ojos penetrantes acababan de distinguir un caballero, que sin duda con la esperanza de hallar un abrigo en su casa, galopaba violentamente hácia ella.

La tempestad estallaba entonces con toda su fuerza, el mar lanzaba al espacio sus olas espumosas; todo contribuia á hacer la situacion del incógnito bastante crítica para preocupar vivamente la imaginacion del coronel, cuando un descubrimiento inesperado vino á redoblar el interés de este último.

Era ella, la misteriosa vecina que se dirigia rápidamente hácia él, y bien pronto conoció que su vista no le engañaba.

Encantado con un incidente que tanto satisfacia sus deseos, se apresuró á dejar su puesto de observacion, y bajó á recibir el huésped que la casualidad le presentaba de un modo tan inesperado; pero dejémosle referir su primera entrevista.

(Se continuará.)

ROBUSTIANA ARMIÑO.

Viendo amanecer.

SONETO.

¿Por qué tendeis vuestro fulgor radiante,
oh rayos de la aurora precursores?
¿por qué bañais mi lecho de dolores,
y hasta mi penetrais con vuelo errante?

Ya luchais con mi lámpara oscilante,
ya me anuncian los nítidos albores,
el nuevo sol de amargos torcedores
tras la noche de insomnio devorante.

¡Un dia mas!... y en mi ilusion perdida
ni me anuncia un consuelo á mi tristeza
ni me hace concebir una esperanza.

¡Un dia mas!!.... que en mi cansada vida
amargo como ayer su curso empieza,
cual todos negro sus albores lanza.

C. VILLAMARTIN VALIENTE.

PRECIO DE LA SUSCRICION.

En Madrid llevado á casa de los suscritores.		*En provincias, franco de porte.*	
Un mes.	6 rs.	Un mes. . . .	8 rs.
Por tres meses.	16	Por tres meses.	20
Por seis.	30	Por seis. . . .	38

MADRID.=1846.

Sociedad Tipográfica de Hortelano y Compañía,

Pasadizo de S. Ginés, núm. 3.

MADRID, 1846. Domingo 14 de junio. NUMERO 32.

LA ILUSTRACION,

ALBUM DEL BELLO SEXO.

A LAS QUE ESTABAN SUSCRITAS

AL DEFENSOR.

Aquí de mi péñola; como tiene costumbre de decir en sus escritos cierto amigo mio, á quien no cito porque no se me pone en la cabeza. Aquí, ahora, es cuando yo necesito, hermosas mias, de todos los recursos del arte para salir airoso de mi compromiso; pero no os vayais á figurar que del arte de escribir: nada de eso, porque al fin en un tiempo en que se escribe tanto y la mayor parte de tan mala catadura, malo habia de ser tambien que hubiera por desgracia mia algun quisquilloso que fuera á meterse con este preámbulo (ó lo que sea) y no lo dejara correr con toda libertad de ceca en meca, tan pronto ocupando un lugar entre los frascos

y demas monerías que forman vuestro *toilette*, como sirviendo de juguete á los niños mimados, que es cuando creo las pagará todas juntas. Otro es el arte á que tengo que recurrir si he de cumplir lo que me ordena la Redaccion, el de la cortesía, el de la buena crianza; y aunque yo concibo fácilmente cómo se penetra en un elegante *boudoir*, ó cómo se saluda á ocho, diez ó veinte damas que se hallen juntas, no me sucede así, ó no sé cómo hacerlo, con cerca de *seiscientas* que sois vosotras. ¡Pues es un grano de anís! seiscientas hermosas (porque tengo la aprension de que lo sois todas, ó de que todas teneis alguna gracia) acobardan al galan mas decidido, cuanto mas á mí que aunque jóven he recobrado el juicio que me hicisteis perder, y es un motivo mas para temeros, ó mas claro, para temer el que me lo hagais otra vez perder y volvamos á las andadas... Pero ello no hay remedio, ni sirve darle vueltas. *La Ilustracion* tiene por una casualidad el alto honor de llegar á vuestras manos, y sus redactores estan en el deber, y yo en nombre de sus redactores, de haceros un saludo con todo el respeto, donaire y elegancia posibles; de descubrir mi casco de cabeza ó de calabaza, y otras mil fórmulas y zarandajas concernientes todas al arte de saludar. Ayudadme, pues, á salir de este brete que tantos sudores me cuesta. Ayudadme, repito. Figuraos, ya que no puede pasar de figuracion, que todas esas cortesías y contorsiones las estoy haciendo en el acto de escribir estas líneas, y que por la poquísima gracia que Dios me ha dado no os dejo satisfechas; pero yo os suplico así como en confianza, que os manifesteis tales, si no por la grande responsabilidad que sobre mí pesa, al menos por la fe tan buena con que os las hago, pues bien sabe Dios que á ser mis fuerzas tantas como pura es esta, no digo yo que os haria por escrito uno de esos saludos que arrebatan y ejercen grande ascendiente en vuestro corazon, sino que cuando menos lo pensaseis, me tendriais en vuestro voluptuoso gabinete y sentado á vuestra izquierda, transmitiéndoos verbalmente todas las finezas y galanteos que tanto me recomienda la redaccion. Pero esto, como he dicho, no puede ser, y tanto no puede ser, que me da una pena grandísima solo el figurarme que he de acabar mi incómodo viaje por estos andurriales, sin haber siquiera conocido á la mayor parte de vosotras. Mas es preciso tener conformidad y llevarlo todo con paciencia: ¡tan acostumbrado está uno á privaciones en este pícaro mundo!

Persuadido, pues, como estoy de que os dareis por suficientemente saludadas, aunque no sea mas que en la apariencia, paso con vuestro permiso á enteraros del objeto que se ha propuesto *La Ilustracion*, que tambien es otro de los encargos que se me han confiado.

La Ilustracion, pues, hermosas mias, ó *Album del Bello sexo*, es un periódico como tendreis ocasion de esperimentar que en nada se parece á los demas, á no ser en la forma; y aun-

que esto parece mentira, concíbese con la mayor facilidad. Los unos tratan sobre esto, esto y esto; los otros sobre aquello y lo demas allá; pero ninguno se ha encargado tan esclusivamente como *La Ilustracion* de instruiros, de estudiar vuestros caprichos y halagarlos, de solazar á las que seais desgraciadas, y de recrear á las que seais felices; á las primeras, acostumbrándoos insensiblemente al analisis de los sentimientos infortunados, hasta hacer que borreis con el *difumino*, digámoslo así, de una sana filosofía hasta la mas fuerte sombra de la imágen del dolor: y á las segundas presentándoos en abultado relieve los encantos de vuestra misma felicidad. ¿Os parece poco? pues solo esta circunstancia, si lo reflexionaseis bien, os ligaria estrechamente á *La Ilustracion*; reconoceriais en ella vuestro genio protector; porque confesadme si os da la gana, y si no os da la gana no me lo confeseis: ¿no es cierto que hay momentos en la vida en que parecen conjurarse los mismos diablos contra vosotras lo mismo que contra mi? Momentos de esos que pasan llenando nuestra imaginacion de cien inquietos y turbulentos pensamientos que hacen latir sin órden ni compás vuestro corazon, ya con la violencia de la pasion, ya con la languidez de la ternura, mostrándose cada vez mas y mas rebeldes, cuanto mas y mas se tratan de combatir? Pues en *La Ilustracion* encontrareis el mejor específico, el brebaje mas á propósito para esta clase de padecimientos. Ella os enseñará el modo mejor de manejarlos, de domarlos, y domados que sean, os los subirá con un tacto muy delicado hasta la misma nevera del juicio, de donde duros como cantos, porque estarán ya helados, los podreis estrellar contra el sitio que querais. Y decidme tambien, ya que me ha dado por preguntar: ¿no hay otros momentos que pasan *vice-versa*, esto es, con toda formalidad, dejándoos en la mayor estupidez, en ese estado de tédio y displicencia, en que sin pensar en nada ni haber nada que os distraiga no teneis otro recurso que el de inclinar vuestra desmayada cabeza sobre el cogin de un sofá ó sobre una mullida butaca? Pues aun en esos momentos prefiero engañarme á creer que desairareis á *La Ilustracion*, siendo así que llena de poesía como vosotras, de ideas vagas y vaporosos caprichos, os puede poner en accion la facultad de sentir. El sentimiento, bellas mias, que tiene en vosotras tan celestiales espresiones. Nacidas para él, con él embelleceis la vida repartiéndole entre los seres para que fue creado.

No frunzais las cejas, vosotros hombres, los que leais esta confesion sincera. No os enojeis porque de tal modo vaya á dar con todas mis simpatías á la muger. Tambien habrá entre vosotros, no lo dudo, hombres muy sensibles y de sentimientos muy profundos y esquisitos; pero, qué quereis? he dado yo en la manía de amar el sentimiento bajo las formas lánguidas de las hijas de Eva. Así es como se me presenta mas interesante, mas

falto de auxilio y proteccion. Y en efecto, ¿cómo exigis si sois imparciales el que compare la figura de una muger pálida á fuer de blanca, de ojos hermosos y llenos de dulzura; melena desmayada y flotante en graciosos círculos; de contornos delicados, que pasa delante de mi exaltada imaginacion envuelta en un trage aéreo, á la vuestra, ó por mejor decir á la nuestra, grotesca, de rostro atezado, cubierto de negras barbas, cejijunto, de torba mirada, facciones torpes y venas pronunciadas? imposible. Por lo demas ya sé que cada hijo de vecino tiene su alma en el almario. Esto no quiere decir que *La Ilustracion* os escluya absolutamente de sus columnas, ni que no os proporcione tambien un campo de amenidad en que pueda esplayarse vuestro espíritu á todo su sabor: nada de eso; si no es hoy, mañana os brindará á los que seais flemáticos y cachazudos con un artículo de esos que llenos de enredos y difusos períodos suelen jugar al marro con vuestra calma estóica y burlarse descaradamente de vuestras intenciones: pasado mañana contendrá alguna cosa que á los misántropos y á los que pareceis estar á mal con todo el género humano, os haga desarrugar las cejas y reiros, querais ó no querais. Los literatos siempre tendreis ocasion de gozar, aunque no sea mas que buscando defectos en lo mismo que leeis, y así sucesivamente se acomodará con la mayor picardía á todos los genios y condiciones. Pero he querido dar á entender que el principal objeto de *La Ilustracion*, es y será el de contribuir á mejorar en lo posible la suerte de la muger en sociedad, probar por todos modos su escelencia, educarla hasta la perfeccion, y ahorrar á los padres de familia la mitad de la jornada en la instruccion de sus hijos.

Aquí y por via de paréntesis, al pediros perdon, lectoras mias, por haberos usurpado el derecho de ser únicamente habladas, se me ocurre deciros una cosa, y es, que no sé yo si por estar enamorado, por sentir afecto alguno de otro linaje, ó por no sentir nada y tener la cabeza como un bronce y el corazon como una tabla, me sucede... estoy seguro de que no lo creeriais si yo mismo no os lo dijera: me sucede, pues, que se me van acabando las ganas de escribir, como á vosotras se os acabarán tambien las de leer, y esto no procede de que nosotros seamos unos holgazanes de siete suelas, al menos yo tengo esa conviccion, sino del maldito espíritu del siglo que de tal modo ha frivolizado nuestras almas, contentándonos vosotras con leer y yo con escribir un artículo de los del dia, esto es, un artículito *ligero*, entendeis? Pero así y todo ¡benditas seais mil veces las que me hayais seguido hasta donde he venido á parar; que aunque no es muy lejos, sin embargo el camino no es muy entretenido, á pesar de que algo mas me ha costado á mí el andarlo! ¡Benditas mil veces! repito. Yo os debo eterna gratitud.

Y ahora, tú, proemio ó prólogo, artículo, epístola, saludo, que si te leo me parece que tienes de todo, y

si te vuelvo á leer ya me parece que no tienes de nada; tú en fin, lo que seas, y así no me equivoco, pásalo bien. Sigue tu destino por esos mundos de Dios, que este solo sabe á dónde irás á parar desde el momento en que el correo y los repartidores te tomen por su cuenta. Cuida siempre de cumplir con tu deber y de no dejarme desairado en ocasion alguna. Si acaso oyes decir á algunas lectoras muy escrupulosas y amigas de ceremonias que no quedan satisfechas de la conducta que observo en *ti* para con ellas, discúlpame todo lo posible por la parte que te toca, repitiéndolas mi buen deseo, tanto de saludarlas con toda reverencia, como de al darlas una idea lógicamente desordenada del pensamiento que preside á *La Ilustracion*, darlas tambien un ratillo de entretenimiento, añadiendo, que mis fuerzas no llegan á mas, ó como se dice en mi tierra, que no hay mas cera que la que arde.

¡Adios, adios! Líbrete este de caer en las manos de un niño como hay muchos, y de una criada como son todas; no te transforme el primero en gorra de cuartel, y la segunda en cucurucho de especias: haz por no salir del suave poder de las hermosas, de su perfumado gabinete, que solo así y no de otro modo, al envidiarla vendeciré tu suerte.

SISTO SAENZ DE LA CÁMARA.

JERUSALEM.

¿Por qué te niega el sol su luz rogiza,
Bellísima sultana del Oriente?
Blanca perla que rauda se desliza
Del añoso cedron por el torrente?
¿Por qué, luz de Sion, en la ceniza
Hundes llorosa la gallarda frente?
Jerusalem! Jerusalem! divina,
La solitaria flor de Palestina.

—

Oh! dime, ¿qué se hicieron,
Sultana veleidosa,
La púrpura preciosa,
La túnica imperial?
Quien empañó tu manto
Con sangre del cordero?
Por qué destroza el llanto
Tu rostro virginal?

—

Triste Jerusalem! reina liviana,
Llora, llora sin fin tu desvarío:
Qué te sirven las glorias con que ufana
Dominabas el mundo á tu albedrío?
Qué tus festines y tu pompa vana?
Qué de tu corte el noble señorío,
Si inclinaste por siempre la cabeza
Cuando acusaste la eternal belleza?

—

Oh, cielos! ya se elevan
Con tal furor las mares,
Que invaden los altares
Del pueblo de Israel.
Si: ya del firmamento
Relámpago espantoso
Desciende macilento
Sobre la turba infiel.

—

Llora, Jerusalem, y que tu frente,
Envuelta siempre en funeral sudario,
Se arrastre destrozada y penitente
Por el triste camino del Calvario.
Empáñase del sol el rayo ardiente.
Cubriéndose de manto funerario.
Luto, desolacion y desventura,
Luto y desolacion la noche augura.

—

Tembló la frágil tierra,
Perdió la luz su encanto,
Rasgóse el velo santo
Del templo de Sion.
Y elévase en la cumbre
Del Gólgota divino,
El signo peregrino
De eterna redencion.

Y en la triste mansion de eterna calma
Súbita luz penetra fulgurando,
En los senos recónditos del alma
La esperanza y la vida renovando.
Alzóse el hombre Dios, la noble palma
De inmensa libertad enarbolando,
No mas, hijo de Adam, llores tu suerte
Que ya cesa el imperio de la muerte!

—

Abrióse del sepulcro
La boca ennegrecida,
Y el alma desvalida
Su velo tiende audaz;
Y al Limbo nuevo canto
De libertad entona,
Y al hombre vil perdona
La inmensa caridad.

—

¡Perdon, Dios de Jacob! que del altura
Riges el Orbe con tu sacro aliento,
Que apuraste del cáliz la amargura
Y espiraste tranquilo en el tormento.
Feliz si de mis cantos la tristura
Sube hasta tí cual fúnebre lamento.
Perdon, Señor! perdon, si loco el hombre,
Se olvidó un dia de adorar tu nombre!

—

El hombre! pobre ciego
Que vaga en las tinieblas!
Su espíritu de nieblas
Cercado está, Señor;
Deten ¡oh Rey! tus iras,
Calma los elementos,
Aplaca de los vientos
El choque aterrador.

—

Perdon, Señor! perdon! yo tus altares
Regaré con mis ojos noche y dia;
Y elevando á tu gloria mis cantares
Tranquila me hallarás en mi agonía;
Tal vez el llanto que derramo á mares,
Y el intenso dolor del alma mia,
Llegando hasta tu trono refulgente
Logre calmar tu cólera potente!

ROBUSTIANA ARMIÑO GOMEZ.

LA MUGER EN AMÉRICA.

Si hemos de creer á Montaigne Montesquieu, la América en la época de su descubrimiento, contaba por lo menos con cuatrocientos millones de habitantes. Nosotros no aventuraremos como Humbolt y Gahatin la cifra numérica á que han reducido esta inmensa poblacion cuatro siglos de conquistas y de civilizacion, pero sí diremos, que hay paises enteros donde no hay un solo indígena, donde toda la raza ha desaparecido. Aquellos antiguos habitantes que no consintieron en vivir en medio de los nuevos dominadores, adoptar sus costumbres, su civilizacion, arrastraban la existencia mas miserable.

No será por cierto, en medio de estas tribus perdidas en las *sabanas*, errantes por los bosques, donde iremos á estudiar la suerte de la muger en América; nos referiremos por el contrario á lo general de esta, al tiempo de la conquista, y veremos lo que era aquella cuando los europeos vinieron á sorprender este vasto pais en medio de su civilizacion y de sus costumbres.

Al estudiar la América, se llena uno de admiracion al encontrar en medio de estas naciones salvages dos grandes pueblos, los mejicanos y los peruanos, en quienes la civilizacion habia hecho inmensos progresos. Los monumentos de todas clases hallados entre ellos, atestiguan que ya habia en sus artes y en su estado social una verdadera decadencia. ¿Cómo estas naciones se habian elevado á tal punto de grandeza en un mundo enteramente nuevo? ¿Cómo esplicar aquel prodigioso desarrollo de industria, de artes y de ciencias en medio de poblaciones salvages, sin artes, sin industria, sin civilizacion? ¿Cómo esplicar la existencia problemática de las ruinas monumentales encontradas en las riberas del Ohio y del Mis-

sisipí, que de tal modo atestiguan ser los restos de una civilizacion grande? Todas las conjeturas formadas por los diferentes autores con motivo de estas ruinas, estan lejos de satisfacer el entendimiento, y hasta ahora el secreto de estas civilizaciones sorprendentes está hundido en la oscura sima de los siglos que pasaron.

Una cosa sola hay de cierto, y es que todos los pueblos americanos, salvages ó civilizados, han llevado en sus emigraciones aquellas tradiciones sacadas del tronco, digámoslo así, original. Era comun entre ellos la conducta respecto á la muger.

Entre los habitantes del Canadá, de la Virginia, lo mismo que entre los hebreos y las naciones primitivas del Asia, se consideraba á las mugeres como impuras todo el tiempo que estaban sujetas á cierta molestia periódica.

Para el hombre que observa atentamente, hay en la historia de las naciones, las mas separadas unas de otras, hechos y creencias comunes que prueban evidentemente, al mismo tiempo que la fraternidad y origen, la verdad de las narraciones bibli cas. Si tuviéramos que probar estas verdades, si dedicáramos á este asunto una obra especial, no nos costaria un trabajo grande reunir documentos de la mas alta importancia, las pruebas mas incontestables. Tal vez un dia si las fuerzas no nos abandonan, abordaremos este trabajo interesante y procuraremos resolver un problema que enlaza tan gran número de hechos científicos é históricos.

Pero observemos, como nos hemos propuesto, el estado social de la muger en América en la época á que nos vamos refiriendo.

La muger estaba degradada, envilecida y víctima de su esclavitud. La poligamia, el divorcio, la promiscuidad de sexos, la polizandria, existian entre los americanos como entre los asiáticos, los africanos, y como en otro tiempo lo estaban entre los pueblos paganos de Europa.

En Méjico, en el Perú, paises los mas civilizados del Nuevo Mundo, reinaba la degradacion mas profunda, la inmoralidad mas repugnante. Allí como en todas partes, á medida que la humanidad abandonada á sí misma hacia progresos en las artes y en las ciencias, crecia tambien la depravacion moral.

En comprobacion de esto, vamos á referir algunas costumbres y hechos. En Panuco, villa de Méjico, se compraba una muger por un arco, por flechas ó por una red de pescar.

En la mayor parte de los paises de América, la muger era considerada como una cosa que entraba en la propiedad absoluta del marido. Las jóvenes no eran consultadas respecto á su matrimonio. Sus parientes las vendian y las entregaban sin contar con su voluntad. Entre los Izclatlans, cuando un jóven queria casarse, lo ponia en conocimiento del párroco, que le hacia subir con él á la torre del templo y desde ella despues de haberle cortado un mechon de sus cabellos, gritaba con toda su fuerza: «*fulano quiere casarse.*» Entonces el jóven bajaba precipitadamente, y la primera doncella que encontraba se veia obligada á casarse con él. Esta costumbre vista de cierto modo tenia algo de poética, porque el amor podia conducir cerca del templo á la que el jóven desease para esposa; pero bajo otro punto de vista era odiosa y altamente inmoral, porque podia suceder facilmente que una jóven fuese violentada á unirse con un hombre aborrecible. En todos estos pueblos, un marido podia abandonar á su muger cuando le pareciese, sin necesidad ni aun de buscar pretesto para ello. Entre los Cuaxtotitlans, una muger acusada de adulterio comparecia delante del cacique y si se la reconocia como culpable, se la hacia en el acto pedazos, los que se repartian entre los testigos.

(*Se concluirá en el próximo número.*)

MODAS DE SEÑORA.

Por la falta de espacio no podemos ahora estendernos cuanto deseamos en esta seccion del periódico tan curiosa principalmente ahora que es cuando ese mágico fantasma de la moda hace tan rápidas evoluciones; pero satisfaremos en lo posible á nuestras suscritoras advirtiéndolas los trages que mas descuellan entre la gran diversidad de gustos que observamos, tanto en los figurines como en las principales sociedades y paseos de la corte.

En vestidos compiten los crespones blancos de la China, con los negros caprichosamente bordados de colores: tambien los encarnados de color muy vivo vienen á formar un tercero en discordia.

La *tartalana* sin embargo obtendrá muy pronto el triunfo para vestidos, por ser una tela de maravilloso efecto y de singular frescor. Los *chales* de encage juegan con los de muselina bordados, consiguiendo aquellos en mas grado la simpatía de nuestras *fashionnables*. En manteletas, prefiérense las de *barege* clonco, pero han de ser guarnecidas de una franja ancha.

Los vestidos son de manga corta y guarnecidos tambien de volantes festoneados.

Los sombreros de paja de Italia, pero sin *vabolet*, son muy de moda y mas todavia si son abiertos de ala con una pluma de avestruz y crespon-rosa confundido con encage.

Nuestras elegantes han adoptado tambien á imitacion de las parisienses unos botines de raso negro con puntas de charol.

DE CABALLERO.

Los talles bajos en toda prenda son de rigor. Para paseo llévase una levita corta con una fila de botones, chaleco largo, pantalon de lana ligero ancho de arriba, cayendo en disminucion sobre la bota con trabillas ó sin ellas; para el cuello han conseguido un éxito brillante las chalinas á la *Joinville*, es decir, con un gran lazo horizontal.

El frac se lleva á la inglesa: talle muy ceñido y que baje figurando con disimulo un ángulo. Al lado izquierdo del pecho y algo bajo, un bolsillito; las mangas anchas de arriba y ajustadas de abajo. Los faldones deben ser bastante cortos y redondos. El pantalon á la húngara, suelto ó con estriberas.

Es material que estos vayan sueltos ó abrochados.

ADVERTENCIA.

Aquellas suscritoras que lo eran al Defensor *y deseen la coleccion completa de la Ilustracion con el fin de leer las diversas curiosidades y lindas novelas que contiene, podrán obtenerla por un precio muy módico, con tal que así lo hagan presente á la redaccion, y lo mismo si no quisiesen mas que desde el número ó números en que hayan empezado las dos novelitas pendientes que tan grande interés han logrado escitar á nuestras suscritoras.*

FE DE ERRATAS DEL NUMERO ANTERIOR.

La suscritora que se guie por la numeracion para el buen arreglo de las colecciones, debe tener entendido, que aunque el número anterior es 32, debe ser 31.

A pesar de que por las fechas se puede concebir fácilmente esta equivocacion, no creemos por demas advertirla.

MADRID, 1846.

Imprenta de la Sociedad de Operarios,
Calle del Factor, número 9.

MADRID, 1846. Domingo 28 de junio. NUMERO 33.

LA ILUSTRACION,

ALBUM DEL BELLO SEXO.

LA MUGER EN AMÉRICA.

(*Conclusion.*)

Hermoso seria ahora detenernos á esplicar escrupulosamente la diversidad de hábitos y costumbres que se observaba en esas arenas américanas, y el estado selvático en que se hallaban sus habitantes; mas prescindiendo de que trabajo tan árduo no cuadra bien á un artículo de periódico, hemos prometido en el número anterior dar una idea de lo que respecta á la muger, esto es, de ver si en dicho estado, es ó no mas feliz que en la culta Europa, y de no serlo, convencernos de que en la civilizacion es donde la muger debe cifrar todas sus esperanzas, y estar segura de que cuanto mas se aproxime á su perfeccion la sociedad, mas y mas se aproximará ella tambien al porvenir, que tanto desea, y al uso de los derechos que sordamente reclama.

Si entre los Guaxtotitlans, dijimos que á la muger acusada de adulterio se la hacia barbaramente pedazos, en Tierra firme se la quemaba viva, y se inventaban martirios

que repugnan á nuestra misma pluma transcribir.

En cuanto á las doncellas, gozaban en todos estos pueblos de completa libertad, sin que nadie las pidiera cuenta de su conducta. En el Perú, los casamientos se efectuaban de un modo que puede decirse escluia completamente la libertad de la eleccion. Las jóvenes no debian casarse hasta cumplir los 18 años, y los jóvenes hasta los 24. En cierto dia del año el *Inca* casaba á todas las personas de su familia apenas cumplian la edad prescrita por la ley. Su hijo, estaba obligado á casarse con su propia hermana, y á falta de esta con su prima ó tia, porque no podian sufrir que la sangre del sol, como ellos decian, se mezclase con la de otros hombres. Entre los brasileños las jóvenes se entregaban á los hombres libres: sus parientes las ofrecian á los estrangeros; pero una vez casadas, si se las probaba el adulterio eran apaleadas fuertemente por sus maridos. En algunas poblaciones, si una muger moria teniendo un niño de corta edad, se le colocaba vivo en la misma sepultura con los labios pegados á su pecho para evitar el que quedase huérfano alguno sobre la tierra.

Tambien hay tribus en que la muerte del *cacique* era la señal de sangrientos sacrificios. Se inmolaban sobre su tumba cierto número de súbditos, lo mismo que á su muger favorita, y en muchos casos á cierto número tambien de sus concubinas. En América como en la India, hay tambien el hábito repugnante de sacrificar á los niños para fertilizar con sus cadáveres la tierra. En los anales de la propagacion de la fe se encuentra la narracion de uno de estos hábitos, cuyos pormenores hacen estremecer. Se trata de una jóven ya de 16 años, que durante seis meses permaneció forzosamente aislada, y á la que alimentaban con las mejores sustancias para que engordase. Se la anunciaba que muy pronto tendria lugar una gran fiesta en que seria la heroina, entreteniéndola de este modo y escitando el interés de la infeliz que ya deseaba con impaciencia ver realizados tan lisonjeros anuncios. Pero ese dia y esa fiesta con tanta impaciencia esperados llegaron al fin. Ella misma tomó parte en los preparativos de la solemnidad, cortando con sus propias manos teas resinosas y estacas. ¡Desgraciada criatura, cuán agena estaba de que estas serian muy pronto los instrumentos de su suplicio! Con efecto, los sacrificadores la ataron á estas mismas estacas y la quemaron con las teas en varias partes de su cuerpo; y despues, cuando la rabia fanática se vió saciada, el gran sacrificador la lanzó una flecha á mitad del pecho que bien pronto fue seguida de otras mil. La sangre inocente corria, la victima espiró. Entonces el gran sacrificador la abrió el pecho, la arrancó su corazon palpitante aun, y le devoró á vista de la asamblea.

De cualquier modo que se consideren estos hábitos, creemos que no habrá nadie que se atreva á encarecer las ventajas del estado salvage. En cuanto á nosotros que escribimos estas páginas para mostrar cuán abyecta y desgraciada es la posicion de la muger por todas partes donde el rocio del Gólgota no ha llevado aun sus bendiciones, no llevaremos mas allá nuestras investigaciones relativamente á los pueblos salvages. Creemos haber dicho lo bastante en la sucinta reseña que hemos hecho.

¿Se quiere acaso que conduzcamos al lector á las miserables hordas de la nueva Holanda, donde la madre en los dias de hambre coge á su hijo por los pies, le golpea contra una piedra y prepara una horrible comida para su marido y demas hijos? ¿Seguiremos á los viajeros á los archipiélagos del Sud, donde la depravacion ha llegado á tal punto, que es imposible que un estrangero llegue sin ser objeto de proposiciones las mas cinicas, y donde los actos que la naturaleza y el pudor exigen se oculten bajo el velo del misterio y del aislamiento, tienen efecto á la vista de todos? ¿Penetraremos en los paises del Norte de la Europa, del Occidente del Asia, donde las mugeres estan

á merced del que las quiera? No; preferimos abordar aquí asunto de esta naturaraleza, reservándonos para algun otro dia el echar una ojeada sobre la suerte de la muger entre los musulmanes.

LA VIOLA DE AMOR (1).

Continuacion.

III.

El guitarrero y la florista.

Quince años habian ya transcurrido sobre la Italia y sobre el mundo todo, despues que el soldado del duque Juan habia bajado á la mansion de la muerte, dejando á un pobre monge del convento de Misericordia el cuidado de educar á su hijo, legándole al propio tiempo la mision de mantener en su memoria la idea de una venganza implacable. Desde entonces Florencia habia cambiado enteramente en su aspecto político. El gran duque Alejandro, ya medio gastado por los escesos de las mas degradantes voluptuosidades, habia sido por fin sacrificado á la libertad florentina. Aquel primo del príncipe, aquel Lorenzino tan débil y tan pálido, tambien gastado en la apariencia por un desfallecimiento prematuro, era el hombre de bronce que el ojo penetrante del corso habia adivinado á primera vista. La orgía no ocupaba para él sino una mitad de sus solícitos cuidados. Mas aficionado aun al estudio de la política que al culto de las letras, habíase desde muy jóven apasionado, consagrándoles un culto de admiracion á los héroes de la antigüedad que libertaron á su patria de los opresores que la profanaban. Harmodio y Haristojiton, el padre de Girginia y los dos Brutos, eran aquellos héroes de su culto admirador. Luego ya mas tarde, haciéndose una virtud de la admiracion que profesaba á un grande hombre, habia resuelto desde su destierro de Roma imitarlos, y con el objeto de aproximarse á su primo sin despertar sospecha alguna no habia temido el descender á la vista de Italia hasta representar el papel, tan infame á menudo y siempre maldecido, de ministro de sus escandalosos desórdenes. Esto duró por espacio de cinco años; otros tantos siglos para un alma tan impaciente como la suya. Pero al cabo de este tiempo y cuando ya el sentimiento de un desprecio soberano se unia á la persona del gran duque, atrájolo á su casa en una clara noche de Enero, asegurándole que allí hallaria á la esposa de Leonardo Gironi, de quien estaba ciegamente enamorado; y allí, en un lecho magnífico y luego que Alejandro se hubo negligentemente desnudado de su soberbia cota de malla, tomó un puñal, y hundiéndoselo varias veces en el cuello y en el pecho dejólo cadáver á sus pies.

Pero este acto de heroismo de un nuevo género en nada sirvió al ciudadano de Florencia. Lorenzino cuya sublime simulacion todo el mundo ignoraba, era harto evitado de las personas honradas. Obligado á obrar por sí solo, érale imposible el admitir en su secreto á los enemigos del duque, y dándoles parte de su proyecto hubiesen todos dudado de dar fe á su palabra. Esto basta para esplicar cómo Cosme I, otro primo de Alejandro, fue conocido de la república á la muerte del gran duque. Diráse ¡ay! que los pueblos de todos tiempos y paises son incorregibles: libradlos del hombre á quien detestan y esto no obstante dejaránse sorprender de nuevo por otro no menos odioso.

Con Cosme de Médicis comenzaron nuevamente las persecuciones en esa ciudad de Florencia, teñida tan amenudo

(1) *Véase el número* 31.

con la sangre de sus propios hijos. Veinte familias patricias fueron proscritas y cuatrocientos treinta desterrados de todas clases sentenciados á muerte. Uno de los mas poderosos gefes del partido republicano, Fhilippe Strazzi, á quien el pueblo rendia siempre veneracion, fue arrojado en un calabozo de la ciudadela; pero el ilustre anciano, prefiriendo la muerte á una existencia llena de ignominia, se suicidó con una espada que pudo haber á las manos, en aquella prision en que se hallaba con centinelas de vista y tratado con el mayor rigor por los soldados del papa y los del emperador de Alemania, enviados para prestar apoyo al nuevo tirano.

En medio de aquellas tormentosas sacudidas igual fue la suerte que cupo á seglares y religiosos; Don Giacomo desapareció un dia como tantos otros, obligado sin duda á abandonar la tutela que en obsequio de la amistad habia aceptado. El niño que dejara en Florencia habia ya llegado á ser un hombre; Pietro se habia desarrollado bien pronto en una época y una ciudad en que la guerra civil se hacia sentir con demasiada frecuencia; mejor diremos casi diariamente, en las calles y entre todos sus ciudadanos. Sin embargo nuestro jóven no habia abierto sino con desconfianza su alma juvenil á esas emociones del momento. Aquel suelo que lo habia recibido fugitivo, no era su patria, y ademas hacia largo tiempo que la terrible espada de su padre habia sido arrebatada de su vista. Aun cuando amase la libertad con mucho entusiasmo, como siempre se la ama en la juventud, pensaba no obstante dirigir su actividad hácia otra cosa; aquellas discordias civiles á las que quizás erróneamente se imaginaba permanecer estraño, le dejaron la libertad de elegir una profesion, y si le era posible, el crearse una familia.

Florencia, aun á pesar de las heridas que el hacha del verdugo y el plomo ducal habian hecho en su corazon, era en aquel tiempo la patria de las artes y del ingenio. Hasta los enconos entre el pueblo y su soberano se habian acallado un poco, si no concluido. Cosme I, por vanidad mas bien que por aficion á lo bello, que no podia comprender, habia continuado las tradiciones de los Médicis. Compraba el palacio Pitti, lo hacia concluir á su costa y llamaba del centro de la Holanda, de Italia y de España, los pintores, los cinceladores, los poetas y los músicos: verdad es que estos huéspedes de todos los paises, atraidos á Florencia, no sanaban las impias heridas que el ostracismo y la persecuccion habian hecho en el seno de las familias; pero al menos su llegada adormecia poco á poco los hondos resentimieutos que se albergaban en todos los corazones. Los ciudadanos se contentaban con dejar á sus dueños hacer la guerra á los suyos propios y degollar casi á un tiempo á sus dos hijos mayores en las cazas de los Maremmes. El oro, las ricas pinturas, el mármol sabiamente trabajado, y el bronce vaciado por los discípulos de Benvenuto Cellini, cubrian la ciudad desde los cimientos á la cúspide y circundaban, por decirlo asi, de una sombra seductora los charcos de sangre de que se hallaba manchado el embaldosado de las calles y plazas. La poesia siempre consoladora, murmuraba el olvido sobre todos los hechos, y la música inagotable en conciertos celestes, impedia el oir los suspiros de las viudas y horfelinos.

En esta misma época vivia en Florencia y en la calle de Sainta-Maria-de-Novella, un hábil artista que ejercia desde su mas temprana edad la profesion de guitarrero, pero que era ademas un poco poeta, algo músico y con algunos conocimientos de pintura, segun moda entre los mejores inteligentes de aquel tiempo. Todos habrán adivinado ya que el digno artista de quien acabo de hablar no era otro que Pietro Cremolini. Solo tenia á la sazon veinte y cuatro años, y era un hermoso jóven, vigoroso y enteramente apasionado por una composicion dramática. A pesar del elevado talento de que diariamente daba pruebas en la construccion de instrumentos músicos, jamás habia podido salir de la pobreza. Pero esto se esplicaba en dos razones, consistiendo la primera en que el religioso que lo ha-

bia educado solo, le dejara por via de herencia lo indispensable para comprar los útiles de su profesion; y la segunda porque se hallaba ciegamente enamorado, causa que esplica muy bien el tan conocido refran que dice: *á corazon lleno, bolsa vacia.*

Frente por frente del obrador de Pietro, y en una modesta vivienda, habitaba una linda jóven, morena, llamada Metella. En Italia todas las muchachas bonitas tienen igual nombre, á menos que no sea el de Gioja, Ginla ó Ninetta.

Por lo que respecta á aquella de quien hablamos, tenia unos muy grandes y hermosos ojos para que nadie dejase de hallar conforme el nombre que habia recibido en el santo sacramento del bautismo. Ultimamente, esta era la que los italianos llaman una buena *ragazza*, de las que aun existe hoy un crecido número, viva, jovial, complaciente y que ganaba bastante alegremente su vida en hacer flores para adornar las cabezas de las aristocráticas damas, y el sombrero de la humilde campesina.

(*Se continuará.*)

POESIAS.

—

Tenemos fundado motivo para esperar que tan luego como nuestro amigo y distinguido poeta D. José Zorrilla se halle mas desahogado de un trabajo literario importantísimo de que se ocupa, honrará las columnas de nuestro periódico con algunas de sus admirables inspiraciones.

A UNA PALMA.

—

Hermoso airon del desierto,
Señora de Berbería,
Bordada de argentería
Con remates de tisú,
Guárdete Dios en el llano
Para asombro de su cielo,
Que no hay planta sobre el suelo
Mas arrogante que tú.

—

Bien haya tanta hermosura
Clavada en el horizonte,
Cuando ostentas tu figura
Del crepúsculo al través:
Cuando el pabellon celeste,
Teñido de ópala y grana,
Refleja una carabana
Tendida bajo tus pies.

—

Bravo mundo independiente
Que á ninguno dobla el cuello,
Cuyo trono es un camello
Y su alfombra un arenal.
Pueblo que lleva sus leyes
Colgadas en una lanza,
Sin mas fé que la venganza
Ni mas Dios que su puñal.

—

Que si da su voz al viento,
Los ecos de sus canciones
Son ahullidos de leones
Que olfatean el botin;
Que al danzar en la llanura
Con aparato valiente,
Apura el caliz hirviente
Del carniboro festin.

—

Oh! cuando al pálido brillo
De la Luna magestuosa
Alzas tu frente pomposa
Hasta la bóveda azul,
Los penachos que se tienden
Por el espacio, brillantes,
Son los lazos ondulantes
De una túnica de tul.

—

Rival del tiempo tu planta
Mas se afirma con las horas,
Mas tu copa se levanta
Con desdeñoso ademan.
Mas ¡ay! si el Simoon quemante
Lanza su voz soberana,
¿Do te llevará mañana
La mano del huracan?

—

En vano tanta altiveza
Sobre la cumbre radiando
Arrostrará con fiereza
Del torbellino el teson;
Que el chal de brillante arena
Que tanto, reina, te encanta,
Será para tu garganta
Magnífico cinturon.

Guárdete Dios por hermosa,
Centinela de la noche,
Ancha tienda vaporosa
Del campamento oriental:
Asi la brisa templada
Que columpia tus pimpollos
Refresque tu sien tostada
Por el eterno fanal.

—

Que es grato en medio el misterio
De una noche sin ruido,
Verte velar un imperio
Que duerme en frente de tí.
Mientra el aura con esceso
Dando música á tus hojas,
Estampa en tu copa un beso
De africano frenesí.

—

Que es grato á la luz del dia
Verte con pompa y decoro,
Tender tus flecos de oro
Sobre el tronco de coral:
Bien como altiva sultana
De rubia y riza madeja,
Que libre vagar la deja
Sobre el hombro virginal.

—

Cuando el aquilon violento
Con aterrador empuge
Remueva tu hondo cimiento
Matando tu brillantez,
¿A quién contarás la historia
De esos siglos que pasaron,
Hoy trocados en escoria,
En miseria y fetidez?

—

¿A quién dirás esos cuentos
Que estampó sobre tu copa
La errante y bárbara tropa
Que camina en peloton?
¿Esas fábulas mentidas
De amores y encantamientos,
Hoy fantasmas carcomidas,
Gusanos de tradicion?

—

Oh! si es solo tu destino
Presentar en lontananza
Al cansado peregrino
Tu anchuroso quitasol,
Despliega al aire tus flecos,
Bella criolla de Oriente,
Antes que abrase tu frente
La roja llama del sol.

A. HURTADO.

LA PARTIDA.

—

CANCION

dedicada á la señorita doña Julia Azcorve de Escalante.

Adios, amor cariñoso,
Que en ilusion bienhadada
La imágen de mi adorada
Grabaste en el corazon.
Amor nutrido en el bosque
Cual flor que en él nace bella,
Y aquí marchito como ella
Al soplo del aquilon.

Adios, mi valle querido,
Do en deliciosa fragancia
Se deslizára mi infancia
Entre placeres y amor.
Entre placeres que huyeron
Llevando en pos mi ventura,
Para llenar de amargura
De mis ensueños la flor.

Pluguiera entonces al cielo,
Pues tales son sus rigores,
Para evitar mis dolores
Segar mi vida tambien.
Que al encerrarme la losa
De la muerte en la morada
Viera mi dicha colmada
Y recobrado mi bien.

Felice entonces, el mundo
Con sus perfidias dejara,
Y el corazon no llorára
La ventura que perdí.
Que fuera la negra tumba
Un consuelo á mi quebranto,
Y mitigara mi llanto
Al separarme de tí.

JUAN ANTONIO DE ESCALANTE.

CRONICA SEMANAL.

Al comenzar á escribir una crónica de esta naturaleza (porque de otra no las he escrito) siempre me ha sucedido, lectoras mias, lo mismo que me sucede en este momento, que es pasar las penas del purgatorio, porque nada inflama la imaginacion y todo tiende á sumirme en una galvana oriental. Leo con afan todos los periódicos nacionales y estrangeros, ando siempre á caza de algun sucedido, que de contaros sea por su novedad ó interés, y no saco mas que lo del negro del sermon, es decir, que cuanto oigo, veo y leo estamos tanto vosotras como yo, cansados de saberlo. Asi es que nunca echo tan de menos como en tales casos aquellas aventuras y devaneos de la sociedad española en sus verdes mocedades. ¡Siquiera, siquiera viviésemos en los felices tiempos de Felipe IV, en aquellos tiempos que con tal entusiasmo nos pintan los dramas de Calderon, entonces, oh! entonces qué á sabor podria amenizar la lectura de una crónica! Si ahora hubiese aquellos encuentros que habia en las frescas mañanas de abril y mayo á la tibia luz de una luna inspiradora, aquellas citas llenas de misterio, aquellas poéticas tapadas, aquellos contrastes de tan maravilloso efecto, aquella vida en fin tan animada como caballeresca! La crónica de la *Ilustracion* seria el jardin á que acudirian las hermosas llenas de fé y entusiasmo á dilatar su imaginacion. Pero ahora, ya se vé, ¿de qué las tengo yo de hablar?

Estas son las reflexiones que me hago yo aqui para mis adentros, y es así; ¿qué puedo yo haceros saber que si vosotras no lo sabeis ya, no hayais al menos oido alguna cosa que se le parezca? nada. Entre nosotros no hay nada nuevo. La sociedad se repite á cada paso, los hechos pierden por lo tanto su interés y de aqui el que no pueda uno formar una crónica con su sal y pimienta.

Pero ya que estoy sobre el potro voy á hacer aqui á mi modo un baturrillo de las funciones teatrales habidas en estos últimos dias, y de lo que me vaya acordando: el caso es no desperdiciar lo poco de que puede uno echar mano.

El Circo. El Circo, si atendemos á su actual temperatura es insoportable, atentatorio contra la salud del individuo: las lunetas forradas de paño, un olorcillo de mil diablos por falta de policia, luego aquella mole de polvo que se forma, todo parece rebelarse hasta con los mismos empresarios; pero si lo consideramos artisticamente no encontraremos espresiones con que alabarlo, pues ha habido diario en esta corte que para probar la maestria con que las principales partes de la compañia desempeñaron sus papeles en la ópera del *Berbiere*, no ha tenido inconveniente ninguno de transformar esta en edificio y decir: «El magnífico *edificio* del Barbero de Sevilla, gloria del célebre Rossini, no podia vacilar en el *gusto* del público madrileño, teniendo por *capiteles de las columnas* la gracia y floreos de la Persiani y de Salvi, y por *base* las gigantescas facultades de Ronconi y Marini.» De gigantesca no tendrá nada la idea, si se quiere, pero de...: *peregrina* tiene mucho.

Teatro del Principe. Dias pasados se ha representado *la Rueda de la Fortuna*, siendo aplaudida con el mismo entusiasmo que el primer dia. Puede que el público quiera recompensar á su autor en aplausos los malos ratillos que le han dado haciendo inútil lo que tantos desvelos y privaciones le habia costado.

Tambien se ha puesto en escena el drama de Dumas titulado *La Hija del Regente*. De cuatro actos interesantes que consta, gustáronnos mas los dos últimos por ver exactamente perfilados en ellos esos caractéres tan originales de Dumas, esas fisonomias tan marcadas que da á todos sus personajes: ademas abundan en situaciones de grande efecto. Mucho influyó, no hay duda, en la brillantez del éxito la habilidad de la célebre Malilde Diez, y de Romea (D. Julian) que hizo el papel de *Dubois* á las mil maravillas.

Teatro de la Cruz. Se ha estrenado el drama nuevo titulado *Uno de tantos bribones*, que viene á ser tambien uno de tantos dramas como se escriben allende y aquende del Pirineo, esto es, de aquellos que es preciso volver á ver ó á leer para que no se olviden. No sucede asi con el titulado *Los trabucaires*, que aunque no tenga mucho mérito, en cambio tiene unas formas atléticas, monstruosas: apenas puede desarrollarse en el proscenio sin tropezar á cada paso con las bambalinas. Tambien se ha representado en dicho teatro el drama titu-

lado *Egilona*, original de nuestra colaboradora la señorita Gomez de Avellaneda, mas no digo nada de ella porque francamente no la he visto.

Teatro de Variedades. Este no ofrece al presente mas novedad que la de que un diablo de bailarin, un insolentuelo, cansado sin duda de hacer piruetas, se ha empeñado en ascender á cómico. Haga el tal bailarin lo que quiera y se le antoje, porque yo no se lo impediré, pero si le aconsejo en obsequio al público que lo honra, ó que se resigne con paciencia á danzar y hacer cabriolas, ó se decida á ser cómico, á pesar de que para esto es lo mas soso y menos á propósito que he conocido, pero así al fin no burlará el interés que logre inspirar una comedia apareciendo en la escena tan pronto con el carácter de rey, como agitando las castañuelas en algun baile nacional.

Teatro del Liceo. Las últimas funciones de verso que han tenido lugar han sido *Casa con dos puertas*, *A la Zorra candilazo*, *El parecido en la córte*, y *un Novio á pedir de boca*, habiéndose distinguido en esta última el Sr. Vega (D. Ventura).

El dia 21 del corriente principió la esposicion de bellas artes en dicho local. Está abierta desde las ocho de la mañana hasta las dos ó las tres de la tarde: no estoy seguro ni merece la pena de que me incomode en averiguarlo.

Teatro del Museo. Ya está visto que la empresa y aun la sociedad del Museo se van familiarizando con las piezas transpirenaicas, esto es, con ligeras traducciones.

Ultimamente se ha representado una en dos actos, titulada *Un marido bien avenido*, y otra de uno solo, *Dos contra uno*.

Teatro del Instituto. En este prefieren las comedias españolas. Se han puesto en escena *No ganamos para sustos*, *La mejor razon la espada*, y *Los dos preceptores*: me gusta por eso el Instituto.

Ha llegado á esta córte de paso el apreciable tenor Sr. Ludovido Grazziani, á quien es regular oigamos cantar, pues no deben los empresarios de teatros desperdiciar tan buena proporcion.

El Sr. Cataldi, alias el improvisador, ha dado una brillante academia de improvisacion y canto en el salon de Postas Peninsulares, luciendo como acostumbra sus raras facultades. Tamberlik, Marini y Ronconi contribuyeron tambien en cuanto les fue posible á dar esplendor á esta academia.

En el Liceo tuvimos el gusto de oir á la célebre Marietta Albini, cuya hermosa vocalizacion es digna de todo elogio. Pero basta por hoy de crónica.

SISTO SAENZ DE LA CÁMARA.

ADVERTENCIA.

Rogamos á nuestros suscritores de las provincias, y principalmente á los que lo eran al Defensor, *renueven su suscricion desde 1.° de julio si tienen gusto en seguir recibiendo mas números que el presente de* La Ilustracion, *pues la empresa de esta lo ha tenido tambien en remitirles los correspondientes al mes de junio sin mira alguna de retribucion, y si por un efecto de galanteria.*

El modo mas obvio de realizar dicha renovacion es el de remitir una libranza sobre correos y á nombre de D. Miguel Ortiz, *en la redaccion, cuyas señas van indicadas en la cubierta. Lo mismo podrán verificarlo en casa de los comisionados, esto es, del modo que crean mas cómodo.*

El suscritor que quiera pagar el importe solo del Defensor, *podrá hacerlo renunciando á la opcion de la linda novela que por entregas se reparte á los antiguos suscritores de* La Ilustracion, *titulada* La guerra de las Mugeres, *así como pagando el importe actual de tres meses, recibirá en el acto el primer tomo á la rústica de dicha novela, y á su debido tiempo y con los retratos de nuestros colaboradores, los sucesivos.*

Si como esperamos nos llegase esta semana de Paris la remesa de elegantes figurines que hemos pedido, con el próximo número los repartiremos á las bellas suscritoras, siguiendo en ello nuestra costumbre.

MADRID, 1846.

Imprenta de la Sociedad de Operarios,
Calle del Factor, número 9.

MADRID, 1846. Domingo 25 de julio. NUMERO 34.

LA ILUSTRACION,

ALBUM DEL BELLO SEXO.

SOBRE LA VERGUENZA.

Una de las cualidades que mas adornan á una jóven, la que la presenta mas interesante y que mas ascendiente ejerce en el corazon del hombre, aunque no lo parezca asi, es la vergüenza. Esta es la valla que la naturaleza, en todo previsora, ha interpuesto entre la virtud y el vicio; el gran baluarte, que colocado enfrente de este, cubre todo el alcázar del alma, pero que si una vez llega á ser vencido, las pasiones de toda ralea se ponen en juego, se agitan, se desatan, á la manera de hinchado y bullente rio, que arrebatando á cualquier influjo el dique que lo contuviera, sálese de madre y se desborda.

Dirásenos sin embargo que no; que la vergüenza no es un preservativo de internos asentimientos, y que por

consiguiente siempre puede el vicio armado de su osadía burlar todos los obstáculos; pero aunque asi sea, nosotros encontramos en aquella ventajas inmensas, que son, sobre no dar perjudiciales escándalos ni producir males sin cuento, defenderse al menos de esas escaladas silenciosas, que no salen espontáneamente del fondo del alma, y que son provocadas por el descoco ó impudencia á que nuestra preocupada y aturdida sociedad da el nombre de *desenvoltura y mundo*. Raros, muy raros son los consentimientos internos que obren con tal debilidad, que no se anuncien en los hechos, mucho mas cuando en las personas muy rubicundas es tan franco el comercio entre el pecho y el rostro, que sale á la plaza pública de este hasta la cosa mas pequeña que se elabore en la oculta oficina de aquel. La accion, es la que da vida y robustece aquellos afectos aviesos y criminales, que aunque residentes en el alma nunca ha llegado el caso de que obren por falta de estímulo; y aunque escepcionalmente suceda que sin causa alguna motriz se introduzca la torpeza en el espíritu, nunca logrará familiarizarse con él, ni alojarse como doméstica, y antes por el contrario, hará las funciones de una huéspeda ó de una peregrina.

Las plantas se agostan consumiéndose la savia que las nutre y vivifica: pues del mismo modo las pasiones como no tengan aquel pasto que las alimenta, si no mueren porque morir es muy difícil, precisamente han de obrar tímidas y apagadas.

No está conforme con esta máxima la educacion que hoy se da á las hijas, ni lo está tampoco con los sentimientos de estas mismas hijas, pues como no ven prodigar aplausos en nuestra sociedad sino á aquella que, como ya hemos dicho, mas impudente se ostenta y mas gala hace de su despreocupacion, resulta que por un malentendido amor propio todas siguen su ejemplo, todas rasgan, aun violentando la naturaleza, el sonrosado tul del rubor. No sucederia asi, estamos seguros, si hubiese un conocimiento mas exacto del hombre, si se supiera que para el doloso comercio del mundo, tiene este que tomar varias formas todas acomodaticias á sus pretensiones; que tiene que lisonjear la misma debilidad, siempre que esta debilidad tienda de cualquier modo á facilitar el logro de sus deseos; pero esta lisonja es muy efímera, dura muy poco, y lo mas natural es que luego se convierta en un cruel sarcasmo. Aquella máxima tan admitida en teoría por todo el mundo de que agrada la traicion pero no el traidor, tiene sin embargo muy pocos sectarios en la práctica. No puede gustar el traidor, á quien desagrada la traicion, pero el que de algun modo se interesa en esta, mira por un efecto de egoismo con buenos ojos á aquel, y todo lo compone con llamar *obsequio* á la traicion, y al traidor *amigo*. Por eso las jóvenes no deben dejarse llevar de vanas apariencias, ni sacrificar lo que de mas hermoso tienen, la prenda de mas estima, á frívolas costumbres. El hombre sabe por mas que lo disimule pe-

sar en la fiel balanza de la razon todas las cosas, y las pesa cuando, como hemos dicho, no juega en ellas su conveniencia, resultando de aqui el verse tan comprometido el concepto de una jóven, el concepto, que si lo pensase bien, seria el faro de su conducta en el golfo proceloso de las pasiones.

SISTO SAENZ DE LA CÁMARA.

FRAGMENTOS

de la obra que con el título de HISTORIA DE LAS CRUZADAS escribió M. Michaud,

TRADUCIDOS AL CASTELLANO

POR ROBUSTIANA ARMIÑO GOMEZ.

I.

DE LAS MUGERES EN LAS CRUZADAS.

Cuando las pueblos se levantaban en masa para ir á la guerra santa, necesariamente debia encontrarse en los campos de batalla un gran número de mugeres. No obstante, nada mas difícil que seguirlas en esa lejana peregrinacion, porque la mayor parte de los autores se limitan á decirnos que tambien ellas militaban bajo las banderas de la Cruz, y los cronistas no hacen mencion sino en casos estraordinarios, ó bien cuando quieren describir la corrupcion que reinaba entre los peregrinos.

La primera vez que hallamos á las mugeres en el campo de batalla es en Dorylea, donde las esposas é hijas de los caballeros y barones, temiendo caer en las manos del enemigo, se cubrieron de diamantes y se vistieron con los trajes mas lujosos con la sola idea de enternecer y ablandar el corazon de los bárbaros. El historiador añade que apenas desapareció el peligro, las mugeres se lanzaron á la pelea, llevando á los soldados, víveres, agua y armas, con el objeto de hacerles olvidar un momento de debilidad y de espiar la falta de haberse adornado para los turcos. El rasgo que venimos de referir ofrece el contraste mas vivo con el heróico pudor de las religiosas de Santa Clara, que en la toma de Tolemaida se destrozaron la frente, se ensangrentaron el rostro mutilado, y se presentaron en ese estado á la cuchilla de sus enemigos vencedores.

No nos detendremos en hablar aqui de Florina, hija del duque de Borgoña, que murió con Suenon, camino de Antioquia, ni de Margarita de Hainaut, que recorrió el Oriente en busca de un esposo que habia sucumbido á los golpes de los turcos, ni de la princesa Ida que desapareció entre el tumulto de una batalla y acabó sus dias en el haren del califa de Bagdad.

Despues de la sesta Cruzada, la reina de Hungria, esposa de Belá, se consagró al servicio de Jesucristo, y se quedó en la tierra santa. La esposa de Thierre, conde de Flandes, despues de haber seguido á su marido á Oriente, quiso quedarse en él y tomó tambien el velo en Bethania.

Cuando despues de la toma de Jerusalen partió Guillermo de Poitou para Oriente, acompañáronle en su espedicion un tropel de mugeres y de doncellas jóvenes. Alberto de Aix nos dice que las damas nobles de Francia, Alemania é Italia, que habian tomado la cruz, perecieron miserablemente en el Asia menor abandonadas por sus caballeros, y que cayeron en manos de los turcos, que con su cabellera espantosa, su barba poblada y sus vestidos estravagantes, parecian verdaderos demonios.

Un historiador griego que habla del paso de Luis VII y del emperador Conrado por Constantinopla, nos dice, «que bajo las ban»deras de la Cruz se veia un batallon de

»mugeres cubiertas con sus armaduras, y »que tenian un comandante de su mismo »sexo, cuyo trage era de una riqueza nota»ble, al que daban el nombre de *La dama »de las piernas de oro.*»

Tres grandes reinas pasaron á Oriente durante las Cruzadas, Leonor de Guiena, Margarita de Francia y Berenguela de Navarra (1).

Todo el mundo sabe que Margarita se arrojó á las rodillas de su escudero, conjurándole para que le cortase la cabeza si llegaba á caer en manos de los musulmanes. Leonor no tenia tanto miedo á los turcos. Ya se sabe cuáles fueron las consecuencias de su conducta, tanto para sí misma como para la Francia: despues de haberse separado en su juventud de un marido á quien habia acompañado á Jerusalen, la vemos en una edad mas avanzada gemir por la suerte de un hijo, al que han sorprendido y arrojado en una prision al volver de la tierra santa. Si esta princesa considerada como esposa de Luis VII dejó recuerdos poco favorables á su gloria, ¡cuán interesantes son por otro lado las cartas en que la ternura desolada de una madre imploraba del Santo Padre la libertad de Ricardo corazon de leon!

Cuando los cruzados emprendieron su camino por mar, ya no se veian tantas mugeres bajo las banderas de la Cruz. En la espedicion de Ricardo y de Felipe Augusto, no se permitieron ir en los navíos mas que á las lavanderas, y aun estas era preciso que estuviesen al abrigo de toda sospecha para ser recibidas; no obstante sabemos por algunos autores árabes, que entre los muertos se hallaban con frecuencia mugeres que habian combatido con los cruzados, y que llevaban la armadura y el trage de los guerreros de Occidente. Una muger, cuyo nombre calla la historia, se distinguió en esta Cruzada por un rasgo de heroismo que merece no echarse en olvido. Los sitiadores se ocupaban entonces en llenar los fosos de Tolemaida; la heroina cristiana que se hallaba entre el tropel de los que arrojaban en ellos tierra, piedras y madera, fue herida y derribada por una flecha: al verse herida de muerte, llamó á su marido y le conjuró para que cuando la viese muerta la arrojase en el foso, y que así podria asociarse aun despues de morir á los trabajos y victorias de los cristianos.

En un poema latino del que aun nos quedan algunos fragmentos, un monge de Froiremonte refiere las aventuras guerreras de su hermana Margarita, la que se hallaba en Jerusalen cuando la sitió Saladino. Esta amazona de la Cruz se colocó en medio de los combatientes armada con una honda y la frente cubierta con un vaso de bronce en forma de casco. Logrando al fin salvarse de la cuchilla del combate y de las cadenas de los musulmanes, la jóven Margarita, sola y abandonada, sin mas que el libro de los salmos de David atravesó en medio de los mayores peligros la Siria y el Asia menor y volvió á Europa donde se encerró en un claustro cerca de Lecon.

Si las mugeres no se presentaban en medio de los combates con frecuencia, en cambio ¡cuántas veces reanimaron sus discursos el valor de los guerreros!

Entre las que causaron mayor admiracion por su carácter durante las cruzadas, no podemos menos de recordar el nombre de Adela, condesa de Blois, que no pudo soportar la vergüenza de que su marido desertase de la guerra santa.

Adela le forzó á volver á Oriente, porque preferia verle muerto á verle acusado de faltar al honor y á la caballeria.

Tampoco podemos dispensarnos de citar aquí la cruzada en que las mugeres dieron solas la señal del ejemplo. Treinta años despues de la muerte de Luis IX, el santo padre exhortó á los pueblos del Occidente á que tomasen las armas contra los

(1) La corte de Ricardo, en la que se hallaban la reina Berenguela y la hija de Isaac, fue el objeto de algunas canciones satíricas que se cantaban en el ejército cristiano.

infieles. Sus exhortaciones apostólicas solo fueron escuchadas por las damas genovesas que juraron libertar la tierra santa. La córte de Roma al aplaudir su celo tenia sin duda la esperanza de escitar la emulacion entre la caballeria de la cristiandad; pero los caballeros no pensaban ya en libertar á Jerusalen; las damas genovesas se hallaron solas en la lid, y la cruzada no tuvo efecto.

Hoy solo nos quedan como testimonios del ánimo y de la abnegacion de estas amazonas cristianas, las bulas de Bonifacio VIII y la declaracion de un viajero que ha visto en el siglo pasado los cascos y los escudos preparados para esa espedicion singular.

Nadie duda que las mugeres se distinguieron en las cruzadas por las virtudes que les son propias. ¡Cuantas veces en esas largas peregrinaciones se ocupaban en cuidar los enfermos y heridos, en aliviar la miseria de los peregrinos, en consolar á todos los que sufrian! pero la historia contemporánea no ha fijado sus miradas en las virtudes sencillas y modestas, y solo podemos tributar un homenage incompleto á estas heroinas de la caridad.

Si la ambicion y el amor á la gloria impulsó á muchos caballeros á tomar la cruz, debe de suponerse que la pasion del amor ha debido arrastrar tambien á muchas mugeres en esas espediciones donde se alistaba la juventud mas belicosa, y en las que á los sentimientos que inspira la hermosura se mezclaban con frecuencia otros sentimientos graves y austeros de la guerra santa.

Los trovadores contemporáneos de la tercera cruzada, nos dejaron el interesante recuerdo de Raoul de Concy y de la desgraciada esposa del señor de Fayel. El chantre de Godofredo ha celebrado en sus versos los amores del Suenon y de la hija del duque de Borgoña. Es verdad que nuestras antiguas crónicas citan pocos ejemplos de esta especie, y que sus narraciones ofrecen muy rara vez aventuras romanescas.

La historia de esta época compuesta por clérigos ó monges, ocupados tan solo en demostrarnos el ánimo y la devocion de los peregrinos, ha dejado á los romanceros y poetas el cuidado de pintar las pasiones y los profanos amores de los caballeros de la Cruz.

LA NAVE.

—

SONETO.

Horrendo azota el huracan pujante
La débil nave del destino mio,
Haciéndola botar asaz bravio,
Entre las olas de la mar bramante.

Rasgado ya el velamen ondeante,
No puede esta luchar contra su brio,
Y tiene que bogar á su albedrio,
De precipicio en precipicio errante.

No confie en llegar á buen parage
Por iris de bonanza protegida,
Para hacer luego en él eterno anclaje:

Que en el mar turbulento de la vida,
Es dificil á fé dar abordage,
Reinando el equinoccio en la partida.

SISTO SAENZ DE LA CAMARA.

AL RECIBIR UNA CARTA.

—

¿Por qué fue concedida luz al miserable, y vida á aquellos que estan en amargura de animo?

(Maldiciones de Job.)

¿Por qué al verte ¡oh papel! tiemblo de espanto?
¿Qué funesta impresion mi sangre hiela?
¿Por qué en tus lineas amargura y llanto
Fatal presentimiento me revela?

¿Qué encierran esas páginas de fuego
Que así temo fijar mi vista en ellas?
¿Por qué el fatal delirio á que me entrego
Marca en mi frente sus profundas huellas?

—

Líneas de maldicion con sangre escritas,
Palabras de terror con hiel marcadas,
Timbre querido que mi mente agitas,
¿Por qué asaltais mi mente conjuradas?

—

¿Qué fatal contraccion mi pecho oprime?
¿Qué horroroso temor mi pecho asalta?
Rendido á su emocion estalla y gime,
La fiebre abate y la firmeza falta.

—

¡Oh! rompa ya esta cifra misteriosa,
Salte á mi mano el enlutado sello,
Y mi razon oscura y nebulosa
Lance de luz el último destello.

. . . . . .

—

¡Ah! ya os conozco, letras, ya os admiro,
La mano que os trazó ¡cuál temblaria!
Mano de paz que al recordar deliro,
Y el iris fue de la esperanza mia.

—

¡Cuántas veces mi suerte conjurando
Estéril hizo su fatal decreto!
¡Cuantas mas en mi pecho reposando
De sus latidos sorprendió el secreto!

—

Ya no la sentiré posarse humana
Fortaleciendo á mi alma en su agonía;
Rendida acaso á la impiedad tirana
Yace en este momento inerte y fria.

—

Vuelve á mi seno, vuelve, mano amiga,
Vuelve á oprimir mi pecho dolorido;
Larga es mi lucha y grande mi fatiga,
Y sin tu santo amparo soy vencido.

—

Vuelve á rasgar esta funesta venda
Que así me abisma en tan fatal letargo;
Vuelve á darme calor que me defienda
De este insomnio glacial, hórrido y largo.

—

¿Qué seré yo, di, ausente de tu lado
Si ya el consuelo y el valor me deja?
¿Quién ha de oir mi canto desmayado
Al difundir mi solitaria queja,

—

Si esa muger que tierna la escuchaba
De la mansion de los vivientes huye?
¿Si en su dolor su espíritu se acaba
Y á la vez mi esperanza se destruye?

—

¡Oh, no! genio infernal que me fascinas,
Maléfico poder que me amenazas,
No pisarás mis flores peregrinas
Si antes mi corazon no despedazas.

—

Ceda una vez tu encono y tu fiereza,
Y ese ser de quien eres el verdugo
Alce por Dios cansada su cabeza,
Vencida al peso de tu infando yugo.

—

Yo te contemplo, amiga desgraciada,
Tu violento sufrir mi canto inspira,
Pero no te abandones despechada,
Pudiendo dar tus quejas á la lira.

—

¿Quieres morir? ¡oh Dios! es horroroso:
Tal vez mas bello sol un dia alumbre,
Aunque asoma un *mañana* borrascoso
Detras de un *hoy* de amarga incertidumbre.

—

No, no, ¡bajar á la mansion oscura!
¡Mirar tu última luz, tu último dia!
Cuando tu juventud lozana y pura
Debe solo pensar en la alegría!

—

No, vive y rompe con valor heróico
De tu existencia el funeral misterio,
Sustráigase una vez tu pecho estóico
De negras dudas al nefando imperio.

—

Vive, mas ¡ah! que de tu triste amigo
Desconoces la voz, no te consuela,
Oyela, su memoria está contigo;
Tu dicha ansia y á tu lado vela.

—

Si, óyela, y si en su suerte impía,
No halla un consuelo que tu pena acalle,
Al estallar tu alma, hermosa mia,
Roto tambien su corazon estalle.

C. VILLAMARTIN VALIENTE.

MALDONATA,

O EL INSTINTO DE UNA LEONA.

OJEANDO las crónicas de la república de Buenos-Aire, fundada por los españoles en 1535, hemos entre las muchas curiosidades que contienen, encontrado una, que por su carácter creemos oportuno, si no insertarla

en toda su estension porque esto es imposible, al menos dar de ella una idea en concreto.

Redúcese, á que careciendo dicha colonia al luego de su fundacion de los víveres necesarios para la manutencion de sus moradores, determinaron de estos los mas acosados de hambre salir en distintas direcciones á buscar que comer; pero los infelices eran en su mayor parte sacrificados por los salvajes, motivo por el que las autoridades impusieron pena de la vida á todo el que saliera so pretesto alguno del nuevo establecimiento, poniendo al efecto numerosos vigías. Pero una muger, española por cierto, no pudiendo soportar el tormento del hambre, se salió despechada y burlando toda vigilancia fuera de la colonia, teniendo en mucho menos cuanto pudiera acontecerla que su actual insufrible estado. Vagamunda y sin esperanza alguna, anduvo errando por mil grutas desconocidas y por apartados desiertos, hasta que abatida de cansancio y sin fuerzas ya, decidió penetrar en una lóbrega caverna que á su vista se ofrecia y penetró. Aunque en ella no encontrase lo que tanto deseaba, esto es, algun vegetal alimenticio, algun sustento, cuya falta iba grabándosele cada vez mas en la cara, logró sin embargo ponerse á mansalva de los quemantes rayos del sol, y tomar aliento, que en tal caso no era poco; y tanto no era poco, que allí sentada en un pedruzco denegrido hubiera estado horas y mas horas puesto el codo derecho sobre el muslo, y reclinada su cabeza en la palma de la mano, si á los pocos momentos no hubiera visto en la oquedad de la caverna y á una luz demasiado confusa, semejante á la del crepúsculo de la tarde cuando declina, un mónstruo terrible, asombros (porque leona no podemos llamar hasta tanto que se forme idea de sus gigantes formas), sacudiendo magestuosamente su larga y destrenzada melena y caminando con dignidad á donde estaba Maldonata (nombre de la tránsfuga). La impresion que recibió esta al verse cara á cara de tan imponente fiera, es mas fácil de suponer que de describir : solo diremos, que á los temores de un género sucedian los de otro, á unas impresiones otras; todas fatídicas, todas malas, pero todas falsas. Al llegar la leona á donde estaba Maldonata, y cuando esta esperaba ser hecha pedazos, ¡cosa rara! empezó á acariciarla, á lamerla las manos, á mostrarse como mas débil y á dar rugidos que mas inspiraban compasion que espanto. No tardó en concebir Maldonata por los gestos y demas movimientos de la leona que esta se hallaba muy próxima á parir y que en dolientes, acentos, reclamaba su auxilio. Y en efecto, la infeliz española ayudó del modo que le fue posible á la naturaleza hasta conseguir sacar á la mansa fiera de tan peligroso trance. Esta, sumamente reconocida á la obra de su bienhechora y creyendo poca recompensa todos sus halagos y caricias, puso á los pies de Maldonata abundancia de alimento con lo que esta recobró sus gastadas fuerzas, entablando por lo tanto cierta sociabilidad que sin atender á la gran ley de la naturaleza, parece incompatible con la ferocidad de un leon.

En la mayor armonía, pues, y prodigándose recíprocamente toda clase de atenciones y solicitudes pasaron algun tiempo, hasta que los cachorros estando ya en disposicion de buscar por sí solos la subsistencia, se dispersaron por los bosques no sin el sentimiento de dejar á sus dos madres, la natural y la adoptiva; pero era condicion de la naturaleza. Tampoco la primera de estas tardó mucho tiempo en deslizarse por el desierto inducida por la ternura maternal que echaba de menos las caricias de sus hijuelos, por lo que viéndose Maldonata sola y próxima á carecer otra vez de alimento, tuvo que abandonar la caverna hospitalaria en que habia encontrado tan buen patrocinio, y comenzar á errar por aquellas arenas cual navegante sin faro, hasta que cayó en poder de los indios salvages, de cuya rudeza y mal trato hubiera sido víctima á no rescatarla los españoles y haberla conducido á Buenos-Aires. Pero de un peligro á otro mayor; acababa no solo de salvarse, sino de ser protegida de una fiera, y desde el momento en que cayó en poder de hombres, vése espuesta á los mayores rigores, á las pruebas mas duras. Hombre feroz, sin sentimientos de humanidad, el gefe de la colonia, recordando bien pronto la contravencion á sus órdenes, y sin considerar los padecimientos de aquella infeliz, mandó atarla fuertemente al tronco de un árbol en medio de un bosque, para que allí sola y sin proteccion alguna pudiera servir de pasto á las fieras que lo habitaban; y aunque hubo muchas personas que se interesaron en la suerte

de Maldonata, nada pudieron conseguir, nada, de su inexorabilidad, llevándose á ejecucion mandamiento tan cruel. Un hecho de este carácter naturalmente debia llamar bastante la atencion de todos los colonos, y la llamó, pero en tal grado, que hasta dos soldados que á los sentimientos de piedad unian el valor, fueron á los pocos dias á ver si habia sido ya devorada la víctima, y no pudieron menos de sentir una sorpresa agradable al encontrarla, amarrada sí, pero llena de vida y defendida de las hambrientas fieras por una leona que estaba echada en el mismo tronco del árbol y varios leonzuelos. Decir que esta era la familia con quien Maldonata habitó en la caverna, lo creemos por demas: así que, al admirar tan mágico instinto concluiremos añadiendo que sin dar lugar estos nobles animales á que huyesen los soldados, abandonaron con suma inteligencia el tronco para que estos pudieran sin temor alguno desatar á Maldonata, lo que verificaron cediendo á sus nobles impresiones; pero cuando esta ya en libertad, aunque entumidos sus miembros por las fuertes ligaduras, iba entre sus nuevos libertadores á demandar el perdon del gefe que la habia condenado y contándoles la gratitud de las mansas fieras, volvieron estas á confirmar el relato de la española por medio de halagos y espresivos movimientos, siguiéndola hasta cierto punto del que no creyendo oportuno ó discreto pasar, la estuvieron mirando hasta perderla de vista, á la manera del que despide en algun puerto de Europa á una persona querida á quien cree no volver á ver jamás por ir al Nuevo Mundo.

Los soldados llenos de estupor al presenciar lo que de otro modo no hubieran creido, prometieron á Maldonata contar todo al gefe y aun lograr interesarle, y con efecto, cuando se vieron delante de él, se esforzaron por ablandar su corazon, y verdaderamente lo consiguieron, pues bien fuese que á este le remordiese ya la conciencia de haber ordenado tan rudo castigo, ó que considerase sus acciones corregidas por un mónstruo de la selva, el caso es que perdonó á la infeliz Maldonata, y aun influyó en la felicidad que obtuvo despues.

S. S. DE LA C.

MODAS DE SEÑORA.

Los periódicos últimamente recibidos de París, nos ponen en confusion: tal es la diversidad de trajes que nos describen, por haber todos conseguido una aceptacion general entre las elegantes parisienses: así que escojeremos entre ellos los que por su capricho y formas sean mas aplicables, ó que creamos han de gustar mas á nuestras bellas del Manzanares.

El tul, la muselina de *vapor* y el *organdé* sobrecargado de dibujos, figuran en el primer término de tan variado cuadro, sin que el tafetan deje de tener por eso el partido á que su frescura lo hace acreedor. La batista bordada con cuasi imperceptibles dibujos encarnado, verde ó lila mate en peinadores. Un cuello tambien bordado y muy ancho, rodea al corpiño medio abierto y con mangas tambien anchas y abiertas. Debajo del peinador, llévase un camisolin de muselina indiana, con mangas plegadas y una especie de reló en el cuello por el que se pasa una cinta del mismo color que los bordados y el cinturon. Los vestidos de paseo tienen el corpiño bastante alto, y para que se vea algun tanto el camisolin, van un poco abiertos de pechera, adornándolos estraordinariamente una fila de botones, que saliendo de cada lado de dicho corpiño desciende hasta el ruedo de la enagua.

Pero el figurin que demos concluirá de esplicar los que por falta ahora de espacio no podemos esplicar nosotros.

ADVERTENCIA.

Creemos necesario poner en conocimiento de las que estaban asuscritas al *Defensor*, como tocan su término las dos curiosas novelitas que tanto han amenizado la lectura de la *Ilustracion*, de lo que nos alegramos sin embargo, porque así podremos principiar la insercion de otras á que *esta misma circunstancia* las dará mas interés. Las en cuestion se concluirán en los dos primeros números y serán como hemos dicho, sucedidas de otras de lo mas escogido.

El haber sido defraudadas nuestras esperanzas hace que se difiera hasta el próximo número el repartimiento del figurin.

Mucho sentimos que causas á que estamos agenos nos impidan ser en esta ocasion tan exactos como tenemos de costumbre y deseamos.

MADRID, 1846.

Imprenta de la Sociedad de Operarios,
Calle del Factor, número 9.

MADRID, 1846. Domingo 19 de julio. NUMERO 35.

LA ILUSTRACION,

ALBUM DEL BELLO SEXO.

DE LAS MUGERES

QUE SE DEDICAN A LAS LETRAS.

En todos los paises libres se ha dirigido la educacion de la muger segun la constitucion que ha regido en ellos. En Esparta, por ejemplo, se la acostumbraba á los ejercicios de la guerra; en Roma se la exigian virtudes austeras y patrióticas. Si se quiso que el principal móvil de la república francesa fuese la emulacion de las luces y de la filosofia, fue muy necesario animar á las mugeres á que cultivasen sus entendimientos, con el fin de que los hombres pudieran dilatar con ellas su imaginacion de un modo mas interesante. Pero despues de la revolucion, se ha creido que era politica y moralmente util reducir á las muge-

res á la mas absurda mediocridad, á la mas estúpida insuficiencia, enseñándolas únicamente un miserable lenguaje, motivo por el que su inteligencia no ha podido desarrollarse, ni venido á mejorar el curso de las costumbres. Impidiendo la espansion de las ideas, no ha podido destruirse la simplicidad de las primeras edades, resultando de esto menos conocimientos en la muger, menos delicadeza, menos respeto para la estimacion pública, menos medios de soportar la soledad y clausura. Créese que las luces son perjudiciales en ella, y de aqui el oprimir su talento. Dicho mal, si es que existe, se estinguirá cuanto mayores sean estas, asi como la moral es una idea falsa hasta tanto que se esclarece.

Si los franceses pudieron dar á sus mugeres todas las virtudes de los ingleses, sus costumbres austeras y el gusto por la soledad, hicieron bien en preferir tales cualidades á todos los dones de un talento privilegiado; pero lo que pudieron tambien obtener fue el que no leyesen nada, que nada supiesen, que no tuvieran jamás en la conversacion una idea interesante ni una espresion feliz, mucho menos un lenguaje sublime. Luego que esta ignorancia se apoderó de ellas, el mundo les vino á ser á la vez mas necesario y mas peligroso; porque jamás podia hablárselas mas que de amor, y este amor no tenia la delicadeza necesaria.

Muchas ventajas de gran consideracion para la moral y para la dicha de un pais se hallarian perdidas si llegara á hacerse de las mugeres seres frívolos y estúpidos. Desde luego tendrian muchos menos recursos para calmar las pasiones exaltadas de los hombres, carecerian de este modo del util ascendiente sobre la opinion. No hay mas seres que ellas fuera de los intereses políticos y de la carrera de la ambicion, porque ellas desprecian todas las acciones bajas, señalan la ingratitud y saben honrar la desgracia cuando nobles sentimientos la han ocasionado. Si en Francia no existiesen mugeres bastante esclarecidas para inspirar un respeto verdadero, la opinion de la sociedad no tendria entonces poder ninguno sobre las acciones de los hombres.

Creemos firmemente quesi en el antiguo régimen la opinion ejercia tan saludable imperio, este imperio era obra de mugeres distinguidas por sus talentos y sus caracteres; citábase frecuentemente su elocuencia cuando la inspiraba un objeto generoso, cuando tenian que defender la causa del desgraciado, cuando la espresion de un sentimiento exigia valor.

Durante el curso de la revolucion, las mismas mugeres son las que han dado mas pruebas de caracter y energia, y si tenian en el antiguo órden de cosas demasiada influencia en los negocios públicos, son mucho mas peligrosas sin embargo cuando quedan desprovistas de conocimientos, y por consiguiente de razon: porque entonces su ascendiente se fija como hemos dicho en los gustos refinados. A una muger cuya superioridad esté en desproporcion con el destino de su

sexo, ¿se la debe privar de la celebridad de que se gozaba en Francia por el arte de agradar y de vivir en sociedad? Sin las mugeres no puede ser la sociedad agradable, y las mugeres privadas de inteligencia y de esa gracia en la conversacion que supone una educacion brillante, afean la sociedad en lugar de embellecerla. Introducen en ella un género de estolidez que debe acabar por alejar de sí á todos los hombres superiores, viniendo á reducirse las reuniones brillantes á los jóvenes que no saben qué hacer y á las damas que no saben qué decir.

En todas las cosas humanas se encuentran inconvenientes: sin duda en esto los hay tambien, y existen en la superioridad de las mugeres respecto á los hombres, en el amor propio de las gentes de talento, en la ambicion de los héroes, en la irritabilidad de los caracteres independientes, etc. ¿Sería necesario para esto combatir las cualidades naturales y dirigir todas las instituciones hácia la coarcion de las facultades? Sabido es que esta coarcion apenas favoreceria los intereses de familia ó de los gobiernos. Las mugeres sin conocimientos tienen generalmente mas arte para eludir sus deberes, y los pueblos sin ellos no saben, no pueden ser libres, por lo que cambian á cada paso de gobernantes.

El temor de alargarnos demasiado nos hace dejar aqui la pluma; pero como quiera que sea una materia de alguna importancia y sobre la que con frecuencia se suscitan varias cuestiones, la continuaremos en el número próximo esplanando mas nuestro pensamiento.

S. SAENZ DE LA CÁMARA.

LA VIOLA DE AMOR (1).

(*Continuacion.*)

En la época en que comienza este episodio, época de frívolas costumbres, de conciertos y funciones de máscaras, no habia una sola persona en toda Florencia que no conociese á la linda Metella la florista, que era por decirlo asi proverbial por sí misma, por su graciosa figura y sus ramos artificiales, y aun creo mas bien, por un soneto que hablando de ella decia que al adornar Metella la cabeza de las mugeres hacia sentar la de los maridos. Eran tantas las cosas que otras veces se permitian en un soneto!

Así es que Metella reinaba como una notabilidad pública por el indestructible derecho de la hermosura, derecho que atrae consigo otro inherente por demas. Metella era amada por todos los hombres, cuya costumbre nunca ha estado en desuso. Pero ella solo correspondia á Pietro Cremolini, el artista que vivia frente á su casa, lo que no quiere decir que este fuese el mejor de todos; quizás era el mas feo. Pero esto demuestra que no todas las mugeres pongan la belleza por las propor-

(1) Véase el número 33.

ciones matemáticas del cuerpo y de la cara, siguiendo el procedimiento de un pintor. Metella amaba á su vecino como tantas otras jóvenes quieren á su primer amante, es decir, sin saber la causa y solo porque las cosas habian acaecido así, y en fin porque en sus horas de descanso le miraba harto frecuentemente con un aire pensativo cada vez que salia á la ventana, y él la devolvia sus miradas mas amenudo aun.

Ello es que ciertamente eran tanto uno como otro los dos amantes mas distraidos, y nada impide el añadir los mas ingénuos, que pudiesen entonces existir en toda la Toscana. Solo sabian hacer una cosa con acierto; el sonreirse. Esta dulce incuria era para ellos su ser querido, una existencia llena de placer, y todo el tiempo, las pocas horas que pasaban sin verse, las sentian correr en una fastidiosa lasitud ó en los mas vagos ensueños. Amar, sonreirse y no hacer nada, puede ciertamente encantar al corazon; pero como todos saben, no enriquece nada, y nuestros dos amantes aun no habian desechado esa carga cruel que llaman pobreza.

Sin embargo, Pietro Cremolini no era un perezoso en la aceptacion vulgar de la palabra. En otros tiempos indudablemente hubiese mirado como ignominioso el vivir de aquel modo, es decir, de miradas y de suspiros, y en el seno de una desidia absoluta. Pero era artista y amante, y se hallaba en esa edad en que el amor y la poesía, esos dos grandes recursos de la inspiracion, son al propio tiempo dos decaimientos grandísimos. En una palabra, la juventud le dominaba demasiado y existia mucho ruido y mucha distraccion en su mente para que el trabajo, que es el orden en la accion, ocupase su pensamiento de un modo poderoso. En los cortos instantes que consagraba á su profesion, solo habia un género de trabajo al cual tuviese una decidida predileccion; este era el de acordar por sí mismo y gracias á su talento y nada vulgar maestría, los instrumentos que fabricaba: aun cuando sucedia que se dedicase formalmente á una tarea, todos sus cuidados se concentraban con preferencia sobre la numerosa é interesante familia de las violas. Cuando se sentia con bastante fuerza para romper el encanto de sus ensueños, cuando su espíritu habia cesado de correr tras aquella figura de niña que se llamaba Metella, el artista se encorbaba con entusiasmo sobre el banco de su obrador. Entregábase entonces á la construccion de sus violas con un ardor inesplicable, y siempre encontraba algo nuevo que hacer.

No pasaba un solo dia en que no imaginase algun cambio, ni una hora que no hallase alguna adicion propia á mejorar, en sus instrumentos queridos, la pureza de sus armoniosas voces.

Lo mismo con corta diferencia sucedia á Metella, que no trabajaba sino lo necesario para no perder la costumbre. Algunas rosas, varios tulipanes y algunas otras flores privilegiadas, hé aquí lo que únicamente la gustaba hacer; poco era lo que Metella trabajaba, pero tambien es cierto que lo que salia de sus pequeñas y lindas manos, mas blancas que el jazmin de Florencia, sus ramos, sus guirnaldas, todo era de un trabajo delicado y relevante, de un gusto esquisito: veíase pues que la jóven florista apreciaba sus obras por sí misma y quizás tambien algo por hacer honor al guitarrero. Es tan grato el ser coqueta cuando á la vez se es hábil, linda, amante y correspondida!

Para la linda jóven habia un gran placer en ser colmada de elogios por Pietro, cuando veia aquellas flores salidas de sus dedos y que se veian sembradas por su obrador. Una vez por ejemplo en que el artista un poco mas atrevido que de costumbre, habia entrado de improviso en la misteriosa estancia en que se operaban tantas maravillas, vió una rosa negligentemente colocada entre los útiles de acero y de marfil que habian servido á su creacion. Lanzó un grito, y Metella asustada habia salido al momento del pequeño rincon en que trabajaba acurrucada como el pajarillo en su nido, y vió á Pietro Cremolini detrás de ella con la linda rosa en la mano y que la contemplaba con un éxtasis profundo.

—Metella! Metella! esclamó el artista cubriendo de apasionados besos el cuello de la jóven: hé aquí una obra maestra! Sa-

bes que solo faltan á esta gasa picada los perfumes de la primavera para que sienta uno el deseo de cogerla? ¿En qué hora y bajo la influencia de qué pensamiento has hecho esta rosa? ¿Qué silfide celeste ha cantado en tanto que tú trabajabas? ¿Qué rayo de sol ha colorado sus hojas?

A estas palabras Metella se habia inclinado hácia su amante con un gracioso movimiento lleno del mas cariñoso coquetismo.

—Ignoro lo que es una silfide, le respondió, pero habia en la estancia un hermoso rayo de sol que aparecia como una aureola de oro, y la dulce brisa de la tarde me traia por intervalos la cancion de un constructor de violas, vecino mio y que se llama Pietro Cremolini. En cuanto á la flor es bien poca cosa, y he hecho mas de mil tan bellas como esa.

—Metella, añadió el enamorado jóven, no hableis para despreciarla: esta flor es una cosa tan bella en su género como la obra de un gran maestro: existe todo un poema dentro de ella; es la naturaleza en toda su verdad. ¡Cuánta gracia no se encierra en esos pétalos tiernos y pálidos! ¡Qué finura en el interior de ese cáliz! ¡Cuán grande maestría en todo ese trabajo! ¿Cuáles son las maravillosas telas que empleas para hacer esto, mi adorada Metella? Ah! preciso es en verdad que las hadas se mezclen aun cuando sea poco.....

Despues y lleno de un entusiasmo ardiente habia tornado á sus queridos instrumentos.

Las violas que comenzaban ya á inundar toda la Italia, eran para él sus rosas predilectas. A sus ojos, aquellos instrumentos llenos de vida y melodia eran una rica mina de diamantes en que abundaban estas piedras preciosas. Sucedia, pues, que mas de una vez Pietro apareciese melancólico y sombrío delante de tantas obras maestras aun por acabar y de las que mas bien era el guardian que el dueño. No ser en algun modo mas que el depositario, hé aqui el único pensamiento que alimentaba en tristeza. Por una inesplicable rareza de su carácter, el artista miraba á sus violas como Cardillac á sus alhajas. Luego que á fuerza de paciencia habia construido un nuevo instrumento, verdadera alhaja musical, complaciase en admirarlo como un avaro, sin querer deshacerse de él á ningun precio.

Hélos allí, decia, todos nacidos de mí! Yo canto con ellos, los escucho y son la otra mitad de mi vida. ¿Para qué venderlos si indispensablemente habia que hacer otros nuevos? No, yo los guardo como un tesoro que no podria existir mas allá del dia en que fuera profano. El amor de mi dulce Metella es bastante felicidad para mí. Amemos solo.

Vése, pues, que Pietro Cremolini amaba, cantaba y no queria abandonar lo que su mano hacia en aquella madera armoniosa. En cuanto á los medios de vivir, siguiendo el sentido lógico de la espresion, no tenia otro ningun recurso. Esto no obstante con unos instrumentos que llenaban su casa de la mas dulce armonía y con su amante que henchia de amor su corazon, estaba muy distante de creerse pobre.

A MI AMIGA

LA POETISA DOÑA JULIANA GARCIA SUELTO.

Amiga, si tus crudos sinsabores
Tu tierno corazon no endurecieron;
Si el violento latir de tus dolores
No desplomó creencias que existieron,
Y al destino infernal que te maltrata
Ilusiones y vida sucumbieron:
Espero que hoy leerás propicia y grata
Esta carta que tierno te dirigo,
Profundo sello de amistad innata.
Tú, que tronchada planta y desprendida,
Te conducen los fieros vendabales

Cual hoja seca en el turbion perdida.
Tú, que luchaste brava con los males,
Y ya rendida esperas tu reposo
Fuera de la mansion de los mortales;
Oye esta vez el eco doloroso
Que lánguido de mi arpa se desprende
Y se acoge en tu seno delicioso.
A ti volando los espacios hiende,
Del amigo poeta el canto ungido,
Que este mundo no escucha ó no comprende.
Oye mi acento al ámbito perdido,
Llegue hasta tí mi voz: la de un hermano
Débil, sin fuerza y al pesar rendido,
Que lejos del rumor del siglo vano,
Te envia sus afectos, tierna amiga,
Desde el seno inmortal del Oceano.
Aqui donde el destino me castiga
Verterán mis amargas emociones
Todo el veneno que mi mente abriga.
Do en lentas horas y tremendos sones
Contemplo en mi abandono solamente
Mar, peñascos, murallas y torreones.
Donde me aturde el rebramar turgente
Del viento que en la aurora vespertina
Bate esta peña omnimodo y potente.
Desde esta altura que á la mar domina,
Veo su base en que con duro empuje
Se estrella brava la espumosa ondina.
Y cuando el aquilon tronante ruge
Batiendo airado la encumbrada almena,
El puente que á la vez rechina y cruge.
Aqui el mudo estupor que me enagena
Salgo á distraer por la estendida playa,
Mi pie marcando en la mojada arena.
Aqui donde el turbion su fuerza ensaya,
Admiro los potentes elementos,
Mientras helado el corazon desmaya.
Y ¿á quién daré los cantos macilentos
Que á mi lira sentida y funeraria
Inspiran mis amargos pensamientos?
A ti, amiga, que triste y solitaria
En medio del bullicio y del tumulto,
Mal te aduermes sufrida pasionaria:
A ti, mártir del duelo y del insulto,
Triste alondra que canta en el ramage
Mientras el corazon sangra en lo oculto.
Desprecia, si, la turba bullidora
Y escucha en tus momentos de quebranto
De tu amigo la voz consoladora.
No nos abata el abandono al llanto,
Luche audaz el poeta con la suerte,
Hable la inspiracion, triunfe su encanto:
Oponga la razon su muro fuerte
De la desgracia el imponente grito,
Antes que el alma en su pavor despierte.
Mas ¡ay amiga! que al valor te incito
Cuando el infierno su rigor me lanza,
Y ya me rindo á su poder maldito.
Sin porvenir, sin fe, sin esperanza,
Cadáver la ilusion, la mente inquieta,
Borrado el iris de feliz bonanza:
Fresca la herida del dolor secreta
Que encubren los arneses del soldado,
Y el corazon taladra del poeta:
Y ¿qué consuelo en tan fatal estado,
Sino pasar amarga la memoria
Por la risueña faz de lo pasado?
Si, quiero contemplar mi antigua gloria;
Venza aquella triaca á este veneno
Aunque sea funesta la victoria.
Si, quiero recordar el tiempo ameno
Que rápido cruzó, y en bellos dias
De tu amistad en el augusto seno.
¿Te acuerdas de las dulces simpatias,
De los momentos de feliz ternura
Que calmaron mortales agonias?
¿De la grata amistad, sólida y pura,
Que unió nuestros tiernos corazones
En bellos iris de fugaz ventura?
Francas nuestras afectas emociones,
Jamás nuestros espiritus rindieron
Al poder de raquíticas pasiones.
Ni una vez nuestros lábios profirieron
El nombre del amor hollado y santo
Que tantas bocas sin pudor mintieron.
Nunca de la franqueza el tierno encanto,
Eclipsó la tormenta en su fiereza,
Del volcánico ardor en el quebranto.
Ni jamás agitó nuestra terneza
Esa pasion que inspira á almas vulgares
La gracia nimia ó la fugaz belleza.
No nos amamos, ni en profanos lares
A la deidad de la pasion liviana
Erigimos sacrílegos altares.
¡Oh! menos deleznable y menos vana
Nuestra ventura fué; mas verdadera
La grata flor de la ilusion lozana.
Amarnos...¿para qué?...¡vana quimera!!
¿Y qué es esa ansiedad falsa y mezquina
A que llama pasion la turba fiera?
Una llama que abrasa y no ilumina,
Brilla un punto y espira en un abismo,
Y lo que ayer se amó ya se abomina.
Amor del siglo ¡horrible fanatismo!!
Máscara puesta en corazones leños,
Rendidos solo al cínico egoismo.
Nosotros siempre de nosotros dueños,
Jamás en nuestros pechos dominaron
Lúbricos goces y nefandos sueños.
Pero en cambio ¡gran Dios....¡cuanto gozaron!
Cuando al sonar el arpa encantadora
Nuestras almas acordes se escucharon.

Esa arpa que mil dones atesora,
Cuando nuestro pesar su eco lamenta,
Cuando su voz nuestro infortunio llora.
De ese célico bien que nos alienta
Cuando una juventud atravesamos,
Marchita, degradada y macilenta.
Sí, es un placer, amiga, el que gozamos:
Que en medio del turbion que nos aborta,
Nuestros mútuos afectos comprendamos.
Remotos nos hallamos, mas ¿qué importa?
Los ecos de la santa poesía
Salvan distancia prolongada y corta.
Lleguen los tuyos hasta el alma mia;
Y este volcan que inspirador me enciende
Fermentará en valor y en energía.
Y ya que un siglo que á su fin desciende
Entre falso fulgor y deslumbrante,
Ni nos querrá escuchar ni nos entiende,
Vaya tan solo á tí mi eco anhelante;
Rómpanse del rubor férreas cadenas,
Y sea tu amistad desde este instante
Unico alivio á mis dolientes penas.

C. VILLAMARTIN VALIENTE.

Castillo de Santa Isabel 8 *de Julio de* 1846.

CANTICO A LA VIRGEN.

—

¡Salve la reina del celeste coro,
¡Salve la fuente de salud y vida,
Fúlgida rosa de fragancia eterna
Cándida virgen.

—

¡Salve la esposa del Señor ungida!
La dulce madre del cordero amante,
La triste viuda del Gólgota santo
Casta María!

—

Vistióte el sol con rubicundo fuego,
Aureo coturno te calzó la luna,
Y mil estrellas en tu frente trazan
Blanca aureola.

—

Himnos al cielo de alabanza entona,
Himnos el mundo, que su luz te aclama.
Nubes de aroma del altar se elevan
Y á tu pie suben.

—

Sales airosa del gallardo manto,
Que el dulce arcángel presuroso lleva,
Y del querube las doradas alas
Forman tu trono.

—

¡Oh! cuán hermosa de fulgor vestida
Bajas al alma del que sufre y llora!
Blanca azucena del jardin eterno,
¡Luz inefable!

—

Cuando bañaba mi megilla el llanto,
Cuando cerrados á la luz los ojos
Renombre, vida, porvenir y amores
Diera al olvido.

—

Cuando corriendo tras mentida lumbre,
Que dulce vida al corazon prestaba,
Hallé tan solo al despertar gozosa
Blanco sudario.

—

A mí viniste cual veloz paloma
Que el nido tiene do el dolor acrece;
Dulces ideas de tranquilos goces
Tú me inspiraste.

—

Y ví al fantasma revolar fugace
Llevando en pos el llanto y la tristura,
Dulce esperanza al corazon tragiste
Y almo consuelo!

—

Entonces, vírgen, de mi lira triste,
Himnos brotaron de esperanza y vida,
Y alcé mi voz á celebrar tu gloria
Lejos del mundo.

—

Aquí ni ruido ni tranquilas voces
Turban, Señora, mi tranquilo canto,
Todo es silencio, soledad y calma....
¡Gloria á María!

—

Aquí mejor del Hacedor supremo
Conoce el hombre la potente mano;
Aquí, Señor, elevaré mis preces,
¡Flor solitaria!

—

¡Salve la reina del celeste coro,
¡Salve la fuente de salud y vida!
Fúlgida rosa de fragancia eterna,
Cándida vírgen!

—

¡Salve la esposa del Señor ungida,
¡Salve la madre del cordero amante,
La triste viuda del Gólgota santo,
¡Casta María!

ROBUSTIANA ARMIÑO GOMEZ.

Albandi 21 de Junio de 1846.

VARIEDADES.

Acaba de ocurrir en un departamento cerca de Paris un hecho que por lo estraño y por las muchas circunstancias que lo complican, creemos deber ponerlo en conocimiento de nuestras suscritoras.

Es, pues, el caso, que un propietario, Mr. de V...., se casó hace seis ó siete años con una muger que poco tiempo despues dió señales de enagenacion mental. Se ensayaron para restituirla su razon todos los recursos medicinales, los que dieron en cierto modo resultado, y como la locura de Mdme. de V..... iba cediendo, su marido la tuvo á su lado prodigándola todos los cuidados que le imponian la humanidad y los deberes de esposo. No teniendo mas comunicacion con su muger, sino en cuanto era indispensable para los cuidados materiales, Mr. de V...., jóven todavia, llegó á prendarse de una señora que vivia en la vecindad; y como un casamiento era imposible, tuvo que resignarse y no cambiar en lo mas mínimo la conducta que observaba con la desgraciada que le servia de obstáculo á sus deseos.

Cerca de un año hace que una circunstancia funesta vino á dar á Mr. de V..... su libertad; su muger desapareció cierta tarde de casa, y aunque no omitió medio alguno para saber su paradero, nada se pudo conseguir, hasta que al cabo de seis meses se halló su cadáver desfigurado en el fondo de un lago. Imposible, á no dudarlo, hubiera sido conocerla si sus vestidos no hubieran justificado su identidad, y el juez de paz no hubiera hecho algunas claras indagaciones.

Ya en toda libertad Mr. de V..... esperó la ocasion mas oportuna para pedir la mano de la jóven á quien amaba en secreto. Llegó, pues, esa ocasion; llevó á cabo sus pretensiones, y ya estaba á punto de celebrarse el enlace, cuando un incidente de los mas notables, de los que menos pueden preverse, vino á entorpecerlo. Mr. de V..... acababa de recibir una carta del procurador del rey, carta que le anunciaba que una muger loca que se habia hallado muerta segun pública voz un año antes, habia sido conducida á la Salpetriere, y que gozaba de alguna razon, pretendiendo al mismo tiempo ser la señora de V.....

Mr. de V..... se contentó con mandar un estracto del acto mortuorio de su muger, y en presencia de un testimonio tan fehaciente, este incidente estaba ya en el caso de desvirtuarse; pero la autoridad judicial, teniendo todavia alguna duda, quiso desvanecerla, y mandó á Mr. de V..... á Paris con el objeto de que se avistase con la loca, lo que hizo lleno de seguridad porque no dudaba un punto de la muerte de su muger; pero ¡cuál seria su sorpresa, cuál su estupor al verse cara á cara con ella!

Parece ser que al fugarse de la casa de su marido, Mdme. de V..... habia encontrado á una mendiga muy conocida en el pais, y cuya razon no estaba mas asegurada que la suya. Esta mendiga, pues, recorria todas las cercanias en bastante estension, logrando asi no llamar mucho la atencion de nadie.

Se supone, pues, que Mdme. V..... creyendo que su locura era objeto de algunas persecuciones, habia propuesto á la mendiga el cambio de sus vestidos, y en efecto, los harapos de esta fueron los que llevó á Paris cuando fue arrestada.

En cuanto á la muerte de la mendiga es en lo que todas son dudas y conjeturas.

ADVERTENCIAS.

Rogamos á los señores cuyas suscriciones hayan terminado, las renueven lo antes posible si no quieren sufrir el atraso consiguiente en la recepcion de los números.

—Nada le hace que el repartimiento de este se haya diferido mas que lo de costumbre, pues que nuestro principal cuidado consiste en que los suscritores no dejen de recibir los cuatro números que á cada mes corresponden, por ser lo principal en este género de publicaciones.

—Hoy repartimos tambien el lindo figurin que teniamos ofrecido, y creemos agradará á las bellas suscritoras.

EL TROVADOR.

Semanario de literatura, bajo la direccion de don Juan Antonio Pages y D. Lorenzo Pujol y Boada.

Tenemos á la vista un número de este periódico que se publica en Cádiz, y cuya adquisicion recomendamos á toda persona que solo busque en la lectura un campo de amenidad en que pueda dilatar su espiritu.

MADRID, 1846.

Imprenta de la Sociedad de Operarios,
Calle del Factor, número 9.

MADRID, 1846. Domingo 20 de setiembre. NUMERO 36.

LA ILUSTRACION,

ALBUM DEL BELLO SEXO.

DE LA SOCIEDAD.

NADA mas necesario en nuestro concepto que aprender á vivir en sociedad, y nunca lo conseguiriamos si no hiciéramos por conocer antes y en todo lo posible el corazon del hombre y sus propensiones. Débil como ha salido de las manos del Criador, toma necesariamente para el doloso comercio del mundo las formas mas convenientes y de mejor efecto. A distinguir pues estas formas de su entidad, es á lo que debemos aspirar y á lo que consagraremos unos cuantos artículos, persuadidos como estamos de que lo mismo los padres que los hijos tendrán en ello una gran satisfaccion.

Hemos dicho que el hombre como salido imperfecto de las manos del Criador, toma formas que lo desfiguran para presentarse ante la sociedad lo menos repugnante posible. Por eso vemos que á los ojos humanos andan siempre como de

escape la virtud y la maldad, cubriéndose la primera con el velo de la modestia, y ocultándose la segunda tras el parapeto ó antemural de la hipocresía. Puede decirse que el vicioso pinta en su rostro la virtud y el virtuoso la despinta.

Y no se crea que hipócritas son un pequeño número de hombres; nada de eso. Hipócrita es todo hombre malo: sin escrúpulo ninguno lanzamos esta asercion que sin duda alguna parecerá paradoja, pero no lo es; y tanto no lo es, que vamos á probarlo.

Aunque hay hombres que blasonan de viciosos ó que hacen alarde del vicio, sin embargo descubren lo que no pueden ocultar, y con la jactancia se defienden de la confusion; es decir, coronan al vicio á fin de que no desautorice la persona. Dos son las clases de maldades: una la arrogante y otra la tímida; pero desde luego preferimos la primera. Una pasion muy dominante nada respeta y rompe todos los reparos de la cautela, y en tal caso, no pudiendo el delincuente evitar el odio con la simulacion, echa mano de la altivez como un medio. ¡Nueva hipocresía por cierto, con que desmiente su propia conciencia! Feo, muy feo es el delito á sus ojos, y trata de fascinar á los agenos vistiéndolo con pompa, y presentándolo á la sociedad armado de osadía.

Pero si fijamos la atencion en esos hombres, hallaremos como al propio tiempo procuran esconder otros vicios que tienen y hacer gala de una virtud aparente. Por mas que confiesen ser generosos, incontinentes, ambiciosos etc. blasonarán, estamos seguros, de constantes á sus amistades, y fieles á sus promesas. Aunque todos los dias estamos viendo cuán comun es el vicio de la ingratitud, ¿quién habrá, quisiéramos saber, que no se justifique sobre este capítulo? Lo mismo decimos de la perfidia y otros vicios.

Por eso nos hemos atrevido á asegurar que todo vicioso es hipócrita. Y hay mas todavía, y es que ese vicioso no habrá virtud que no atropelle, si le puede servir de obstáculo, á lo que le hace desear su pasion dominante. Por mas que el muy avaro clamoree su gratitud, volverá la espalda á su bienhechor, si de hacerlo puede reportar alguna ventaja ó mejoría en su fortuna. De suerte que son muy pocos ó ninguno los perversos que no adolezcan de otros vicios que de los que hacen gala. Y aunque no reinen en ellos otras pasiones que las que por muy vehementes saltan á los ojos, aun en este caso, repetimos, estas son suficientes para poner en juego á las demas; ejemplo: Alejandro, segun nos dice la historia, no era de índole cruel, y sin embargo tuvo acciones muy crueles, de las que no recordamos en este momento sino la muerte que dió á su amigo Clito y la de Calístenes. Y ¿por qué era esto? Por la sencilla razon de que sus pasiones dominantes eran la vanagloria y la soberbia. De la primera fue víctima Clito, porque preferia á las acciones de Alejandro las de su padre Filipo; y de la segunda lo fue Calístenes, porque inducia á los demas á que no adorasen á Alejandro como á hijo de Júpiter.

Pero dejemos aqui la pluma con intencion de volver á tomarla para el número próximo en que esplicaremos los distintos usos que se hacen en la sociedad del vicio, ó lo que es lo mismo, la diferencia de hipócritas que existe.

S. SAENZ DE LA CÁMARA.

LA VIOLA DE AMOR.

(*Conclusion.*)

IV.

Concurso.

Sin embargo, hácia la misma época, un acontecimiento de bastante importancia vino á poner á toda la ciudad de Florencia en movimiento. La gran duquesa Eleonora de Toledo, cuyos hijos debian en su mayor parte morir asesinados por su mismo padre, acababa de dar á luz una niña, á la que habia dado por patrono á Sta. Cecilia, la divina arpista de los ángeles. Para que este dia fuese señalado en adelante con un recuerdo solemne, la princesa que cultivaba las artes, habia abierto un concurso en que poetas, pintores, escultores y músicos eran llamados á producir una estátua, un himno ó algun instrumento raro y desconocido. Las recompensas para los que estuviesen los primeros debian ser una gruesa suma de dinero y ademas gracias que se pedirian á la munificencia de la gran duquesa, tales como un cargo en palacio, el perdon de un proscrito ó un título de nobleza.

Los títulos, las gracias, los cargos, nada seducian á Pietro; pero esto no obstante la noticia de un concurso que debia poner en movimiento á toda la Italia inspirada, hizo sentir al artista una cruel incertidumbre. Si se decidia á tomar parte en la lucha, si trataba de crear una cosa que no existiera aun, preciso le era renunciar á los hábitos de calma y felicidad que se habia formado: ademas, con un poco de noble audacia podia ganarse para sí y su linda prometida una dulce existencia, con mas las garantías de un porvenir mucho mejor.

Añadamos á esto que la jóven florista venia como una sierpe tentadora á contrariar su pereza.

—Sí, toma parte en el concurso, mi querido Pietro, le decia Metella, pasando sus lindos brazos alrededor de su cuello. ¿Qué son para tí unas cuantas noches empleadas en trabajar? ¿No eras asi como yo un hijo de esa Córcega en que se viene al mundo con los brazos formados de hierro? Ademas, yo no te abandonaré ni un instante, perezoso; y luego que la felicidad te se haga fastidiosa, yo cantaré para alegrarte una cancion de los pastores de nuestras montañas, un himno de amor para que descanses y un canto de *vendetta* para darte valor. Si á despecho de mis canciones el sueño llega á asaltar tus párpados, yo que soy algo loquilla haréte participar de mi locura, te cogeré de la mano y bailaremos hasta tanto que tu sueño se haya disipado. Y mira, Pietro, yo no te digo, que si como creo, sales vencedor, Nápoles, Pisa, Parma, Roma y Venecia colocarán tu nombre entre otros gloriosos; pero serás rico, tendrás una capa de anchos pliegues y yo lindos delantales, cintas verdes y de color de rosa; tendré zapatos de Ferrara tan pequeños como flexibles, y tambien tendré como persona de la clase media, un gracioso sombrerito de paja que adornaré de rosas, y ninguna reina del mundo podrá tenerlo igual. Seré mas bella que la sobrina de un cardenal, aun cuando sea su propia hija. Sí, amigo mio, el concurso y luego el dote. ¡Es tan bella cosa un dote! Como que nadie se puede casar sin él. Pietro, ¿no quieres que sea tu esposa? Vamos, haz una viola tan divina como las de los ángeles. Ea, á trabajar, perezoso, á trabajar para ganar el premio del concurso.

—Bien, te obedezco y tomaré parte en el concurso. Pero ¿y si se desgracia mi tentativa? ¿y si mi nombre no sale el primero de la urna? No siempre baja el genio á la punta de los dedos cuando quiere uno crear. ¡Ah si mi instrumento permaneciese mudo. ¡Si mis cuerdas vibrasen en falso ó no fuesen comprendidas! ¡Oh, entonces, maldicion sobre mi obra y sobre mí: infeliz tú que me aconsejas!

La fiebre santa de la inspiracion se apoderó de él; encendió la luz para

velar y trabajó sin descanso y con noble ambicion.

En cuanto á Metella, siempre mitad en la empresa, siempre al lado de su futuro que temia ver flojear, cantaba mientras él trabajaba las canciones de la Córcega, segun le habia prometido.

Todo estaba en el mayor desorden en el obrador del artista. Cubierto de sudor y lleno de la mayor inquietud, Pietro parecia temblar; pero ya su obra iba tomando una forma y hasta habia diseñado con la mayor limpieza su plan. Allí sobre la mesa del obrador, puesta delante de sus ojos, veíase la materia, pero nada mas, es decir, una madera inerte é inanimada. Aquel era el crítico momento de permanecer un simple obrero ó de hacerse un artista. Un silencio sepulcral vino á interrumpir el armonioso canto de la linda florista y vióse al guitarrero encorbado delante de su trabajo; cortó, talló y ahuecó: agitóse, turbósele la vista, padeció su semblante, teniendo entre las manos su obra bosquejada. Veíasele llorar, irritarse y gritar como el gran Mozart, cuando componia el *don Juan*, y Metella no osaba entonar de nuevo las estancias de su cancion.

—Toma, la dijo á los muy pocos instantes lleno del mayor entusiasmo; hé aquí una viola que rimará cual soberana en toda la Italia: esta será el intérprete de los tiernos amantes. Sea el clarin en buen hora el intérprete de la guerra y sus crudos horrores! el violoncelo de los suspiros religiosos y la trompa de los melancólicos acentos! Pero esta viola, lo será del amor, Metella; sí, del amor, como todos sus placeres, sus temores, sus trasportes, sus tristezas y sus bruscos celos. Desde las secretas inspiraciones de la virgen que se marchita en la soledad del claustro, hasta las fogosas caricias de la voluptuosa cortesana, todo lo sabrá cantar mi viola, todo lo esprimirá con melodioso acento! Ven y lo verás!

A tan súbito elogio apresuróse Metella á mirar el instrumento; aquello no era otra cosa que una viola como las que tantas veces habia visto y de la forma ordinaria. Solo se diferenciaba de las demas en que era un poco mas grande y lanzaba su cuello hácia atrás con cierta gracia y coqueteria. Contó la jóven las cuerdas y halló hasta siete principales y otras tantas metálicas que atravesaban el puentecillo.

Ya es tiempo de que digamos lo que significaban las gozosas esclamaciones del artista. Pietro Cremolini habia imaginado justo poner unas cuerdas de las usuales á otras metálicas cuya vibracion debia herir con mas fuerza á las primeras y darlas mayor penetrabilidad.

Quiso hacer la prueba en el instante, y los efectos fueron muy superiores á sus esperanzas: *la viola de amor* habia sido hallada.

Pero al propio tiempo cayó nuevamente en sus tan usuales y estravagantes predilecciones hácia su instrumento. No trascurria un dia, sin que como el Krespel d' Hoffman, pasase encerrado en su cuarto horas enteras en saborear las maravillosas entonaciones de la viola.

Llegó por fin el dia del concurso, dia tan impacientemente esperado por otra artista que sobresalia en la construccion de las rosas.

—No olvides, dijo temblando á Pietro la graciosa Metella que temia la vuelta de sus caprichos, no olvides que hoy es el dia que debes ganar un dote y la felidad para ambos.

Pero era en vano que la jóven le saltase al cuello y procurase estimularle por medio de mil cariñosas monadas. Lejos de responder á sus caricias, manifestóla Pietro su resolucion de no presentarse al concurso. ¿Por qué abandonar su viola á la gran duquesa? Le costaba tan poco el vivir pobre! Pero no le era posible, decia, el separarse de su tesoro.

Júzguese del dolor de Metella, y si se puede del disgusto del palacio Pitti cuando se llegó á saber que el instrumento prometido no debia ser presentado! La noticia de tal rareza causó tanto ruido por toda la ciudad y entre todos los artistas, que antes de la apertura del concurso, el mismo Cosme le ofreció al autor sumas considerables para determinarle á ceder su instrumento; pero todo fue

inútil, pues que Pietro persistió en su negativa y supo resistir á todas las ofertas y hacerse sordo á todos los ruegos.

Sin embargo, lo que no habia podido obtenerse por ningun medio lícito, resolvió Metella procurárselo por la astucia. En el momento en que Pietro salió de su casa, llamó su amada á un criado del gran duque, el cual llevó á toda prisa al palacio el divino instrumento, *la viola de amor*, orgullo del jóven artista.

Cuando por la tarde volvió Pietro, su pálido semblante estaba mas sombrío que de costumbre. La graciosa niña salió á recibirle adornada con sus mejores galas, cubierta de flores y de cintas, y mostrándole saltando de gozo, un bolsillo de terciopelo bordado, lleno de oro. A su vista una sonrisa amarga apareció en los labios del artista....Un secreto acababa de presentarse á su vista.

—Has vendido mi viola? la dijo con voz terrible; y lanzándose sobre ella como un leon furioso la ahogó con sus crispadas manos.

El dolor habia tornado loco al pobre artista.

V.

La venganza.

La prediccion de don Gerónimo llegó á cumplirse al pie de la letra. Aconteció como el religioso lo habia dicho viendo morir á Paolo Cremolini, padre del guitarrero, algunos años antes tendido en un lecho miserable de la calle de Sienne, y las dos familias corsas fatalmente irreconciliables hasta en sus últimos vástatagos, debian esterminarse la una á la otra. Ninguna alianza, ni aun la del amante, podia lograr el hacer cesar aquel anatema terrible.

Cuando la pobre jóven fue depositada en la tierra y los ruegos del sacerdote hubieron cesado de gemir sobre la muerte violenta de los Porta y Cremolini, solo restaba ya en el mundo un pobre artista presa de la demencia.

Al repartirse los premios designados por la gran duquesa luego de terminado el concurso, Pietro, autor del mejor instrumento salido de toda la Italia, obtuvo sobre todos los demas la gracia de la princesa. Ciertamente aquel pobre artista, el último actor así como el postrer objeto de una venganza que habia durado mas de un siglo, la merecia con dobles títulos, porque poco despues de haber visto lucirse su dicha con la muerte de su amada no tardó el mismo en estinguirse, tal como la vibracion de una de sus violas, cuando el arco pasa hiriendo las cuerdas.

La triste historia de aquellos amantes tan tiernos como desgraciados voló de boca en boca por toda la Italia, y no hubo uno solo de cuantos la escucharon que no vertiese una lágrima de dolorosa compasion á la memoria de los infortunados Pietro y Metella, víctimas de un anatema terrible y lastimero.

JUAN ANTONIO DE ESCALANTE.

A MI HERMANA

DOROTEA ARMIÑO.

Vamos á partir, hermana,
Que en nuestra España querida
Otra vega mas florida
Que la del Piles habrá.
Vamos á buscar un cielo
Do corra el aire mas puro,

Do tienda el alma su vuelo
Hasta las nubes quizá.

—

Yo quiero cantar del mar
La superficie tranquila,
Quiero elevar mi pupila
De los cielos al dosel:
Quiero cruzar por el mundo
Cual un trovador errante,
Uniendo á mi voz amante
Los tintas de tu pincel.

—

Sobre las rojas arenas
De la encantada Sevilla,
De otras auras mas serenas
Cantaremos el albor:
Tal vez la lágrima ardiente
Que eterna en mis ojos brilla,
Tibia, vaga, trasparente,
Lágrima sea de amor.

—

Quiero cantar esas flores
De los Béticos vergeles,
Las danzas y los amores
De la familia ideal;
Y el espumoso follage,
Cuya labor trasparente
Deja empapada la mente
De tibio aroma oriental.

—

¡Mas ay! que pasó Zorrilla
Con sus hermosas canciones,
Románticos medallones
Que ufano á España legó;
Amuletos agarenos
Cargados de pedrería,
Recuerdos de gloria llenos
Que á los siglos arrancó.

—

Y los tímidos acentos
Que al aire lanza mi lira,
Débil eco son que espira
Bajo su voz colosal...
Tambien la humilde violeta
Bajo el álamo se mece,
Y la parietaria crece
Al pie del alto moral.

—

Sigue mi planta, de Granada hermosa
Quiero cantar el terrenal edem,
Las torres de su alhambra deliciosa
Y el bello Darro, y el Genil tambien.

—

Y la Francia gentil, el Piamonte,
La cumbre del romántico Apenino
Y cual nube que vaga en el Oriente
De Roma el panorama peregrino.

—

Del sol de Italia la jigante lumbre,
Vago destello del poder romano,
Y la dorada episcopal techumbre
Que corona el inmenso Vaticano.

—

Ese murmullo vago, indefinible,
Que exhala de otra edad el esplendor,
Cual una mano escuálida, invisible,
Dando á las piedras tétrico color.

—

Y la cúpula hermosa que el espacio
De Miguel Angel el poder lanzó,
Cúpula que en sus alas de topacio
Cincelado querube suspendió.

—

Y pórfidos y mármoles sin cuento,
Del coliseo las arcadas mil
Hendidas por las ráfagas del viento,
Ornadas por las cuevas del reptil.

—

Y la encantada Venecia
De negras casas ornada,
Pobre reina, aprisionada
Bajo el austriaco collar.
Reina que de algas vestida
Hunde los pies en el cieno,
Pálida hoguera encendida
Sobre las olas del mar.

—

De los Alpes la elevada cumbre
Quiero cruzar con arrogante pie,
De libertad la esplendorosa lumbre
En sus nevadas cimas hallaré.

—

Sí: libertad, ¡independencia! grito
Que lanza Helvecia con valiente son,
Cual sus altas murallas de granito
Es de sus hijos fuerte el corazon.

—

Y de Arnaldo la sangre valerosa (1)
Que las austriacas picas empañó,
Es de su libertad medalla honrosa
Que la historia en sus fastos consignó.

—

Yo dejo tus montañas azuladas,
Dejo tus lagos de flotante túl,
Voy á tender las alas fatigadas
Del hondo mar en el inmenso azul.

—

Mas esas sombras que cruzan

(1) Arnold, caballero de Underwalden, que se lanzó sobre las picas del ejército de Leopoldo abriéndo paso á los suizos.

Sin cesar ante mis ojos,
Hombres, trofeos, despojos
De una tienda el pabellon,
Odaliscas inclinadas
Sobre mansos elefantes,
Y ataganes y diamantes
Hacinados en monton.

—

Esa noble caravana
Que presintiendo su ruina,
Hácia la Meca camina
Por última vez quizá;
Ese poder que se estrella
Sobre blandos almohadones,
Hermosísima centella
Que hundiendo sus rayos vá.

—

Otra lira necesitan,
Otro acento mas tonante,
Que á su grandeza espirante
Pueda el colorido dar;
Otra lira misteriosa,
Cuya sublime armonía
Con sus cantos de agonía
Sepa esta perla engastar.

ROBUSTIANA ARMIÑO GOMEZ.

MARIA DE BURDEOS.

Poco ó nada hay como las revoluciones de los pueblos para dar á conocer los grandes talentos, las mezquinas ambiciones, y las pasiones nobles y generosas que oculta un corazon magnánimo.

Todos los pueblos del mundo nos ofrecen ejemplos en sus revoluciones que detestar, y modelos que imitar. Entre los errores que causan las pasiones vengativas, brillan como luceros en un horizonte nublado, hechos dignos de la historia. La revolucion francesa nos ofrece entre los tristes cuadros que la afean, acciones heróicas que no debemos olvidar.

Objeto de estas líneas será una muger del pueblo, sin educacion ni cultura, pero con un corazon grande y digno del templo de la fama: hablamos de la Carcelera de Burdeos.

María de Burdeos, hija de una familia pobre de aquella ciudad, tenia necesidad de servir para proporcionarse un alimento: la suerte la condujo á tener que prestar sus servicios en una de las prisiones en que la Convencion hacinaba sus víctimas: su corazon generoso no podia tratar con dureza á nadie, y su amabilidad y dulzura bien pronto la ganaron la confianza de dos jóvenes amantes que en sus prisiones gemian.

Animados por la esperanza de verse unidos un dia, se determinaron á manifestarla sus deseos, suplicándola protegiese su fuga. La sensible María accedió á sus ruegos, y protegida por las tinieblas de la noche los condujo á la puerta que los llevaba á su libertad.

Cuando se vieron allí los amantes quisieron, si no recompensar el servicio que á costa de su vida la amable carcelera les hacia, al menos dejarla una muestra de su agradecimiento; y al despedirse cada uno la ofreció un asignado de 500 francos, cuya oferta rechazó aquella muger generosa con la mayor indignacion.

Poco sirvió que la manifestasen el peligro en que estaba, y lo necesario que la serian si por casualidad fuese descubierta, para salir de las prisiones en donde la encerrarian, ó tener al menos con que hacer menos dura su situacion: nada pudo convencerla, respondiendo últimamente á los importunos y obsequiosos amantes:

«No mereceis que os sirva, pues que me estimais en tan poco, que os imaginais pueda moverme el vil interés.»

¡Palabras dignas de la posteridad, y que prueban el grado de elevacion de este corazon noble! Fue pues necesario renunciar á todo ofrecimiento, pues de lo contrario conocieron no obtendrian su libertad, preguntándola solamente al salir de la puerta fatal ¿qué testimonio podian dejarla de su agradecimiento? á lo que respondió con admirable prontitud estas hermosas palabras:

«Dadme cada cual un abrazo; no necesito otra recompensa.»

Asi lo ejecutaron, y los amantes partieron llevando en su corazon la imágen de aquella muger, cuya alma hermosa, ni endureció la educacion, ni mancharon los ejemplos, ni la crueldad que veia continuamente pudo trastornar, ni el peligro pervertir.

El placer de hacer una accion buena pudo mas en ella que todos los móviles de temor ó esperanza que tanto seducen el corazon humano: por esto pues y porque es una hija del pueblo, y una heroina de la humanidad, nos hemos propuesto estampar estas líneas, para que nuestras lectoras á vista de tan perfecto modelo aprendan que todo muere en el mundo menos la memoria de las buenas acciones.

Maria vivió despues algun tiempo: nadie supo que habia dado libertad á los encarcelados, nadie la persiguió, pareciendo que el Ser Supremo tomó á su cargo recompensar tan nobles sentimientos, y encubrir con su manto impenetrable este secreto que tanto favorecia la humanidad, y que debia manifestarse al mundo para su imitacion.

Los amantes la bendijeron todos los dias de su vida, todos la encomiaron, y hoy se manda á la posteridad su nombre para que viva eternamente.

JOAQUIN RODRIGUEZ.

¡SOPLA QUE QUEMA!

ESTRAVAGANCIAS POÉTICAS

DE

D. MANUEL AZCUTIA.

La falta de espacio nos impide por hoy ocuparnos con la detencion debida del análisis de esta obra tan encomiada por los periódicos de la corte.

Sin embargo, en obsequio á su grande mérito, y en obsequio tambien á nuestras amables suscritoras, creemos deber apresurarnos á recomendársela con toda eficacia, seguros de que su agradable lectura salpicada de millares de sales y de chistes ahuyentará, haciéndolas reir, esos momentos insoportables de tédio que suelen sumirnos en el mayor abatimiento.

Entretanto prometemos insertar en el número próximo una de las composiciones que contiene, para que pueda formarse una idea mas exacta del mérito del autor.

ADVERTENCIAS.

La suspension que ha sufrido nuestro periódico, ha procedido de una peticion que se nos hizo por gran número de señoras suscritoras en la corte con motivo de abandonar esta para pasar la fuerza de la canicula en las provincias.

En nada absolutamente ha podido lastimar semejante medida los intereses de las demas suscritoras, porque los números sucesivos las reintegrarán de los que por el motivo espuesto han dejado de recibir.

Atendiendo á la índole puramente literaria de la publicacion, esta ha sido desde un principio nuestra marcha, esta lo es al presente y esta lo será en lo sucesivo para conciliar con la delicadeza debida los intereses de la empresa con los de las señoras suscritoras.

—

Como quiera que el cambio de estacion haga mas precisa la consulta del figurin, no seremos nosotros los que de él privemos á nuestras bellas. Muy pronto lo tendrán.

Pero asimismo las suplicamos nos contesten por medio del repartidor sobre el recibo de suscricion que aunque ausentes se las dejó en su casa.

MADRID, 1846.

Imprenta de la Sociedad de Operarios,
Calle del Factor, número 9.

MADRID, 1846. Jueves 29 de octubre. NUMERO 38.

LA ILUSTRACION,

ALBUM DEL BELLO SEXO.

MAS SOBRE LA HIPOCRESIA.

Ademas del distinto género de hipócritas que en los artículos anteriores hemos tenido ocasion de describir, resta todavía hacerlo de otro, que no es en verdad el que menos papel hace en la sociedad. Hablamos de los hipócritas por complexion, ó lo que es lo mismo de esos hombres, cuyas operaciones estan servilmente sometidas á su temperamento, y estrañas en un todo al estudio. Aparentan tener virtud, pero no es mas que una imágen de esta, formada por la naturaleza. A Juan, por ejemplo, se le vé totalmente abstraido del bello sexo, ¿hemos de decir por esto que es virtud? No señor, que es insensibilidad. Nada le estimula, nada le mueve y su continencia es propiamente la de un tronco. Si esta fuera producida por algun santo temor, obraria su conciencia lo mismo en todo, seria mas escrupuloso. Lo mismo decimos de Pedro, que á pesar de ser tan

parco en la comida, no lo es así en desear honores y riqueza: y ¿por qué lo es en lo primero? por la sencilla razon de faltarle el apetito. Así que en la córte romana cuando se trata de la canonizacion de un santo, lo que mas prolijamente se examina es el punto del desinterés: en lo demas se corre con mas velocidad: así lo hemos oido decir, que prescindiendo de que sea ó no verdad, está al menos muy conforme con la sana razon. Primero, porque el interés es en lo que menos influencia tiene el temperamento del individuo: así puede asegurarse que cualquier hombre desinteresado lo es únicamente por virtud; y segundo, porque esta virtud supone otras muchas. El dinero sirve á todos los vicios; desahoga ó sirve á desahogar todas las pasiones, y es una prueba palmaria hasta no mas de que el hombre, que no desea ávidamente ese dinero, no está dominado por pasion alguna. Sirva, pues, de regla general que el índice mejor de la virtud es el dinero.

Hay una escepcion, y es, que aquellos cuyo único fin y pensamiento es la estimacion y aura popular, son desinteresados, sí, pero no virtuosos: estableceremos la diferencia. Es la vanagloria un vicio puesto en los confines de la virtud, aunque los antiguos gentiles lo creyeran dentro de sus límites. Si atendemos á la utilidad pública, que no debemos hacerlo ahora, ciertamente que produce los mismos efectos. El ganoso de aplausos en la guerra obra con grandeza, en la fortuna próspera como el justo, en la adversa como el magnánimo. Por eso no debe dudarse que mas héroes dió á Grecia y Roma la ambicion de fama, que la virtud real. Decia un filósofo del siglo XVII, y decia muy bien, que los idólatras de la gloria eran unos espíritus no buenos pero grandes, y esto se comprende muy fácilmente. Enamorados como estan de esa brillante perspectiva que presenta la gloria humana, ó no adolecen de otras pasiones ó se desdeñan de alimentarlas; mejor dicho, de sujetarse á su accion. Puede haber tambien en la república de los vicios distincion de clases, convenimos; pero no con algunos que pretenden hallarla en la ventaja de nobles. Esta pretension produce la utilidad de no mezclarse ó confundirse con otros mas villanos; por eso el vanaglorioso se guardará muy bien de caer en la torpeza del avaro.

Atrevida parecerá la asercion, pero á inquirir con todo escrúpulo el orígen de esos hechos grandes y heróicos, que nos presenta la tradicion histórica de los pueblos, lo hallaríamos en el vicio mas que en la virtud. La ambicion de un premio, de una corona, ganó á no dudarlo mas batallas que el amor de la patria. La envidia y la emulacion obtuvieron muchos triunfos. Alejandro, por ejemplo, nada hubiera hecho sin el estímulo de Aquiles lleno de gloria; César tampoco sin el de Alejandro, y Pompeyo al empeñar una batalla tenia mas presentes las victorias de César que las tropas del enemigo. Del obsequio se hacia una escala para la tiranía. ¡Cuántos no sirvieron á su república, para que su república los sirviese á ellos, y cuántos no la hicieron vencedora para luego esclavizarla! En Atenas mismo llegaron ya á ser tan sospechosos los grandes servicios á la república, que por la ley del ostracismo eran castigados como delitos. Pero á qué ir tan lejos? fijemos la vista en los círculos de nuestros amigos y veremos atribuir á fidelidad y amor lo que el subordinado hace solo por interés. Cese la dependencia y se descu-

brirá el motivo. Por eso Federico III dijo que no habia hombre alguno que no tuviera algo de hipócrita. Y aunque no podemos aceptar sentencia tan severa, convenimos desde luego, y sirva de digresion, en que seria muy conveniente el que todos los príncipes participasen algun tanto de la desconfianza de Federico, por ser los que mas se rozan con la hipocresía y los que menos la conocen. Pero hay mas, y es, que los mismos que se franquean con los iguales son hipócritas delante del superior, y así á no tener la conviccion profunda que tenemos de que las obras de Dios son perfectas, nos atreveriamos á echar de menos con *Momo* una ventana en la fábrica del hombre, por la cual pudiera verse el pecho.

Mas como quiera que el asunto sea tan socorrido y tan útil su conocimiento, consecuentes en nuestro propósito de dar la mano á los jóvenes que entren en el gran mundo, volverá á ser objeto de algun otro artículo.

SISTO SAENZ DE LA CAMARA.

ILUSIONES (1).

(*Conclusion.*)

En tanto que estupefacto se hacia Teodoro cargo de semejante proposicion, contemplaba el esclavo un enorme diamante, al cual daba cien vueltas y revueltas en la mano.—Ciertamente, decia, es un diamante sin pero: muchos por mi desgracia he tenido entre las manos; pero en mi vida he visto uno tan perfecto ni tan hermoso como este.

Indudablemente, seria el mas magnífico del sable de su Alteza.—Vamos, dijo, vd. estrangero tiene mil medios de huir. Por algunos ducados puede vd. ser si quiere poderoso.

Consintió Teodoro; dió al esclavo lo que este le pedia, y ocupándose luego de los medios de evadirse, pidió á su tio y este le dió todo el dinero que quiso y mas del que para ello necesitaba.

No entraré en los pormenores de su viaje. Solo diré que, temeroso de que le echaran mano, porque el esclavo no le habia ocultado que probablemente seria perseguido, tomó un guia y se puso en camino, buscando siempre los mas desiertos y mas difíciles, andando por los cuales vino á tropezar un dia con una partida de ladrones árabes.—¿Tiene vd. dinero?—le dijo el guia.—No tengo mas que el indispensable para mi viaje—respondió Teodoro.

—Entonces no opongamos resistencia; pues lo probable será que despues de registrarnos nos dejen con que proseguir nuestro viaje, económicamente tal vez, pero no importa.

Mucho que importa,—dijo Teodoro, y de un pistoletazo derriba al primer árabe que se le acerca. Sacan los sables.... el guia queda muerto y Teodoro poco menos que muerto y prisionero ademas.

Registranle, y á pesar de su resistencia, le cogen el diamante: el dolor de Teodoro hizo creer á los árabes que era algun amuleto: lo cierto es que la muger á cuyas manos vino á parar, hizo con él un chupador para un chiquillo suyo.

El gefe de la banda que le habia tomado cariño, le dijo por fin un dia que asi que estuviera restablecido podria marcharse y llevarse consigo todo lo que le habian quitado. La madre del niño que creia poseer un talisman en el diamante, se echó á los pies de Teodoro suplicándole se lo dejase á su hijo; y fue mas lejos aun, pues le ofre-

(1) Veáse el número anterior.

ció por él la mayor cantidad de dinero que le era posible dar.

No accediendo Teodoro á los ruegos de la muger, se negó formalmente esta á entregar la joya por la cual se litigaba. A este estado habian llegado las cosas cuando habiendo encontrado Teodoro aquella noche una coyuntura para introducirse en el cuarto del niño, le tapó la boca con un pañuelo y se apoderó del diamante. Durante dos dias y dos noches se mantuvo escondido en una cueva sin comer, hasta que vió pasar por allí una caravana con la cual continuó su viaje. Inquieto, siempre desconfiado, brusco y siempre de mal humor, hallábase dispuesto á dar de puñaladas á todo el que tuviera la desgracia de fijar su vista en el sitio donde guardaba él su diamante, y pedia al llegar á las posadas el peor cuarto á fin de no dejar concebir la menor sospecha sobre su fortuna.

Por el mismo tiempo escribió al padre de Ana una carta que empezaba así: «Soy rico, sumamente rico.» Esta noticia anunciada en tales términos antes de hablar de tantas otras cosas de mas importancia, disgustó á Ana; recapacitando sin embargo que el deseo de su bien era el único móvil de la ambicion de Teodoro, se calmó un poco y pensó en que este acontecimiento acelerara la vuelta de aquel á quien ni ella ni su padre esperaban aun en algun tiempo. La idea de esta gran fortuna disminuyó mucho sin embargo el gozo de la jóven, su gracia y su sencillez. Por su parte el padre dominado por un sentimiento, noble en sí mismo, pero exagerado, habia formado la resolucion de no manifestar por Teodoro á su llegada tanta solicitud como hasta entonces, no sea que este creyese que la noticia de su fortuna era la causa de aquella solicitud.

Teodoro llegó; pero conociendo cuanto habia cambiado su posicion con respecto á los otros personajes de la escena, y persuadido de que el hombre que poco ha pedia una gracia, estaba en aquel momento en posicion de otorgarla, para disimular esta idea que se habia apoderado de su alma, de donde en vano se esforzaba de desterrarla, afectaba un aire de confianza y de amistad. Pero esta afectacion, como todas las afectaciones del mundo, surtió malísimo efecto y aumentó la reserva del padre y de la hija; reserva que hirió el amor propio de Teodoro. En fin, aunque en nada cambiasen las primeras intenciones de los tres personajes de esta escena, no puede decirse que se separasen despues de esta entrevista mas satisfechos que antes unos de otros: dos ó tres dias despues hubo sin embargo entre los dos jóvenes un momento de espansion.—No sé, decia Ana, por qué me horroriza ese fortunon que nos has anunciado y que destruirá nuestros hermosos proyectos. Adios la casita de campo, desde donde tan bien se veia el mar y que no está alquilada todavia.

—Querida Ana,—replicaba Teodoro:—lo que tenemos que hacer es irnos á Paris, y allí tomar una gran casa en el barrio mas hermoso.

—En ella me acordaré siempre de la casita de junto al mar, donde tienen los árboles un color verde tan hermoso, y donde es tan puro el aire que se respira. Ayer mismo salí á dar un paseo y me fuí hasta allá, á pesar de la distancia. Cuando llegué me palpitaba el corazon, mis ojos miraban con amor aquella modesta casita; allí, decia yo, viviremos; allí seremos felices, y ya distribuia mi imaginacion á cada uno su alojamiento. Delante de la casa hay una plazoleta y en medio un cercadito cubierto de yerba, donde ya me parecia estar viendo triscar á tres ó cuatro chiquitines.

Teodoro se puso en camino para Paris: lo primero que hizo á su llegada fue ir á casa del joyero del rey, que era el único á quien le habian aconsejado que propusiese el diamante. El joyero estaba ausente por algunos dias, los cuales aprovechó Teodoro en buscar una casa y muebles, en probar una carretela y caballos, en tomar apuntaciones sobre todo lo bueno que veia, tapi-

ces, porcelana, blondas, encajes. Entretanto se veia rodeado de amigos, acariciado y festejado por un enjambre de parientes, á quienes en su vida habia visto. Cuando entraba en una casa, decian unos: —Ese es Teodoro N....—y otros añadian: —Que viene de Oriente, donde ha hecho una fortuna inmensa.—Todas las atenciones, todas las miradas se fijaban en él: las madres le buscaban para que diese el brazo á sus hijas, las hijas le encontraban lleno de gracia y de amabilidad.

Al ver á Teodoro marchar por tan resbaladizo camino, ¿quién habrá que no compadezca á la pobre Ana? ¿quién que no crea mirarla sumida ya en el llanto del olvido?

Yo mismo lo llegué á creer, y á pesar de todo, hace dos años que vi en Ingouville á Teodoro N. viviendo con su Ana.... la casita de campo, desde donde se veia el mar y un niño que se rodaba por la yerba. Mucho me alegrara poder afirmar que todo habia sido efecto de un generoso esfuerzo de Teodoro. Mas no fue asi: Teodoro desempeñaba allí un destino que le daba 1,800 francos al año; y hé aqui el desenlace de toda la pieza.

Cuando Teodoro se presentó al joyero de la corona, este, despues de haber atentamente examinado el diamante, le dijo:— Es efectivamente una pieza de mérito; está tan admirablemente imitada, que nunca faltará quien le dé á vd. por ella.... 10 fs.

Esta cantidad bastó á Teodoro para volverse al Havre; ocioso es decir que á pie.

LA ZAGALA.

Aquí se goza salud,
No en medio de esos salones
Do solo hullen pasiones
Que arrastran al ataud.

A vosotras, beldades orgullosas,
Que poblais esos mágicos salones,
Y que en danzas festivas bulliciosas,
Que estremecen los ricos artesones,
Y entre el ambar y aromas deliciosas
Vuestra vida pasais sin ilusiones,
A vosotras yo canto mi pastora
Y las delicias con que brinda Flora.

Si algun dia cansadas de grandeza,
Herido el corazon y sin amores
Os fatigan el lujo y la riqueza
Y el alcázar de vuestros precesores;
Si os pesa la tiránica nobleza
Y anhelais libertad, un campo y flores,
Entonces.... olvidad la pompa y gala
Y á los prados venid cual mi Zagala.

Tambien mi pastora es bella,
Esbelta, ligera, airosa,
Y bien gentil;
Y cual la rosa descuella
Nacarada y olorosa
Del abril.
No ciñe su cabellera
Con diadema de esmeralda
Ni rubíes,
Que la hace mas hechicera
Una fresca guirnalda
De albelíes.
Su frente es blanca y serena;
Por el torneado cuello
Se desliza,
Trenzado con la azucena,
Lujoso y largo cabello
Que se riza.
Sus ojos se ven brillar
Azules y trasparentes
Como el cielo,
Y de amor centellear,
Ya tímidos, ó radiantes
Bajo un velo.
Y con su adorno sencillo,
Con la hermosura y pureza
De su porte
Oscurece el fátuo brillo

De la pálida belleza
De la corte.
Es la Zagala una flor
Que crece solo en el prado
Y el otero,
Y su fragancia y color
Respeta hasta el viento helado
Del enero.
Y es mas aromosa y pura
Que la que nace ansiada
En un jardin,
Y va á perder su blancura
En la atmósfera abrasada
De un festin.
Allí, lejos del bullicio,
Solo escucha el murmurar
Del arroyuelo;
Ignora lo que es el vicio,
Y sonrie al ver brillar
Puro el cielo.
No sufre su corazon
Cual sufre el vuestro, mugeres;
Candorosa,
Jamas sintió la ambicion:
Cifra solo sus placeres
Venturosa
En ver un sol refulgente,
En buscar las lindas flores
En la altura,
En el bullir de una fuente
Y en sus cándidos amores
Y ternura.
Desprecia vuestra opulencia,
Vuestros soberbios castillos
Donde oprimen
Malvados á la inocencia,
Pues tras sus fuertes rastrillos
Se halla el crimen.
Y al mirar sus torreones
Y sus parduzcas almenas
Se estremecen.
Cree mirar hondas prisiones,
Y sentir ya las cadenas
Que entumecen.
Y al oir del centinela
El eco que lleva el viento,
Con temor
Suspende su cantinela,
Porque enmudece su acento
El terror.
Huye lejos presurosa
De su robusta muralla
Tan sombría,
Y del son de la metralla
Que á la turba bulliciosa
Da alegría.

Y solo anhela mirar
De su albergue la techumbre
Ya pagiza,
Y de lejos ver brillar
La llama que alza la lumbre
Tan rojiza.
Al bajar una montaña,
Entre adelfa y campanillas
Olorosas,
Se ve su humilde cabaña
Cubierta de florecillas
Y de rosas.
Allí todo es lisonjero,
Hasta el aura es perfumada
E inspira amor;
Pues que roba al limonero
Y al jazmin de la enramada
Suave olor.
Cercano se precipita
De la alta cima un torrente
Impetuoso:
La blanca espuma se agita,
Produce un son elocuente
Y melodioso.
Allí si que se respira,
No en populosas ciudades
Ni palacios;
Sin tiranos ni maldades
La mente inspirada gira
En el espacio.
Y sin un templo suntuoso
Un religioso fervor
El alma llena,
Y aquel cuadro esplendoroso
Nos eleva hasta el Señor
Y enagena.
Y sobre el césped mullido
El rebaño juguetea
Numeroso,
Despunta el tomillo erguido,
Saluda la luz febea
Bullicioso.
E impaciente por saltar
Desde el monte á la pradera
Que convida,
Llama con tierno balar
A su pastora hechicera
Aun dormida.
Pero un rayo de la aurora,
Penetrando en su cabaña,
Da en su frente
Y despierta á la pastora
Que sobre seca espadaña
Blandamente
Recostada sonreia,
Halagada por un sueño

Lisonjero,
Amor y placer veia
En aquel cándido ensueño
Placentero.
. . . . . .
. . . . . .
¡Ah! mugeres del gran mundo,
Vuestro sueño no es profundo
Arrobador.
No: sobre blandos divanes
Os persiguen los afanes
Y el dolor.
Que en los lechos recamados
De perfumes impregnados,
La blandura
Se os vuelve secos abrojos,
Y vierten llanto los ojos
De amargura. . . . .
. . . . . .
Miradla.... su sombrerillo
Airoso la hace mas linda
Sin segunda;
Ved sus labios cuyo brillo
Semeja la fresca guinda
Rubicunda.
Lleva á la espalda prendida
Su armoniosa bandolina,
Y ligera,
De su rebaño seguida,
La Zagala peregrina,
Placentera,
Sube al monte, baja al llano.
Bajo un frondoso avellano
Fresco, umbrío,
Alza tímido su acento
Que modula el son del viento
Y del rio.
Y cual arroyo argentado
Que se derrama en el prado
Entre las flores,
Reflejando solamente
La cristalina corriente
Sus colores.
Y que á la luz de la luna
Reluce cual tersa plata
Y centellea;
Y en ondas mil se dilata,
Sin que espuma ó mancha alguna
Se le vea.
Así corre su existencia,
Velada por la inocencia
Y alegría,
Le halaga un mundo de amores,
Libertad, un campo, flores
Y armonía.
Jamás un recuerdo empaña
La sonrisa de su frente
Angelical,
Ni derrama el lloro ardiente
Que produce el odio y saña
Mundanal....
....Es feliz.... nada ambiciona....
El prado es su paraiso,
Su palacio,
Y su brillante corona
Una rama de litiso,
Y el espacio....

Comparad el afan y la tortura
Que brota en vuestros pechos palpitantes,
Que destruye el encanto y la hermosura
Que no os vuelven espléndidos brillantes,
Con la tranquila calma y la dulzura
Que hay en sus senos cándidos y amantes.
¡Ah! mugeres, dejad la pompa y gala....
Y á los prados venid cual mi Zagala.

AMPARO LOPEZ DEL BAÑO.

TRES MUGERES CELEBRES.

(Continuacion del capítulo segundo.)

No obstante hice cuantos esfuerzos me fueron posibles para restablecer la calma en su imaginacion. Tomé su sombrero, sus armas, y aun quise desembarazarla de su tortuga; pero un gesto muy significativo me indicó que era demasiado oficioso; instigado por la curiosidad de saber de qué la servia un animal de esa clase en sus escursiones, me aventuré á hacerla varias preguntas. Ella me respondió que habia hecho voto de no separarle nunca de sí. —Es un don del emperador Alejandro, añadió con una espresion misteriosa: en tanto que la tenga cerca de mi, no desesperaré completamente de mi destino.

Animado con esta confianza intenté hacerla esplicarse acerca de los motivos que la habian llevado á la Península, pero me interrumpió inmediatamente diciéndome que desde que conocia los tártaros habia renunciado á hacer conversiones.

—Son unos hombres piadosos y de una conciencia pura, añadió con aire de convencimiento? Por qué exigir que muden de dogma, cuando viven segun los principios de la moral y de la religion? Poco importa que el hombre adore á Jesucristo, á Mahoma ó al gran Lama, si al fin es caritativo, humilde y hospitalario — Yo le respondí que sus palabras olian á heregía de una legua, y que si continuaba predicando tales doctrinas, corria riesgo de ser un dia escomulgada.

—Desde que no me mezclo ya en predicar es cuando se me han ocurrido estas ideas: replicó sencillamente. La soledad hace ver las cosas bajo un punto de vista distinto del del mundo. Yo que hace apenas tres meses ponia el catolicismo sobre todas las religiones, sueño ahora otra mas perfecta, mas sublime aun. ¿Quereis ser mi primer discípulo? añadió con un aire joco-serio que me dejó en duda de si hablaba ó no de veras.

La segunda entrevista no fue menos original que la primera que acabamos de citar. El coronel, á quien era al fin permitido penetrar en un recinto hasta entonces inabordable, halló á su vecina ocupada en hacer abalorios. Provista de una lámpara de esmaltar y de un cañoncito, trabajaba con todo el ardor de un artesano. La presencia del coronel no interrumpió en nada sus operaciones; al contrario trabajó delante de él todas las piezas necesarias para formar un collar: luego le mostró muchas cajitas llenas de perlas trabajadas tambien por sus manos.

—Si alguna vez vuelvo al mundo, dijo con la mayor seriedad, solo llevaré por adorno perlas semejantes á estas. Es casi un engaño llevarlas verdaderas. Ved qué brillo, qué pureza, qué tamaño! ¿Quién no creerá que han sido cogidas en el mar de las Indias? Asi son todas las cosas: ¿á qué tener buen fondo, cuando la forma sola es bella y agradable á los ojos de todos?

El coronel se disponia á combatir gravemente esa moral singular, cuando mudando de conversacion con esa volubilidad que distingue las gentes del gran mundo, la condesa tomó una espada que estaba colgada á la cabecera de su cama, y la colocó sobre las rodillas de su vecino.

(Se continuará.)

MODAS DE SEÑORA.

Gozan de mucha aceptacion los tafetanes de color oscuro, violeta Byron, azul de Francia, ó verde Rusia, teniendo algunos de ellos una disposicion en los adornos muy nueva y elegante, tales como sobre un fondo azul de Francia, un bordado negro figurando tres órdenes de encajes y el cuerpo y las mangas por el mismo estilo ó violeta con el dibujo del mismo color. La hechura de las mangas suele ser, justas por la parte superior del brazo, y un poco largas por abajo, con un puño ajustado, aunque esta hechura que tan bien sentaba en las telas de verano, pierde mucho de su gracia en las de invierno; hasta ahora las mangas lisas, sean de codo ó plegadas en la sangría, predominan sobre todas.

Los sombreros de señora no han variado mas que de colores; citaremos algunos en obsequio de nuestras amables lectoras. El de crespon maiz con una pluma cactus y marabouts. La capota, color Isabel, guarnecida de terciopelo rosa. La capota de crespon dalhia, cubierta con un velo Alenzon sostenido por dos ramos de dalhias á los dos lados del casquete.

FUNCIONES REALES.

Bajo este título ha escrito el distinguido poeta don Manuel Azcutia un folleto de cien páginas y en variedad de metros, en que aparecen descritos con la mayor exactitud y elegancia de estilo todos los festejos celebrados en esta córte con motivo de los régios enlaces.

Las muchas buenas circunstancias que en él concurren nos mueven á recomendarlo á nuestras lectoras, que pueden adquirirlo por 4 rs. en las principales librerías de esta córte.

MADRID, 1846.

Imprenta de la Sociedad de Operarios,
Calle del Factor, número 9.